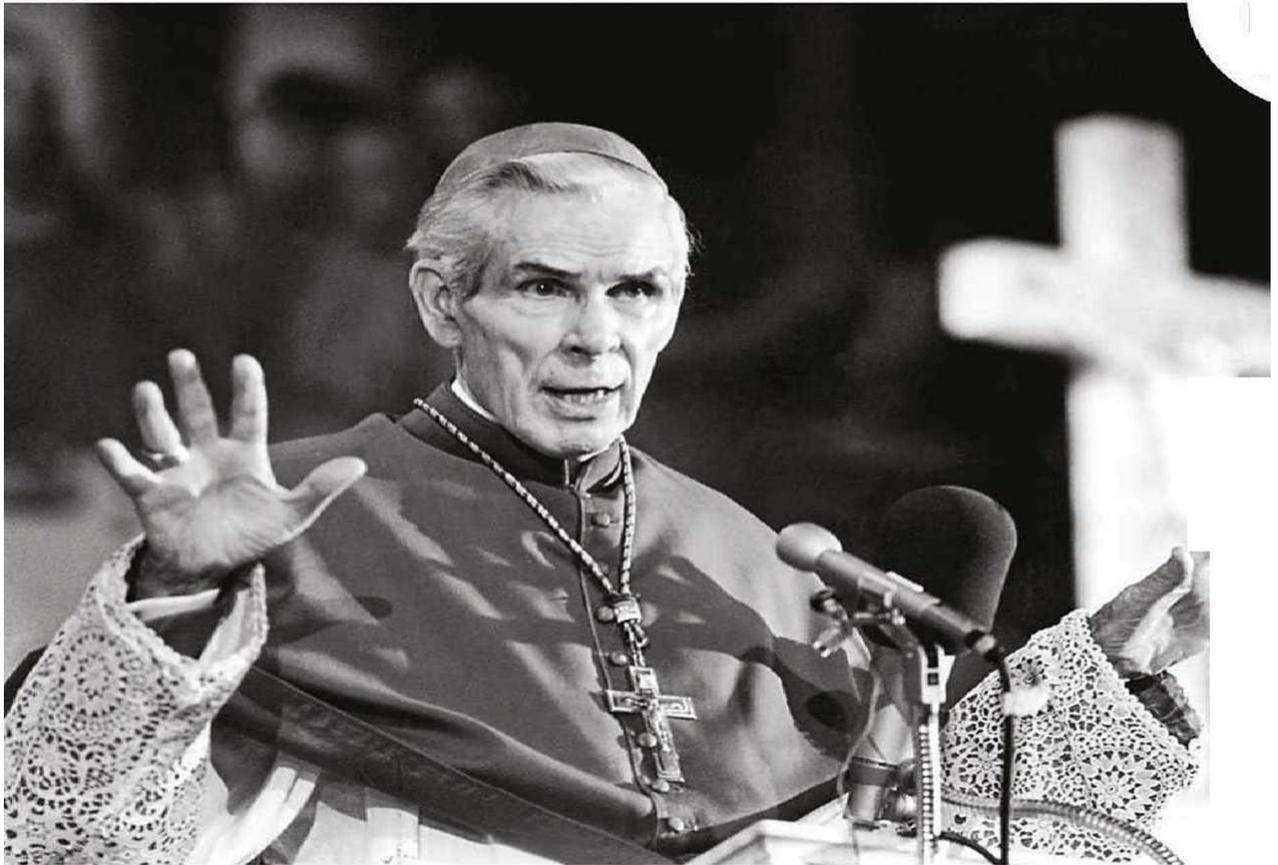


TESORO EN VASIJA DE BARRO



LA AUTOBIOGRAFÍA DE FULTON J. SHEEN

PREFACIO

UN PROFETA QUE SUFRE EN SILENCIO

En 1957, el obispo Fulton Sheen -en aquel tiempo el católico más reconocido de Estados Unidos y con una audiencia televisiva sin igual-, comenzó la mayor prueba de su vida. Perdería mucho más de lo que su público imaginó: todo debido a que se negó a pagarle al

Cardenal de Nueva York, Francis Spellman, el «dinero de la leche»

A fines de 1950, el gobierno donó millones de dólares en leche en polvo a la Arquidiócesis de Nueva York. A su vez, el cardenal Spellman la destinó a la Sociedad para la Propagación de la Fe, para que fuera distribuida entre los pobres del mundo. Y demandó, en más de una ocasión, que el director de dicha Sociedad -el obispo Sheen- pagara a la Arquidiócesis por la leche en polvo donada. Eran millones de dólares. A pesar de los considerables poderes de persuasión e influencia del cardenal Spellman, Sheen se rehusó a pagar.

Los fondos en cuestión habían sido donados por la gente para las misiones, fondos a los que el mismo Sheen había contribuido y que había recaudado gracias a sus programas. Sentía la obligación de protegerlos, aun de las ansiosas manos de su propio cardenal. Decidido a todo, Spellman apeló el caso al papa Pío XII en persona, en la presencia de Sheen. Luego de examinar los hechos, el Papa manifestó su apoyo a este último. El biógrafo Thomas Reese cuenta que después tuvo lugar una confrontación, donde Spellman profirió:

—Esto no quedará así. Podrá llevarme seis meses o diez años, pero todo el mundo sabrá qué clase de persona eres.

Le llevó menos de diez años. Hacia el otoño de 1957, el obispo Sheen, un ícono católico de los medios de comunicación por más de treinta años, se «retiró» del aire y puso fin a su programa «Vivir vale la pena» («*Life is Worth Living*, en inglés), que estaba en la cumbre de su popularidad. Muchos supusieron que fue el cardenal Spellman quien lo echó de los medios de comunicación (al momento en que el programa fue suspendido contaba con un estimado de treinta millones de televidentes y oyentes cada semana). Súbitamente, este ilustre predicador dejó de ser bienvenido en las iglesias de Nueva York. Spellman canceló también sus sermones anuales de viernes Santo en la Catedral de San Patricio y disuadió a miembros del clero de mantener relación con él. En 1996, Spellman logró que Sheen fuera reasignado a Rochester, Nueva York, lo que puso fin a su dirección de la Sociedad para la Propagación de la Fe.

Por trascendentales que estos hechos puedan ser (y lo son), ningún detalle que concierne a las acciones del cardenal Spellman o a los sentimientos de Sheen sobre ellas es mencionado en esta autobiografía. Estas omisiones nos quieren decir algo muy interesante.

En alguna parte, Sheen escribe: «Algunos curiosos desearían que abra heridas ya curadas; los medios en particular se deleitarían con un capítulo en el que emitiera una sentencia sobre otros [...] “Vivimos en tiempos de asesinos”, donde se busca más el mal en lugar del bien para justificar un mundo con problemas de conciencia». En las páginas que siguen no hay ajustes de cuentas, no hay denuncias. ¡Ah! Pero sí aparecen fugaces referencias a pruebas padecidas «dentro y fuera de la Iglesia» (p. 378) u otras como «Tengo la certeza de que ha sido Dios quien ha hecho que algunas personas me lanzaran piedras» (p. 351). Pero si quieren encontrar una venganza explícita, busquen en otro lado (¡Spellman es incluso elogiado!). En lugar de eso, lo que sigue es una autobiografía muy particular; una que constituye más bien el retrato interno de un hombre -no el externo-, y qué clase de hombre fue el obispo Fulton Sheen.

El papa Pío XII se refirió en una ocasión a Sheen como «un profeta de nuestros tiempos». Fue un hombre que se implicó en todas las facetas de la cultura de manera deslumbrante. Autor de más de sesenta libros y columnista, puso su cultivado ingenio al

servicio del hombre común. Fue un gran innovador a la hora de explicar el Evangelio: apeló con frecuencia a la poesía, la filosofía, la historia, la arquitectura, la música y el arte en general con el fin de llevar su mensaje al corazón de cada uno. Durante sus dieciséis años como Director Nacional de la Sociedad para la Propagación de la Fe, logró recaudar cientos de millones de dólares para combatir la pobreza y donó unos diez millones de dólares de sus ganancias personales a las misiones. Sheen construyó iglesias y hospitales para la población negra y pobre de Alabama, predicó retiros incansablemente, visitó a presos y enfermos, dio charlas que lograron numerosas conversiones y celebró misas en parroquias de todo el mundo.

Sin embargo, acaso sea más conocido por su obra en los medios de comunicación. Antes de la Madre Angélica, Pat Robertson y Joel Osteen, estaba Fulton Sheen. Con su esclavina y solideo rojos, fue un vanguardista de los medios que con frecuencia superaba a Milton Berle y a Frank Sinatra en el *rating*. Por más de cincuenta años se dedicó a transformar una enrarecida teología al idioma de las masas, utilizando la radio y luego la televisión para transmitir un mensaje de esperanza a personas de todas las creencias (o aun a quienes no tenían ninguna).

Recuerdo una vez en la que me encontraba en la necesidad de un favor espiritual, hace alrededor de dieciséis años. Un sacerdote amigo que sabía que trabajaba en televisión me sugirió que fuera a «hacer un trato con el arzobispo Sheen». Siguiendo su consejo, me arrodillé una tarde en su cripta en la Catedral de San Patricio, Nueva York, y le prometí que si intercedía ante Dios por mí, haría todo lo posible para que sus programas volvieran a emitirse en televisión. Sheen respondió a mi oración. Me llevaría varios años cumplir mi parte del trato. Mientras escribo, »Vivir vale la pena« es el programa que le sigue al mío en el canal EWTN [1] cada viernes a la noche.

Hoy, sus programas recuperados digitalmente y difundidos en la web difícilmente produzcan el mismo efecto en los televidentes contemporáneos; los gestos estilizados del siglo XIX, las dramáticas intensificaciones de voz y aquella capa (esclavina) desplegada carecen de la naturalidad que esperamos hoy de las personalidades televisivas. Pero si somos capaces de superar lo visual para concentrarnos en el mensaje, podemos encontrar ricos tesoros.

Esta autobiografía es el último tesoro de los escritos de Fulton Sheen. Es, al mismo tiempo, una mirada al interior de un viaje apostólico y la historia de la Iglesia Católica en el siglo XX. Partícipe del Concilio Vaticano II, Fulton Sheen lanza agudas críticas sobre la interpretación inadecuada de los documentos del Concilio. También desarrolla, acerca del celibato, uno de los argumentos más claros y convincentes que el lector pueda llegar a encontrar (para reafirmar sus conceptos se apoya en Mahatma Gandhi y en Dag Hammarskjöld).

El profesor que hay en Sheen no puede evitar usar esta autobiografía para enseñar, así que al tiempo que aprenderán acerca del hombre, también serán parte de una introspección sobre la naturaleza de la Eucaristía, el Papado y la Virgen María. Se incluyen además recuerdos felices y conmovedores de su larga vida. Son, sin embargo, las revelaciones personales -las lecciones espirituales que aprendió en el sufrimiento- lo que marca la diferencia en este libro.

Estas páginas fueron escritas cuando Sheen atravesaba un período de sufrimiento físico intenso. A partir de 1977, se sometió a una serie de cirugías que debilitaron sus fuerzas y disminuyeron su actividad pastoral. Debió de haber presentido que ésta sería su obra final, porque se puede intuir una cierta urgencia en sus palabras, un afán por enseñar,

sobre todo respecto de la recompensa espiritual que puede encontrarse en el dolor. El último capítulo resplandece con el mismo fervor y determinación de sus últimas homilias a finales del año 1970: proféticas y apasionadas, y libres de toda prevención o prejuicio del pasado.

»Las tres etapas de mi vida, «el último capítulo, bien constituye el broche de oro. Allí, el Obispo admite con honestidad su vanidad, su debilidad por una vida cómoda y sin complicaciones, y dice: »Debí ser sometido a pruebas, tanto dentro como fuera de la Iglesia, antes de que pudiera comprender el sentido pleno de mi vida. No era suficiente ser sacerdote; también había que ser víctima. «Fulton Sheen se volvió finalmente una víctima. Partes de este libro fueron recitadas desde su lecho de muerte mientras se aferraba a un crucifijo. Sus últimas meditaciones sobre la cruz, que concluyen estas páginas, son especialmente conmovedoras.

En la mitad del libro, Sheen pondera algunas preguntas que todos deberíamos considerar: « ¿He servido realmente a la Iglesia como debía? ¿He usado los numerosos talentos que Dios me ha dado? ¿He arrojado fuego sobre la tierra como el Señor nos pidió?». Creo que, en el caso de Sheen, uno debe responder en forma afirmativa. Pocos obispos (o laicos) han hecho tanto bien durante tanto tiempo y con un estilo tan particular. Y la historia continúa.

Ahora está bajo consideración del Vaticano su causa de canonización, lo cual es muy oportuno. Los medios de comunicación necesitan desesperadamente de un patrono (en particular los creadores de *reality shows* y los departamentos de noticias), y nuestra cultura necesita que le recuerden que la santidad, y no el sensacionalismo, perdura y sobrevive. A diferencia de los muchos nombres ilustres que hemos mencionado y que se han atenuado con el paso del tiempo (Clare Boothe Luce, Heywood Broun y George Gobel, por ejemplo), el recuerdo de Sheen permanece vivo no debido a su prestigio televisivo, sino a la notable oportunidad con que expuso la verdad y la pasión con que lo hizo. Existe, sin dudas, un tesoro en esta vasija de barro: el tesoro de una verdad perdurable impartida por un verdadero apóstol.

Raymond Arroyo Miércoles de Cenizas, 2008 Virginia del Norte

TODO DEPENDE DE CÓMO LO MIRE

Cuando se registra la vida de cualquier ser humano, son tres los pares de ojos que la ven bajo luces diferentes. La vida existe:

Como yo la veo.

Como los demás la ven.

Como Dios la ve.

Que quede asentado aquí, al comienzo, que ésta no es mi verdadera autobiografía. La verdadera fue escrita hace veintiún siglos, publicada y anunciada en tres idiomas y llevada a conocer a toda la civilización occidental.

Carlyle se equivocó cuando afirmó que «ninguna vida de un hombre queda registrada fielmente». ¡La mía sí lo fue!, porque sangre fue la tinta, piel el pergamino y una lanza la pluma. Más de ochenta capítulos conforman el libro, uno por cada año de mi vida. Si bien lo releo con frecuencia, nunca leo lo mismo. Y cuando acabo la lectura, siento la necesidad de procurar que, en mi propia autobiografía, todos puedan ver lo que yo quiero que vean. Pero a medida que fijo la vista en las páginas escritas, más me doy cuenta de que todo lo que allí vale la pena fue recibido como un regalo del Cielo. ¿Por qué, entonces, debería gloriarme de ello?

Aquel antiguo volumen autobiográfico era como el sol. Más me alejaba, más profundas y largas eran las sombras que se proyectaban ante mis ojos: remordimientos, arrepentimientos y temores. Pero cuando me acercaba, las sombras caían detrás de mí, menos impresionantes, aunque permanecían como recordatorio de lo que había quedado inconcluso. Mas al momento de tomar el libro en mis manos, ya no quedaron sombras en ningún lado, sino el gozo divino de ser bañado en luz. Fue como caminar directamente bajo el sol, sin espejismos ni fantasmas.

Aquella autobiografía es el crucifijo: la historia interior de mi vida, no a la manera de un orden cronológico, sino de cómo ha sido registrada, grabada y escrita en el Libro de la Vida. No es la autobiografía que aquí narro, sino la autobiografía que me *leo a mí mismo*. En la corona de espinas puedo ver mi orgullo; en las Manos heridas, mi apego a las cosas mundanas; en los Pies heridos, el abandono de mi rebaño; en el Corazón herido, mi amor desaprovechado; y en sus harapos púrpura puedo ver colgando los lujuriosos deseos de la carne. Cada vez que doy vuelta una página de ese libro, mi corazón llora al ver lo que el *eros* ha provocado en el ágape, lo que el «yo» ha provocado en el «tú», lo que el amigo proclamado ha provocado en el amigo Amado.

Pero ha habido partes de la autobiografía en las que mi corazón saltó de gozo, al ser invitado a su Última Cena; cuando me afligí al ver a uno de los míos abandonar su lado para despellejar sus labios con un beso; cuando intenté, sin mucha convicción, llevar el madero hacia el Calvario; cuando me acerqué unos pasos a María para ayudar a quitarle la espada que atravesaba su corazón; cuando albergué la esperanza de ser en mi vida, de tanto en tanto, como el discípulo «Amado»; cuando me llené de gozo al acercar a otras Magdalenas a la Cruz para que fueran *ese amor que nosotros no llegamos a poder dar en medio de todo el amor*; cuando intenté emular al centurión y acercar agua fresca a labios sedientos; cuando, como Pedro, corrí hacia una tumba vacía y luego, en la orilla del mar, sentía mi corazón romperse mientras Él me seguía preguntando una y otra vez a lo largo

de mi vida: «¿Me amas?». Estos momentos son los más edificantes de la autobiografía, que pueden ser narrados como una segunda edición (menos auténtica) de la verdadera autobiografía escrita hace dos mil años.

El contenido de esta segunda edición no es toda la verdad; las Llagas son toda la verdad. Mi vida, como yo la veo, está marcada por el crucifijo. Sólo nosotros dos -el Señor y yo la hemos leído, y mientras pasan los años empleamos cada vez más tiempo en leerla juntos. El contenido será televisado al mundo en el Día del Juicio.

Lo que están por leer es, así y todo, la verdad, pero un nivel inferior de verdad: la narración de una joya y de su montura; del tesoro y su envoltorio, de la flor y su estanque.

¿Cómo veo yo, entonces, mi vida? La veo como un sacerdote. Esto significa que ya no soy yo mismo, sino que en cada momento de mi existencia actúo en la persona de Cristo. Así como un embajador estadounidense siempre es juzgado como representante en un país extranjero (tanto en su tiempo libre como en su tiempo profesional), también el sacerdote es siempre un embajador de Cristo. Pero esto es sólo una cara de la moneda. El sacerdote sigue siendo un hombre.

Es por eso que el título de esta autobiografía es *Tesoro en vasija de barro*. Ha sido tomado de una carta que San Pablo escribió a los corintios acerca de sí mismo y de otros apóstoles, donde se consideran como nada mejor que «cuencos» de loza de barro cocido donde está alojado el tesoro. El ejemplo también podría haber sido las lámparas de arcilla donde se ponía aceite para hacer luz. He elegido este texto para mostrar el contraste que existe entre la grandeza de la vocación al sacerdocio y la fragilidad de la naturaleza humana que la alberga. Tenemos el impresionante poder de actuar *in Persona Christi*, es decir, de perdonar los pecados más repugnantes, de trasladar la Cruz del Calvario al altar, de otorgar el nacimiento divino a miles de niños en la pila bautismal y de acompañar a las almas en su lecho de muerte al Reino de los Cielos.

Pero, por otro lado, somos como cualquier otro. Tenemos las mismas debilidades que cualquier persona: algunos por la bebida, o una mujer, o un dólar o un deseo de subir un poco más alto en la jerarquía del poder. Cada sacerdote es un hombre con cuerpo de barro. Para mantener el tesoro puro debe estirarse en una cruz de fuego. Nuestra caída puede ser mucho mayor que la caída de otros debido a la altura desde la que tropezamos.

De todos los hombres malos, los religiosos malos son los peores, porque son los que han sido llamados a estar más cerca de Cristo.

Es por ello que resulta difícil para alguien con este llamado escribir una autobiografía, porque en ella queda representada la aterradora tensión entre la dignidad de la vocación y la corruptibilidad del barro. Como escribió el cardenal Newman: «No podría soportar el escrutinio de un ángel; ¿cómo entonces podría verte a Ti y vivir? Debería ser reducido a fuego como la hierba, si acaso fuera expuesto al brillo intenso de tu Rostro». Pero en el centro candente de esta tensión entre la divinidad de la misión y la débil instrumentación humana, siempre fluye el amor de Cristo. Él nunca permite que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas; e incluso nos ama en nuestras debilidades, ya que el Buen Pastor ama a los pastores perdidos tanto como a las ovejas perdidas. La tensión es mayor, quizás, para aquellos que intentan amarlo con una entrega total.

Pero el modo en que veo mi vida conforme a mi vocación es diferente al modo en que otros podrían verla. Es por ello que existen tanto biografías como autobiografías. Incluso

las biografías difieren entre sí: la vida de Cristo que Juan dejó en su Evangelio es muy diferente a la vida que Judas habría escrito, de haber usado una pluma en lugar de una soga. En general, no se escriben biografías hasta que uno se vuelve una celebridad. O hasta que una persona no tan conocida como para conversar con ella se vuelve lo suficientemente conocida como para hablar *sobre* ella.

Shakespeare dedujo esto:

*El mal que hacen los hombres les sobrevive,
el bien queda frecuentemente enterrado con sus huesos.*

Pero cuando llega el momento de escribir acerca de un obispo a quien le han dado un trono a unos metros por encima de los demás, aflora el peligro de que sea visto con pompa y dignidad. Una vez más, apelando a Shakespeare:

*Pero el hombre, el hombre orgulloso,
investido en pequeña y breve
autoridad, ignorante de lo más seguro*

*—su esencia de espejo- como un mono
enfurecido realiza ante el cielo fantásticas
piruetas que hacen llorar a los ángeles.*

Cuando uno disfruta de algo de popularidad, como la que el Señor me ha dado en gran medida, se acostumbra a ser elogiado y respetado más allá de lo que corresponde. Como me escribió un niño en mi 84. ° cumpleaños: «Deseo que tengas un feliz cumpleaños. Deseo que vivas muchos años más y deseo que algún día seas Papa».

Al final de una larga vida, uno se da cuenta, por lo general, de que hay dos tipos de cosas: las que son muy buenas para ser verdad y las que son muy malas para ser verdad. El exceso se encuentra en el lado del reconocimiento, que consiste ciertamente en un tributo a los laicos que ven al sacerdote como realmente debería ser: «otro Cristo».

El Señor no escoge al mejor. Yo no he sido llamado porque Dios, en su divina sabiduría, vio que podría ser mejor que otros. *Incluso el amor de Dios es ciego*. Conozco miles de hombres que merecen, mucho más que yo, ser sacerdotes. Con frecuencia Él elige instrumentos débiles para así manifestar su poder; de otra manera, parecería que es el barro quien hace el bien, y no el Espíritu. El Señor llegó a Jerusalén en un asno. Puede ir a Nueva York y Londres por el pasillo central de cualquier catedral en figura humana que no será mucho mejor. Él no tiene en gran estima a quienes lideran las encuestas de popularidad: «Ay de ustedes, cuando todos los hombres hablen bien de ustedes. «

Esto parecería poner al Evangelio bajo una luz repulsiva, pero lo que nuestro Señor quiso decir es que podemos comenzar a creer los recortes de periódicos que hemos guardado y ser arrastrados por lo que el mundo piensa de nosotros. Usualmente, cuanto más aceptamos las opiniones populares, menos tiempo nos ponemos de rodillas a examinar nuestra conciencia. El mundo externo se vuelve tan lleno de luz incandescente que nos hace olvidar la luz interior. El elogio con frecuencia crea en nosotros la falsa impresión de que lo merecemos. Con los años, nuestra reacción cambia: al principio nos da vergüenza y nos ponemos nerviosos; luego nos encanta, aunque aseguremos que nos entra por un oído y nos sale por el otro (¡pero queremos que entre!). Y la última etapa

tiende a caer en el escepticismo, cuando nos preguntamos qué es lo que realmente quiere quien elogia.

Finalmente, está mi vida como la ve Dios. Aquí el juicio es completamente diferente. El hombre lee el rostro, pero Dios lee el corazón. David no fue elegido por su buena apariencia, ni Elías rechazado por la suya. Dios asumió un gran riesgo cuando nos dio libertad, al igual que los padres cuando la dan a sus hijos. El profeta Jeremías nos cuenta una historia muy bella acerca de la diferencia entre el ideal que Dios tiene para cada uno y cómo en verdad nos hacemos. Dios escribe el epitafio final; no en monumentos sino en corazones. Yo sólo sé que aquellos que hayan recibido más talentos serán más estrictamente juzgados. Cuando se le ha dado mucho a un hombre, se le exigirá mucho; y cuanto más se le haya confiado, más se le pedirá a cambio. Dios me ha dado no solamente una vocación, sino que la ha enriquecido con oportunidades y regalos: esto significa que exigirá que le pague un alto impuesto a las ganancias en el Día Final.

No sé cómo Dios me juzgará, pero confío en que me mirará con misericordia y compasión. Sólo tengo la certeza de que habrá tres sorpresas en el cielo. En primer lugar, podré ver a algunas de las personas que no esperaba ver. Segundo, muchos a quienes esperaba ver no estarán allí. Y, aunque confíe en su misericordia, la mayor sorpresa de todas quizás sea que yo estaré allí también.

MOLDEAR EL BARRO

Al barro hay que moldearlo y esto tiene lugar, sobre todo, en la familia, algo mucho más sagrado que el Estado. El molde determinante de mis primeros años fue la decisión de mis padres de que estuviera bien educado. Esta resolución nació, no de su propia educación, sino de su *falta* de educación. Mi padre nunca pasó de tercer grado porque sintió que lo necesitaban en la granja. Mi madre no había pasado de octavo grado, en tiempos donde había un solo docente para todos los cursos.

Del lado de mi madre, mis dos abuelos provenían de Croghan, una pequeña aldea del condado de Roscommon, en Irlanda, cerca del pueblo de Boyle. Mi abuelo paterno (a quien nunca conocí, ya que murió cuando yo era bastante pequeño) nació también en Irlanda. Mi abuela paterna, por otro lado, nació en Indiana. Lamentablemente, también ella murió antes de que tuviera la edad suficiente para conocerla.

Mi padre, Newton Sheen, y mi madre, Delia Fulton, eran dueños de una tienda de ramos generales en El Paso, Illinois, a casi cincuenta kilómetros al este de Peoria. Un día, mi padre envió al chico de los mandados de la tienda a buscar mercadería al sótano. El chico -que más tarde se volvería el banquero del pueblo- vio a su padre entrar por la puerta de entrada justo cuando subía por las escaleras. Estaba fumando un cigarrillo, algo execrable para un menor en aquellos días. Con miedo a ser descubierto, lo tiró por las escaleras. Cayó en un barril de 190 litros de gasolina y toda el área comercial de El Paso se incendió. Quizás para recuperar las pérdidas (y para ganarse la vida), mi padre se mudó a una granja que había heredado del suyo.

Desde una muy temprana edad fue evidente mi disgusto por cualquier cosa que estuviera asociada a la vida de campo. Mi padre contaba con frecuencia que, de niño, en una ocasión tomé una sierra y destruí el gancho que conectaba un vagón al mejor remolcador de mercaderías que poseía. En aquella época, éramos dos hermanos en la familia: yo era el mayor y me seguía Joe, con dos años menos. Supongo que ser pobre crea en uno el deseo de ser rico; pero, de cualquier manera, el afán de educación de mis padres hizo que decidieran que sus hijos debían estar bien educados. Así que nos

mudamos a Peoria para que yo pudiera anotarme en la escuela parroquial Santa María y comenzar así una educación cristiana. Fue en este punto de mi vida donde me dieron el nombre de Fulton. Parece que lloré por casi los dos primeros años de mi vida. Unos años después, me moría de la vergüenza cada vez que visitábamos parientes y un médico de la familia siempre comenzaba la conversación con mi madre diciendo: «Ah, este es el niño que nunca dejaba de llorar». Me volví una carga tan grande para mi madre que sus propios padres la consolaban con frecuencia.

Parientes y amigos solían decirle a mi madre, en tono de broma: «Ah, es el bebé de Fulton». Cuando me anoté en la escuela parroquial, le preguntaron a mi abuelo Fulton cuál era mi nombre, y él contestó: «Es Fulton». Si bien me habían bautizado como Peter en la Iglesia de Santa María en El Paso, Illinois, ahora me llamaba Fulton. Con el tiempo, mi hermano Joe se recibió de abogado en Chicago. Tom, el que le seguía, de médico en Nueva York, y el cuarto, Al, se dedicó a la industria: los hijos de Newton y Delia Sheen sí que recibieron una educación. Treinta o cuarenta años después, cuando me llevaron a un hospital de Nueva York luego de que colapsé en un estudio de radio, mi hermano médico descubrió que de niño había tenido tuberculosis, lo que producía mis copiosos llantos. Las lágrimas habían producido a su vez calcio, que ayudó a curar la enfermedad y me dio un par de pulmones bien fuertes. De cualquier manera, luego de adoptar el nombre de John en mi Confirmación, pasé a ser Fulton John Sheen.

Mi maestra de primer grado fue la Hermana Alexine. Estuve en contacto con ella no sólo durante mi secundaria, sino también luego de mi ordenación y hasta su muerte. Nunca pareció envejecer un día. Enseñando a los jóvenes, se mantuvo joven. La virtud preserva mucho más la juventud que cualquier pomada de Elizabeth Arden. La Hermana nunca pareció recordar el día en que me encerró en el salón de clases, durante unos minutos, por haberla desobedecido. Sospecho que no quería recordar. Pero yo sí que recordaba la ocasión muy bien, y el encierro pareció durar años. No me afectó en lo absoluto.

En uno de mis primeros años de escuela, probablemente el primero, debí quedarme después de clases porque no había aprendido a escribir *which*. Intenté de muchísimas maneras, pero no había caso. Una niña me susurró por detrás »w-h-i-c-h«. Me la encontré otra vez en la casa de unos viejos amigos cuando ella tenía 83 años y le agradecí por haber impulsado mi educación, *la cual* (en inglés, *which*) se hubiera visto obstaculizada de no ser por su susurro.

Todavía en mis primeros años, recuerdo contarle a mi madre que había perdido el primer puesto en un certamen de ortografía ante Margaret Kennedy. No supe cómo escribir *thralldom* (el diccionario *Merriam-Webster* permite hoy la opción con una l, tal como yo la escribía). Continuamente me esforzaba por ser el mejor de la clase, y solía llegar a casa con medallas e imágenes religiosas, pero mis padres nunca me felicitaban.

Ocasionalmente, mi madre me decía algo como «bien hecho», pero no mi padre. Una vez hablé con mi madre sobre el tema y le pregunté por qué mi padre nunca me felicitaba. Su respuesta fue: «No quiere malcriarte, pero se lo cuenta a todo el mundo».

Me hice monaguillo a los ocho años, y solía servir en la misa de la Catedral de Santa María, en Peoria, Illinois. Una mañana temprano, me tocó una misa con el gran obispo John L. Spalding. En aquella particular ocasión, se me cayó la vinajera sobre el piso de mármol. No existe explosión atómica que pueda igualar, en la intensidad de decibeles, al ruido y a la fuerza explosiva que una vinajera produce cuando cae al piso de mármol de una catedral en la presencia de un obispo. Estaba aterrado. ¿Qué diría el Obispo?

Cuando acabó la misa, Spalding me llamó, me tomó de los hombros y me dijo:

—Muchacho, ¿a dónde irás a estudiar cuando seas grande?

Para un chico de ocho años, «ser grande» era ir a la secundaria.

—Al Instituto Spalding —le respondí. Era la escuela secundaria que llevaba su nombre.

Debo admitir que mi respuesta fue bastante diplomática, pero a esa edad no tenía mucha conciencia de lo que significaba la diplomacia.

El obispo intentó de nuevo:

—Dije «cuando seas grande». ¿Has oído hablar de Lovaina?

—No, Monseñor.

—Muy bien, ve a tu casa y dile a tu madre que yo te dije que cuando seas grande irás a Lovaina. Y, algún día, serás como yo.

Le conté a mi madre lo que el Obispo me había dicho y ella me explicó que Lovaina era una de las

Nunca me detuve a pensar en la afirmación del Obispo hasta dos años después de mi ordenación, cuando puse pie en Lovaina para comenzar la universidad. Pensé: «Ah, éste es el lugar a donde me dijo el Obispo que fuera». Ni tampoco me acordé de su profecía acerca de ser obispo, ya que era sólo el sacerdocio lo que buscaba.

En quinto grado nos dividieron en grupos de niños grandes y pequeños. Yo estaba entre los pequeños.

Se había organizado un certamen de aritmética entre los David y los Goliat. Un niño llamado Ed fue elegido para representar a los Goliat y yo fui elegido para representar a los David. Nos pusieron en un salón con los dos grupos mirando y alentando. Los pizarrones fueron dispuestos en ángulo recto para que nadie pudiera copiar. Una hermana de los Goliat leía un problema y luego hacía lo mismo una hermana de los David. Pasó la media hora y el certamen se puso muy tenso: los estudiantes aplaudieron cuando nosotros terminamos justo al mismo tiempo. Luego la hermana de los Goliat leyó un problema que yo ya conocía, y me puse a trabajar en él de inmediato. Ed aún aguardaba a que terminaran de leer. Yo ya había acabado de resolverlo antes de que él pudiera empezar. La hermana del aula superior se enfureció tanto de que uno de los David le ganara a su Goliat que me lanzó el libro de aritmética, pero no apuntó bien y falló.

Luego de la escuela parroquial, me anoté en el Instituto Spalding, dirigido por los Hermanos Maristas. Eran excelentes docentes, muy dados a la disciplina, pero muy queridos también. Uno de mis compañeros fue Jimmy Jordan, quien luego se volvió conocido en la radio como Fibber McGee. Al otro lado de la calle, en la Academia de Nuestra Señora, había una niña que más tarde en la radio fue Molly, la esposa de Fibber. A una cuadra de la secundaria de Peoria vivía un niño que, si bien ninguno de nosotros lo conocía, luego se hizo conocido como Andy, parte del famoso equipo de radio *Amos 'n*

Andy. Así es que Peoria produjo tres personalidades famosas de radio por aquellos

tiempos, e incluso una cuarta, si el lector es benévolo.

Cada año, con el propósito de juntar fondos para Spalding, los estudiantes dábamos una obra de teatro. Tal como arrojaron las evaluaciones, yo no tenía ningún tipo de habilidad teatral, pero los Hermanos se veían, de alguna manera, en la necesidad de incluirme en las obras debido a que mi padre había pagado por el programa. Todavía recuerdo el único diálogo que tuve, bastante mediocre. Alguien estaba a punto de matar a mi padre y yo debía decir: «Ten piedad de él, en nombre de tu pequeño Ángelo».

Terminé el cuarto año de secundaria con las mejores calificaciones de la clase, pero los hermanos, por alguna razón, nunca estuvieron muy satisfechos con la idea de que fuera el orador de la graduación. A fin de año, se solía entregar una medalla de trigonometría al mejor promedio en dicha materia. Ralph Buechel y yo estábamos empatados, cada uno con un 100% de nota final. Para desempatar, fuimos sometidos a un examen especial donde nos dieron tres problemas de trigonometría. Al tercero yo lo recordaba del manual de la materia, por lo que ni bien el Hermano comenzó a leerlo, yo me puse a resolverlo de memoria. Cuando nos dieron las notas, yo obtuve un 66,66%, y Ralph un 100% y la medalla. Un tiempo después le dije al Hermano:

—Creo que el tercer problema lo resolví correctamente, porque lo recordaba del manual.

—Ah, sí —me respondió—. Sí, estaba correcto según el manual, pero no me estabas escuchando, así que cambié el ángulo del mástil y esa es la razón por la que perdiste la medalla.

Después de la secundaria, me inscribí en la Universidad de San Viator (no sigue funcionando, pero la recuerdo bien). Dirigida por los Padres Viatorianos, en ella estaban - entre otros notables docentes- el profesor Kenyon, de Harvard, quien nos dio una excelente formación en Shakespeare; el padre Bergan, una de las grandes inspiraciones de mi vida, profesor de filosofía; el padre McGuire, un converso del ministerio anglicano, graduado en Oxford; y el Dr. Potter, graduado de la Escuela de Economía de Wharton.

Durante el año escolar, los estudiantes solíamos rezar el Rosario todos los días. Cuando hacía buen tiempo, en el campo de fútbol americano; de lo contrario, en el gimnasio. Yo fui elegido por los estudiantes para guiar el rezo del Rosario. Una tarde en particular estábamos en el gimnasio, donde al fondo había un escenario preparado para un debate con una universidad de Iowa. Yo era parte del equipo de debate. El hecho de pensar en que aquella noche tendría que estar sobre el escenario me distrajo tanto que no pude terminar el Rosario. Creo que todos los nervios que tuve en mi vida se debieron de haber concentrado en esos pocos minutos, porque de allí en adelante nunca estuve realmente nervioso ante un público.

El molde del barro se hizo con mucho sacrificio por parte de mis padres, que renunciaron a cualquier clase de comodidad o lujo con el fin de que sus hijos estuvieran bien vestidos y cuidados. Nuestra vida familiar era simple y el ambiente del hogar, cristiano. Bendecíamos la mesa antes y después de las comidas; si había visitas, no teníamos permitido sentarnos a comer sin saco y corbata; rezábamos el Rosario cada noche; los sacerdotes de la catedral pasaban por casa una vez por semana y nuestros parientes de El Paso venían con frecuencia.

Recuerdo una vez que recibí una paliza de mi padre. Teníamos un caballo en el establo

detrás de la casa, que usábamos como medio de transporte familiar durante la semana y los domingos. En esta ocasión era mi turno de alimentar a Morgan, nuestro caballo, lo que hice a la hora pautada. A la noche, mi padre llegó y me preguntó si le había dado de comer; le dije que sí. Morgan debió haber estado particularmente hambriento ese día porque al parecer no quedó nada de heno en el comedero. Mi padre pensó que le había mentado y me dio una zorra. Fue una palmada en el trasero aplicada con gran destreza. No hay nada que desarrolle el carácter de un niño como este tipo de golpes, siempre que se den con la frecuencia, fuerza y puntería adecuada. Me quejé más tarde con mi madre, asegurándole que sí había alimentado al caballo, y ella corroboró la verdad de mi relato. Mi padre dijo:

—Lo siento, pero te servirá para la próxima.

No recuerdo cuándo fue la próxima, ya que pasé el resto de mi vida sin zurras, mas no sin reprimendas.

Ahora que miro atrás a aquellos días, me vuelven a la memoria grandes diferencias en el orden económico. Mi padre vendía maíz a cincuenta centavos la bolsa y el trigo a un dólar, lo que era considerado extremo en aquel tiempo, antes de que Rusia comenzara a comprar nuestro trigo. Pero la diferencia en el índice de precios se veía mejor en el hecho de que casi todos los días, excepto los viernes, me enviaban a la verdulería a comprar treinta centavos de carne. El carnicero casi siempre añadía alguna salchicha vienesa -hoy llamadas *hot dogs*- con cada compra. Esos treinta centavos eran suficientes para alimentar a toda la familia -padre, madre, abuelos y cuatro hijos- y sin escatimar. La leche costaba un centavo el litro, aproximadamente.

Llevábamos una cuenta corriente en una de las verdulerías. Cuando tenía nueve años, de camino a la escuela puse a cuenta una caja de galletas *Nabisco*, que en aquellos días valía alrededor de diez centavos. Cuando mi padre descubrió el engaño me dio una corta pero severa lección sobre la honestidad.

También recibí una lección sobre el mismo tema la vez que robé una flor de geranio que se exhibía al frente de una verdulería. Había visto el anuncio de geranios a diez centavos la planta. Sabía que mi madre conservaba geranios en latas de tomates afuera, en el alféizar de la ventana. Por lo que, asumiendo que le estaría haciendo un favor, tomé una de las flores, la llevé a casa al mediodía y le dije a mi madre:

—Mira, Mamá, tengo un geranio para ti.

Luego llegó la inquisición:

— ¿Tú la compraste?

—No, mamá.

— ¿La robaste?

—Sí, mamá.

Entonces me hizo traer mi alcancía y sacudirla hasta que cayeran cincuenta centavos. Le objeté el hecho de que la planta sólo costaba diez centavos y que una flor sola no podía valer cincuenta. Pero ella insistió con que restituyera todo ese monto. Mi acto deshonesto

entonces, castigado con la restitución, me enseñó de por vida que la honestidad es siempre lo más recomendable. De cualquier manera, cuando le llevé el dinero al señor Maden, me dio dos macetas de geranios.

En época de clases, mis padres -ambos muy partidarios del esfuerzo y el trabajo duro- siempre nos enviaban a una de las dos granjas que tenían en aquel entonces al este y al oeste de Peoria. El arrendador solía contratar a los muchachos Sheen los fines de semana y en los veranos. Una vez, en un momento de respiro con tanto trabajo pesado en la granja -mi padre y unos amigos suyos estaban reunidos-, un vecino alegre y grandote le dijo a mi padre:

—Oye, Newt. Ese hijo tuyo, el mayor, nunca servirá para nada. Siempre tiene la cabeza metida en un libro.

Mis hermanos más bien disfrutaban del trabajo en el campo; yo lo sufría. Cada vez que veo miles de jóvenes que al correr van vestidos con pantalones jean, me acuerdo de la vergüenza que me daba usar los overoles de entonces. Desde el punto de vista de la moda, no se podía caer más bajo.

A aquellos que me conocen les cuesta caer en la cuenta de que hubo una época en mi vida en la que labré rastrojos de maíz, hice heno a la luz del sol [2], domé potros y potrillos, cepillé caballos, limpié sus sucios establos, ordeñé vacas de mañana o de noche... Y en los tiempos fríos y húmedos, desgrané maíz, alimenté a los cerdos, cavé hoyos para las cercas, apliqué bálsamo en los caballos cortados por alambres de púa, combatí a los bichos bolita el mismo día que llegó un circo a la ciudad... y discutía con mi padre, cada día, sobre el hecho de que el trabajo de campo no era una buena vida y que sólo podías hacer una fortuna si hallabas petróleo [3].

Aunque nunca lo haya expresado en tantas palabras, fui criado y educado en la ética del trabajo. Las Escrituras describen al trabajo como una consecuencia del pecado, «la maldición más terrible». No es que me desagradaba trabajar; me desagradaba trabajar en el campo. Tanto mi madre como mi padre eran muy trabajadores. Recuerdo a nuestros familiares, cuando nos visitaban, decir en la cocina: «Dile a la tía Dee que nos deje el trabajo a nosotros»; así llamaban a mi madre, Delia. Mi padre, cada vez que podía visitar a los arrendadores, ayudaba a construir establos, a cosechar y a hacer cualquier cosa que lo mantuviera ocupado. Quizás se deba al adiestramiento de mis padres o quizás yo siempre lo tuve arraigado: al hábito de trabajar nunca lo vencí. ¡Gracias a Dios!

Un día, a los diez años, estaba jugando al béisbol en un terreno cerca de casa, en Peoria. Mi madre me llamó para que fuera a la verdulería a comprar algo que necesitaba con urgencia para la cena. Yo le hice oír mis quejas:

— ¿Por qué ahora, en medio del juego? ¿No puedo esperar a que acabe? Nos falta jugar dos entradas.

—Estás haciendo ejercicio —me respondió—. ¿Qué diferencia hay entre correr por las bases y correr hasta la verdulería?

Años más tarde, cuando sucumbí a la sabiduría de Tomás de Aquino, encontré la respuesta a esa pregunta. Se pregunta este entendido filósofo: « ¿Qué diferencia hay entre el trabajo y el ocio?». Y se responde: «El trabajo tiene un propósito; el ocio no tiene ninguno, y en la vida debe haber tiempo para cosas que no tienen un propósito, aun las

insensateces. «Pero cuando aprendí esta distinción, ya era tarde para darle una respuesta ingeniosa a mi madre. Ella ya no me llamaba para sacarme de mis libros.

Volviendo a la cuestión educativa, la Universidad de San Viator era también un seminario para la formación de sacerdotes. Cuando me gradué, el obispo Edmund Dunne de Peoria me envió al seminario de San Pablo, en San Pablo (Minnesota) a terminar mis estudios para el sacerdocio. Eran estos los días de la Primera Guerra Mundial: la comida era escasa y yo tuve que operarme de una úlcera. Los cursos eran muy buenos, en especial los de Sagradas Escrituras, Historia y Teología moral.

Nuestro profesor de Música en canto gregoriano debía enseñarnos a todos, tuviéramos oído o no. Yo estaba entre los que no acertaban ninguna nota. Grace Moore luego lo confirmó. Veinte años después, no obstante, cuando regresé a dar una conferencia al auditorio en San Pablo, quien me presentó fue este profesor de música, y elogió mi voz de mis años de estudio. Estoy seguro de que el buen hombre no mintió con intención; simplemente tenía mala memoria. Dicen que cantar es un derecho universal; ciertamente nunca fue el mío. Yo no cantaba bien ni siquiera en la ducha.

El sábado 20 de septiembre de 1919, fui ordenado sacerdote, por la gracia de Dios, en la Catedral de Peoria. Las conmociones que el Espíritu Santo había implantado en mi alma estaban ahora consumadas. ¿Realmente lo estaban? Ya era sacerdote. Sí. ¿Pero no es ésta la mitad de la historia? Nunca me hice esta pregunta el día en que me ordené. Con el tiempo, y no por el camino fácil, aprendería que un sacerdote es también una víctima. Pero hablaremos de ello más adelante.

Inmediatamente después de la ordenación, me enviaron a la Universidad Católica de Washington para el doctorado en Filosofía, que me llevaría tres años de residencia y estudio. Algunos de los profesores eran brillantes, como el Dr. Edward Pace y el famoso Dr. John A. Ryan, líder nacional en ética social. Los fines de semana me ponían a disposición de diferentes parroquias de Washington, una costumbre que las autoridades de la Universidad no veían con buenos ojos. El venerable monseñor Mackay me invitó a dar un curso sobre la Cuaresma en la Iglesia de San Pablo. Yo tenía apenas veinticuatro años en aquel entonces y cuando golpeé la puerta de la casa parroquial, el buen monseñor me echó un vistazo y dijo:

—Vuelve ya mismo a la sacristía con el resto de los monaguillos.

En la lluvia, y con un sobretodo que tapaba mi alzacuello, no me reconoció como sacerdote.

El mismo año me ofrecieron officiar la Semana Santa en la Iglesia de San Patricio, en Washington. La liturgia en esa semana es algo diferente a la del resto del año y estaba un poco preocupado por si la celebraría bien. Una de las directrices que nos habían dado en latín, durante el curso de la liturgia del Sábado Santo, era la de cantar el Aleluya tres veces. Hay alrededor de 49 notas en ese Aleluya, que serían un desafío incluso hasta para un tenor como Caruso. Hice lo mejor que pude para darle voz a todas esas notas del misal. Cuando terminé, di un suspiro de alivio, pero el viejo monseñor Thomas, el pastor -que tenía unas medias violetas-, me gritó desde la sacristía, con la fuerza suficiente para que oyera toda la congregación:

— ¡Otra vez!

Lo canté otra vez, sólo porque me había dado la orden de hacerlo. Cuando hice este segundo esfuerzo, me gritó nuevamente, todavía más fuerte:

— ¡Otra vez!

Y así lo hice, con renuente obediencia y sintiéndome un poco idiota por todo el episodio. Pero luego noté, al final de la directriz en latín de cantar el Aleluya en la liturgia, la palabra *ter*, que significa tres veces. Esta anécdota me recuerda siempre a la historia del hombre que podía elegir casarse con una bella criada, desconocida, o con una fea cantante de ópera, muy famosa. Y eligió a la cantante de ópera. La mañana siguiente a la luna de miel, la miró y le dijo: «Por el amor de Dios, ¡canta!».

Luego de dos años estudiando en la Universidad, sentí que la educación que recibía no era suficiente para merecer el grado de Doctor en Filosofía. Le confié mi preocupación a uno de mis profesores.

— ¿Qué educación te gustaría tener? —me dijo.

—Me gustaría saber dos cosas —le respondí—: primero, en qué piensa el mundo moderno. Segundo, cómo puedo hacer frente a los errores de la filosofía moderna a la luz de la filosofía de santo Tomás.

—Nunca encontrarás eso aquí, pero sí en la Universidad de Lovaina, en Bélgica.

En septiembre de 1921, fui a Lovaina, Bélgica, e ingresé en la Escuela de Filosofía. Mi hermano Tom vino conmigo a estudiar Medicina en la misma universidad. No importa cuántos años viva, nunca seré capaz de expresar el profuso agradecimiento que siento por esta gran universidad: por la excelencia de los profesores, la inspiración de su liderazgo y el aporte que hizo al desarrollo de la mente humana. No había cursos opcionales u optativos; todos eran obligatorios. Así tuvimos que aprender Metafísica, Psicología experimental, Psicología racional, Cosmología, Aristóteles, el tiempo y el espacio en la filosofía de la Modernidad. Los cursos eran parte del plan de estudios para todos los candidatos al doctorado. En cada área de conocimiento se ponía un especial énfasis en el pensamiento contemporáneo. Pero, junto a las últimas actualizaciones, nos hicieron sumergir en Aristóteles, Platón y los filósofos antiguos, así como en la filosofía de Tomás de Aquino.

Los profesores no trataban a santo Tomás como si perteneciera a los tiempos medievales; él era nuestro coetáneo. No había lecturas asignadas, pero todos asumíamos que cualquier libro que un profesor sugiriera en clase podía aparecer en el examen oral final.

El profesor más brillante que tuve fue el Dr. Leon Noel, cuyo apellido, escrito al revés, es igual que su nombre. Uno de los cursos que impartió fue acerca de la filosofía de Bergson, que era en aquel momento el pensador francés dominante. Otro fue sobre el Pragmatismo americano. En una ocasión, me llamó a su oficina y me dijo:

— ¿Has leído las conferencias Gifford [4] del Dr. Alexander?

Le dije que no.

—Bueno —prosiguió—. Han sido publicadas hace, al menos, treinta días. Te recomiendo

que leas los dos volúmenes. Luego ve a la Universidad de Manchester, en Inglaterra, y consulta al Dr. Alexander.

Samuel Alexander había ganado una medalla del rey Jorge por su tratado filosófico sobre *Espacio, Tiempo y Deidad*. Su tesis era que la deidad estaba en evolución. Le pregunté al Dr. Alexander si me permitiría ir a alguna de sus clases. No recuerdo si me respondió «Es sobre Kant» o «No puedo5] «]; la cuestión es que se negó. Pero sí me invitó a tomar el té aquella tarde. Cuando me dirigí hacia el lugar designado, vi un anuncio que rezaba: «Esta tarde, a la hora del té, habrá un debate entre el Dr. Alexander y el Dr. Sheen, de la Universidad de Lovaina». Yo no había terminado aún mi doctorado en Lovaina, ni estaba calificado para representar a la Universidad. Pero dispusieron una mesa de té en el medio de una sala, para el Dr. Alexander y para mí. Cientos de estudiantes se sentaron alrededor, en otras mesas, para escuchar el debate. El Dr. Alexander comenzó:

—Bueno, ¿qué le gustaría saber?

Me di cuenta, por primera vez, lo que se debe sentir sentarse a los pies de la Divina Omnisciencia.

—Usted no cree que Dios es infinitamente perfecto, ¿verdad? —le pregunté.

— ¿Ha leído mis libros? —respondió.

—Sí, los he leído dos veces.

—Bueno —me dijo—, si en verdad los ha leído con algún grado de inteligencia, sabrá entonces que yo creo que Dios es perfecto.

—Déjeme explicarle su punto de vista, tal como yo lo he entendido.

Allí expliqué que la posición del Dr. Alexander parecía considerar a Dios como un «anhelo», un empeño, siempre un nivel por encima del nivel actual de evolución.

—Cuando sólo había espacio-tiempo, Dios era un químico; cuando llegaron a existir los químicos, Dios era el ideal de una planta; cuando existieron las plantas en el universo, Dios era el estado ideal de un animal; cuando existieron los animales, Dios era el estado ideal de un hombre. Ahora que existe el hombre, Dios es un ángel. Algún día llegaremos a ese estado. Dios seguirá un paso más adelante, como el Anhelado del universo.

—Exactamente —me dijo—. Esa es mi teoría. La ha entendido a la perfección.

—Bueno, Dr. Alexander —respondí—, su Dios no es perfecto. Está en camino hacia la perfección. Un Dios Perfecto sería uno que, en cada momento de su existencia, tiene la plenitud de su perfección.

—Nunca me lo habían hecho ver de esa manera —dijo.

Le pregunté si estaría interesado en leer la filosofía de Tomás de Aquino.

—No —me respondió—. No estoy interesado porque uno no se hace conocido en este mundo a través de la Verdad, sino a través de la novedad. Y mi teoría es una novedad.

Los exámenes para el doctorado en la Universidad de Lovaina eran orales. Alrededor de veinte estudiantes o candidatos eran admitidos a un gran salón, donde veinte profesores estaban sentados en veinte escritorios. Cada estudiante podía elegir cualquier escritorio que prefiriera, en general aquel cuyo profesor era considerado como el «más fácil». El profesor entonces comenzaba a hacer preguntas hasta que ya no podías responder, momento en el que te hacía pasar a otro escritorio. El examen duraba todo el día. Al final, cada profesor decidía su propia calificación y luego entre todos acordaban para decidir una calificación final.

Cuando me tocó el escritorio del Dr. Noel, me preguntó:

—Explique cómo un ángel realiza un silogismo.

—Un ángel no necesita pasar por el proceso de razonamiento —le respondí—; más bien tiene una inteligencia intuitiva y, por lo tanto, ve las conclusiones tan claramente como nosotros vemos que la parte nunca puede ser más grande que el todo. Por consiguiente, un ángel no puede realizar un silogismo.

Un tiempo después, cuando tuve la oportunidad de conocerlo bien, le recordaba mi examen y por qué me había hecho esta pregunta. pregunté

—Seguramente recuerdas las lecciones sobre la filosofía de Bergson, cuando dije a la clase: «Q

Al tiempo, trabajando en Roma en el *Angelicum*, leí cada una de las oraciones que santo Tomás alguna vez escribió, por lo menos una vez.

La Universidad tenía todavía un grado más alto, llamado *agrégé*) agregado. («Esto significaba que uno se volvía un agregado a la facultad. Había varias condiciones para recibir este honor: uno, la Universidad debía hacer la invitación; dos, había que escribir un libro; y tres, había que aprobar un examen público ante profesores de otras universidades. Recibí la invitación para ser un *agrégé*. Como no era necesario permanecer en Lovaina para esto, fui a Roma durante un año e ingresé al *Angelicum*, ahora referido - más apropiadamente- como la Universidad de Santo Tomás de Aquino, y a la Pontificia Universidad Gregoriana, a estudiar teología. Luego me invitaron a dar un curso de Teología al Seminario de Westminster, en Londres.

Llegó el día en que debía rendir el examen de *agrégé* ante los profesores invitados de otras universidades. Comenzó a las nueve de la mañana y duró hasta las cinco de la tarde. Después se eligió un consejo, a partir de los profesores invitados, para decidir la calificación con la que uno aprobaba. Podían ser las mismas que en el doctorado: Satisfactorio, Distinguido, Muy Distinguido y Sumamente Distinguido. Aquella noche, la Universidad daría una cena a los candidatos exitosos como bienvenida a la facultad. Si uno aprobaba con Satisfactorio, le servían agua en la cena; con Distinguido, cerveza; con Muy Distinguido, vino; y con Sumamente Distinguido, champán. ¡El champán estuvo delicioso aquella noche!

Recibí dos invitaciones para enseñar: una del cardenal Bourne, de Londres, que me sugería ir a Oxford con el padre Ronald Knox y comenzar a dar cursos de filosofía y teología católica; la segunda era de Nicholas Murray Butler, el entonces presidente de la Universidad de Columbia de la ciudad de Nueva York, que me invitaba a dar un curso sobre filosofía escolástica allí.

Le envié a mi Obispo las dos cartas: « ¿Qué oferta debo aceptar?». Su respuesta: «Vuelve a casa».

EL DON DEL TESORO

Durante toda mi educación de grado yo ya era sacerdote. ¿Cómo surgió y floreció este deseo en el barro? El tesoro proviene de Dios; el barro responde. Como le dijo Nuestro Señor a sus apóstoles la noche de la Última Cena: «No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes». En la Carta a los Hebreos: «Nadie se apropia de esta dignidad (la del sacerdocio), sino que debe ser llamado por Dios». Dios no hace este depósito sagrado en naturalezas humanas idénticas, ni lo hace de igual manera. Él da según el individuo. La vocación puede llegar temprano, puede llegar tarde; puede llegar como a san Francisco, que marchaba a un torneo de caballeros en Apulia, o puede llegar tras una vida de pecado, como a san Agustín, cuando escuchó la voz de un niño que hacía referencia a las Escrituras: «Toma y lee».

No puedo recordar un momento de mi vida en el que no haya querido ser sacerdote. En los primeros años de mi adolescencia, mi padre solía enviarme a una de sus granjas. Recuerdo arar la tierra en primavera -veía saltar el maíz joven ante mis ojos-, y mientras removía la tierra fértil, solía rezar el Rosario pidiendo por una vocación. Nunca mencioné mi vocación a otros, ni siquiera a mis padres, aunque mucha gente les decía que yo probablemente sería sacerdote. Ser un monaguillo en la catedral de chico alimentó los fuegos de mi vocación, como también lo hizo la inspiración de los sacerdotes que nos visitaban cada semana. Jamás omitíamos el Rosario, que rezábamos todas las noches en familia antes de acostarnos.

Mi Primera Comunión fue otra ocasión especial para pedirle al Señor que me concediera la gracia del sacerdocio. Pero siempre albergaba una duda: la de si sería digno.

Mis padres nunca me dijeron una palabra acerca de esto, ni yo a ellos, hasta el día en que me fui al seminario. Su única respuesta fue:

—Siempre hemos orado para que pudieras ser sacerdote; si es tu vocación, sé uno bueno.

Con frecuencia escuchaba a parientes y amigos de la familia hablar sobre mí, que sería sacerdote. Y Joe, mi hermano menor, decía que a mí me gustaba recibir a las visitas con pequeñas charlas que había preparado. Yo no recuerdo nada de esto.

Una vocación es algo tan sagrado que a uno no le gusta hablar mucho sobre el tema; yo nunca le conté nada a nadie, ni a compañeros, padres o sacerdotes (excepto al padre Kelly, un coadjutor de la catedral). Siempre asocié la idea del don del tesoro con la fragilidad del cuenco de arcilla que lo alberga. Intentaba sacarme este pensamiento de la cabeza, pero siempre regresaba. En general, la vocación religiosa resulta más bien en un susurro silencioso, pero insistente. que demanda una respuesta; no hay nada de violentas sacudidas de la cama ni ruidos fuertes durante la noche. Más bien un simple «estás llamado a ser sacerdote».

Tampoco es la vocación una orden imperativa; no exige aceptación como una necesidad, sino como una obediencia bien dispuesta. En la historia del Antiguo Testamento, cuando Dios habló al joven Samuel, nadie más que él podía oír la voz. Ni tampoco había nada que pudiera probar que era algo divino; esa es la razón por la que

Samuel fue hacia Eli dos veces cuando fue llamado: pensaba que él lo había convocado. La experiencia del anciano sacerdote, Eli, fue la que finalmente convenció a Samuel de la divinidad del locutor: «Eli comprendió entonces que era el Señor quien llamaba al muchacho». Samuel no reconoció, al principio, que era la voz del Señor. Tampoco la mayoría de nosotros, cuando somos llamados por primera vez, la reconocemos como tal, excepto por la insistencia, la calma y la paz con que se apodera del alma.

El curso de la vida no está determinado por los incidentes triviales del día a día, sino por unos pocos momentos decisivos. No debe de haber más de unos tres, cuatro o cinco momentos así en la vida de un hombre. Para la mayoría, es la decisión de casarse, un nuevo empleo o una mudanza. Ciertamente un punto de inflexión en mi vida fue terminar la universidad. Dieron un examen nacional a todos los estudiantes; el premio era una beca de tres años. Hice el examen y gané una de las becas. Me informaron de esto durante el verano y fui inmediatamente hacia la Universidad de San Viator a ver al padre William J. Bergan, que ya era un amigo cercano. Él estaba en la cancha de tenis cuando llegué. Con mucho regocijo y placer exclamé:

— ¡Padre Bergan, he ganado la beca!

Él puso sus manos en mis hombros, me miró directo a los ojos y dijo:

—Fulton, ¿tú crees en Dios?

—Sabes que sí —respondí.

—Me refiero en un sentido práctico, no desde un punto de vista teórico.

Esta vez no estuve tan seguro de mi respuesta:

—Bueno, confío en que sí.

—Entonces tira la beca.

—Padre Bergan, esta beca me otorga tres años de estudio en la Universidad y se hace cargo de todos los gastos. Vale como unos nueve mil o diez mil dólares.

—Tú sabes que tienes una vocación —me respondió—. Deberías ir al seminario.

—Puedo ir después —le dije yo, que ya tenía preparada esta respuesta—. Puedo ir después del doctorado, ya que no habrá mucha oportunidad para hacerlo una vez que esté ordenado. Y yo ansío mucho tener una buena educación.

—Tira la beca —repitió él—. Ve al seminario. Esto es lo que el Señor quiere de ti. Y si lo haces, si confías en Él, recibirás una educación universitaria mucho mejor después de ordenado.

Así lo hice y fui al seminario. Nunca me arrepentí de la visita ni de la decisión.

Ahora que miro atrás hacia aquellos años, y analizando las vocaciones que hoy me toca ver, me he dado cuenta de que -en mi caso y en muchos otros- hay tres etapas, todas ilustradas en la llamada al profeta Isaías. Hoy parecería que muchos aseguran tener una

vocación al sacerdocio porque desean «trabajar en barrios marginales «o» defender los derechos políticos de los presos», «luchar por los derechos de las minorías», «cuidar a los enfermos «o» llevar una misión religiosa a América del Sur. «Ninguna vocación verdadera comienza con» lo que yo quiero «o con» algo que me gustaría hacer; «porque si somos llamados por Dios, esto implica que podamos ser enviados a hacer algo que no nos gusta, y» la obediencia es mejor que el sacrificio. «Ciertamente, si las necesidades de la sociedad me llaman, debo servir; y si Cristo me llama, deberé ser un servidor suyo para siempre. Es decir, si siento que mi llamada es dedicarme a la sociedad, no hay razón alguna por la que deba ingresar a un seminario teológico. Pero distinto es si estoy convencido de que mi vocación es identificarme con el mundo, porque entonces habré olvidado por completo la advertencia que Él nos hizo»: Yo los he sacado del mundo. «

La primera etapa de la vocación es percibir la santidad de Dios. Cuando Isaías fue al templo, tuvo una visión del Señor sentado en su trono, con un coro de ángeles cantando:

Santo, santo, santo es el Señor de los Ejércitos;

toda la tierra está llena de su gloria.

La vocación no comienza con «lo que a *mí* me gustaría hacer», sino con Dios. Estamos cara a cara con una presencia; no de una manera tan dramática como en la conversión de Pablo, pero sí con una sensación de lo sobrenatural, santo y trascendente.

La segunda etapa, que constituye una suerte de reacción ante la primera, es la experiencia de un sentimiento profundo de no ser digno. El corazón sufre una conmoción al visualizar, simultáneamente, el tesoro y el barro. Dios es santo, pero yo no. ¡pobre de mí! Dios puede hacer algo con aquellos que ven lo que realmente son y conocen la necesidad de una purificación, pero nada puede hacer con el hombre que ya se siente digno.

Isaías fue purificado de sus miserias por el serafín que tomó una brasa encendida del altar y tocó su boca, diciendo: «Mira, esto ha tocado tus labios; tu falta ha sido perdonada y tu pecado, borrado». Esta purificación comienza en el seminario y continúa en la vida como sufrimiento físico, angustia mental, traiciones, escándalos, falsas acusaciones. Para que así, aquellos que han sido llamados, sean más dignos del tesoro.

La tercera etapa es la respuesta. Luego de la purificación, Isaías oyó la voz del Señor: «¿A quién enviaré?». E Isaías respondió: «Aquí estoy, envíame». Eso es lo que dije el día en que me ordené.

La dialéctica entre la sublimidad de la vocación y la fragilidad del barro es una especie de crucifixión. Cada sacerdote está crucificado en el pie vertical de la vocación dada por Dios y en el travesaño horizontal del simple deseo de la carne y de un mundo que tan frecuentemente se alinea con él. El mejor vino se sirve a veces en copas de lata. Ser sacerdote es ser llamado a ser el más feliz de los hombres, y aun así también a comprometerse diariamente con la mayor de las guerras: la que se libra en el interior.

Pero Dios remodela constantemente el barro, dando dos, tres y hasta setenta veces siete oportunidades. Al profeta Jeremías se le pidió ir a un taller de alfarero. Jeremías dijo:

Entonces bajé al taller del alfarero y lo encontré trabajando en el torno. Cada tanto la vasija de barro se arruinaba en sus manos, y él comenzaba de nuevo, remodelando

otra vasija a su gusto.

El alfarero quizás tuvo, originalmente, la intención de hacer cerámica china, pero a pesar de que la arcilla estaba arruinada, no se dio por vencido; la adaptó para otra vasija.

El esfuerzo del amor restaurador triunfa incluso cuando el plan original de Dios se frustra debido al material con el que tiene que trabajar: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia». Hacia el término de la vida, uno bien puede ver la intención del alfarero de hacer un santo. Pero Dios no se ha dado por vencido, por lo que si la vasija no está apta para alojar la rosa, al menos será una maceta para un geranio. El Alfarero Divino puede cambiar las circunstancias de la arcilla humana, quizás añadiendo un poco de sufrimiento por algún lado. Si nos negamos a ser moldeados en la forma original pensada para nosotros -a saber, santidad y perfecta imitación de Cristo-, Él nos moldea como útiles jarrones en los que puede verter su divina gracia. Nada se desperdicia en la vida. La infancia no es un desperdicio. Se relaciona con el resto de la vida.

Esa parte de nosotros que es puesta a prueba y evaluada, que es sometida a diversas pruebas, no es un desperdicio. Las lágrimas, las agonías, las frustraciones, los duros trabajos. no están perdidos. Todos ellos, que parecen militar contra la vida, se reelaboran en nuevas formas. La vida puede dañarse, pero Dios puede convertirla en algo bello. Por lo que si me preguntaran, de poder vivir mi vida otra vez, si viviría el sacerdocio de la misma manera, respondería: «No; intentaría amar más a Cristo». La única pena de mi vida (o de cualquier vida) es no haberlo amado lo suficiente. Pues ahora tengo claro:

*Que nada camina sin rumbo al andar,
que ni una sola vida será destruida, ni
echada al vacío cual suciedad perdida,
cuando Dios su obra haga completar.*

Hay muchas más vocaciones al sacerdocio que las que llegan a la ordenación, al igual que más semillas en tierra que las que dan fruto. Santo Tomás de Aquino afirma que Dios siempre ofrece a la Iglesia una cantidad suficiente de vocaciones, «siempre y cuando se descarten los indignos y se forme bien a los dignos». Los mejores líderes vocacionales deberían ser los mismos sacerdotes. No podemos subirnos al púlpito a instar a los padres para que tengan hijos, si como sacerdotes no damos a luz hijos espirituales. En el último día, Dios nos preguntará a los sacerdotes: « ¿Dónde están sus hijos? ¿Cuántas vocaciones han alentado?». Si bien no nos es dado a nosotros el poder de sembrar la vocación, sí está en nuestras manos ensanchar la capacidad de recepción. Podemos fertilizar la tierra con el buen ejemplo y el apoyo.

Creo que Dios nos da a algunos una percepción intuitiva de las vocaciones en los demás. Recuerdo cuando celebré la misa de Nochebuena en 1960, en el santuario de la Inmaculada Concepción, en Washington. Cuando terminó, alrededor de la 1.30 de la mañana, unos cientos de personas se agolparon afuera para intercambiar saludos. Vi a un niño negro con su padre en la frontera de la multitud y lo llamé:

—Muchacho, ¿has pensado alguna vez en ser sacerdote?

Me respondió afirmativamente. Le dije:

—Creo que tienes una vocación.

Puse mis manos en su cabeza y recé para que, si Dios lo llamaba, él pudiera responder rápido y darse cuenta de inmediato. Su padre me vio e inquirió:

— ¿Qué es lo que le está diciendo a mi hijo?

Le dije que creía que algún día sería sacerdote. El padre me contestó:

—Desde que nació, he rezado día y noche para que Dios le diera una vocación.

Nunca me enteré del resultado final de nuestro encuentro. Es una de las cosas que descubriré en el Cielo.

Hubo otro episodio más incuestionable. Estaba cenando a solas en el comedor principal del hotel Statler, en Boston. Un muchacho lustrabotas, vestido con una *camisucia* -no una camiseta- y que cargaba el cajón para lustrar en sus hombros, comenzó a balancearse en las enormes cortinas violetas que enmarcaban la entrada del comedor. Tan pronto como el *maitre* lo vio, le gritó y lo sacó del hotel. Dejé de cenar y salí afuera donde estaba el chico. Le pregunté a qué escuela iba y me respondió que a una pública.

—Con un nombre como el tuyo [era irlandés], ¿por qué no vas a una escuela católica?

—Me expulsaron —me contestó.

— ¿Quién?

—El párroco y la Madre Superiora de la escuela.

—Yo te haré regresar —le prometí.

Me preguntó quién era yo, pero le dije que no podía contarle. Luego observó:

—No, dijeron que nadie me podría hacer entrar otra vez. Nunca me dejarán volver.

Fui a ver al párroco y a la Madre Superiora y les dije:

—Sé de tres chicos que fueron expulsados de escuelas religiosas: uno porque se la pasaba haciendo dibujos en la clase de geografía; otro porque buscaba siempre pelear y el tercero porque escondía libros revolucionarios bajo su colchón. Nadie sabe quiénes fueron los mejores promedios de esos cursos, pero el primer chico fue Hitler, el segundo Mussolini y el tercero Stalin. Estoy seguro de que si los directores de aquellas escuelas les hubieran dado otra oportunidad, las cosas habrían sido distintas. Quizás este niño demuestre que vale la pena, si lo dejan volver.

Le permitieron regresar a la escuela y hoy es un misionero entre los esquimales.

Cuando fui obispo de Rochester, mientras caminaba por el pasillo central de una iglesia, pasé junto a un muchacho sentado en un banco que me pareció bastante inusual. Me detuve y le pregunté si alguna vez había pensado en ser sacerdote.

—A veces rezo por ello —me dijo.

—Estoy seguro de que tienes una vocación —le respondí—. Continúa rezándole a nuestra Bienaventurada Madre para que te fortalezca en esto.

Hace poco recibí una carta suya donde me contaba que entraba con los Jesuitas.

Mirando atrás a mis aproximados sesenta años de sacerdocio, pienso en cómo contestaría ante Dios esta pregunta: «¿Piensas que has vivido como un buen sacerdote?». Antes de dar respuesta pienso en los misioneros que se han sacrificado casi como mártires, al dejar su país y familia por entregarse a los demás; y en el sufrimiento de mis hermanos sacerdotes en Europa Oriental; y en los rostros piadosos de mis hermanos sacerdotes en los monasterios y sus misiones; y en la hermosa entrega de los sacerdotes que están en hospitales sufriendo de cáncer. y al ver a todos estos hermanos míos en Cristo, a quienes tanto admiro, me digo: «No, no he sido la clase de sacerdote que debería haber sido o que me gustaría haber sido».

Pero yo sé que hay más en esta respuesta. Cuando uno pone un cuadro a la luz de la vela, las imperfecciones apenas se ven; mas cuando se lo pone bajo el brillo pleno del sol, entonces uno puede ver lo mal que se han escogido los colores y cuán imprecisos son los trazos. Así ocurre cuando nos medimos a los ojos de Dios; siempre nos quedamos cortos. Y cuando nos comparamos con tantos que nos han inspirado, nos sentimos muy poco dignos. Pero detrás de todo, y a pesar de todo esto, está la formidable conciencia de la misericordia de Dios. Él no llamó a los ángeles a ser sacerdotes; llamó a los hombres. No hizo de oro la vasija para contener al tesoro; la hizo de barro. El heterogéneo grupo de apóstoles que reunió fue cada vez más digno gracias a su misericordia y compasión.

No tengo miedo de comparecer ante Él. Y no porque me crea digno, no porque lo haya amado con profunda intensidad. sino porque Él me ha amado a mí. Esa es la única razón por la que todos realmente podemos ser amados. Cuando el Señor pone su amor en nosotros, entonces podemos ser amados.

DESPUÉS DE LA UNIVERSIDAD

Cuando volví de Europa, en respuesta al «vuelve a casa» de mi obispo, me asignaron una parroquia donde las calles estaban sin pavimentar. Quedaba en una parte de la ciudad que se había empobrecido, y de la cual los más adinerados habían huido hacia otras áreas de la ciudad. El párroco, el padre Patrick Culleton, era un verdadero hombre de Dios. Comencé a predicar un curso de Cuaresma, y esta pobre iglesia, que las demás parroquias solían mirar por encima del hombro, muy pronto se volvió concurrida. Algunos párrocos, más tarde, prohibieron a sus congregaciones ir a la «parte baja» donde «predica ese cura joven; permanezcan en su propia parroquia».

Hasta donde yo sabía, así sería mi vida. Tenía inclinaciones intelectuales, amaba enseñar. pero ahora era un ayudante en una parroquia. Aparecieron artículos de opinión en los diarios en contra del obispo. «¿Por qué desperdicia un talento así? Después de invertir tanto en educar un hombre, ¿por qué asignarlo en una “parroquia como esa”». Rogué a mis padres para que nunca tomaran partido en cualquier conversación sobre el obispo. Nunca me quejé; y puedo decir, desde el corazón, que esta era la voluntad de Dios. Tuve que olvidar mi deseo de seguir una vocación más intelectual y me resigné a ser un coadjutor. Esto trajo mucha paz a mi mente. Fue mi primera prueba, como joven sacerdote, en la obediencia. La voluntad de Dios se expresó a través del obispo -sucesor de los apóstoles- y esto fue suficiente para mí. Comencé a pedir, en el confesionario, que vinieran diariamente a la Santa Misa. Con alegría, pude ver la fila de la comunión incrementarse de cuatro a noventa. La parroquia se estaba renovando, y eso me hacía

feliz. Luego de aproximadamente un año, me llamó el obispo por teléfono:

—Tres años atrás le prometí al obispo Shahan de la Universidad Católica que serías miembro de la facultad.

—¿Por qué no me permitió ir cuando regresé de Europa?

—Debido al éxito que habías tenido. Quería ver si serías obediente. Así que ve ahora; tienes mi bendición.

Fui designado en la Escuela de Teología de la Universidad Católica, en Washington D.C., y me dieron la cátedra de Apologética. La designación provino del obispo Shahan: el brillante, talentoso y piadoso rector de la Universidad. A fin del segundo año, el obispo Shahan convocó a la Facultad de Teología para una reunión. Es importante aclarar que el Obispo era sordo y utilizaba una trompetilla para atender las conversaciones de los que estaban cerca de él. La materia del debate era si la Escuela de Posgrado de Teología -ya establecida en la Universidad- debía abrir un departamento de grado y formar a los seminaristas. La razón de esta propuesta estaba fundada en el hecho de que la Escuela de Teología tenía pocos egresados. Se pensaba que los profesores no estaban lo suficientemente ocupados o que no les suponía un reto. Esto cambiaría si hubiera más estudiantes.

Una solución era abrir una Escuela de Grado de Teología que formara a los seminaristas. Antes de entrar en la sala de reuniones, casi todos los profesores se mostraron en desacuerdo con tal idea. Pero eso, antes de entrar. Cuando el Obispo terminó de presentar su propuesta, hizo pasar su trompetilla por los profesores para oír la opinión de cada uno. Para mi sorpresa, todos se mostraron de acuerdo con él.

En vista de que yo era el profesor más joven, fui el último a quien preguntó. Tomé la trompetilla del Obispo y le dije:

—Su Excelencia, me parece a mí que en lugar de levantar los estándares del nivel de posgrado, los estamos derribando por una cuestión circunstancial. ¿Por qué no pensamos en aumentar el nivel de enseñanza en nuestra escuela de posgrado? Así los obispos enviarán aquí a sus sacerdotes.

Yo estaba sentado bien al final de la mesa, opuesto al Obispo. Él tomó su trompetilla de nuevo me la lanzó furiosamente por toda la mesa. Luego se levantó y, enrojecido por la emoción, exclamó:

—Si en esta universidad no puedo conseguir profesores que estén de acuerdo conmigo, los despediré hasta tener profesores que sí lo estén.

Y salió de la sala. Los otros profesores se me acercaron y dijeron:

—Te acabas de enterrar. Sólo un año que estás aquí y ya eres un marginado.

Realmente me preocupé mucho y continué dando clases la semana siguiente o las dos siguientes, pero no recibí ninguna palabra del obispo Shahan. Un día, mientras caminaba por el césped del patio de la Universidad, en camino a una clase, el Obispo pasó en su auto. Se detuvo y me invitó a acompañarlo. Pero no me dijo nada, sólo que lo siguiera hasta su oficina. Subimos al Hall del colegio McMahan; luego fuimos a su habitación,

donde se puso la sotana, el solideo, el pectoral y el cíngulo... Salimos y se sentó en la silla.

Recién allí me dijo:

—Joven, nunca hemos recibido a alguien que esté tan destinado a sacar brillo y lustre a esta Universidad como usted. Dios lo bendiga.

La Facultad de Teología siguió con otras dificultades y una de ellas tuvo que ver con el nuevo rector, el obispo James H. Ryan, el sucesor del obispo Shahan. Por aquel entonces, el reconocido John A. Ryan, quien tanto había escrito acerca de la justicia social, era profesor de Teología moral en la Universidad. Él deseaba designar como sucesor de su departamento al Dr. Haas, quien más tarde fue obispo. El obispo Ryan presidió la reunión y dijo que era su deber mantener el estándar de la Universidad. El Dr. Haas había obtenido su Doctorado en Filosofía, pero el obispo Ryan insistía en que todos los profesores de la Escuela de Teología debían tener un Doctorado en Teología, para mantener el nivel académico. Por lo tanto, si el Dr. Haas iba a Roma y recibía un Doctorado en Sagrada Teología, entonces el obispo Ryan accedería a su designación en la Escuela de Teología.

Sin embargo, el Dr. John A. Ryan no quería aceptar que el Dr. Haas fuera a Roma a obtener un doctorado antes de ser designado en la Escuela de Teología. Se generó, como resultado, una tensión entre la Escuela y el rector. Era una cuestión de Ryan versus Ryan. Finalmente, la Escuela de Teología redactó un informe en contra de Ryan, el rector. Se enviaron copias de dicho documento a varios obispos y miembros del consejo. Antes de esto, se pidió a cada profesor de la Escuela de Teología que lo firmara. Yo me negué. Me pareció injusto enviar a los obispos una acusación en contra del rector de la Universidad cuando a éste nunca se le había concedido una audiencia. Por lo que sugerí: «Antes de enviar la carta, podríamos convocar al rector, leerle las acusaciones que se le han hecho y darle la oportunidad de responder. Si no puede, entonces enviemos la carta. Pero yo no firmaré el documento sin darle a James H. Ryan el derecho a hablar».

Al día siguiente, apareció en el boletín del consejo de la Escuela de Teología un aviso que notificaba que todas las clases del Dr. Fulton J. Sheen habían sido suspendidas en la Escuela de Teología. James H. Ryan, el rector, sabía cuál era la razón: lo había defendido. Me transfirió entonces a la Escuela de Filosofía, donde ejercí durante más de veinte años.

Fui a Roma el verano que siguió a este incidente y, una noche, cené con el cardenal Pacelli, el futuro Pío XII, quien por entonces era Secretario de Estado. A la mañana siguiente, lo visité en su oficina y me dijo:

—Me gustaría que me contara lo que sabe acerca de la Universidad y la oposición al Rector, James H. Ryan.

—Su Eminencia —le respondí—, le pido que me excuse de emitir opinión acerca de la Universidad y de su Rector.

Con lo cual el Cardenal abandonó el asunto y sacó varios periódicos alemanes de un archivador, que me comenzó a leer y a traducir. Por más de una hora me habló con una vehemencia considerable acerca de Hitler y el nazismo, condenando a ambos.

Cuando terminamos, mientras me iba de la habitación del Secretario de Estado, vi que afuera estaba esperando nada más y nada menos que el rector James H. Ryan. Le

preguntó a uno de los presentes quién había estado con el Secretario de Estado durante tanto tiempo. Le dijeron que había sido monseñor Fulton J. Sheen.

¿Qué creen que habrá pensado James H. Ryan cuando un tiempo después fue transferido de su querida universidad a la arquidiócesis de Omaha? ¿Había hablado alguien en contra suyo en Roma? Ciertamente debió haber sido aquel profesor que estuvo con el Secretario de Estado durante más de una hora. Yo nunca hablé de la Universidad ni del obispo Ryan al cardenal Pacelli, pero circuló el rumor de que sí. Este rumor se difundió tanto que cuando me propusieron como rector de la Universidad un tiempo después, el arzobispo de Cincinnati, Mc Nicholas, dijo: «No dejaré que Fulton Sheen esté a cargo». Estaba tan enfadado por mi supuesta injusticia hacia el obispo Ryan que, en el Congreso Nacional Eucarístico de Cleveland -donde los oradores éramos el Sr. Scott de Los Ángeles, el gobernador Al Smith y yo- el arzobispo McNicholas, que estaba sentado junto a nosotros en la parte de la segunda base del estadio, se levantó, cruzó el diamante y salió del estadio. Prefirió irse antes que escucharme. Sabía que él pensaba que yo había cometido una injusticia contra el rector al quejarme con el cardenal Pacelli. Pero, debido a que tenía la conciencia limpia en este respecto, siempre me proponía visitar al arzobispo McNicholas cada año, cuando daba conferencias en Cincinnati. Siempre me recibía cálidamente y todas las conversaciones terminaban como siempre lo hacen entre sacerdotes. Pero este fue sólo un interludio entre los largos años en los que pasé mi tiempo dando clases y conferencias.

CLASES Y CONFERENCIAS

Me llevó aproximadamente un cuarto de mi vida ser profesor. Esta carrera no comenzó cuando obtuve mi cátedra en la Escuela de Posgrado de la Universidad Católica; más bien comenzó en Inglaterra cuando me invitaron a enseñar Teología en el seminario de la Arquidiócesis de Westminster, en el Instituto San Edmundo, en Ware. Al mismo tiempo, estaba preparándome para mi *agrégé* de la Universidad de Lovaina. Me asignaron para enseñar Teología dogmática, a pesar de que mi especialidad era Filosofía. Si bien había asistido como oyente a muchas lecciones de teología en Lovaina y más tarde en el Angelicum y en la Universidad Gregoriana, era un principiante en todas las acepciones del término.

Uno de mis amigos y distinguidos colegas era el padre Ronald Knox, un converso, cuyo padre era arzobispo anglicano de Birmingham. Graduado en Oxford, enseñaba Sagradas Escrituras y Griego en el seminario. Más tarde, tradujo toda la Biblia del hebreo y griego al inglés. Otro colega era el Dr. Messenger, compañero mío de Lovaina, que vivía en un convento de monjas a tres kilómetros del seminario.

El padre Knox solía escribir para sus alumnos un poema latino que describía los eventos del día anterior. Un episodio que le dio gran dimensión fue una explosión del equipo de «iluminación» del seminario. Era una especie de tanque de alumbrado de gas alojado en los grandes baños. El gas se solía fugar con frecuencia, por lo que estábamos acostumbrados. De todas las noches en las que el tanque pudo haber explotado, parece que los dioses de la luz decidieron que fuera en las vísperas de San Patricio. Escuchamos la explosión durante la noche. Cuando nos asomamos al patio del seminario al otro día, vimos todo el césped cubierto de inodoros. Knox escribió un poema latino brillante sobre el asunto, pero fue el último verso el que particularmente molestó al Dr. Messenger: «*Fragorem nuntius audivit*) «cuyo significado era: *el mensajero -en este caso, Messenger- escuchó la explosión*).

Me esforzaba mucho en preparar cada lección para los estudiantes de cuarto año del

seminario. Un día en particular debía hablar sobre las «acciones teándricas». Una acción teándrica es aquella en la que está involucrada tanto la naturaleza divina como la humana de Cristo. Un ejemplo sería cuando Él mezcló polvo con saliva, lo aplicó a los ojos del ciego y lo curó. Pero nunca nadie les había dado esta clase de materia a los estudiantes, ya que es tarea del profesor complicar las simples cuestiones ordinarias de la vida.

Me pasé horas leyendo a Buenaventura, Aquino, Suárez, Billot y otros teólogos. Cuando entré a clases, no hubiera podido reconocer una acción teándrica aunque la tuviera ante mis ojos. Aun así, hablé durante una hora. A la salida, escuché a uno de los diáconos decir a otro:

—Oh sí, el Dr. Sheen es un profesor admirable, en verdad extraordinario.

Lo busqué y le dije:

—¿Sobre qué di la clase?

—La verdad, no sé —me respondió con su mejor acento británico.

—Tampoco yo —concluí.

Ese día aprendí que cuando uno es confuso, pueden tomarte por erudito.

Cinco años después me encontré con un antiguo estudiante de San Edmundo, quien ya era un sacerdote de la diócesis de Manchester. Quiso saber a qué me dedicaba. Cuando le conté que daba clases en la Universidad Católica de Washington, observó:

—Espero que seas mejor profesor ahora que hace cinco años.

Debo decir en mi defensa, sin embargo, que estrené mi pedagogía con los ingleses antes que con mis colegas estadounidenses.

Una vez que cumplí con las condiciones para el *agrégé* de Lovaina, fui a visitar al cardenal Mercier:

—Su Eminencia, usted siempre fue un profesor brillante. ¿Podría darme algunos consejos para enseñar?

—Le daré dos: manténgase siempre actualizado. Tiene que saber lo que el mundo moderno está pensando. Lea su poesía, su historia, su literatura; observe su arquitectura y su arte; escuche su música y su teatro. Y luego sumérjase de lleno en santo Tomás y en la sabiduría de los antiguos, y así podrá refutar sus errores. Segundo consejo: tire sus apuntes al final de cada año. No hay nada que destruya tanto el crecimiento intelectual de un profesor como el hábito de conservar los apuntes y repetir las mismas clases al año siguiente.

Intenté seguir estos sabios consejos del Cardenal. Además de buscar el conocimiento del pensamiento contemporáneo, tomé la decisión de nunca repetir una clase. La primera vez que fui a la Escuela de Filosofía, enseñaba Teología natural. Me di cuenta de que

algunos de los apuntes que usaba eran los mismos de antes y que, como consecuencia, no estaba creciendo intelectualmente. Entonces decidí que cada año dictaría un programa diferente, pero uno que siempre estaría relacionado con la teología natural y con la existencia y la naturaleza de Dios. Y así lo hice. Un año enseñaba la filosofía de la historia; otro, la filosofía del marxismo; otro, la filosofía de la religión, la filosofía de la ciencia, etc. Todas ellas a la luz del pensamiento de santo Tomás.

Con el propósito de prepararme en estas nuevas materias, ya que no era muy versado en ellas, comencé a ir a Londres en el verano, y allí pasaba los últimos días de junio, todo julio y agosto y los primeros días de septiembre preparando lo que enseñaría al año siguiente. Por las mañanas, las noches y los fines de semana, era coadjutor en la iglesia de San Patricio, en Soho. Además de haberme dedicado a conocer el mundo antiguo en el Museo Británico, ocupaba no menos de seis horas diarias por cada hora de lección que habría de dictar. Es muy sencillo, para un profesor, volverse un intelectual oxidado cuando no está en constante estudio y estímulo.

Un ejemplo perfecto de un filósofo que se oxidó fue Immanuel Kant. Nunca estuvo fuera de la ciudad de Königsberg. Siempre contaba el mismo chiste, una vez al año, el mismo día. El chiste decía: «¿Por qué se dice que no hay mujeres en el Cielo?». Y Kant respondía: «Porque las Escrituras afirman que hubo silencio en el Cielo durante media hora». Kant hacía siempre el mismo camino todos los días; tanto que las amas de casa podían ajustar sus relojes al verlo. El día que alteró su rutina fue el de la publicación de uno de los trabajos de Rousseau, que impactó mucho en su perspectiva y lo hizo enfocarse en la razón práctica. Pero esa es otra cuestión.

Volviendo a mis primeras épocas de enseñanza, luego de la campaña presidencial de 1928, cuando había mucha intolerancia hacia la Iglesia Católica, los obispos decidieron que debía crearse una Escuela de Apologética en la Universidad Católica. El obispo Corrigan me pidió que diseñara el currículo de dicha escuela y así lo hice, en forma de pirámide: en la base incluí materias como Periodismo, Medios de comunicación, Comunicación social, Psicología de la religión; y en la cúspide, materias más teológicas relacionadas con la defensa de la Iglesia. El rector aceptó la propuesta y me pidió que buscara los profesores. Me dieron permiso para buscarlos en Europa. Yo además pregunté:

—¿Tengo la autoridad de decirles que están contratados?

—Sí. La tienes si crees que has encontrado gente calificada.

—¿Cuál sería el sueldo?

Una vez que arreglamos este asunto, fui a Europa y contacté a alrededor de diez profesores muy doctos de Inglaterra, Francia y Alemania -todos hablaban inglés- para conformar el futuro plantel docente de la Escuela de Apologética.

Envié un telegrama al rector para comunicarle a quiénes había elegido y le pedí que se contactara con cada uno para ofrecerles venir como profesores. Para agosto, los profesores no habían recibido una palabra del rector. Tampoco en septiembre. Allí comenzaron a enviarme un aluvión de telegramas: «¿Qué ha ocurrido con la propuesta? ¿Iremos a la Universidad?». Al ver que el rector no había hecho nada para implicarse en el tema, les escribí a todos los profesores para decirles que yo había sobreestimado mi autoridad, y supliqué su perdón.

Al año siguiente, el Rector me llamó de nuevo y me dijo:

—Quiero que dirijas la nueva Escuela de Apologética.

—Le ruego que me excuse —le respondí, viendo que se había olvidado del incidente del año anterior.

La Escuela de Apologética nunca se constituyó.

Durante muchos años, el decano de la Escuela de Filosofía fue el padre Ignatius Smith, un dominico, que no sólo era un brillante profesor, sino también un renombrado predicador. Antes de dar mi clase de las cuatro de la tarde, al lado de la del Dr. Smith, solía visitarlo diez minutos. Siempre me contaba alguna anécdota graciosa mientras iba de camino al salón, y así entraba con una sonrisa. Este vínculo con el Dr. Smith, que duró años, fue uno de los más felices de mi vida.

En una ocasión, las autoridades del seminario me invitaron a formar parte del consejo examinador de seminaristas, para la licenciatura en Sagrada Teología. No recordaba muy bien las fechas de los primeros concilios y otros detalles que se daban en los programas a los seminaristas, por lo que tuve que abordar el examen desde otro enfoque. Al primer estudiante que entró le pregunté:

—¿Admitiría usted que, como consecuencia del pecado original, se produjo una perturbación en el universo? Las bestias se volvieron salvajes, crecieron los cardos y el hombre hubo de ganarse el pan con el sudor de su frente.

—Sí —fue su respuesta.

—Entonces, si usted admite que se produjo una perturbación general de la naturaleza, fruto del pecado original, ¿por qué Dios se hizo hombre? ¿Por qué no tuvimos un panteísmo en lugar de una Encarnación? ¿Por qué Dios no se puso a sí mismo en cada elemento de la naturaleza, que se había rebelado contra Él?

Los otros profesores protestaron; dijeron que mi pregunta era injusta y me invitaron a retirarme del consejo examinador. Mi defensa fue:

—Sólo quería saber si el estudiante podía pensar.

La respuesta que hubiera esperado era que, debido a que los seres inferiores habían caído por el pecado del hombre, no era insensato pensar que a través del hombre toda la naturaleza inferior (animales, plantas, piedras.) se reconciliara nuevamente con Dios: ¡por esta razón hubo Encarnación y no panteísmo!

Amaba enseñar. Amaba enseñar porque me parecía muy cercano a la prolongación de la Palabra Divina. Le daba vueltas a este pensamiento con frecuencia en la universidad: «¿Por qué los profesores tenemos antigüedad y los entrenadores de deportes no?». La mediocridad también existe en las aulas. Un entrenador que no forma un equipo ganador es obligado a retirarse. Los generales más viejos van desapareciendo. Pero los malos profesores perduran. Enseñar se suele convertir en una comunicación entre los apuntes del profesor y los de los alumnos, sin que pasen por la cabeza de uno u otro.

Sentía una profunda obligación moral hacia los estudiantes; por eso dedicaba tantas

horas a preparar cada clase. Con frecuencia, en la era de la justicia social, se tiende a descuidar el deber moral de los profesores de darles a los estudiantes lo que merecen por el costo de la matrícula que pagan. Esto no aplica sólo al método de enseñanza, sino también al contenido. Un profesor que no aprende no es profesor. Enseñar constituye una de las vocaciones más nobles de la tierra, ya que -en el fondo- el propósito de toda educación es el conocimiento y el amor a la verdad.

Algunas prácticas que seguía para dar clases eran las siguientes: mi regla número uno era *nunca sentarse. No se puede encender un fuego sentado*. Si los estudiantes debían «aguantar» mis clases, yo debía aguantar de pie por ellos.

He dado miles de clases a lo largo de los años, pero muy pocas han sido leídas (ya sea en las aulas o ante un público general). Siempre he evitado leer en las aulas o en el púlpito, sobre todo desde que oí el comentario de una anciana irlandesa acerca de un obispo que estaba leyendo un sermón: «Por la gloria de Dios, si él no lo recuerda, ¿cómo espera que nosotros lo hagamos?».

Si se pudiera hacer una encuesta a los públicos que oyen conferencias leídas, se descubriría que la mayoría de las personas están pensando en cualquier otra cosa mientras escuchan. G.K. Chesterton observó, luego de una visita a los Estados Unidos: «Mi último viaje por Estados Unidos consistió en infligir no menos de noventa conferencias a personas que nunca me hicieron ningún daño». También yo me di cuenta de que, al hablar sin notas escritas, ni bien decía «para terminar», las mujeres comenzaban a recoger sus carteras y abrigos. De cualquier manera, dar conferencias me sirvió mucho para la radio y la televisión.

Para las lecciones, primero solía investigar el tema a debatir; luego organizaba los resultados de la investigación, ordenándolos -si era posible- en unos pocos puntos claros. El siguiente paso era interiorizarme en el material lo suficiente para que realmente lo pudiera comunicar a los estudiantes o al público general. Esto lo hacía gracias a un proceso de aprendizaje que se podría describir como: «*Aprehendo las lecciones de adentro hacia afuera, no de afuera hacia adentro*». «Nunca leía los apuntes de mi investigación. Escribía de memoria los puntos clave que me acordaba. Luego revisaba la investigación para ver si había absorbido estos puntos. Después rompía la hoja de papel donde había resumido la lección por primera vez. Redactaba y destruía los planes, uno tras otro. Repetía este proceso una y otra vez para no depender de un dictado del papel a mi cabeza.

Así como una madre no olvida al hijo que lleva en su seno, tampoco un orador puede olvidar el hijo de su mente. ¿Por qué deberíamos estar sujetos a los apuntes? ¿Qué tienen de sagrado, además de su precisión? Pero la mente puede absorber esa precisión. La cantidad de veces que escribía estos puntos clave o me los decía a mí mismo variaba según la dificultad del tema o mi memoria. Al final, llegaba a un punto donde el tema era *mío*. Como si fuera comida digerida, no comida en un estante. Por eso nunca usaba apuntes para conferencias o sermones.

Así, las posibilidades de olvidar qué decir eran menores con este método, aunque recuerdo que una vez, al salir al escenario para la televisión, olvidé por completo mi charla. Esboqué algunos «trucos retóricos» acerca del olvido mientras intentaba recordar el tema que debía exponer. Al final, el recuerdo volvió.

Tuve una falla de memoria trágica una vez en Irlanda, en el Congreso Eucarístico de Dublín. Si hubo alguna vez en la que quise desempeñarme bien fue allí: primero porque

era en Dublín, segundo porque era el Congreso Eucarístico y tercero porque mis abuelos maternos no eran exactamente de Besarabia. Yo estaba, como de costumbre, hablando sin apuntes y muy enfrascado en el tema, usando ideas que se cruzaban por mi mente como un *flash*. Uno de esos flashes, que en el momento me pareció brillante, fue: «Irlanda nunca reconoció a un rey más que a Cristo, ni a una reina más que a María». El público estalló en aplausos interminables. Allí tenía la intención de recitar un poema de Joseph Mary Plunkett, uno que conocía tan bien como el Avemaría:

Veo Su Sangre sobre la rosa,

y en las estrellas la gloria de Sus Ojos.

No pensaba en las palabras mientras recitaba; me estaba regañando mentalmente. Me repetía sin cesar a mí mismo: no importa cuán brillante creas que es un comentario, evita todo lo que tenga una referencia política. ¡Esto es un Congreso Eucarístico! Tan duramente me reprendí que, al llegar al noveno verso del poema, lo olvidé. Dije al público: «Lo siento, olvidé el poema». Miles y miles de irlandeses se quedaron con la boca abierta, desilusionados. Y cuando una boca irlandesa queda abierta, colapsa. Y allí me acordé de una frase de Patrick Henry. No una muy conocida. Patrick Henry dijo alguna vez: «Cada vez que te encuentres en problemas durante un discurso, lánzate al medio de una oración y ruega a Dios Todopoderoso que te ayude a llegar al otro lado».

Así que comencé: «Me alegro de haberme olvidado. Si hubiera deseado olvidar algo. -no sabía cómo seguir, por lo que empecé de nuevo-. Si hubiera rezado para olvidar algo, habría rezado para olvidar estos versos de Joseph Mary Plunkett. Creo que hay un simbolismo precioso en este olvido. Porque para quien vive en esta tierra irlandesa, tan exigente para la vida, en la poesía hay que ser capaz de martillar y forjar las propias luces, sin depender de almas tan magnánimas como la de Joseph Mary Plunkett». Cuando terminé, varios obispos se me acercaron diciendo: «Qué buen recurso retórico pretender que habías olvidado el poema». No había sido un recurso. Me había olvidado.

La experiencia me enseñó que cuando hay un disturbio en un auditorio o en un salón de actos, no es bueno que el orador levante la voz para hacerse oír. Lo mejor es bajar la voz y comenzar a hablar en susurros. La reacción del público será entonces: «¡Uh! Me estoy perdiendo de algo». Y así regresará la atención que momentáneamente había volado.

Para hablar en público -y aquí quiero decir fuera del aula: en auditorios, teatros y ante una gran concurrencia de gente-, he aprendido que nunca es bueno meterse de lleno en la cuestión principal. Al público le gusta tener la oportunidad de observarte un poco. Un toque de humor al comienzo es una buena estrategia, y el mejor humor es el que apunta a uno mismo.

Aprendí también que al público no le gusta que lo hagan sentir inferior al orador. Es por eso que una anécdota en la que el orador se vea humillado le da una sensación de igualdad. Además de usar el humor al comienzo de las conferencias, también solía hacer alguna broma o dos más adelante y así cambiar el ánimo, aliviar la tensión y dar al público un momento de relajación. Claro que no contaba anécdotas divertidas por las anécdotas en sí, sino que surgían de la conferencia en cuestión. Recuerdo un ejemplo, cuando hablaba acerca de un libro relacionado con el tema que estaba exponiendo: «Dos jóvenes muchachas estaban hablando sobre citas con los hombres. La primera decía que nunca conseguía una cita, mientras que a la segunda la invitaban todas las noches. Entonces la segunda le explicó: “Tu problema es que no lees nada. Los hombres son muy inteligentes; disfrutaban conversar sobre filosofía, literatura, historia y ciencias. Comienza a leer. Una vez

que logres conversar con alguno, tendrás material a mano para interesarlos”. Luego de semanas de estudio, la primera mujer obtuvo al fin una cita. Cuando se sentó en una mesa con el muchacho le dijo: “Es terrible lo que le ocurrió a María Antonieta, ¿no crees?”».

Muchas veces el blanco de una broma es la cantidad de tiempo que uno se ha pasado hablando. Esto me ocurrió realmente. Cruzando el Atlántico en una ocasión (antes de los aviones), un camarero se me acercó y me dijo:

—¿Es usted el sacerdote que predicó el sermón del Domingo de las Misiones en San Patricio, el año pasado?

—Sí.

—Disfruté cada minuto de aquella hora y media.

—Buen hombre, nunca hablé durante una hora y media en mi vida.

—Pues así de largo me pareció —me respondió.

El final de una conferencia debe ser, según mi opinión, fuerte, inspirador y edificante; y yo solía dedicarle casi tanto tiempo como a otros de sus puntos centrales. Como dicen los comediantes: «Es muy fácil subir al escenario; lo difícil es salir». Creo que las mejores conferencias son aquellas en las que el público dice: «Me hubiera gustado que fuera un poco más larga».

Una actividad que ocupó mi tiempo, pasados los años, fueron las charlas en universidades. Me han invitado muchísimo a hablar en universidades seculares, mucho más que en universidades católicas. Me he dado cuenta de que, con frecuencia, algunos en religión desean ser seculares, mientras que algunos seculares desean ser religiosos. Hablando en las universidades, comprobé que cuanto mayor divinidad en la ponencia, mayor la respuesta del público. Una vez fui a cenar a la Universidad de California (UCLA) con unos treinta o cuarenta estudiantes. La primera media hora estuvieron agresivos y ofensivos. No les presté mucha atención, pero reflexionaba sobre sus comentarios. Luego, después de la media hora, se calmaron y se comportaron perfectamente normal. Parecía que habían tenido que interpretar determinado papel, uno que asumían como el correcto en la época de estudiantes en la que estaban.

Existe un potencial tremendo de sacrificio entre los jóvenes de este país. Claro que no es menor el hecho de que los mayores no les presentan desafíos. Los jóvenes se están rebelando contra los valores burgueses de sus padres, que creyeron en el sueño americano de juzgar la prosperidad en términos de logros materiales. Pero una cosa que sus padres nunca se preguntaron es qué harían una vez mejorada su condición. En algún punto, la religión se alineó con esta ética burguesa. Todo comenzó con negar un enfoque teológico al sentido de la vida, para luego esperar a un enfoque más bien psicológico y sociológico que acomodaría la buena vida burguesa a la religión.

Una vez visité una universidad pública que tenía un problema. El presidente se encontró conmigo en el aeropuerto y me contó que el día anterior los estudiantes habían incendiado dos edificios. Me dijo:

—Vine a decirle que no es necesario dar la charla; temo que algo peligroso pueda llegar a suceder. He invitado al Consejo Directivo a acompañarlo al escenario, pero no pueden

ofrecer ninguna protección.

Le dije que igualmente daría la charla. En vistas de las dificultades que atravesaba la universidad, deseché el tema que había elegido para hablar. Alrededor de diez mil estudiantes vinieron a escucharme y les hablé durante una hora acerca de la castidad, de una manera en la que pudieran comprender. Al final, aplaudieron de pie, vitoreando, y se acercaron al escenario para saludarme.

El presidente de la universidad me dijo:

—En veinte años de experiencia, esta es la primera vez que veo algo de esta magnitud.

—¿Qué es lo que fue diferente? —le pregunté.

—Bueno —me respondió—, otros oradores toman partido: blanco contra negro, verde contra amarillo, rosa contra azul. O bien les dicen a los estudiantes que sus padres y los directores de la universidad están equivocados. Pero aquí han sido desafiados; y desafiados con algo que nunca habían escuchado antes. Ellos buscan estos desafíos.

Como he dicho antes, cuanto más sobrenatural la charla -y cuanto más se relacione con la crucifixión de nuestro Señor- mejor se percibe el valor de la abnegación por parte de los paganos modernos, y la reacción es mayor. El Señor nunca busca conversos potenciales, en ninguna época. Más bien se interesa en que la potencia se vuelva acto, y eso depende principalmente de nosotros. Cuánto más tiempo me permitirá el Señor seguir predicando retiros, no lo sé. Pero sí sé que, mientras Él siga abriendo las puertas, yo intentaré entrar, y elegiré las puertas que considere que me ofrecen el máximo beneficio espiritual. Ruego a Dios todos los días para que me mantenga fuerte físicamente y para que me alerte mentalmente y así pueda predicar su Evangelio y proclamar su Cruz y Resurrección. Esto me hace tan feliz que a veces pienso que cuando esté ante Dios en el Cielo, me tomaré unos pocos días para descansar y después le pediré que me permita volver a la tierra para trabajar un poco más.

EL EVANGELIO ELECTRÓNICO

Nací en la era electrónica, cuando se usan ondas de luz para dar a conocer la Palabra. La radio es como el Antiguo Testamento, ya que consiste en escuchar la Palabra sin verla. La televisión es como el Nuevo Testamento, donde la Palabra se hace carne y habita entre nosotros. Di mi primer mensaje de radio desde *Radio City*, en Nueva York, el día de su inauguración. Mi primer show televisivo también fue en Nueva York, cuando había muy pocos televisores en toda la ciudad. Las dos docenas de velas utilizadas para el altar del estudio casi no se percibían ante el resplandor de los potentes focos del estudio en el cual tenía lugar la transmisión.

Salí al aire en el año 1928, cuando los Padres Paulistas de Nueva York me invitaron a dar una serie de sermones en la iglesia, que en aquel momento era emitido por la popular estación de radio WLWL. La enorme iglesia estaba repleta. Se pusieron almohadones en el santuario y sillas a los costados del altar para que el excedente de gente pudiera sentarse. A mí me invitó el padre Riley, quien vino a escuchar los últimos minutos de mi exposición. Dicen que luego dijo a los hermanos paulistas: «No entiendo cómo se me ocurrió invitar a este hombre». El padre Lyons, quien había sido mi confesor en Roma, y cuya mediación - creo yo- había sido clave para que me invitasen, le rogó que me escuchase un poco más. El resultado fue que prediqué desde ese púlpito y emití desde esa estación de radio

durante muchos años.

Poco tiempo después de que estuve como profesor en la universidad, y tras estas emisiones de radio, los obispos de los Estados Unidos me eligieron para ser el primero en aparecer en radio nacional, oportunidad que había sido ofrecida a ellos por la cadena NBC (*National Broadcasting Company*). Por entonces, había tantos predicadores y sacerdotes exigiendo tiempo de radio, que las cadenas CBS (*Columbia Broadcasting System*) y NBC decidieron controlar los pedidos permitiendo sólo a los organismos representantes de católicos, protestantes y judíos elegir un locutor. No sólo había confusión debido a los pedidos, también había quienes al hablar por radio aprovechaban para condenar a sus «enemigos» o a la oposición, de modo que era necesario algún control basado sobre la decencia y la caridad.

Mi primera emisión nacional fue la noche de un domingo, desde Nueva York, en horario central, a la misma hora que, en la semana, emitía *Amos 'n Andy* [célebre comedia ambientada en la comunidad de personas de color que habitaban el barrio Harlem], Después del programa «Hora Católica», en el que yo participaba, venía el inolvidable Fred Allen, uno de los humoristas más emblemáticos en toda la historia de la radio y la televisión de los Estados Unidos. El tema sobre el que expuse fue la existencia de Dios, la divinidad de Cristo, la Iglesia y la vida espiritual, y procuré hacerlo en lenguaje popular. La crítica más fuerte vino de la prensa católica de Milwaukee y de la ciudad de Oklahoma. Ambas rogaron que me quitaran del aire y que me reemplazaran por dos hombres capaces de *imitar* a los protagonistas del programa *Amos n' Andy* y que debatieran sobre religión. Esta crítica y sugerencia se explicaba por la consabida costumbre de los eclesiásticos católicos de aquella época tendiente a *imitar* cualquier cosa que fuera popular.

Luego de varios años de predicar a nivel nacional en la NBC, se expandieron mis horizontes en 1951, cuando la televisión comercial analizó la idea de introducir a un sacerdote católico en su programación. Para ese entonces, después de haber dado conferencias por todo el país, ya no me importaba aventurarme en experiencias nuevas. El problema era: ¿puede un sacerdote servir a los fines comerciales de la televisión? Cuando se hizo una encuesta entre los editores de radio y televisión del país, todos respondieron afirmativamente, excepto los de Boston. La Iglesia y sus obispos no tenían absolutamente nada que ver con las invitaciones que me habían hecho, ni estaban involucrados en la promoción de mis posibles intervenciones. Uno de los problemas era la remuneración, aunque no tanto para mí, pues tenía decidido no cobrar nada. Como entonces yo estaba abocado a las misiones de la Iglesia católica en África, Asia y otras partes del mundo, dirigiendo la Sociedad para la Propagación de la Fe (*Propaganda fide*), esta institución hizo el contrato y me designó como su vocero. Los honorarios, según recuerdo, equivalían a 26.000 dólares por noche. Con el paso de los años, al programa fueron llegando donaciones espontáneas que procuraban ayudar a las misiones, por tanto, las ganancias llegaron a ser de millones de dólares. Y *Propaganda fide* se encargó de que cada centavo llegase a los sitios más inhóspitos y alejados de la tierra, para construir hospitales y escuelas y para expandir los horizontes de la predicación del Evangelio. Llevábamos un registro en nuestra oficina del correo recibido cada día y, durante años, el promedio fue entre quince y veinticinco mil cartas cotidianas.

Ocasionalmente pedía a los oyentes que enviaran algunas monedas a los pobres del mundo: recibíamos avalanchas de cartas con monedas pegadas en ellas. Algunos enviaban incluso artículos de joyería. Los estudiantes sacrificaban sus anillos de secundaria o de universidad y enviaban el dinero equivalente a las misiones. Cuando en una transmisión dije al pasar que me gustaban las galletas de chocolate, a la semana siguiente, a duras

penas pudimos entrar por la puerta de la oficina, bloqueada por tantas cajas de galletas. En otra ocasión abrimos un sobre amarillo del cual cayó un cheque de diez mil dólares, y en lápiz había una nota: «Ya no necesito esto. Dios me dijo que lo diera a los pobres». En otra carta, que contenía tres mil dólares, se nos pedía que enviásemos ese dinero a una compañía de seguros, por remordimiento de conciencia, y así lo hicimos. Innumerables dibujos sobre mi persona, y otras tantas fotografías de niños vestidos con mi traje eclesiástico, nos llegaban todos los días. Una pareja de ciegos de Minneapolis compró un televisor marca Admiral para expresar su agradecimiento a nuestro sponsor, Admiral. Una mujer de Nueva Jersey nos contó que su gato siempre se sentaba y miraba atentamente mi show (¡habría menos quejas por los gatos de los vecinos si todos pudieran ser entrenados para mirar televisión!). Una anciana de Iowa solía vestirse con sus mejores ropas cada noche de domingo para escucharme, como quien asiste al culto en una iglesia. Un actor de cine que llegaría a ser famoso (por su actuación en *Apocalypse now*) me pidió utilizar mi apellido el resto de su vida: Martin Sheen. En muchísimos hogares se exigía a los niños que hicieran silencio cuando se transmitía mi programa, lo que me hace pensar cuán extraño es que las generaciones más jóvenes no hayan crecido odiándome. Innumerables personas que me conocieron gracias a la televisión, al verme personalmente en algún sitio me decían: «Usted fue el gran inspirador de mi vida», o «Lo he admirado durante años».

En el público estaba incluida la Casa Blanca. Una tarde, de camino a mi oficina, vi al presidente Dwight Eisenhower en una caravana de vehículos por Park Avenue, en Nueva York. Unos días después, recibí la siguiente carta:

Querido obispo Sheen:

Anoche, en la cena de Alfred Smith, me dijeron que mientras pasábamos por las calles de Nueva York, usted se detuvo en una esquina para saludarme. No logré verlo, pero le aseguro que me siento más que honrado por su amable consideración. Hubiera en verdad valorado la oportunidad de detener el auto, aunque sólo por un momento, para conversar un rato.

Con sincera estima; atentamente, Dwight D. Eisenhower

Mi respuesta fue la siguiente:

Mí querido presidente Eisenhower:

En Estados Unidos, cuando el presidente pasa delante de un amigo y, aunque sin culpa, no lo saluda, le escribe una carta personal. ¡Esto es democracia! En Rusia, cuando el dictador pasa delante de un amigo y no lo saluda, significa que lo ha marcado como blanco para ser ejecutado. ¡Eso es el comunismo! Para ser franco, Sr. Presidente, ¡me alegra que no me haya visto!, porque su saludo me hubiera durado un segundo, en cambio, su carta me durará toda la vida.

Mons. Fulton Sheen

Muchos pedidos también eran para mí. Uno, recuerdo, era de un chico judío de Pittsburgh, cuyos padres le habían dicho que no tenía edad suficiente para usar el *kipá* sobre su cabeza. Y él se había opuesto: «Si el obispo Sheen lo utiliza, ¿por qué yo no?». Y como me escribió sin que sus padres lo supieran, pidiéndome mi solideo morado (lo que para él era un *kipá*), se lo envié, razón por la que más tarde aparecieron los periódicos de

Pittsburgh mostrando la imagen del niño con un *kipá episcopal*. Una niña de Minnesota me escribió diciéndome que su caballo había muerto, y que desde entonces no podía dejar de llorar. Como la familia era muy pobre para comprar otro caballo, se lo conseguimos nosotros.

Nunca ensayábamos para nuestro programa, lo que le ahorraba mucho trabajo a nuestro productor. Esto en parte se debía a que yo no usaba apuntes. La revista *Time* envió una vez un corresponsal al escenario para averiguar qué truco utilizaba yo semana tras semana para transmitir cada programa sin necesidad de apuntadores orales o electrónicos.

En televisión sólo utilizaba un pizarrón, que era giratorio, de modo que una vez que terminaba de escribir de un lado, lo daba vuelta. Creé la ilusión de que un «ángel» -y no el tramoyista del equipo de producción- borraba el contenido cuando yo me apartaba del rango de filmación de una de las cámaras. Cuando el pizarrón quedaba limpio, quizás lo volvía a utilizar, pero siempre atribuyendo la limpieza al ángel, quien llegó a ser un sujeto de fama nacional[6].

Debido a que era profesor, cada tanto, escribía lo que deseaba explicar o dibujaba algunas ilustraciones. Y como no tengo nada de talento para las artes gráficas, y mis dibujos eran tan malos, una academia de arte de Nueva York me ofreció una beca para que aprendiera a dibujar *sin ofender a la raza humana*. Pero esto tenía una gran ventaja. No acepté la beca porque esto permitía a la audiencia disfrutar de una superioridad sobre el presentador: ellos sabían dibujar y yo no.

En televisión la imagen que se veía de mi persona era la de un obispo con sotana negra sobre la cual llevaba una capa púrpura (*ferrisola*). Y recuerdo una ocasión en la que di una conferencia en Massachusetts, y unos niños que me vieron llegar al escenario gritaron: «¡Superman!».

Siguiendo una costumbre desde que era niño, siempre escribía «JMJ» en la parte superior del pizarrón, tal como hago en cualquier hoja de papel antes de escribir (y deseo que alguna vez esté en mi tumba). En respuesta a muchas cartas, el público reconoció finalmente que hacían referencia a Jesús, María y José.

En muchos bares sintonizaban mi programa, que competía con Milton Berle. Esto en parte se debía a que muchos taxistas paraban de trabajar durante media hora para ver el show. Uno me preguntó una vez si había escrito un libro. Le dije que sí. Su respuesta fue: «Si ya no tuviera un libro, compraría el suyo».

La crítica del público variaba según cómo aparecía en pantalla. En una ordenación episcopal a la que asistí en Brooklyn, mientras entraba en procesión a la catedral con otros obispos, una mujer gritó desde la acera: «¡Definitivamente te ves mejor en televisión!».

Cuando hablaba, siempre tenía un gran reloj al frente del escenario. Esto me servía para manejar mis tiempos. Yo debía hablar sin interrupción durante aproximadamente 27 minutos y 20 segundos. Mi estrategia para terminar sin apurarme y sin que me cortaran en seco era asignarle a la conclusión un tiempo determinado. Si era de dos o tres minutos, dejaba de hablar del tema principal y comenzaba con la conclusión, para así evitar una interrupción apurada.

Solía emplear treinta horas para preparar cada show, lo que me daba material necesario como para hablar durante una hora. Como al respirar -siempre hay más oxígeno fuera del cuerpo que el que reciben los pulmones-, el conocimiento que tenemos sobre un tema determinado debe ser mucho mayor que el que impartimos. Si bien me podía olvidar de una o dos cosas, siempre podía sacar algo del depósito de información para ocupar su lugar.

Uno o dos días antes de la transmisión, «ensayaba» mi comprensión sobre la materia a tratar dando una charla en italiano a un profesor de italiano amigo mío y otra en francés a un profesor que habla francés en forma fluida. No hacía esto porque fuera experto en alguno de los idiomas, sino porque me obligaba a pensar mis ideas en otra lengua, lo que ayudaba a clarificar el tema en mi cabeza.

Un día envié a una joven que hablaba francés a una organización comercial, donde esperábamos que difundieran videos de nuestras misiones. El director de la organización era un judío francés y estaba encantado de poder hablar francés con ella. Le preguntó:

—¿Ve al obispo Sheen todos los días?

—Sí.

—¿Y le habla?

—Sí.

—¿Y él le contesta?

—Sí.

Y allí respondió con una teología terrible, aunque así y todo pretendió ser un cumplido:

—Por el amor de Dios, es otro Jesús.

Sería interesante analizar cómo ha cambiado el ánimo del país según la opinión de alguien con más de cincuenta años de experiencia en los medios. Cuando comencé con la radio nacional, el ánimo del país era cristiano. Así, una «Hora Católica» sobre doctrina cristiana era un enfoque popular. Provocó, sin embargo, una fuerte reacción en ciertos intolerantes; simplemente porque era un programa católico. Me escribió un hombre de Pennsylvania, quien decía tener doce libros que demostraban que el Papa era el Anticristo. Estaba por enviármelos, pero yo seguía refiriéndome al «Santo Padre» y al «Vicario de Cristo». «Estaba esperando -me escribió- que hablara sobre el Papa, pero he disfrutado mucho lo que dijo acerca del Santo Padre y del Vicario de Cristo». En aquellos días, no había muchas cartas que se pudieran describir como «mensajes de odio»; ni siquiera como neuróticas.

Cuando comencé en la televisión nacional (comercialmente), el enfoque debía ser diferente. Ya no hablaba en nombre de la Iglesia y bajo el patrocinio de sus obispos. El nuevo método debía ser uno más ecuménico, dirigido a católicos, protestantes, judíos y a todos los hombres de buena voluntad. Ya no era una presentación que hablaba directamente sobre la doctrina cristiana, sino más bien un abordaje razonable que tenía algo en común con la audiencia. Así, los temas durante aquellos años de televisión variaron entre comunismo, arte, ciencia, humor, aviación, etc. A partir de algo en común

que compartía con el público, pasaba a hablar gradualmente de lo conocido a lo desconocido o a la moral y filosofía cristiana. El mismo método que Nuestro Señor utilizó cuando se encontró con la prostituta en el pozo. ¿Qué tenían en común la Divina Pureza y esta mujer que había tenido cinco maridos y vivía con un hombre que no era su esposo? El único denominador común era la búsqueda de agua fría. A partir de allí, Él fue guiando la cuestión hacia las aguas de la vida eterna.

También san Pablo procedió de la misma manera en Atenas, cuando el único denominador común que pudo encontrar entre él y aquellos que habían empapelado las calles de la Acrópolis con sus dioses fue la inscripción que tenía uno de ellos: »al Dios Desconocido .«Esto le permitió abordar el concepto del Dios Verdadero. Así intenté yo llegar a la vasta audiencia de Estados Unidos. Y funcionó.

Las cartas intolerantes disminuyeron en el período de televisión. Pero un tipo de correspondencia, que podríamos denominar neurótica, comenzó a crecer. Uno se pregunta si no tuvo razón el Dr. Alexis Carrel cuando dijo: «Sufren más personas por trastornos nerviosos que por cualquier otra enfermedad». Descartado este detalle, lo notable en el país fue el aumento de gente con buena voluntad. Proporcionalmente, la mayor cantidad de cartas provenían de los judíos, luego de los protestantes y en tercer lugar de los católicos. Yo me sentía recompensado cuando lograba llevar a una persona un poco más cerca de Dios. Hubiera sido interesante conservar los cientos de cartas de búsqueda interior, deseosas de alcanzar la Divinidad, que llegaban a la oficina; pero sentí que mi deber para con los escritores era destruirlas. Respondí personalmente todas las que pude.

Eran tantos quienes a través de sus cartas me expresaban su interés por la Iglesia o por la búsqueda del don de la fe, que comencé a enseñar en grandes centros educativos, como en San Patricio (Washington D.C.), San Esteban (en la ciudad del mismo nombre) y en la Escuela de la Catedral (Nueva York). Enviaba libros y folletos a todos aquellos que me pedían bibliografía sobre la Iglesia.

Mirando hacia atrás, mis abordajes eran dos: uno directo por radio y otro indirecto por televisión. El directo consistía en desarrollar la doctrina cristiana en un lenguaje claro y sencillo. En la televisión, dependía más de la gracia de Dios y menos de mí mismo. Si el tema del programa era volar, quizás terminaba hablando de los ángeles. Nunca intenté ser lo que se podría decir *proselitista*. Era cuestión del público decidir si lo que yo representaba era algo que necesitaban como un complemento en sus vidas. La luz derramada en las almas provenía más del Espíritu que de Fulton Sheen.

Un ejemplo de esto fue un programa sobre la muerte de Stalin. Unos diez días antes de que muriera, hablé sobre la muerte de Stalin como si realmente estuviera ocurriendo. Recibí llamadas telefónicas de los diarios de casi todos los estados, deseosos de saber qué tipo de información confidencial manejaba. Les dije que lo único que sabía era que Stalin era mortal y que tendría que cumplir la pena máxima del pecado: la muerte. Y fue pura casualidad que el programa y su fallecimiento coincidieron. Pero, como para ir más lejos en este ejemplo, me pasó que, después de una conferencia en una ciudad del Oeste, una mujer me comentó que se había convertido gracias a uno de mis programas. Yo me puse muy ansioso por descubrir cuál podría haber sido y, para mi sorpresa, había sido el de Stalin. No había absolutamente nada en aquel programa que pudiera acercar un alma a la Iglesia. Dios lo había usado, simplemente, como instrumento. «Pablo planta y Apolo riega, pero el que hace crecer es Dios».

Hace muy poco, un joven sacerdote me dijo: «He logrado 72 conversiones en mis seis

años de sacerdocio». Le respondí: «Te sugiero que las dejes de contar, no sea que pienses que son logros tuyos y no de Dios».

Hay un tercer abordaje al público de la radio y la televisión, que tendrá lugar en el futuro, y que no será ni directo ni indirecto, sino *antropológico*, pero no en el sentido con que la ciencia utiliza este término al referirse al origen del hombre sobre la tierra, sino al sentido etimológico estricto: el estudio del hombre. En la religión cristiana, la explicación de la realidad va de Dios hacia el hombre; pero en el futuro se intentará que sea del hombre hacia Dios. La explicación de la realidad no será fruto del orden del universo que supone la existencia de un Creador del cosmos, sino consecuencia del desorden interior que padece el hombre. Y las consecuencias negativas de este desorden, estudiadas por la Psicología, podrán ser utilizadas eficazmente como trampolín para llegar a las Verdades Divinas, como las únicas capaces de reparar ese desorden.

Recientemente, en una reunión de obispos, decidimos hacer una colecta para pedir a la gente diez millones de dólares, con fines de comunicación religiosa para la radio y la televisión. El obispo que presidió la reunión me encargó lanzar un comunicado de cinco o seis minutos -a emitirse en cada parroquia católica de Estados Unidos- mediante el cual se pidieran contribuciones a la población. Estuve de acuerdo con anunciar la colecta, pero no con pedir dinero, ya que con los obispos no habíamos decidido aún cómo lo invertiríamos. Yo podía, sin remordimiento de conciencia, pedir dinero para la construcción de hospitales, escuelas, clínicas e iglesias en África y Asia, pero pedir diez millones de dólares sin contar con un plan de inversión me parecía imprudente.

A pesar de algún daño que los medios de comunicación puedan haber ocasionado en otras áreas, en general le han hecho mucho bien a la religión. En todos los períodos de la historia de la Iglesia en Estados Unidos, hay un público que reacciona positivamente ante la religión, al menos, tan bien como en los años en los que yo intervine, pero incluso mejor que entonces. Con frecuencia deseo ser más joven, para así poner en marcha aquel tercer abordaje que he mencionado, es decir, comenzar por la infelicidad alojada en el interior del corazón humano. El público está siempre allí; las oportunidades, siempre presentes. Tenemos la necesidad de asimos de almas torturadas como Pedro, agnósticas como Tomás y místicas como Juan, para así llevarlas, respectivamente, a las lágrimas, a sus rodillas o al descanso en el Sagrado Corazón de Jesús.

Muchas veces me han preguntado cómo preparo mis sermones, y sólo puedo dar cuenta de mi propia experiencia después de una larga vida dedicada a la predicación.

He preparado todos mis sermones en la presencia del Santísimo Sacramento. Así como la recreación es más placentera y productiva a la luz del sol, la creatividad en las homilias se nutre mejor ante la Eucaristía. Las ideas más brillantes provienen de encontrarse con Dios cara a cara. El Espíritu Santo que presidió en la Encarnación brinda el mejor ambiente para la iluminación. El papa Juan Pablo II siempre tiene a mano una libreta o agenda cuando está en presencia del Santísimo Sacramento; también yo lo he hecho toda mi vida, seguro que por las mismas razones: un enamorado siempre trabaja mejor cuando el Amado está con él.

Una vez formulado el plan general del sermón, le cuento mis ideas a Nuestro Señor, o al menos medito sobre ellas, casi en susurros. Es sorprendente lo rápido que uno descubre el valor del sermón propuesto. Por eso me explico que los franceses utilicen la expresión *l'esprit de l'escalier*, aludiendo a la capacidad para descubrir al día siguiente - o tarde- una respuesta eficaz e ingeniosa que contradice un argumento contrario a nuestras opiniones; es decir, el descubrir tarde de lo que uno *debería* haber dicho en el debate de la noche

anterior. Por lo general, cualquier sermón o conferencia tiene tres formatos diferentes: lo escrito, lo dicho y lo que uno desearía haber dicho. Por eso, «predicar ante la presencia de nuestro Señor» es la mejor manera de descubrir las debilidades de lo que digo, pero también las posibilidades.

Después de reunir el material y formular los puntos a exponer, prosigo bien con una meditación o musitando despacio sin siquiera ver las notas. El material del sermón no es aquel que pasa del «papel» al «cerebro», sino el que procede desde una mente creativa hacia los «labios». He preguntado a muchos comediantes cuál pensaban que era su mejor chiste y la respuesta siempre fue la misma: «El que más veces conté».

Estoy convencido de que predicar y hablar en público son tareas imposibles sin estudio y lectura. Esta es, acaso, una de las debilidades del púlpito moderno y del escenario de conferencias: descuidar la permanente educación. Los libros son grandes amigos; siempre tienen algo valioso para decir cuando los abrimos. Nunca protestan por estar muy ocupados y siempre están dispuestos a alimentar la mente. Uno casi siempre puede saber la década o el año en que un sacerdote se ordenó mirando las bibliotecas; algunos tienen a Tanquerey y Wapelhorst; los más jóvenes tienen libros acerca de los revolucionarios años sesenta, pero algunos no compran libros desde hace décadas. Cuando la alacena de líderes intelectuales está vacía, es difícil preparar una homilía, o, si se me permite, una «comida homilética». Cuanto más alto es el edificio, más materiales hacen falta. Uno nunca ha de temer quedarse sin materiales cuando hay estudios serios.

Luego de ser profesor durante seis años en la Universidad Católica, y de haber estado en radio nacional y dado muchas conferencias por todo el país, fui instado por un profesor colega mío -amigo cercano que luego fue arzobispo en otro país, como representante del Vaticano- a dejar la radio y las conferencias. Su argumento fue: «A la velocidad que viajas, sólo hay una cantidad limitada de material que puedes usar y, en poco tiempo, ya no quedará nada y no habrá más oportunidades para mejorar. Te aconsejo, por lo tanto, que sólo te ciñas a enseñar en la universidad y que abandones el resto de las actividades». Le hice la misma pregunta que el Señor le hizo a los escribas y fariseos: «¿Dices esto por ti mismo u otros te lo han dicho?». Él me respondió: «Tienes razón; ha sido otro quien me pidió que te dijera». Ambos sabíamos quién era. Continuamos siendo amigos hasta su muerte.

Mis lecturas abarcan literatura, ciencias, filosofía de la política: en definitiva, todo lo que le puede ser útil a un sacerdote que enseña y dialoga con otros, o que aporta material para comunicación. Nunca leo novelas. Cuando iba a la universidad, me costaba leer todas las novelas que nos pedían en clases; pero sí leo críticas literarias y estudios de literatura contemporánea que resumen las tendencias. En una ocasión, me dirigí hacia lo de Jo Mielziner, el famoso diseñador escénico, para darle clases de formación. Cuando toqué timbre, aquella tarde, me contó que Humphrey Bogart acababa de llegar. Jo le dijo a Bogart que bien podía quedarse a oír mis lecciones o bien esperar en otra habitación. Bogart dijo:

—¿Por qué debería quedarme a escuchar a un sacerdote? Sé más sobre la Iglesia Católica que cualquier sacerdote.

Pretendí no haber escuchado la conversación, pero cuando me uní a los demás en otra habitación, el tema que se discutía era «novelas». Admití que no había leído ninguna de las novelas que se debatían.

—No sé si lo he heredado de mi padre, ya que él nunca leía novelas.

Humphrey Bogart, quien acababa de jactarse acerca de saberlo todo de la Iglesia Católica, preguntó:

—¿Era tu padre un sacerdote también?

La primera materia que debe estudiarse es Sagradas Escrituras, que no sólo exige su lectura, sino además el estudio de sus notas y comentarios. No he encontrado mejores notas y comentarios que los de la *Biblia de estudio diario* de William Barclay, que salió en quince pequeños volúmenes. Las notas que hacen los protestantes, descubrí luego, son también particularmente interesantes, ya que ellos han dedicado más tiempo a las Escrituras que la mayoría de nosotros. Creo que los tres volúmenes de *Exposición del Evangelio de San Juan*, de Arthur W. Pink, son de los mejores, desde un punto de vista espiritual.

Debido a que mi vida ha tenido un amplio espectro, ha recibido muchas influencias de estilo. La mayor influencia para escribir fue de G.K. Chesterton, una persona que nunca escribió una palabra en vano, que vio el valor de una paradoja y evitó siempre lo trivial. Más tarde llegaron los escritos de C.S. Lewis quien, junto con Chesterton y Belloc, se convirtió en uno de los mayores apologetas cristianos del mundo contemporáneo. El estilo de Lewis era concreto, ordinario, plagado de ejemplos, analogías, parábolas... Siempre interesante. También Malcom Muggeridge fue una gran inspiración. Siempre genial, brillante, explosivo, divertido. Y no debo olvidar la poesía, en particular *el Libro de poemas místicos*, de Oxford, en especial los de Studdert Kennedy y, sobre todo, los de Francis Thompson. A través de los años he llevado un registro de todos mis poemas favoritos, muchos de los cuales he aprendido de memoria.

COMUNISMO

Un poco después de que me designaran profesor en la Universidad Católica de Estados Unidos y, particularmente, luego de la alianza con Rusia en la Segunda Guerra Mundial, el comunismo comenzó a ganar atractivo entre la población. Esto hizo que me interesara mucho en la cuestión. Como filósofo, fui formado en la filosofía completa y universal de santo Tomás de Aquino, en el sentido de que abarca a Dios, al hombre y a la sociedad. El comunismo también tiene una filosofía completa. Cayetano, comentando un texto del Aquinate, observó que si uno parte de un supuesto falso y procede lógicamente desde allí en adelante, nunca volverá al camino hacia la verdad.

Como preparación, fui leyendo las obras de Marx, Lenin y Stalin. La filosofía que siguen se puede resumir de una manera bastante simple: el hombre ha sido »alienado «de su verdadera naturaleza por dos factores: la religión y la propiedad privada. La religión lo ha subordinado a Dios; la propiedad privada lo ha subordinado a su empleador. Por eso, si el hombre ha de volver a su verdadera naturaleza alguna vez, la religión y la propiedad privada deben ser destruidas. En el comunismo, el ateísmo y la economía son inseparables.

El comunismo se originó como una idea de Karl Marx, un descendiente de rabinos de larga línea, por el lado de su padre y madre. Sin embargo, toda la familia se convirtió al cristianismo (por razones políticas, no religiosas). Más tarde, Karl hizo su doctorado *in absentia* en la Universidad de Jena.

El tema del comunismo fue muy fuerte durante la Guerra Civil Española, en 1936. Hay un episodio que vale la pena mencionar. La política exterior de Estados Unidos estaba

considerando levantar el embargo que prohibía enviar armas a los comunistas en España. A fin de combatir esto, tuvo lugar una junta en Constitution Hall, en Washington. Tres fueron los oradores: un ex embajador español, una joven que había estado en España y había luchado contra los comunistas, y yo. Prohibieron la entrada a Constitution Hall a miles de personas. Probablemente, la junta tuvo algo que ver con que el proyecto de enviar armas a los comunistas se viniera abajo.

Al día siguiente, tuve una reunión con el presidente Roosevelt. A decir verdad, el objetivo era pedirle un lugar en el Comité de la Cámara de Representantes para un amigo, que no había logrado su segundo mandato en el Congreso. Siempre me había opuesto a conseguir favores de un político, pero esta persona había sido un gran amigo desde hacía largos años, por lo que decidí hacer la excepción.

Cuando entré a ver al presidente Roosevelt, estaba enfadado. Pensé que con el Secretario de Guerra, que acababa de salir. Pronto me di cuenta de que era conmigo. Tenía el *Washington Post* en su escritorio. Ni bien entré, comenzó:

—Hay una cosa que no toleraré en este país: dar discursos como el que dio usted anoche en Constitution Hall.

—¿Qué parte lo ha ofendido, señor Presidente? —le pregunté.

Me leyó un fragmento del periódico. Al escucharlo, tuve la *certeza* de que tal afirmación no había sido hecha. Luego le dije:

—Señor Presidente, permítame ver el periódico.

Al darse cuenta de que no estaba citando el discurso de Constitution Hall, sino uno de otra reunión en Washington, rápidamente hizo un bollo con el periódico y lo tiró a la basura.

—Debe usted tomar mi palabra cuando hablo.

—Puedo tomar su palabra —le aseguré—, a menos que no sea verdad.

—Se cree que sabe mucho acerca de la actitud de la Iglesia sobre el comunismo, ¿verdad? Quiero decirle que la fuente con la que trato me dice que la Iglesia quiere que el comunismo gane en España.

—Señor Presidente —le respondí— su fuente no me sorprende en absoluto.

—No le he dicho quién es.

—Usted se refiere al cardenal Mundelein, y yo sé que el cardenal Mundelein jamás ha hecho la afirmación que acaba de atribuirle.

Luego cambió de tema y comenzó a atacar al Arzobispo de Baltimore. Me dijo:

—Imagínese. Ese hombre que hoy se sienta donde antes estuvo un primo mío dijo que el embajador español de Estados Unidos es un «mentiroso». No trataré con personas que

no puedan contenerse y utilicen estos términos para destruir a los funcionarios públicos; —y prosiguió— una cosa más: uno de mis guardaespaldas fue a la iglesia de San Agustín el domingo pasado. Me contó que el sacerdote pidió a los fieles que se unieran a una manifestación contra Roosevelt, que está a favor de enviar armas a los comunistas de España —y aquí el presidente gritó—: ¡ese hombre es un mentiroso!

Cuando se dio cuenta de que había usado la misma palabra que había condenado en la boca del arzobispo Curley, dijo riendo:

—Bueno, ya sabe cómo es. Nosotros, que tenemos una vida pública, a veces nos emocionamos un poco.

Viendo que no llegábamos a ningún lado, le dije:

—Señor Presidente, vine a verlo para pedirle un puesto en la Cámara de Representantes.

—Ah, sí —me dijo—. Eddie votó todo lo que yo quería en el Congreso. El quiere formar parte de la Cámara, ¿no?

—Así es.

—Bien —me respondió y escribió el nombre en una libreta—. Tan pronto salga usted de esta oficina, llamaré a la señorita X [mencionó el nombre de una encargada] y ya podrá decirle a Eddie que tiene el puesto.

Cuando salí de la Casa Blanca, llamé a Eddie y le dije:

—Eddie, vi al Presidente. Lo siento, pero no tendrás el puesto.

—¿Así respondió el Presidente luego de todo lo que hice por él?

—No —le respondí—. Dijo que lo tendrás.

Mi amigo nunca obtuvo el puesto.

Mis cursos en la universidad no sólo contaban con el número usual de estudiantes inscriptos, sino que además siempre había auditores. De hecho eran tantos que era necesario buscar sillas extra. Una tarde, justo antes de comenzar una clase, se me acercó un hombre distinguido y canoso, y me dijo:

—Vine a hablar con usted; es muy importante.

—Estoy por empezar mi clase —le respondí—. Si desea, puede entrar a escucharla y luego conversamos.

Aquella tarde en particular debía hablar sobre la constitución soviética. Al finalizar, este hombre me confió su historia:

—Soy un soviético fugitivo. Mi padre tenía un circo; a mi hermano lo enviaron a la Siberia y a mi hermana la ejecutaron. Decidí escapar de Rusia, por lo que me embarqué en

una unidad naval y una noche salté al mar. Casi me ahogo, pero recé a Cristo y fui salvado —me mostró una pequeña libreta con el título de *La historia de mi huida del comunismo* y prosiguió—. Quiero que lea esto atentamente y luego me llame —me pasó su número de teléfono—. Sé que viaja alrededor del país hablando del comunismo. Quiero acompañarlo. Al final de sus conferencias, me gustaría tener unos diez o quince minutos para contar mi experiencia de primera mano. Sería una manera efectiva de destruir el sistema que odio...

Llamé por teléfono al jefe de la división comunista del FBI y le pasé el nombre de esta persona. Reaccionó al instante:

—Ah, sí. Es un espía muy conocido. No sabíamos que había vuelto a Estados Unidos.

Pensábamos que estaba en las Filipinas. Es un agente muy peligroso; su vida está en riesgo. Nosotros nos encargaremos a partir de ahora.

Nunca volví a escuchar acerca de este hombre; nunca supe qué ocurrió con él.

Debido a mis clases en la universidad y a mis apariciones públicas, mi posición anticomunista era bien conocida. Supongo que era natural que alguien que huyera del partido acudiera a mí. En una ocasión, me citó con un hombre por teléfono para encontrarnos en un lugar. Me dijo que era uno de los miembros del Presidium[7] que compartía escenario, en el Madison Square Garden, con Earl Browder y otros comunistas de alta esfera. Acababa de asistir a una de las reuniones cumbre de comunistas en Nueva York, donde no sólo trabajaban durante el día, sino que además pasaban la noche.

Le pregunté cómo podía tener certeza de su honestidad, ya que quería entregarme material interno del partido.

—Dame tu carnet comunista —le dije.

—Eso podría enviarme a la muerte. Sólo tendrías que llamar a la Oficina Central comunista y decir mi código. En unas pocas semanas se hablará de mi muerte en un accidente.

Seguía sin convencerme. Cada vez que me visitaba, cambiaba de taxi dos o tres veces. Debido a que había estado en esas reuniones comunistas nocturnas, siempre pedía ser llevado al sótano, donde podía cambiarse de ropa antes de subir.

Para estar absolutamente seguro, arreglé encontrarme con él en el Hotel Plaza de Nueva York. Reservé dos habitaciones, una al lado de la otra. Llamé al FBI, les conté que me reuniría con esta persona -un alto miembro del partido comunista-, que me había prometido pasarme información. Les pedí que investigaran bien su integridad. La respuesta fue:

—Conversa con él; nosotros estaremos en la habitación contigua. Cuando salgan, tira la cadena del baño. Eso nos indicará que debemos irnos. Lo seguiremos y en un mes te haremos un informe.

Un mes después recibí el informe del FBI donde se indicaba que podía confiar en este hombre completamente. Comenzó entonces a pasarme mucha información del interior del partido; me habló de fotografías falsas que habían hecho de mí y me contó que en una

de las reuniones me habían declarado «Enemigo Público N.º .«1 Mantuvimos correspondencia durante muchos años, hasta que su fuente de información se agotó, ya que con el tiempo dejó de asistir a las reuniones comunistas.

En una ocasión hice enojar a un mso del Ejército Blanco que me acompañaba como guardaespaldas a todas las conferencias que dictaba sobre el comunismo a lo largo y a lo ancho del territorio de Estados Unidos. Fue en Westchester. Este hombre era presentado en las conferencias como un amigo mío, tras lo cual solía sentarse en el escenario junto a mí. Una vez allí me daba un programa donde estaban marcados todos los comunistas declarados que formaban parte del auditorio. Y en Westchester el programa que me pasó tenía una gran »X«, es decir, todos en la sala eran comunistas, así que debía estar preparado.

Decidí cambiar el tema de la conferencia. Dije al público que con frecuencia me acusaban de ser injusto con los comunistas, ya que citaba frases atribuidas a ellos cuya autenticidad no podía ser verificada. Proseguí:

—A fin de lavar esta mala imagen, sólo leeré documentos comunistas oficiales. Y para que no se me acuse de malinterpretarlos, pediré a varios miembros del público que suban al escenario y lean los documentos comunistas.

Ni una sola persona pasó al frente; el resto de la conferencia se desarrolló de manera ininterrumpida.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, me tocó hablar sobre el comunismo en Akron, Ohio. Muchos abogados hicieron saber a los patrocinadores del evento que no asistirían, dado que mi posición era adversa a Rusia. En aquellos días, había mucha gente predispuesta a favor de este país. Era una medida impopular animarse a decir algo en contra de nuestro supuesto aliado. En Akron, yo esperaba en la casa parroquial donde un reconocido prelado también estaba de visita. Me preguntó:

—¿Sobre qué hablarás esta noche?

—Sobre Rusia y Europa Oriental, y sobre cómo Rusia tiene planeado conquistar toda Europa Oriental, Polonia, Lituania, Albania, Checoslovaquia, etc.

—Estás loco —me respondió el prelado—. Rusia es una democracia; ya no es más comunista.

—No lo creo —dije yo—. He dedicado toda mi vida a estudiar el comunismo y estoy convencido de que tienen la intención de conquistar Europa del Este.

Comencé a bajar las escaleras. La casa parroquial era antigua y debía tener unos veinticinco escalones. Mi amigo prelado, de pie arriba de todo, me señalaba con el dedo y me repetía sin cesar mientras ponía un pie en cada escalón:

—Fulton Sheen, ¡estás equivocado... estás equivocado... estás equivocado!

Cuando llegué al final de las escaleras, me di vuelta y lo miré desde abajo:

—Algún día descubrirás que Europa Oriental le pertenece a los comunistas.

El editor de una cadena de periódicos estuvo aquella noche entre el público. Al día siguiente, publicó una caricatura donde aparecía yo atacando a Rusia. El mensaje de

fondo indicaba que yo estaba destruyendo la unidad de Estados Unidos y Rusia.

Debido a mi posición con respecto a Rusia, mis charlas por la radio eran muy controladas. Una persona en la cabina tenía la orden de cortarme del aire en caso de que me desviara de la popular opinión «Rusia es una democracia». Una vez envié el borrador para una transmisión, que en una parte decía: «Polonia fue crucificada entre dos ladrones: los nazis y los soviéticos». Recibí un telegrama de la Conferencia Episcopal como respuesta, en el que me pidieron no decir eso al aire, ya que insinuaba que Rusia era uno de los ladrones. Les respondí lo siguiente: «¿Y qué tal si Rusia quedara como el “buen ladrón”?».

Justo antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando Rusia y Alemania todavía eran enemigos, hice una profecía por radio, a saber: así como «Pilatos y Herodes, que eran enemigos, se unieron para ensangrentar el Cuerpo de Cristo, también alguna vez se unirán el nazismo y el comunismo, que ahora son enemigos, para ensangrentar el cuerpo de Polonia». La profecía se cumplió.

A pesar de mi oposición a los males del comunismo, siempre me gustó Rusia. El cáliz que uso a diario para la Santa Misa fue utilizado en San Petersburgo en tiempos de fe. Bien puede ser que la razón por la que el comunismo resultó atractivo en Rusia fue porque era religioso. En el alma rusa se encuentran, fuertemente arraigadas, apasionadas convicciones religiosas: la vocación universal de llamar a todos los hombres a una hermandad; la necesidad de sacrificio y sufrimiento para cumplir esta misión; y la necesidad suprema de entregarse uno mismo a la Voluntad de Dios. El comunismo, frente a una Iglesia venida a menos, prometió a la gente la realización de estos tres ideales, pero sin ser claros acerca de que quedarían vacíos de Dios. La hermandad se volvió un proletariado revolucionario; el sacrificio, violencia; y la Voluntad de Dios, en la voluntad de un dictador. El comunismo es una religión, una entrega a lo absoluto. Por eso les resulta atractivo a aquellos que no tienen fe y por eso la Rusia soviética de hoy se considera como la última esperanza del hombre occidental que vive sin Dios.

El pequeño sagrario de mi capilla privada es una réplica de una iglesia rusa. Es así como expreso mis esperanzas por la conversión definitiva de Rusia. No a través de la guerra; deberemos confiar en la oración para que la tierra que alguna vez se conoció como Santa Rusia pueda ser, una vez más, el manantial por el que fluya una corriente pura de cristianismo. Así llegaremos a ver consumadas las palabras del poeta ruso Khomyakov, consciente en primer lugar de los grandes pecados de Rusia:

*Pero, ay, muchos y terribles son los pecados
que descansan pesados en tu alma.*

*Oscuro eres, teñido de oscura injusticia, y
marcado has sido por el yugo de la esclavitud,
por embustes dañinos y halagos paganos, por
la pereza, que es infame y la vida niega.*

Y todo aquello que es odioso veo en ti.

Pero luego vio en su tierra un instrumento elegido que llama a arrepentimiento:

Por los que lloran buscando consuelo, por cada ley que hemos desdeñado, por pecados que manchan nuestro suelo.

Por actos malvados que nuestros Padres han mirado.

Por todo este país, y su amarga pasión,

Los que aquí quedamos, con lágrimas pagamos.

Oh, Dios Todopoderoso, por tu compasión:

*¡Perdón, te rogamos! ¡Perdón, te rogarnos!]*⁸

EL DESEO DE SER OBISPO

¿Cuántos sacerdotes desean ser obispos? No hay manera de saber; sólo Dios conoce lo que ocurre dentro del corazón de cada uno. San Pablo escribió: «Es una ambición noble aspirar a ser obispo. «Quizás porque, en aquellos días, muchos obispos eran mártires. Era una posición de liderazgo mucho más incómoda de lo que es ahora. Confieso que fue de joven sacerdote cuando comencé a rezar para ser obispo. El motivo, claramente, era el deseo de ser sucesor de los Apóstoles. No recuerdo exactamente cuándo; creo que durante mi primer o segundo año de posgrado en la Universidad de Lovaina. Sí recuerdo cómo hacía la petición. De camino a clases, pasaba por la iglesia de San Miguel, en cuyas paredes había cuadros de los Siete Dolores de la Virgen. Rezaba un avemaría ante cada uno de los dolores por esta intención y he continuado con esta costumbre aun después de muchos años de ser obispo.

Además de la oración, tomé la resolución de nunca hacer nada para mí mismo: nunca cultivar una amistad o usar ningún medio humano para alcanzar tal «noble ambición». Tuve la oportunidad de poner esa resolución en práctica.

Cuando era un joven profesor en la Universidad Católica, el obispo Kelly, de Oklahoma City, me pidió permiso para enviar mi postulación como obispo a Roma. Le pedí unos días para pensarlo; luego le escribí: «Hay dos maneras de ascender en la Iglesia. Una con un empujón de abajo, otra con un regalo de arriba». Con un «empujón de abajo» me refería a la influencia o intercesión de un tercero. Con un «regalo de arriba» me refería a una designación de la Santa Sede, una que se hace bajo la inspiración del Espíritu Santo, sin la influencia de los hombres. Debido a que su invitación -concluí en la carta- era más bien un «empujón de abajo» que un «regalo de arriba», tendría que declinarla. El arzobispo Quinn, de San Francisco (ex obispo de Oklahoma), me contó que vio mi carta entre los archivos de la diócesis.

Apenas después de ser nombrado Director Nacional de la Sociedad para la Propagación de la Fe, fui ordenado obispo en la Basílica de San Juan y San Pablo, en Roma, el 11 de junio de 1951. Más tarde me enteré de que esto ocurrió gracias a las indulgencias del cardenal Spellman.

Un momento crucial de mi vida llegó cuando me hice poseedor de una enorme suma de dinero, gracias a la televisión. Sumado a las donaciones, el monto ascendía a millones de dólares. Como yo era director de la Sociedad para la Propagación de la Fe, mi vida estaba dedicada a difundir el Evangelio, a construir hospitales, leproserías, escuelas, etc., en África, Asia, Oceanía y otras partes del mundo. Pero desde que fui ordenado por la Santa

Sede, y debido a que apreciaba sinceramente las misiones, insistí en donar cada centavo que ingresaba no sólo por los mecanismos ordinarios -es decir, a través de la diócesis- sino también por mi trabajo personal, para que así Roma y su Sagrada Congregación los distribuyeran, a fin de llevar la Iglesia a todo el mundo. ¿Qué significa ser obispo? Cuando Nuestro Señor llamó por primera vez a Pedro y a los demás apóstoles, les dijo que de aquel momento en adelante pescarían almas y no peces. Si el hecho de ascender en la Iglesia aumenta la habilidad para llenar redes, es otra cuestión. Las estadísticas no evidencian que uno atrape más peces sentado en la orilla vestido de púrpura que vestido de negro. Más bien, parecería que la responsabilidad es mayor: un pescador usa sólo un anzuelo, pero un obispo usa un báculo, o un cayado. Esto significa que debe agrandar el redil de Cristo, sean peces u ovejas, «con arpón y con bastón».

La ley cristiana dice que cuanto más elevados estamos, más pequeños nos volvemos. Nuestro Señor dijo: «Que el más grande entre ustedes sea el más pequeño». Existe el riesgo de que la pompa y circunstancia del tesoro nos haga olvidar del barro. Hay una sensación de júbilo que sobreviene con la cruz pectoral en el cuello, y los que comenzamos a jugar con ella, cuando la tenemos por primera vez en los hombros, lo hacemos hasta el final de nuestros días. Recibe el nombre de cruz pectoral, no crucifijo. El anillo en el dedo, el solideo en la cabeza y el título de «obispo»... Todas estas cosas tienen un aura particular y contribuyen a crear una falsa euforia, que confieso haber sentido alguna vez.

En Inglaterra e Irlanda, para dirigirse a un obispo corresponde decir «Señor» o «Mi Señor». Cuenta la historia que a un obispo recién ordenado de Inglaterra le preguntaron: «¿Cómo debo dirigirme a usted?». Y él respondió: «Puede llamarme “Mi Señor”, pero no me llame “Mi Dios”»[9], Confieso también la alegría de los privilegios que tiene un obispo: su lugar en la mesa, el reclinatorio mullido y la reverencia que nace a partir de la fe. En muy poco tiempo uno descubre que no es nada diferente a como era antes, que el barro es tan frágil y débil como siempre, que la consideración y el aprecio que muestran las personas no necesariamente reflejan la manera en que Dios me ve. Me llevó un tiempo darme cuenta de que la diadema del anillo no se vuelve necesariamente la diadema de una corona en el Cielo.

Trabajar para las misiones, ver la pobreza de hombres y mujeres que se entregaban y lo hacían por Cristo -al tiempo de sentirme cada vez más débil y pecador-, me hizo dar cuenta de lo lejos que me encontraba del lugar donde Cristo quería que fuera. Comencé, entonces, a usar un anillo de plata muy pequeño con una imagen de nácar de Nuestra Madre; lo seguí utilizando hasta el Concilio Vaticano II, en el que el papa Pablo VI nos dio una alianza de oro a cada obispo. Empecé a usar también un crucifijo, en lugar de una cruz, en la cadena que tenía en el cuello. Este crucifijo, con el que me fui encariñando cada vez más, había pertenecido a una comunidad de monjas que lo vendió a un joyero a poco precio... Historia aparte que narraré más adelante.

El gozo supremo de ser un sucesor de los Apóstoles está en el poder de ordenar o *engendrar* otros sacerdotes. Físicamente, la virtud del celibato nos impide engendrar, pero imponer las manos en jóvenes, y ungirlos y consagrarlos con el poder de perdonar los pecados y de ofrecer el Cuerpo y la Sangre de Cristo... es, espiritualmente, una manera de engendrar en el orden celestial. Esto tiene su carga, ya que el Señor nos hace responsables por aquellos que ordenamos y son indignos. Como obispo de Rochester, rechacé a unos pocos diáconos que me habían presentado para la ordenación. Al momento de examinarlos -y al haberlos observado en el seminario-, había tenido la sensación de que sus intenciones no eran dignas. Cuando se dio a conocer la noticia de que varios miembros de la clase habían sido declinados, la madre de uno de los jóvenes

acudió a mí y me dijo: «Gracias a Dios que no ordena a mi hijo. No merece ser sacerdote». Muchos otros, miembros de la clase, me preguntaron también: «¿Cómo lo sabía? Su juicio fue acertado».

El mérito de un obispo consiste en dar toda su vida, y esto no se puede medir por lo que uno da (sea mucho o poco), ni por la duración que esa entrega tiene en el tiempo... porque se trata de toda la vida. Debido a mi posición de eminencia, sería muy fácil para mí juzgar mi vida a partir de los ingresos que he conseguido para los pobres, en términos de dólares y centavos. O, si uno está a cargo de una diócesis, a partir de la cantidad de escuelas e iglesias construidas, hecho que no tiene en cuenta que todo se hace con los favores de los demás. No; Dios me juzgará más bien según cuánto yo lo he reflejado a Él, no sólo con mi trabajo, sino con mis palabras y mi vida.

En el final de los tiempos, no seremos evaluados según cuánto tiempo servimos o cuánto hicimos, sino según si las personas a cargo nuestro recuerdan al obispo como alguien que fue Cristo entre ellos. Es una evaluación difícil y de temer; tiemblo ante las responsabilidades que he tenido tras más de sesenta años de sacerdote y casi treinta de obispo. Nadie sabe cuántas veces se estremeció mi alma al leer a san Juan Crisóstomo: *la vida de un obispo debe ser más perfecta que la vida de un ermitaño*. Esto se debe, dice el santo, a que la santidad que el monje guarda en el desierto debe ser guardada por el obispo, que está en medio de los males del mundo. Santo Tomás de Aquino enseñó que la vida espiritual del obispo tiene mayores exigencias de perfección que la vida religiosa: «Para el estado episcopal se exige perfección de vida, como se deduce del hecho de que el Señor preguntó a Pedro si lo amaba más que los otros antes de encomendarle el cargo pastoral». El Señor me ha bendecido con años *de duración* en el sacerdocio y en la jerarquía eclesiástica. ¿Pero qué hay de la *donación*? Ciertamente no ha habido una donación total de mí mismo; ni cada medalla humana que se cruzó en mi camino -fuera de cobre, plata u oro- ha sido estampada con la imagen de Cristo.

Analizando mi ministerio episcopal, observo tres cosas que me han impactado:

Los obispos son un *regalo* del Padre al Hijo.

Los obispos continúan la Misión de Cristo.

El Señor no siempre se complace en nosotros.

La oración de nuestro Señor durante la noche de la Última Cena fue para sus obispos, es decir, los apóstoles. ¿Y cómo nos describió? Como «regalos» del Padre Celestial para El mismo: «Eran tuyos y me los *diste*». «Noten la cercanía entre los obispos y El.

El Señor dijo en aquella oración»: Salí del Padre, «y ahora les dice a los obispos: »Ustedes han salido del Padre; por eso están conmigo; son su regalo.«

El primer regalo del Espíritu Santo luego del Viernes Santo y la Pascua fue para los obispos, y fue para sus misiones. Pentecostés no constituyó el soplo inicial del Espíritu Santo. Durante la noche del domingo de Pascua, las puertas estaban cerradas en el lugar donde se encontraban. Tomás no estaba y el Señor se apareció de repente ante diez obispos, tres de los cuales habían dormido en el jardín, uno lo había negado y sólo uno había estado al pie de la cruz. Les podría haber dicho: «¡Qué vergüenza! ¡Deberían tener vergüenza!». ¿Pero qué les dijo? «Paz». Y les mostró sus manos, sus pies y su costado. El Señor no era una superestrella; era una *superhuella* de heridas y llagas. Dijo la palabra

«Paz» dos veces. La primera en el sentido de reconciliación; por eso mostró sus llagas, para demostrar que estábamos unidos al Padre una vez más. La segunda «Paz» no significó una misión de reconciliación, sino una misión de servicio: «Así como mi Padre me envió, Yo los envío a ustedes». Y sopló sobre sus obispos.

En la Biblia, en la famosa *traducción griega de los setenta sabios*, hay sólo otra ocasión donde aparece la palabra «sopló»: el Génesis. Cuando El creó al primer hombre, »sopló« sobre su rostro un aliento de vida. Este segundo soplo es el que fue sobre los apóstoles u obispos. El primero hizo a Adán; el segundo hizo la nueva creación: la Iglesia y su misión en el mundo.

El Señor no estaba muy contento con sus obispos, como cuenta el Libro de las Revelaciones. Juan el evangelista estaba en la Isla de Patmos, exiliado a causa de su fe. Allí escribe acerca de los primeros obispos de la Iglesia, a quien denomina «ángeles» de sus respectivas iglesias. No hay dudas de que se está refiriendo a la autoridad local y a cómo se ejerce en la comunidad. A través de iglesias encabezadas por obispos, Cristo ejerce su poder y su juicio sobre cada uno. Cuanto más fiel es la Iglesia a Cristo, mayor será su tribulación. Pero es en medio de esta Iglesia, con todas sus fallas y errores, donde el Cordero quita el pecado del mundo. La Iglesia no está hecha de santos, sino de pecadores que intentan ser santos. Esta es la verdad acerca de los obispos.

San Juan bien puede estar registrando las condiciones históricas de cada obispo en aquel tiempo, o bien dando a conocer, simultáneamente, casos de obispos en cualquier período histórico... O quizás las dos cosas al mismo tiempo.

San Juan escribe acerca de siete obispos en siete iglesias o diócesis diferentes. La primera que menciona es Éfeso: el obispo era fervoroso, ortodoxo y un gran organizador, pero le faltaba amor. Esmirna: el obispo era humilde, dedicado a su rebaño, perseguido y puesto a prueba; es aprobado. Pérgamo: el obispo era temeroso frente al mal y comprometía su misión. Tiatira: el obispo era bueno, pero no pudo hacer nada respecto de quienes enseñaban la falsa religión (¡qué moderno suena esto!). Sardes: el obispo era un farsante; se engañó a sí mismo; se llamó a sí mismo vivo, pero estaba muerto. Iglesia de Filadelfia[10]: el obispo fue un buen pastor y cumplió su palabra. Laodicea: rico en lo exterior, pobre y miserable en lo interior.

La Iglesia siempre es juzgada por los obispos; esa es la lección que enseña el Libro de las Revelaciones. Y en muchas ocasiones en que San Juan escribe sobre estas iglesias, dice: «Conozco su trabajo», es decir, su administración, finanzas, servicios sociales y escuelas. Conozco todo esto... y luego viene un «pero». Lo que se olvidó fue el amor a Cristo, o la ortodoxia, la mortificación. Una vez oí a un predicador que hablaba sobre los tres jóvenes que habían sido llamados por nuestro Señor. Cada uno había dicho: «Iré, pero...» y luego ofrecían una excusa. El predicador terminó diciendo: «Pareciera que muchas personas se están yendo al infierno por sus “peros”». Bueno, aquí hay un «pero», como la falta de amor, una iglesia fría o un falso profeta enseñando. Las únicas dos iglesias aprobadas sin críticas son las que más sufrieron.

Hoy en día, los obispos son con frecuencia criticados por las razones equivocadas. En el Libro de las Revelaciones, somos condenados por nuestra falta de espiritualidad. El peligro de hoy podría ser la primacía de la administración por sobre la caridad. Pocos de los que critican a los obispos saben qué ocurre en nuestros corazones... nuestras preocupaciones y nuestras angustias. Recuerdo una vez en que aterricé en el aeropuerto de Los Ángeles. El encargado de mi equipaje me dijo:

—Todo el mundo lo conoce; debe ser maravilloso ser obispo.

—Imagina que tienes cuatrocientos hijos —le respondí—; diez muy enfermos y cinco muriendo. ¿No estarías angustiado y permanecerías despierto por la noche? Bueno, esa es mi familia. No es tan maravilloso como crees.

Creo que los obispos son fuertes en dos aspectos. El primero es por la confianza depositada en Pedro y sus sucesores. El Señor dijo a los apóstoles: «Satanás ha pedido permiso para sacudirlos como trigo». No hay nada que indique que el Señor negara una prueba diabólica; más bien se sugiere que la permitió. Si bien los otros apóstoles estaban allí, Él le habló sólo a Pedro: «Pedro, he rogado por ti». No dijo: «He rogado por *todos* ustedes». Rogó por *Pedro*, para que su fe no se viniera abajo, y luego le dijo que debería fortalecer a sus hermanos. Creo que los obispos son fuertes *sólo* cuando están unidos en el Santo Padre. A medida que empezamos a separarnos de él, ya no estamos bajo su plegaria, ni bajo su protección, ni somos guardianes o ángeles de las iglesias.

La segunda fuente de fortaleza, según mi opinión, descansa en la comunicación y en la fluidez de la vida y sabiduría entre los miembros de la fraternidad episcopal: un hondo espíritu fraterno de amor. Esto quedó claro la noche en la que el Señor lavó los pies de los obispos, con el mensaje de lavar los pies a los demás. Debía haber una comunidad de servicio entre nosotros. El Concilio Vaticano reafirmó esto cuando pidió la constitución del Colegio de Obispos. En cada país debía haber una Conferencia Episcopal, que permitiera a los obispos expresar sus problemas comunes y soluciones.

Creo, sin embargo, que la Conferencia Episcopal se debilita cuando depende de poderes y recursos humanos en lugar de los divinos. El domingo siguiente a la Pascua había siete obispos en una barca; habían salido solos, nadie los había enviado. Trabajaron toda la noche y no lograron nada. El Señor Resucitado se apareció en la orilla temprano por la mañana, pero no lo reconocieron de inmediato. Les dijo que echaran las redes al otro lado de la barca. Estaban ahora bajo la dirección divina; un nuevo Poder había sido liberado.

Sacaron la red con 153 peces. Los contaron ese día. Cristo les había recordado su misión original de ser «pescadores de hombres». Implícitamente, además, había otra verdad: «Sin mí, *nada* pueden hacer»... Nada. Antes de fortalecemos, Él nos hace sentir lo vacíos que estamos.

MISIONES Y MISIONEROS

La evangelización es inseparable de la educación formal; al menos desde que el Verbo se hizo carne. Ni siquiera la Eterna Sabiduría pudo permanecer en el interior de la Trinidad, sino que salió de ella para ser un Maestro ambulante, un Educador sin límites. La naturaleza decretó que las cosas de este mundo no duran. Casi todo lo que hay en el universo fue hecho para ser agotado. Acumular riquezas hace del responsable un miserable. Aprender sólo por aprender acrecienta el orgullo del estudiante. Los profesores universitarios se marchitan por no compartir su conocimiento con la gente común. El Logos o Palabra de Dios, sentado con un niño, permanecerá por siempre como la misión de la educación: hay que compartirla al igual que la riqueza.

Durante toda mi carrera como educador, fui viajando a Nueva York, Boston y otras ciudades casi todos los fines de semana con el objetivo de enseñar a los conversos y predicar. La evangelización tomó muchas formas. Construí también muchas iglesias en Alabama. Un verano, me tocó viajar en un remolque con un sacerdote que más tarde sería

obispo -el obispo Durick-, por todo el estado de Alabama. Nos dedicamos a conversar en las rutas y en los campos de maíz con cualquiera dispuesto a escucharnos. Usamos un patrimonio considerable que recibí para construir el primer hospital de maternidad para la población negra de Mobile, Alabama. Una vez me escribió una mujer negra para invitarme a la aldea donde había comenzado una misión para construir una escuela pública; más tarde hicieron una iglesia en la calle principal. Era ésta la diócesis del obispo McGinnis: todo el estado de Oklahoma.

En 1950, los obispos de Estados Unidos me invitaron a ser el Director Nacional de la Sociedad para la Propagación de la Fe. Esto significaba abrir la puerta estrecha de un aula hacia el mundo. Sería mi deber representar, en Estados Unidos, a la Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe en Roma, que tiene a cargo la evangelización de una gran parte del mundo. Esto me obligaba a dirigir las oficinas locales de cada diócesis y sus colectas de fondos, destinados a la Iglesia para difundir el Evangelio en África, Asia y otros muchos lugares. De ahora en más, tendría que abandonar la *Suma contra gentiles* de Tomás de Aquino, dirigida a la conversión de los musulmanes, y dedicarme a todo el globo terráqueo, orientando mis esfuerzos hacia todo el mundo.

Me resultó muy reconfortante tener una misión y ver al mundo como mi parroquia. Puedo imaginarme muy bien cuánto debió de haberse contenido nuestro Señor cuando su Padre Celestial lo restringió a Israel. El había venido a «rescatar del pecado» a todos los hombres del mundo, pero dejó esa universalidad de evangelización a sus Apóstoles. Fue cuando lo despojaron de sus vestiduras en la Cruz que Él se volvió el «Hombre Universal». Antes de aquel momento, usaba las ropas que lo identificaban como oriundo de un territorio tan pequeño como la distancia desde Nueva York a Wilmington. Pero cuando fue colgado desnudo en la Cruz, pasó a ser el Hombre del mundo.

El mundo, para mí, sufre dos clases de hambre. Nuestro mundo occidental, en su abundancia material, padece el hambre del espíritu; el resto del mundo es víctima del hambre de pan. La parte más rica del mundo era cristiana. Tomen un planisferio circular y deslicen el dedo por el paralelo 30, un poco más arriba de China, y descubrirán que la mayoría de la riqueza, la salud, la educación y los avances científicos se ubican por encima del paralelo 30... y la pobreza y la ignorancia se ubican por debajo. El cristianismo está arriba del paralelo 30; es por eso que lleva la carga de ayudar a los pobres del mundo.

Además, el Señor dijo: «Vayan por el mundo y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos». En estas palabras no sólo hay una misión cósmica, sino una personal: llevar almas a la disciplina de Cristo. Mi llegada al frente de la Sociedad para la Propagación de la Fe fue justo al mismo tiempo en que la Iglesia comenzaba a percibir un conflicto entre la salvación divina y la liberación humana, entre trabajar por la salvación personal de las personas de una parroquia o una comunidad y preocuparse por su bienestar social. Dios nunca quiso que hubiera una separación entre justicia individual y justicia social, aunque esto ha sucedido a menudo. En los años sesenta, en particular, los jóvenes desarrollaron una ferviente pasión por la justicia social en ciertas áreas, pero al mismo tiempo descuidaron la justicia individual, es decir, su propia relación con sus padres y con Dios.

Lo que mi designación como Director Nacional trajo a mi vida fue la oportunidad de notar que la salvación cristiana tiene una dimensión terrenal y otra histórica; que la conversión de una sola alma puede no estar alienada de la promoción de los derechos humanos, como pide el Evangelio, central en nuestro ministerio; que ganar almas y salvar a la sociedad son las caras cóncava y convexa del amor a Dios y al prójimo; que, además de engendrar hijos a través de la evangelización, debemos dar testimonio del amor fraternal con una sensibilidad que tiene en cuenta el deseo de libertad y justicia de los

hombres; que Cristo tiene una naturaleza divina y humana, por lo que la misión de cada cristiano debe ser trascendente -elevar los ojos al Cielo- pero también pendiente y cuidadosa de cómo se comporta en la tierra; que la liberación terrenal es una parte integral de la evangelización, unidas como la Creación y la Redención; que cuando separamos estas dos cosas corremos el peligro de politizar la fe y relacionarla con el marxismo, como se ha hecho en otras partes del mundo, o si no el de crear una dicotomía entre ambas por quedarnos en la Iglesia haciendo poco por nuestra vida espiritual mientras que identificamos la misión de Cristo sólo con el Evangelio social.

Cada vez que me juntaba con los otros directores nacionales del mundo en la reunión anual de Roma, y con los distinguidos miembros de la Sagrada Congregación, veía de qué manera se distribuía el dinero: no sólo para la construcción de iglesias y centros evangélicos, sino también para hospitales, viviendas, leprosorios, cooperativas de ahorro y crédito, oficinas de asesoramiento legal para evitar injusticias hacia los pobres... incluso rápidas respuestas para telegramas como el que recibí de Roma: «Enviar 200.000 dólares de inmediato para los niños que sufren hambre y comen arena en Pakistán». Es en este tipo de cosas donde vi el equilibrio entre lo personal y lo social, entre lo vertical y lo horizontal, entre lo humano y lo divino. Al final de cada año enviaba un informe a los directores diocesanos en donde mostraba a qué se había destinado cada centavo; casi no había gastos excedentes, ya que nuestros misioneros estaban dando la vida por el Evangelio y por los pobres. Mi sucesor, el obispo Edward T. O'Meara, ha continuado con estos informes y ha expandido la actividad, de alguna manera, haciendo un llamado a todos los hombres para unirse en el amor de Dios y en el amor al prójimo.

Debería contar cómo fue la primera vez que me encontré con mi sucesor. La Sociedad para la Propagación de la Fe estaba llevando a cabo un encuentro nacional de directores, en San Luis, Missouri. Luego de una reunión, junto con unos directores diocesanos decidimos hacer una visita al Santísimo Sacramento en la Catedral de San Luis, pero estaba cerrada. Me encontré allí con un joven sacerdote que nos dijo: «Yo les abriré la Catedral». Encendió todas las luces y fue enormemente predispuesto y amable. Después de este episodio, le escribí a su Arzobispo para que autorizara al entonces padre O'Meara para ser asistente del Director Nacional de la Sociedad. De esta manera, la Providencia preparó el camino para el bienestar de la Propagación de la Fe, a partir de un encuentro fortuito con un sacerdote ante la puerta cerrada de la Catedral de San Luis.

La Divina Providencia en verdad abrió el camino para aumentar la ayuda a las misiones del mundo. Como he mencionado antes, no sólo me invitaron los obispos de Estados Unidos, sino también un canal de televisión, para participar en un programa semanal por el que me pagaban 26.000 dólares la noche. Esto, junto con los regalos y donaciones que llegaban a la oficina, fruto de la televisión, hizo posible que enviáramos millones de dólares a los pobres del mundo durante el curso de un año. Además, salió en periódicos católicos estadounidenses una nota titulada «Dios te ama», que llamaba a los laicos al «sacrificio» para la difusión de la fe. La respuesta de los fieles superó nuestras más soñadas expectativas. Muchas personas renunciaron a sus vacaciones o recortaron gastos en comidas y ropas para contribuir al Fondo General de la Propagación de la Fe. Yo no tenía derecho de disponer de estos ingresos recibidos, aunque muchas veces hubo una presión fuerte de afuera para hacerlo, pero el Santo Padre me había encargado la colecta de limosnas para enviar a la Oficina Central de la Sagrada Congregación en Roma, donde tenía lugar la distribución según las necesidades.

Otro factor que debo mencionar como crucial para mi crecimiento espiritual es la oración diaria que hacíamos en la Oficina Nacional. Todos los días, a las tres menos cuarto, el personal entero rezaba el rosario. Luego empleábamos quince minutos para

una meditación espiritual sobre ciertos pasajes de la Biblia. Durante mis quince años allí, prácticamente repasamos toda la liturgia en estas meditaciones.

No debo olvidar tampoco la devoción del personal, que tenía que hacer mucho trabajo extra debido al enorme volumen de correo que llegaba a la oficina por la televisión.

Nuestros informes nos dicen que llegaban diariamente entre 18.000 y 25.000 cartas. Todos los que trabajaban con nosotros eran misioneros: los que abrían las cartas, los que escribían, los que guardaban los libros, los secretarios y los que respondían el correo. Recordarán que el rey David salió a la batalla en una ocasión y vio que cientos de hombres estaban muy heridos para ir a la ciudad de Siclag tras la victoria. Los vencedores del ejército se juntaron a repartir el botín. David intervino: «No, el combatiente y el que se quedó atrás custodiando el equipaje recibirán partes iguales». Nuestros buenos y fieles amigos de la oficina eran, por tanto, considerados participantes de los triunfos celestiales, tanto los que habían abandonado su hogar para misionar en el extranjero como los que hacían sacrificios por las misiones todas las semanas.

Así como el Santo Padre tiene obispos por todo el mundo que lo visitan, también el Director Nacional tiene el privilegio de recibir a misioneros a cenar su mesa, a diario. No llegaba a pasar más de un día sin escuchar la historia de estos «heraldos del Evangelio», que traían inspiración a mi vida, a mi oficina y a mi pluma, ya que solía usar sus historias en mi columna «Dios te ama». En lugar de contarles cosas que he hecho por la Sociedad para la Propagación de la Fe, prefiero recordar algunas de sus historias o algunas propias sobre mis visitas a tierras misioneras.

NUEVA GUINEA

Recuerdo al padre Zegwaard, un misionero holandés, que estuvo entre los caníbales de Nueva Guinea. Tenía curiosidad para saber cómo se las había arreglado para entrar y ser admitido entre ellos. «La providencia -me dijo- se hizo cargo de eso. Fui adentrándome en los bosques y el día en que los espí por primera vez contraí difteria. Pensando que iba a morir, me quedé postrado en un leño donde me habían descubierto. Estaba muy débil para comer, así que por unas semanas simplemente se quedaron a mí alrededor observándome, curiosos. Cuando me curé, nos hicimos amigos. Los caníbales vivían cerca del mar; las mujeres salían a pescar y los hombres a luchar. Cualquiera que viniera de una tribu vecina era considerado como de otro mundo. Esto les daba el derecho a matarlo y, en algunos casos, a beber su sangre para absorber su fuerza».

Llegó a mi oficina y me pidió que le diera trescientas hachas, con el fin de civilizar a estas personas. Quería hachas porque las necesitaban para construir sus casas en los árboles, debido a las altas mareas; no tenían acero para cortar ramas, sólo grandes espinas de pescados. Les prometió a los caníbales que les daría un hacha a cada uno, con la condición de que nunca mataran a nadie. Cada uno tomó el hacha, se sentó en el leño y se la colocó entre los dientes, como signo de que tomaban posesión de ella y para dar las gracias. Luego de un tiempo, al padre Zegwaard le robaron el hacha. El robo era muy raro entre esta gente. El mismo día, un avión misionero sobrevoló el territorio para comprobar si el padre seguía con vida. Fue una casualidad que también la viruela contagió a los caníbales. Desde aquel día tienen un concepto muy profundo del castigo: «Estas manchas en la cara provienen del espíritu de arriba por haber robado el hacha al padre Zegwaard». Era una cruda manera de aceptar la Justicia Divina.

Devolvieron el hacha y, en reparación, le entregaron al padre a uno de sus propios chicos, a quien el padre Zegwaard envió a Australia para estudiar en el seminario. Ese

chico se convirtió en el primer sacerdote «caníbal» del mundo moderno.

BORNEO

Vino a visitarme el obispo Antony Galvin desde Borneo. La gente allí vive en bloques simples de viviendas de un piso, sin paredes ni líneas divisorias entre familia y familia. Estas primitivas estructuras muchas veces están atravesadas por árboles; en ocasiones una cuadra entera. Al no haber divisiones entre las familias que allí viven, que marquen el territorio, tampoco hay zonas de pesca delimitadas en el río para cada familia. Aun así, nunca nadie viola el espacio de pesca correspondiente a cada grupo. El obispo Galvin les enseñó una vez los mandamientos. Cuando llegó a «No robarás», le preguntaron: «¿Qué significa robar?». El les respondió: «Si yo tomo esta calabaza y me la llevo conmigo a mi hogar, estaría robando». Esta gente primitiva, iletrada e inculta preguntó: «¿Existe alguien en el mundo que robe?». ¡Y nosotros los llamamos «primitivos»!

ISLAS DEL PACÍFICO

Le pregunté a un misionero de las Islas del Pacífico cuál era la mayor virtud de la gente de allí. «Le diré su mayor virtud en términos de su mayor vicio. Es el pecado de “kai po”, el pecado de *comer en soledad*. Pueden pasar varios días sin comer nada hasta que encuentran a alguien con quien pueden compartir sus bienes.»

Este mismo misionero me contó que fue a visitar una minúscula isla del Pacífico en su lancha a motor. Le pidió permiso al jefe aborigen para volver a visitarlos en el futuro, pues quería evangelizarlos, enseñarles y convertirlos. Aquel hombre rudo le dijo que le daría permiso a cambio de la lancha, pues nunca había visto una embarcación que funcionara sin la fuerza del hombre. Unos meses después, el padre volvió con una lancha de regalo. Y el jefe aborigen organizó un banquete en la playa, con cerdo asado y frutas del lugar esparcidas en alfombras.

Ya a punto de terminar el banquete, el jefe de la tribu no había dicho nada sobre el permiso para enseñar a su gente. «¿No me dejarás ningún alma?», preguntó el misionero. Mirando hacia una niña de dieciséis años, el jefe respondió: «Aquí tienes; puedes tenerla a ella». Su nombre era Kaza.

El padre se la llevó a la isla, la puso a cargo de las hermanas y, luego de algunos años, ella expresó su deseo de ser monja. Pero el misionero le dijo: «No, antes debes volver a tu isla y permanecer algún tiempo con la gente allí, para poner a prueba tu vocación». Cuando volvió, se encontró con mucha resistencia debido a su cristianismo. Así y todo, logró convertir a sus padres en su lecho de muerte; pero una tía suya, que se comenzó a ocupar de ella cuando murieron sus padres, se le opuso por su fe. La pobre Kaza estuvo a punto de abjurar de la religión... pero un día, en la orilla del mar, un tiburón atacó al hijo de su tía. Las aguas se tiñeron de sangre y la gente comenzó a exclamar a gritos: «Yahveh, Yahveh». Nadie sabe de dónde aprendieron el nombre hebreo para Dios. «Yahveh, Yahveh, ¿por qué nos hace esto». Luego alguien dijo: «Quizás se deba a cómo hemos tratado a Kaza». Una vez más, el concepto del Castigo Divino.

A Kaza luego le permitieron volver a la otra isla y se hizo monja. Más tarde, como Hermana Gabriel, ella regresó y evangelizó a toda la isla. Nos mantuvimos en contacto por correo durante muchos años.

CHINA

Fui en avión a Pekín, China, en el año 1948 junto al obispo James A. Walsh de Maryknoll. Sentado a su lado, yo leía a Confucio, lo que me llevó a decirle: «Creo que somos los dos únicos misioneros en China que hemos leído a Confucio. Tenemos que conocer la manera de pensar de los chinos. Antes de liderarlos hacia donde quieres, debes saber dónde están ubicados». Al aterrizar me dijo: «Nunca me iré de China, salvo que me echen. «Todos conocen la historia del obispo James Walsh y cómo, luego de largos años de prisión, fue finalmente expulsado ...Un bello ejemplo de lo que significa ser misionero.

Debido a los muchos sufrimientos que pasaron nuestros misioneros bajo el gobierno comunista, debería existir una nueva clase de santos en el catálogo de santidad. Hay dos tipos de mártires. Uno es el mártir »húmedo« -si se me permite la expresión- que es aquel cuya sangre fue derramada por testimoniar la fe. Pero, como los comunistas no siempre matan, pues a veces torturan, hay una segunda clase de mártir: el mártir »seco.« Lo que estos han agonizado durante tantos años excede con mucho al dolor que otros mártires sufren en un breve intervalo. En cada día, en cada hora y en cada minuto hay una profesión de fe. Si contamos las persecuciones en Europa Oriental, la Iglesia ha tenido más mártires -húmedos y secos- en los últimos setenta años que en los primeros trescientos años de su historia. No hay que olvidar tampoco a las víctimas de Auschwitz, Dachau y otros hornos crematorios: el único crimen del que fueron culpables los judíos fue el de creer que eran el pueblo elegido de Dios. El obispo Walsh no fue un mártir «húmedo», pero ciertamente está registrado en los pergaminos del Cielo como uno de los gloriosos mártires «secos» de la Iglesia de los Estados Unidos.

Hubo un obispo misionero, Francis Ford, a quien no conocí de manera directa. Aun así, su secretaria -una monja que había trabajado para él en China- me contó unas anécdotas muy interesantes.

Cuando tenía doce años, en Brooklyn, fue a escuchar a un misionero italiano acerca de su labor con los leprosos; le donó una moneda de cinco centavos que, en aquella época, representaba un gran porcentaje de sus ahorros. Y lo que más quedó grabado en su corazón fueron las últimas palabras que dijo el misionero: «Mi única ambición es morir como mártir». ¡Y así fue cómo más tarde murió!

Cuando los comunistas llegaron al poder, el obispo Ford fue arrestado. Le dijo a la Hermana: «Temo que los comunistas vendrán por mi propiedad. Aquí está la llave de la capilla: ve y llévate el Santísimo Sacramento antes de que sea profanado». Ella tomó una hogaza de pan y la llave de la capilla, quitó el Santísimo Sacramento y lo escondió dentro del pan. Mientras cerraba la capilla, un oficial comunista conocido en esa parte de China por su crueldad, le dijo:

—Estoy a cargo de esta capilla ahora; tengo una llave —intentó abrir, pero no pudo—. Abre tú la puerta.

—No puedo —respondió la Hermana—, tengo pan en las manos.

—Yo tendré el pan.

Le pasó el pan y el oficial se quedó mirándolo -«como si fuera un bebé», recuerda la Hermana-, pero llevaba durante todo este tiempo su arma cargada. Abrió la puerta de la capilla. Pudo luego salvaguardar la hostia consagrada en un lugar seguro; más tarde, fue

encarcelada.

Cuando la policía comunista cerró las misiones del Obispo, algunas Hermanas que enseñaban catequesis fueron arrestadas con él. De camino a la prisión, me contaron que este obispo les decía: «Recuerden que la Iglesia no es sólo una Iglesia triunfante; también es una Iglesia que sufre. Junto a Cristo no podemos esperar sólo alegría; también hay dolor. Pero Él está siempre con nosotros». Mientras se lo llevaban de la misión en Kaying, muchos simpatizantes del comunismo lo escupieron, y le lanzaron piedras y estiércol. Uno de ellos exhibía un cartel sarcástico que decía: «El Gobierno del Pueblo le da la bienvenida al espía: el obispo Ford». Mientras caía todo este escarnio sobre él, intentó hacer la señal de la cruz lo mejor que pudo, aunque se encontraba esposado.

La Hermana que estuvo con él en prisión contó que estaba muy débil para estar de pie, por lo que solía estar apoyado contra la pared. Tenía el cabello largo y blanco, y la barba enmarañada. Tenía el rostro pálido y demacrado debido a la tortura. Era el único -por razones que sólo la Providencia podría explicar- al que le daban pan y vino en la prisión. No hacían esto porque lo respetaran, pero era la forma en que Dios se arreglaba para consolarlo. La Hermana me comentó que no hay Misa en una catedral gótica que pueda igualar, en esplendor, a la bella imagen de la Misa que daba el obispo Ford en la cárcel: la delicadeza de sus dedos al moverse por una bandeja de cemento; sus ojos refulgentes, como si fueran velas; su sotana, unas ropas chinas demasiado grandes; su mitra, un gorro de lana; su música, el llanto de los afligidos; su misal, el recuerdo del Calvario; su campanilla, el toque de las campanas que anunciaban su muerte, siempre a punto de sonar; y sus palabras —*Qui pridie...*— en la víspera de la Pasión.

El cocinero chino del Obispo, que había servido por tantos años y a quien Francis consideraba un buen amigo y un buen cristiano, fue el que lo entregó a las autoridades comunistas y lo acusó falsamente. A pesar de que sabía cuánto había consolado el Obispo a los enfermos y enterrado a los muertos, lo entregó al sufrimiento. Como recompensa lo hicieron jefe de policía en la aldea.

La Hermana fue encarcelada con otras mujeres, y a todas les prohibieron comer hasta que confesaran ser comunistas. Ella se negó. Ello resultó en que las demás se volvieran contra ella. «La única persona amable en la celda -me dijo- era una prostituta».

Un día, entró a la prisión un guardia comunista con un tubo de plomo. Le dijo a la Hermana que lo usara para golpear al resto de las mujeres en la cabeza. Ella lo tomó y fue tocando suavemente el hombro de cada una. El guardia le gritó:

—¡Eso no es comunismo!

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—¡Porque no hay odio!

Luego de mucha tortura, la Hermana prometió que haría una confesión por escrito. El guardia salió entonces a buscar papel, pero a ella justo le sobrevino el peor dolor de muelas que había tenido en su vida. Cuando el guardia regresó, se negó a firmar. Desde aquellos tortuosos días ha cargado en su cuerpo y en su mente el recuerdo de lo que vivió por su fidelidad a la Iglesia.

Cada vez que al obispo Ford lo dejaban caminar fuera de prisión, se apoyaba en dos

compañeros chinos de celda. Más tarde llegó el día de la marcha de la muerte. Pusieron al Obispo en una fila, entre dos prisioneros. El oficial comunista que había tomado posesión de la capilla le ató al cuello un saco que pesaba más de diez kilos, y lo hizo de tal manera que la soga se tensara al caminar. Los comunistas no solían matar a nadie; más bien los dejaban morir. La buena Hermana, al ver lo que le hacían al Obispo, rompió la fila de la marcha, pues ella estaba con las mujeres, y se acercó al oficial y le gritó: «Mire a este hombre». Fue una especie de «*Ecce homo*». «Por primera vez, el oficial pareció percibir el dolor grabado en el rostro del Obispo. Mas luego recuperó su compostura comunista y la llamó «perra», ordenándole que volviera a la fila. El hombre se quedó observando el movimiento de los prisioneros en la marcha de la muerte, con sus ojos clavados siempre en el Obispo. Y luego de más de tres kilómetros caminando, el Obispo seguía de pie, apoyado en sus dos compañeros, *pero ya no tenía el saco en la espalda*. Le pregunté a la hermana:

—¿Por qué crees que le quitaron el saco?

—El oficial lo hizo. ¿Por qué? Porque había tenido en sus manos el Santísimo Sacramento.

Debido a esa ayuda, encarcelaron a este oficial comunista y esa fue la última vez que la Hermana supo de él.

Una vez que el obispo hubo muerto como mártir seco, en febrero de 1952, el antiguo cocinero volvió a la capilla, colgó una soga de una viga y se ahorcó.

En otra parte de China, un sacerdote acababa de comenzar a celebrar Misa cuando ingresaron los comunistas, lo arrestaron y lo hicieron prisionero en una casa contigua a la pequeña iglesia. Desde una ventana podía ver el sagrario. Al tiempo, los comunistas lo abrieron, tiraron las hostias al piso y se robaron los vasos sagrados. El sacerdote, entonces, decidió hacer adoración a nuestro Señor en el Santísimo Sacramento tanto como pudiera, de día y de noche. Un día, alrededor de las tres de la mañana, vio a una niña que solía ir a la misa matutina abrir la ventana, trepar y entrar al santuario. Allí, de rodillas, apoyó su lengua en una hostia y recibió por sí misma la santa comunión. El sacerdote me contó que había unas treinta hostias en el copón. Cada noche, la niña llegaba a la misma hora para repetir lo mismo, hasta que quedó sólo una hostia. Mientras apoyaba su lengua para recibir el Cuerpo de Cristo, sonó un disparo. Un soldado comunista la había visto. Resultó ser su Viático[11].

ÁFRICA

En una de mis visitas a las misiones, fui a una colonia en Buluba, África, donde había quinientos leprosos. Llevé conmigo quinientos crucifijos de plata: quería entregar uno a cada uno, el símbolo de la Redención. El primero que se me acercó tenía el brazo izquierdo carcomido por la enfermedad. Extendió su mano derecha; era una masa de corrosión fétida y repugnante, lo peor que había visto en mi vida. Dejé suspendido el crucifijo arriba de ella y lo *dejé caer*. Aquella mano, un volcán de lepra, lo envolvió.

De repente hubo un leproso más en aquel lugar. Yo era el 501, ya que había llevado aquel símbolo con el que Dios se identifica con el hombre y me había negado a identificarme con un hombre que, en su interior, era mucho mejor que yo. Fue en ese momento que me di cuenta de lo terrible que era lo que había hecho. Hundí mis dedos en su lepra, tomé de nuevo el crucifijo y lo apreté con fuerza en su mano. Y así con los otros

499 leprosos. A partir de allí aprendí a amarlos.

DESIERTO AUSTRALIANO

Otro amigo que había trabajado entre una población primitiva de Australia era el padre Vincent Shiel. El misionero, apenas pasando la mediana edad, vino a mi oficina con la siguiente historia. «Soy el misionero de una zona desértica de unos 200.000 km², en Australia. Hay sólo dos grupos que viven allí: pastores de ovejas y mineros de ópalos. Estos últimos andan desnudos y viven bajo tierra, cavando hoyos en las paredes para dormir. No tengo más casa parroquial que mi Volkswagen. El calor del desierto asciende a unos 50° C. La única comida que puedo llevar conmigo son latas de duraznos. Cualquier otra cosa me da la sensación de que podría explotar con tanto calor. Le pregunté al Obispo si podía unirme a los Monjes Trapenses; se negó. Luego pedí permiso para hacer esta visita a Estados Unidos, y así contarle por qué quiero ser Trapense: en concreto, porque siento que le he fallado a mi gente en el desierto». El obispo había accedido a la visita y al hecho de que, si yo veía en este sacerdote una vocación, podría formar parte de la comunidad trapense para expiar cualquier negligencia en sus deberes pastorales.

Cuando le pedí que describiera más extensamente su vida, me comentó que, cruzando el desierto, muchas veces estaba a más de quinientos kilómetros de otro ser humano. En una ocasión, saltó una piedra y dañó la batería del automóvil, que se detuvo. La esperanza de vida de una persona, me contaba, caminando con tan altas temperaturas y sin comida ni agua, no llegaba a un día. No había nada que hacer más que rogar a Dios por ayuda o resignarse a morir. Mientras inclinaba la cabeza en el volante del auto, en un acto de resignación hacia Dios, oyó el retumbe de un camión a la distancia. Justo tenía éste una batería de repuesto, y así el sacerdote salvó su vida.

Escuché todos los inimaginables sacrificios que hacía por su gente. Con frecuencia ingresaba bajo tierra, a las minas, para celebrar Misa y enseñar el catecismo. Luego le dije:

—Mí querido padre: me parece a mí que usted está buscando una cruz de plástico en lugar de una de madera.

Me refería a que no había sacrificio que pudiera hacer en una comunidad ascética que pudiera igualar a los sacrificios que hacía en el desierto. Unos momentos antes, le había dado un cheque para un nuevo Volkswagen, ya que el que tenía se lo había llevado una inundación. Pero ni bien oyó lo de la «cruz de plástico», rompió el cheque y salió, visiblemente ofendido.

Unas semanas después volvió y me pidió perdón:

—Tenía razón; estoy huyendo de una difícil misión. Regresaré y daré mi vida por ella.

Y así lo hizo; hasta tal punto que no resulta fácil encontrar a alguien que lo reemplace en su misión en el desierto.

PAKISTÁN

Una de las primeras visitas que recibí como Director Nacional fue la de un obispo de Pakistán. Era un obispo misionero italiano que, al estallar la guerra, fue arrestado y enviado a prisión. Le dijeron que no sería liberado hasta que acabara la guerra. Unos días después, me contó, recibió la visita de una niña de trece años llamada Clara Mark, una

hindú conversa a nuestra fe. Ella le dijo:

—Obispo, no se quedará aquí tanto tiempo. Será liberado dentro de seis meses, y luego continuará siendo obispo por muchos años más.

El obispo le preguntó cómo podía estar segura de ello. Ella le dijo:

—He ofrecido mi vida por usted y por el triunfo de su labor.

Seis meses después, las autoridades lo dejaron en libertad y le dijeron que podía continuar viviendo como obispo en Pakistán. Lo primero que hizo fue visitar a Clara Mark, pero sus padres le contaron que acababa de morir aquella misma mañana.

KENIA

Fui a Kenia, en África del Este, a consagrar al padre Joseph Houlihan, un misionero de San Patricio, irlandés, que había sido nombrado obispo en la nueva diócesis de Eldoret.

La mañana siguiente a la ordenación, el Obispo me invitó a que lo acompañara al monte para observar el territorio misional y a la gente que habitaba allí. Llegando a un lugar, me dijo:

—Nos estamos acercando a una zona donde todos andan desnudos, pero nunca he logrado llegar a ellos o hacer que me escuchen. Veamos si ahora que soy obispo hay alguna diferencia.

Mientras íbamos en automóvil entre esta población, el jefe de la tribu, que sólo vestía unas cuantas plumas en la cabeza, vino corriendo a encontrarse con el obispo. Ambos conversaron cálidamente, en la lengua nativa de ellos; el jefe de la tribu explicó que sería un placer para él tenerlo entre su gente. El Obispo dijo:

—Si tuviera seiscientos dólares, pondría un centro de salud.

Le garantizamos que tendría ese monto; ahora, todas esas personas están siendo evangelizadas.

UGANDA

Una noche, me alojé en un pequeño centro de misioneros, donde los sacerdotes paraban a descansar durante una semana o dos luego de una ardua labor en sus misiones. Aquella noche en particular, eran tantos los misioneros que entraban y salían, que dormí en el piso de cemento, cerca de la puerta principal. Alrededor de las cuatro de la mañana, uno de los sacerdotes que salía me despertó. Llevaba un pesado saco sobre sus espaldas.

—Padre —le pregunté—, ¿a dónde va?

—No lo sé —me dijo.

—¿Y cuándo volverá?

—En seis meses, aproximadamente.

Estaba en camino a establecer una nueva misión.

NUEVA GUINEA[2]

De visita en una misión donde vivía gente muy primitiva, le pregunté al misionero cómo había logrado encontrar a esta población y contactarse con ellos. Me contó que había oído que habitaban en la sabana, y un día los encontró mientras hacían una danza de guerra. Notaron que se movía entre los arbustos, cerca de su campamento, y comenzaron a tirarle lanzas. El misionero entonces tomó un espejo y, con el reflejo del sol, apuntó en dirección a los guerreros. Tan embelesados quedaron por este reflejo solar -les parecía que era un arma de luz- que dejaron de atacarlo, le permitieron avanzar y finalmente se hicieron amigos.

EN VIAJES MUCHAS VECES

Al Smith, en uno de nuestros viajes a Europa juntos, observó: «Los dos mejores días de todo viaje son el de partida y el de llegada». San Agustín veía esto de otra manera: «El mundo es un libro; aquellos que no viajan leen sólo una página». Los viajes se definen por cuánto es lo que llevamos a los lugares que visitamos. Es como ir a una ópera; si nuestros conocimientos de música son nulos, esperaremos a cada rato que la orquesta toque alguna melodía contagiosa. ¿Qué representa la batalla de Waterloo para quien nada sabe de Napoleón?

He viajado mucho por el mundo, pero no he ido a Rusia ni más allá de la Cortina de Hierro (aunque una vez estuve al otro lado del muro de Alemania Oriental). Si bien he ido a Europa muchas veces después de la Segunda Guerra Mundial, quiero centrarme aquí en aquellos viajes que me han afectado espiritual e intelectualmente.

En el año 1922, un novelista francés muy distinguido, Emile Baumann, vino a la Universidad de Lovaina a dar una conferencia. Acababa de ganar el premio *Prix de Balzac*, una distinción por su aporte a la literatura francesa. A mí me invitaron a una cena con él y con el rector de la Escuela de Filosofía. Allí, Baumann pidió al Rector que le recomendará un estudiante de posgrado de la Universidad que pudiera acompañarlo a un viaje tras los pasos de san Pablo, ya que tenía la intención de escribir un libro sobre ello (y lo hizo: se imprimió en Francia y luego circuló en cientos de ediciones). El Rector recomendó tomarme a mí como compañero. La idea me dio vergüenza; él era un hombre de letras muy distinguido y yo ni siquiera dominaba a la perfección la lengua francesa. Pero el viaje resultó ser muy agradable. Si bien los pasos por mar y tierra del apóstol están bien documentados en el libro de Baumann, me limitaré a contar acerca de sólo tres lugares que influyeron en mi vida. No podía saber, en aquel entonces, que tendría -a través de la radio y de la televisión- una audiencia, en sólo media hora, más grande que la que san Pablo tuvo en todos los años de su vida misionera.

La psicología y la teología de la conversión siempre me han fascinado; de allí mi profundo interés por visitar Damasco, donde Saulo recibió el don de la fe. Pablo (o Saulo, como era conocido antes de ser un apóstol de Cristo) dio un giro completo en Damasco. Antes de entrar en dicha ciudad, tenía la intención de perseguir cristianos. No creo que haya otro episodio en las Escrituras que revele tan bien la naturaleza de la Iglesia como lo hace esta conversión. En un primer momento es el anticristiano más fanático de la historia, un perseguidor «respirando amenazas contra la Iglesia»; y después pasa a ser el mayor entre los apóstoles, «nacido a destiempo». La fecha de este episodio es ciertamente antes del 50 d.C. Cristo ya ha resucitado y es glorificado en el Cielo. Aun así, los cielos se abren y una voz habla: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues, ¿?Saulo

pregunta¿» :Quién eres tú ,Señor ,«?La respuesta no tardó en llegar¿» :Yo soy Jesús ,a quien tú persigues.«!

¿Cómo podía Saulo perseguir a Cristo, ya glorificado en el Cielo? Si alguien nos pisa el pie¿ ,no se quejará la cabeza? Saulo estaba pisando el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, y la Cabeza protestó ,ya que la Cabeza y el Cuerpo son uno.

Deseoso de agradecer por estar tan cerca del lugar donde Pablo había sido llamado, me dirigí a una pequeña capilla del camino, erigida en dedicación al apóstol y que, según la tradición, marcaba el lugar de la conversión. A la derecha del altar, habían colocado un cuadro épico del santo. Pero la noche anterior, alguien había entrado a la capilla y lo había destrozado. Contemplando la imagen arruinada, me acordé de las palabras que Cristo le dirigió a Pablo en su conversión: «Dura cosa es para ti dar coces contra el aguijón»[13], En otras palabras: «No vale la pena resistirse a Mi Gracia. Durante mucho tiempo he reservado grandes cosas para ti. No sigas intentando ser mi enemigo. Te he llamado para ser un gran apóstol. Es duro. Te he hecho caer a tierra como mi perseguidor, pero te haré levantar como mi instrumento elegido».

Así como el episodio de Damasco imprimió en mí, de joven sacerdote, la continuidad de Cristo a través de la historia en su Cuerpo, que es la Iglesia, así también el episodio de Atenas me enseñó que la cuestión central de nuestra predicación debe ser Cristo, y Cristo crucificado.

Pablo predicó primero en la plaza pública, donde debatían los filósofos, principalmente los estoicos y los epicúreos. Muchos estudiaban en la Academia de Atenas, pero debido a que buscaban la novedad más que la profundidad, compararon a Pablo con un pájaro que va recogiendo distintas semillas para su comida. Estaba más que preparado para hacer frente a filósofos tan diversos -unos consagrados a una vida de placer y otros a una vida puritana-, ya que se había familiarizado con estas doctrinas en su propia ciudad de Tarso. De cualquier manera, tan bien defendió san Pablo su posición que la multitud le propuso dirigirse a la cima del Aerópago (o «Colina de Ares»), el lugar más famoso de Atenas. Allí residía el juicio sagrado y el centro tribunal sobre temas religiosos. El mismo Pericles habló desde ese lugar.

En el camino de ascenso, Pablo pasó por calles bordeadas de estatuas de dioses. De hecho, pude comprobar que todavía quedan muchas. Lo que más me impresionó no es la idolatría, sino que estas representaciones de piedra constituían el deseo ferviente de los hombres de que Dios se apareciera entre ellos. Si sus dioses no bajaban de las alturas del Olimpo, entonces se veían obligados a encamarlos en piedra, en oro, en plata: ansias inconscientes de Emmanuel, o de »Dios con nosotros.«

Todas las noches subía a la Colina de Ares y releía el famoso discurso de san Pablo (capítulo 17 de los Hechos de los Apóstoles). Desde la retórica y la pedagogía, es un discurso perfecto, pues comienza haciendo una legítima alabanza para ganar con simpatía las almas de los oyentes. Pablo habló de cómo Dios creó el universo; El, Señor del Cielo y de la tierra, no habitaba en templos construidos por hombres (como éste tan espléndido en el que se encontraban); El hizo, a partir de una sola sangre, a todo el género humano para que habitara toda la superficie de la tierra, estableciendo para cada pueblo dónde y cuándo debían vivir e inspirándolos para buscarlo aunque fueran a tientas en la oscuridad. Dios, dice san Pablo, no está lejos de ninguno de ustedes. «Así lo dijeron algunos poetas[14] de ustedes: “Somos también de su raza”». Pablo luego saltó al tema del Juicio y de la Resurrección.

Logró tan sólo dos conversiones: Dionisio y una mujer llamada Dámaris. La charla estuvo lejos de ser un éxito. Fue más bien un gran fracaso. Pablo abandonó la ciudad inmediatamente después y se fue a Corinto. Nunca volvió a Atenas, ni escribió una carta a los atenienses, ni hay registro alguno de que haya establecido una iglesia allí. Mientras estaba sentado una noche leyendo el discurso, caí en la cuenta de por qué san Pablo había fallado. Su error había sido omitir mencionar el nombre de Cristo y su Crucifixión. Estoy seguro de que, caminando por los polvorientos caminos de Atenas a Corinto, más de una vez habrá repetido lo que más tarde escribió a los corintios: «Me propuse entre ustedes no saber más que de Jesucristo, y éste crucificado».

Otro momento impactante del viaje fue la visita a la ciudad de Éfeso. Cuando yo la vi, era una tierra desolada; cuando Pablo la vio, era el «Tesoro de Asia». Contempló allí la gloria del templo de Diana, su nombre latino, o de Artemisa, su nombre griego: una de las siete maravillas del mundo. Tenía 130 metros de largo, 67 metros de ancho y 18 metros de alto. El altar había sido tallado por Praxíteles, el más renombrado escultor de los griegos. Aquellas 127 columnas eran de mármol parió, pesaban unas 150 toneladas, medían 18 metros de alto y estaban decoradas con oro y piedras preciosas. Vi ocho de estas columnas en la Iglesia de Santa Sofía, en la antigua Constantinopla. Hoy, todo lo que queda es el anfiteatro abierto que da al mar, que albergaba a treinta mil personas, y las ruinas de la biblioteca, que contenía muchísimos volúmenes de magia y superstición. Todavía se podían ver los caminos de piedra, semejantes a los de la Vía Apia. Pero la antigua gloria, el templo, no son más que ruinas amorfas; el puerto, tan solo un estanque cubierto de juncos, cuyo silencio insultan los ruidosos vuelos de los cuervos. «Y todo el aire sostiene una quietud solemne». El gobierno insistió en que lleváramos una escolta para prevenimos de los ladrones que solían esconderse entre las ruinas. De hecho en una ocasión los vimos surgir desde los largos canales subterráneos, pero fueron rápidamente rechazados por los soldados.

Pablo comenzó a predicar en la sinagoga y luego, cuando lo expulsaron, enseñó en la escuela de Tirano, el sofista pagano que se especializaba en retórica y filosofía. Durante el mes de mayo, el mes sagrado de Diana, Pablo notó que la embriaguez y el libertinaje habitual en la adoración a la diosa habían declinado desde que él había dicho que las cosas hechas por las manos humanas no son dioses. Como consecuencia, proliferaron en Éfeso maldiciones y murmuraciones en su contra. Finalmente, estos «secretos a voces» llegaron a su fin cuando un orfebre, cuya actividad había sido la más perjudicada por Pablo, comenzó a protestar abiertamente. Su nombre era Demetrio; había desarrollado una gran industria a partir de la fabricación de pequeñas reproducciones en plata de Diana, que vendía a los peregrinos cuando visitaban el templo. Otros perjudicados eran los esclavos y los músicos sagrados del templo, los artesanos y trabajadores varios.

Rápidamente se armó una muchedumbre y se precipitó en carrera por esos caminos de piedra hacia el anfiteatro. Nada entorpece tanto a un hombre, a la hora de aceptar o rechazar una opinión, como su interés en defenderla. No pueden obtener miel sin prender fuego a las abejas; y no pueden generar ganancias sin organizar orgías, ni aumentar el número de sus seguidores sin eliminar a Pablo.

Pablo nunca había hablado mal de Diana. Al contrario, cuando la muchedumbre se agolpó en el anfiteatro, clamando por su muerte, el secretario de la ciudad dijo a los habitantes que Pablo nunca había mencionado a Diana por su nombre. Durante dos horas, la multitud gritó alabanzas a la Artemisa de los efesios, hasta que el secretario logró calmarla.

A dos de los compañeros de viaje de Pablo, Gayo y Aristarco, se los había llevado la gran

masa de gente en el teatro. Pablo mismo estaba a punto de aparecer, pero sus discípulos lo convencieron de esconderse. San Pablo, en posteriores reflexiones sobre este episodio, dijo: «Nos abrumó por encima de nuestras fuerzas hasta casi perder la esperanza de continuar con vida». Lo habían obligado a huir de la ciudad.

Éfeso me enseñó que predicar la Palabra siempre producirá antagonismos, sin importar si la predicación es en contra del comunismo o de la codicia material, en contra del divorcio o del aborto, pues no sólo habrá un hostigamiento y una persecución individual, sino una revuelta organizada. A veces, detrás de un aparente fervor religioso puede haber un amor disfrazado a obtener ganancias, como el caso de Demetrio. A pesar de esto, Pablo instituyó la Iglesia en Éfeso -a la que luego escribió en una de sus epístolas-, cuyo obispo fue el primero de los siete a los que el Libro de las Revelaciones se refiere. Es interesante el hecho de que fue en la Iglesia de Santa María Virgen donde se celebró el Concilio de Éfeso, en el año 431 d. C. Así como los dioses de Atenas eran fruto del deseo de un dios entre los hombres, ocurrió que Diana, la diosa de la luna, encontró su realización en María, a quien suelen describir por tener la luna bajo sus pies.

Muchos de mis viajes por África, Asia y Australia se debieron a mis deberes como Director Nacional de la Sociedad para la Propagación de la Fe. También debido a la generosidad del cardenal Spellman, que me invitó a un viaje junto con el arzobispo Bergan de Omaha, el obispo Boardman de Brooklyn, el obispo Walsh y otros sacerdotes, entre abril y junio del año 1948.

Todo en aquel viaje fue ver pasar un enorme flujo de personas, debido al cardenal Spellman. La primera noche misma, al llegar a Sydney, hablé ante 25.000 personas en la catedral más 15.000 que estaban afuera escuchando por altavoces. A la mañana siguiente, grabé cuatro programas. En la bienvenida que le ofreció el Alcalde Mayor, el Cardenal contó la historia de su visita al jeque árabe: estaban haciendo un brindis mientras servían el cordero, cuando el jeque sacó el ojo a ese mismo cordero y se lo ofreció al Cardenal como tributo. Más tarde, le preguntó si le había gustado. El Cardenal, por supuesto, le respondió que sí. El jeque entonces le ofreció el otro ojo, que el Cardenal casi no podía tragar.

Casi todas las conferencias que di fueron grabadas y reproducidas al día siguiente por radio. Un día vinieron cincuenta mil personas a escuchar. El Cardenal comenzó a hablar durante unos minutos, y luego, sin ninguna clase de aviso -como era su costumbre- me llamó a terminar la charla. Aquella noche hubo otro programa, y otro a la mañana siguiente, y luego una Hora Santa al público en la Catedral.

Un acontecimiento inusual fue cuando el cardenal de Australia y los obispos asistieron al Gran Baile Centenario en el ayuntamiento de Melbourne. El cardenal Gilroy lo presidía, el cardenal Spellman era el invitado de honor y había otros treinta obispos y veinticinco monseñores. Estuvimos sentados en el escenario desde las 20.30 hasta las 21.30, cuando se dio inicio al baile. La presencia de los obispos era para levantar el tono moral de bailar, y luego todo se convirtió en un sello de aprobación. El Cardenal habló durante veintidós minutos y luego me llamó para que diera una charla. Me presentó con las siguientes palabras: «Esta será su charla número 99». Los dos mejores comentarios de la noche fueron los del arzobispo Mannix, quien guiñando el ojo dijo a los obispos «Bailar es opcional», y el del arzobispo Bergan, quien recordó el hecho de que Juan el Bautista había perdido la cabeza por un baile.

Cuando salí del ayuntamiento, me compadecí por las miles de personas que se habían quedado afuera del baile debido a que no podían pagar la entrada de una libra. Aun así,

manifestaron su devoción al saludar a los prelados y a los que ingresaban a bailar. Una de las alegrías de la visita a Melbourne fue el regreso de una oveja al rebaño. Una mujer me escribió contándome que su esposo había estado alejado de la Iglesia desde hacía cuarenta años. La llamé y le pedí al marido que se contactara con la casa del cardenal Gilroy. Luego de conversar unos momentos con él, le dije:

—Arrodílese, por favor.

—¿Para qué? —me respondió.

—Necesita hacer una confesión.

Y así, sin más, hizo una muy buena confesión. Casi daba saltos de alegría cuando salió. No siempre hacen falta largos pasillos para entrar a un palacio. Cuando el Espíritu Santo despierta algo en un alma, con frecuencia surge un deseo de regresar mayor del que nos damos cuenta.

En una carta de uno de los periódicos de Melbourne, un lector que se hacía llamar reverendo declaró que yo era «la mayor amenaza que había llegado a Australia hasta el momento». Luego, hablé ante cientos de sacerdotes en actividades patrocinadas por la Liga Eucarística y, aquella misma noche -en la denominada «noche de meditación» (sólo para hombres) en el auditorio- hablé una vez más ante 20.000 personas, mientras otras 15.000 escuchaban afuera por los altavoces. En las pistas de carreras, hablé ante 100.000 personas.

En Sydney, compartí la habitación con un monseñor que roncaba de una manera extraordinaria. Era un ronquido salival combinado con una respiración entrecortada: un punto medio entre el gorgoteo de un bebé y el estertor de un octogenario. Si al menos hubiera sido consistente podría haber conciliado el sueño; pero siempre que pensaba que iba a parar, comenzaba otra vez. ¡Gracias a Dios que no está casado!

El cardenal Spellman, agradeciendo una bienvenida en Sydney, quiso «decir algunas palabras sobre monseñor Fulton Sheen, un estadounidense que está haciendo más que cualquier obispo o arzobispo para que la Fe sea conocida y amada. Es realmente una de las verdaderas almas apostólicas de nuestros tiempos. Tiene el talento para ser escuchado con atención por católicos y no católicos. Y me alegra saber que los australianos lo quieren tanto como yo. Lo he traído conmigo en este viaje para darle un reconocimiento y para pagar una deuda. Aunque creo que lo único que he logrado es aumentar esa deuda... Si es que tal cosa existe.»

Viajando por Australia hasta la ciudad de Darwin, planté un árbol a las cuatro de la mañana. En el camino aterrizamos en Commonwealth, un aeropuerto de emergencia, porque necesitábamos combustible; nos chocamos con un cobertizo al bajar, por lo que tuvimos que cambiar de avión. Había moscas por todos lados y nos comenzaron a atacar en el rostro. Intentábamos quitárnoslas con las manos. Le pregunté a uno de los ingenieros en radiocomunicaciones si le molestaban. Me dijo: «No, después de un tiempo uno se acostumbra». El obispo Walsh y yo fuimos a hasta un pequeño pueblo de sesenta habitantes a comprar unas bebidas para el resto. Cuando llegó el nuevo avión, el piloto nos insistió en que no podríamos llevar todo el equipaje. El Cardenal, entonces, nos dijo que dejaría alguna de sus maletas. Siempre era el último en subirse al avión y se sentaba en el lugar que había quedado libre. Le preguntó a monseñor Quinn qué maleta debía dejar. La respuesta fue: «¡La que tiene todos sus discursos y conferencias!».

Al llegar a Batavia, en la isla de Java, no pude evitar recordar que allí fue donde se descubrió el *Homo erectus* en 1891. También observé que hay 683 mil millones de mosquitos en Batavia únicamente, y que la mitad de ellos acampó en mi habitación la primera noche. En general, no son tan rápidos en vuelo como los nuestros, pero tienen mejores silenciadores y cargan muchas bombas. Cuando uno cuelga su ropa a la noche, ellos mantienen posición en las mangas de las camisas, taladran los pantalones y atacan en formación cuando se los disturba. Estábamos cansados; un buen jesuita se ofreció a llevamos al jardín botánico. Nos dijo que allí la flora y la fauna eran muy interesantes. Pero nadie parecía compartir ese interés, por lo que nos quedamos en el hotel a disfrutar del mejor café del mundo, ya que, como bien recordamos, estábamos en Java.

En Singapur, celebré Misa para sesenta hermanas y doscientos huérfanos que habían sido abandonados por los japoneses; luego me dieron transmisión nacional a los nueve estados de Malasia y el sudeste asiático para que hablara sobre mis impresiones de Singapur. Luego grabé cuatro programas de quince minutos, cada uno acerca del comunismo, que se habrían de transmitir más adelante en la semana. En Bangkok, fue interesante observar la arquitectura siamesa; los techos tienen cuernos en las puntas, que dan al cielo. Esto se hacía para que los malos espíritus resbalaran por el techo. Nada supera en esplendor al templo del Buda de Esmeralda, que tiene unos nueve metros de altura y está sobre un tabernáculo de oro. El mismo Buda medía casi un metro y estaba esculpido en una pieza de esmeralda. En mis notas escribí: «Algún día, Buda y Confucio serán para la teología oriental católica lo que Platón y Aristóteles fueron para santo Tomás y san Agustín». En Siam no vi un solo gato siamés. En la Catedral de Saigón, di un sermón en francés. Había cien mil católicos en toda Saigón, en 1948.

En Hong Kong, me hicieron hospedar con el mandatario británico. Durante la guerra, los japoneses bombardearon Hong Kong y destruyeron esta bella residencia. La reconstruyeron ladrillo por ladrillo, exactamente como era antes... Excepto una cosa. Rehicieron los magníficos hogares, pero no las chimeneas. Luego de varios programas radiales y charlas durante el día, el general Wang nos invitó a cenar. No había tenedores ni cuchillos, sólo palillos chinos de marfil. Cada plato se ponía en el centro de la mesa. Plato 1: «nido de pájaro», una gelatina hecha con la saliva de golondrinas de montaña (luego nos traían paños para limpiamos la cara y las manos). Plato 2: camarones con salsa de carne. A decir verdad, nada se servía en un plato propiamente; todo era colocado en cuencos y se comía con palillos. Plato 3: pollo cortado en rectángulos. Plato 4: perdices con hongos, frijoles y nuez de la India. Plato 5: carne de pichón rebanada. Plato 6: salsa de pato con aros de langosta. Plato 7: costeleta de pescado (siempre servían en el mismo cuenco, y se suponía que debíamos comer todo). Plato 8: fideos y hongos. Plato 9: arroz frito. Plato 10: pastelillos y semillas de loto. Plato 11: nueces servidas en lo que parecían ser pomelos en miniatura. Finalmente, toallas húmedas para terminar el lavado que había comenzado en el *round dos*.

Cuando llegamos a Shanghái, nos hospedamos en el Cathay Hotel, donde el cardenal Spellman pagó la cuenta de una cena que le costó, en aquellos tiempos, 33 millones (moneda china). El cardenal luego anunció que yo no debía aceptar más conferencias ni programas de radio sin su permiso. Consideraba que estaba muy exhausto para continuar hablando. El alcalde mayor de Shanghái, Wu, nos invitó a cenar. Eramos 32 los comensales. Ya para ese entonces nos habíamos dado cuenta de que se hacía un brindis por prácticamente cualquier invitado. Para brindar, había que tomar el vaso con la mano derecha, tocar la mitad inferior con la mano izquierda y decir algo que a mí me sonaba a «Gamboy», que significa «beber todo de una vez.» Le pregunté al alcalde si existía alguna manera de evitar tantos brindis. Me dijo que sí; había que decir algo parecido a «suhbeen» (en español, «soybin»), que significa «como guste». Le pregunté a un caballero

distinguido que se sentaba a mi lado si el vino de arroz podía causar intoxicaciones. Me dijo: «Se pueden tomar doce copas sin que produzca efecto alguno, y luego, súbitamente, te toma desprevenido». Al decir esto, cayó de su silla intoxicado.

Antes de la cena, di una conferencia en la Universidad Aurora, y al día siguiente hablé por una radio de China. Dije que Dios había guardado a China detrás de un velo todos estos siglos y le había permitido mantener una cultura de cinco mil años de antigüedad para que alguna vez se convirtiera en una gran nación cristiana. Luego del programa, el obispo Walsh me dijo que el papa Pío XI le había contado la misma idea unos años antes.

Al otro día, el obispo Walsh y yo tomamos el té con Madame Chiang Kai-shek, en una de las residencias más magníficamente decoradas que había visto hasta el momento. Me contó cómo con el correr de los años se había acercado a Dios a través del sufrimiento y que junto con el Generalísimo oraban todas las noches. Se sentía muy desanimada por lo poco que Estados Unidos había hecho por China, y añadió: «Nunca habrá paz en China hasta que se haga cristiana». En la conversación me pareció que ella pensó en el Señor *creciendo en sabiduría*, y aproveché la ocasión para hablarle del Verbo Eterno y del sacrificio que se renueva en cada Misa, a la cual invité para el día siguiente; pero ella se justificó con que tenía otro compromiso.

Al otro día, me invitaron a hablar a la Universidad Nacional y luego cené con el Generalísimo Chiang Kai-shek. Nos contó del profundo afecto y agradecimiento que sentía por Estados Unidos, debido a la ayuda brindada en la guerra, y de cuánta era su confianza en la voluntad de Dios. El Ministro de Educación, sentado a mi lado, dijo que tenía la *Summa* de santo Tomás de Aquino, en chino, escrita por los misioneros del siglo XVI. Si la leyó o no, nunca lo supe, ya que afirmó que él había hecho una interpretación económica de la historia y no aceptaba la Providencia. La mañana siguiente di otro sermón en la Catedral y luego una transmisión nacional a toda China. Aquella noche, en la cena, el Delegado Apostólico -el arzobispo Riberi- y el arzobispo Yu-Pin de Nankín le pidieron al cardenal Spellman si me permitiría permanecer en China para visitar todas las universidades y hacer programas de radio. El cardenal se negó, ya que sentía que yo había trabajado demasiado en este viaje y que me necesitaban en casa.

Luego de Hankóu, donde aterrizaban soldados comunistas, volamos hacia Pekín. El cardenal Tien y doce obispos chinos, el alcalde Fu y una enorme multitud salió a recibir al cardenal Spellman y su comitiva, al tiempo de que confirmaban que en la Iglesia Católica no son todos franceses y con barba. Después de una transmisión de radio por la tarde, tuvo lugar una inusual muestra de cortesía: invitaron al Cardenal y a sus acompañantes a cenar en la Ciudad Prohibida, donde nos dieron «huevos de mil años de antigüedad» y donde pasé el hambre de siempre debido a mi uso de los palillos.

El 7 de junio fuimos en avión hacia una ciudad portuaria en la que nos recibió el Almirante Badger, Oficial en Jefe de Logística del Almirante Ernest King durante la guerra y ahora Comandante Supremo del Puerto. Badger nos invitó al cardenal y a mí a cenar en su estudio privado. Durante la comida nos habló, extraoficialmente, acerca de la situación entre chinos y rusos, mientras marcaba en el mapa con un puntero las zonas vitales. Recuerdo vividamente que nos dijo lo siguiente: «Pedí al Departamento de Estado que enviara mil marines al norte de China para frenar el avance chino. El Departamento de Estado se negó».

En Tokio, el General Douglas MacArthur nos invitó a todos a una cena. Era una persona que siempre miraba a los ojos cuando hablaba y daba una impresión de poder y de autoridad. Personalmente, creo que fue una de las figuras más ilustres de la historia de

Estados Unidos. Entre las reflexiones que compartió en la mesa dijo que deseaba que hubiera ochocientos misioneros católicos por cada uno de los que había en aquel momento en Japón, para así llevar el país hacia el cristianismo. La lucha que hay en el mundo, nos dijo, no es económica ni política, sino religiosa y teológica; o Dios o el ateísmo.

La tarde siguiente, a las tres, di una conferencia en la Universidad Sofía y luego hablé por radio; di otra conferencia a los líderes de la Dieta Nacional, donde estaban presentes el Alcalde, el Gabinete, los Ministros de Estado y los profesores de la Universidad japonesa. Al día siguiente me reuní con mi buen amigo, el general Charles Willoughby, la persona que aceptó -en nombre del general MacArthur- la rendición japonesa y a quien pude conocer muy bien en Estados Unidos cuando cenamos juntos en Washington. El había venido a increparme acerca de algo que no era verdad. Me sobrepasaba mucho en estatura cuando se puso de pie junto a mí e hizo la acusación. Yo levanté mis brazos, tomé sus enormes hombros, lo senté en un sofá y le conté la verdad. Me respondió: «Me ha hecho un gran favor al decirme esto; ahora ayudaré a la Iglesia Católica de Japón». No puedo revelar los detalles de lo que hizo, pero sí puedo afirmar que ayudó mucho a la Iglesia de Japón y siempre estaré agradecido con el general Willoughby.

En otra cena ofrecida en honor al Cardenal, tomé asiento entre el General MacArthur y el Almirante Griffith. Este último me contó que, al principio de la guerra, los japoneses podrían haber aniquilado nuestra flota si hubieran enviado la totalidad de la suya, pero nunca reunían más que un cuarto de sus fuerzas. Esto dio como resultado que, al comienzo de la guerra, la batalla llegase a un punto muerto. Finalmente, la batalla del Mar del Coral destruyó el poderío aéreo japonés. Luego de la cena, el general nos invitó a un espectáculo privado en el que una bailarina danzaba con dieciséis kimonos. No pude evitar observar que si Salomé hubiera danzado así, ni Herodes ni Juan el Bautista habrían perdido la cabeza. El sencillo acto que vimos era una clase de obra de teatro del siglo XVI, lo que revela el hecho de que mientras Shakespeare componía sus tragedias llenas de acción y emoción, Oriente permanecía pasivo en lo que refiere al drama, al punto de llegar a la inmovilidad.

A la mañana siguiente, pasamos a saludar al Emperador de Japón, ante cuya puerta se suicidaron dos mil japoneses el día de la derrota. Su residencia era más bien modesta; el emperador no se sentaba en un trono, sino en una silla. Nos dijo que había intentado prevenir la guerra sin éxito, y que se alegraba de que hubiera terminado. Sentía un especial regocijo por el trabajo de los misioneros y por el del gobierno de Estados Unidos por la reconstrucción del país.

Al día siguiente, di una conferencia en el auditorio de Habiya, el más grande de Tokio, donde miles de personas no pudieron ingresar. Usé mi texto sobre «el Dios Desconocido» -el que san Pablo había utilizado cuando habló a los atenienses- para sugerir que Japón, la tierra del sol naciente, pronto comprendería que el sol es el Hijo de Dios, la verdadera Luz del Mundo. A esta conferencia le siguieron dos televisaciones y luego otra conferencia para estudiantes, en el auditorio Habiya (también luego televisada). Al día siguiente fuimos hasta Yokohama y hablé en el estadio y en la iglesia. Esa noche, cenamos con el General Eichelberg, ex oficial al mando de la Academia Militar West Point. El general creía que la ocupación estadounidense en Japón había sido la más exitosa de la historia.

De regreso a Estados Unidos, paramos en la Isla Wake, donde conocimos por primera vez a los pájaros bobos. Vivían allí aproximadamente mil habitantes, en una superficie de trece kilómetros cuadrados; sobre todo, marines estadounidenses. Cuando los oficiales de la Annada nos recibieron en el aeropuerto, nos llevaron al Gooneyville Hotel, casi a un

kilómetro de allí. El nombre del hotel se debe a los miles de pájaros bobos que habitan la isla[15], Estaba todo muy oscuro, pero los reflectores nos permitían ver muchos de ellos por los caminos. Los conductores pasaban con el automóvil por el pasto, para no alterarlos. Nos explicaron: «Los pájaros bobos llegaron aquí primero». Se parecen a patos grandes, aunque sólo unos pocos son blancos; alimentan a sus crías por regurgitación.

La razón por la que los estadounidenses los denominaron «bobos» se debe a que si bien tienen alas, deben aprender a volar. Utilizan las pistas para practicar y despegar adecuadamente, en contra del viento. Se elevan unos tres metros y, después de unos movimientos torpes, casi todos caen de bruces al suelo. Algunos se levantan, desanimados... Y en julio y agosto, cuando migran, los no voladores por lo general mueren debido a la falta de comida, ya que no hay manera de alimentarlos artificialmente. Unos marineros los encontraron una vez sobre una duna de arena; cuando les gritaron, los pájaros bobos se dieron vuelta, pero sin mover sus patas: se cayeron hacia atrás. Casi todo lo que hacen parece ser «bobo». En el viaje a Honolulu, regresando a casa, el arzobispo Bergan acusó al Cardenal de esconder un pájaro bobo bajo su abrigo.

En China, lo que me interesó particularmente fue la filosofía del *yin* y *elyang*. El *yin* es el principio femenino, de frío, pasividad, oscuridad, humedad; el *yang* es el principio masculino, de calor, actividad, luz, aridez. El *yin* es descanso y el *yang* es movimiento. La interacción de ambos principios en la filosofía china constituye todo lo que es. Observar una montaña al comienzo del día nos puede hacer ver una parte luminosa de un lado y sombra del otro; pero al atardecer será al revés. Ambos lados tienen *yin* y *yang*. El *yin* se relaciona más con la tierra y el *yang* más con el cielo. Yo desconocía todos estos términos. Me di cuenta de que, en verdad, no había mucha diferencia con la *materia* y la *forma* de la filosofía de Aristóteles y, más tarde, de la filosofía escolástica. Todo lo que hay está hecho de un elemento detenninable que es la *materia* y un elemento determinante que es la *forma*. Este dualismo, en lenguaje occidental, era el conflicto entre el bien y el mal, el acierto y el error, la verdad y la mentira.

Cuanto más me familiarizaba con el Lejano Oriente, más caía en la cuenta de que la mentalidad occidental conoce mejor el mundo (y no al hombre); y la mentalidad oriental conoce mejor al hombre (y no al mundo). Nuestro mundo occidental sabe dominar la naturaleza; el mundo oriental sabe dominarse a sí mismo. El nuestro es extrovertido y constituye civilizaciones tecnológicas; el otro es introvertido y busca la sabiduría en la contemplación. El mundo occidental ubica la sabiduría en la cabeza, pero el oriental lo hace en el ombligo. Buscan allí el centro de la personalidad, así como los hebreos lo encontraron en las entrañas. En muchas estatuas de Buda, observé que el centro de gravedad estaba en el ombligo. Los luchadores japoneses, antes de enfrentarse, miran el ombligo del adversario para desarrollar una concentración plena. De hecho, este tiempo de concentración era tan largo que se emitió una ley para que no superara los quince minutos.

En el viaje súbitamente comprendí que podría ser una falta de visión de nuestra parte imponer la filosofía aristotélica a la mentalidad oriental; hubiera sido mejor reunir todas las buenas aspiraciones religiosas de los pueblos orientales (cada uno con sus religiones) y llevarlos a la Revelación. Para ellos, Dios no está «probado», está más bien «dado». Confucio es tan bueno para algunos, como Aristóteles lo es para otros. Nuestros misioneros, creo, deben comenzar con lo que ven de bueno en las religiones de estos países, así como el Señor partió de un poco de agua fría para convertir a una samaritana; o como Claudia, que en sueños comprendió mucho mejor a Cristo que su esposo racional[16]: o como Pablo, que comenzó con una inscripción a una deidad pagana para convertir dos almas en Atenas.

En mis días de enseñanza universitaria, hice una visita a Madame Koo, la esposa del último embajador de China en Estados Unidos antes de la toma del poder comunista. Me dijo que no estaba interesada en el cristianismo debido a que consideraba la doctrina del pecado original como lo más estúpido que había oído en su vida. Le pregunté entonces qué religión prefería. Me contó que ella era budista, así que le pedí que describiera el noble sendero óctuple de Buda. Lo hizo, y cuando terminó le dije: «Si el hombre es perfecto, ¿por qué crees que Buda sugirió estas vías de purificación? ¿No será porque vio que en la naturaleza humana habitan ciertos males endémicos, emociones e instintos que deben ser controlados?». Madame Koo vio la luz y llevó su budismo a la perfección, en el cristianismo.

Viajar por países islámicos o regiones islámicas en algunas partes de África me hizo estar cara a cara con el papel del cristianismo. Los musulmanes creen firmemente en Dios. De hecho, rechazaron y negaron a Cristo, a quien consideran un profeta que anuncia a Mahoma. Pero esto puede deberse al escándalo que se desató en aquellos países por teólogos enfrentados en torno a la Trinidad y la Unión Hipostática. Mahoma guió a la gente por fuera de esos conflictos y por fuera del politeísmo, hacia el reconocimiento de la soberanía absoluta de Dios. Es a esta gente a quienes debemos reconocer el mérito de ser rezadores; existe quizás más oración a Dios en el mundo islámico que en la civilización postcristiana del mundo occidental. No me refiero con esto al juicio o a la calidad de la plegaria, sino simplemente a la cantidad de personas que, al menos cinco veces al día, se postran para orar a Dios. Recuerdo la ocasión en que fuimos en un tour a las pirámides de El Cairo. En una de las horas asignadas, el conductor del autobús detuvo su marcha, colocó su alfombra de oración en la arena, se arrodilló y realizó su reverencia al Todopoderoso.

Existe una profunda conexión espiritual entre cristianos, musulmanes y judíos; como dijo el papa Pío XII, todos los cristianos son «semitas espirituales», ya que todos descienden de Abraham. Los musulmanes rastrean su genealogía, sin embargo, hasta Ismael, y no Isaac. Además de tener a Abraham como padre, también tienen devoción por nuestra Bienaventurada Madre. En el capítulo diecinueve del Corán, descubrí que hay 41 versículos sobre Ella. Creen en el pecado original y tienen una vaga idea de la Inmaculada

Concepción. Con frecuencia me pregunto si hay alguna conexión entre las revelaciones de Nuestra Señora de Fátima y la conversión definitiva de los musulmanes. ¿Por qué María elegiría una pequeña e insignificante aldea como Fátima y así ser conocida como Nuestra Señora de Fátima? La hija de Mahoma se llamaba Fátima; cuando murió, su padre escribió: «Fátima es la más santa de todas las mujeres del paraíso que están junto a María». Los musulmanes ocuparon Portugal durante siglos. Cuando finalmente fueron expulsados, el líder musulmán de esa región tenía una hermosa hija llamada Fátima, en honor a la hija de Mahoma. Un muchacho católico se enamoró de ella. No sólo su amada se quedó allí cuando los musulmanes abandonaron la tierra, sino que también abrazó la Fe y se hizo católica. Su joven esposo cambió el nombre de la ciudad donde vivían a Fátima. Así, el lugar donde Nuestra Señora se apareció en 1917 tiene una conexión histórica con Fátima, la hija de Mahoma.

Los viajes a la India, así como tantos años de relaciones con la India Oriental desde la Sociedad para la Propagación de la Fe -y junto con el estudio constante de otras religiones- me llevaron a casi la misma conclusión a la que había arribado con respecto a las religiones orientales y al paganismo de los atenienses. San Pablo cita a Isaías: «Me dejé encontrar por quienes no preguntaban, me hallaron los que no me buscaban». Cristo se esconde en todas las religiones del mundo, aunque hasta ahora su rostro permanece oculto como lo fue para Moisés, quien pidió verlo.

Siempre he sostenido, en charlas dirigidas a misioneros católicos, que la misión no consiste en llevar a Cristo *hacia* los pueblos, sino en mostrar cómo Cristo está presente en ellos. Cuando Cristo asumió una naturaleza humana, no tenía persona humana. Hay una diferencia importante entre los conceptos *naturaleza* y *persona*: el primero responde a la pregunta «¿Qué es esto?»; y el segundo a «¿Quién es Este?». Cristo tiene dos naturalezas: una divina y una humana; pero es sólo una persona: el Hijo de Dios. Por tanto, su persona divina, presente en la naturaleza humana, de algún modo está presente en todos los hombres. Por eso, nuestros misioneros deben llevar a todos los pueblos la riqueza del mensaje que les ha sido legado por la Cruz y la Resurrección de Cristo. Ellos deben afirmar que todos los hombres son alcanzados por la salvación, tanto el hindú como el budista, o el confuciano o el musulmán; pero la salvación les llega a todos ellos por Cristo, y no por el hinduismo, el budismo, el islam o el confucionismo; y si son salvos es porque Cristo consiguió hacerse presente, de algún modo, en sus plegarias, su ascetismo y su vida de bien.

La combinación de los viajes, los estudios de las religiones del mundo y los encuentros personales con personas de distintas nacionalidades me hizo ver que la plenitud de la verdad es como un círculo completo de 360 grados. Cada religión en el mundo tiene un segmento de esa verdad.

Quien sirve en las misiones se aflige si ve que alguien queda fuera del arca de salvación. En el Camino de la Cruz, en Lourdes, un niño ciego fue curado mientras su padre pedía a Dios que le restituyera la vista. Las primeras palabras del niño al ver a su padre y a los demás fueron: «¡Todos están aquí!». Así serán los gritos de júbilo de los misioneros el Día del Juicio, cuando vean a su rebaño colmado de la misericordia de Dios. Todos están aquí, todos los que querían estar aquí.

Los viajes a estas antiguas civilizaciones dieron lugar a meditaciones teológicas, pero otras partes del mundo hicieron que cambiara mi enfoque ideológico al económico, político y social. Me refiero a los países denominados del Tercer Mundo, sin excluir a aquellos países de Asia afectados por la infiltración comunista y la tiranía. En un país de América Latina vi a una mujer y a sus hijos con llagas infectadas hurgando entre la basura, luchando con las aves por migajas podridas. Como me dijo un hombre que se había mudado de las montañas a los barrios pobres: «Una vez fui sólo un hombre. Ahora soy muchos hombres». Río de Janeiro tiene las mejores playas del mundo. Pero a tan solo un kilómetro de esas playas hay una pequeña colina donde miles de personas habitan en viviendas de cartón, y cientos se agolpan en torno a un caño de agua para apagar su sed, aunque no pueden saciar su hambre. Qué feliz me sentí al ver que el Señor me había hecho mendigo de estas causas misioneras, que me permite ofrecer pequeñas gotas de ayuda, ya que el hambre no es un problema económico. Es un problema moral y espiritual. Como escribió W. H. Auden: «Debemos amarnos unos a otros o morir» [17]. Grabé unos programas de televisión en Río, en la presencia de ese apóstol de los pobres, el arzobispo Helder Camara. Ahora que miro hacia atrás, desearía no haber dicho nada acerca del comunismo, ya que tales afirmaciones parecen haber alentado a los terratenientes, que ya estaban oprimiendo a los pobres. No tuve estas mismas sensaciones en Buenos Aires, Argentina, donde di unas conferencias en la facultad de derecho y luego una serie de televisaciones sobre temas espirituales. El tiempo ha demostrado que la indigencia no sólo afecta al estómago de los pobres. También afecta las maneras de pensar de los que enseñan, a menudo pensadores cristianos, que han pervertido la mismísima verdad cristiana que podría ayudar a la liberación de los más necesitados. Cuando reducen la teología a la política, cuando ponen énfasis en las necesidades sociales pasando por alto el pecado personal del opresor, cuando identifican a Marx con san Marcos, usan todo el aire de las trompetas cristianas, que bien podrían

utilizar para hacer un llamado de atención internacional a favor de la gente necesitada. Los obispos se han mantenido firmes y templados para dirigirse a los ricos, como el cardenal Landazuri Ricketts, de Lima, que dijo que el lujo y la ostentación no hacen más que difundir sentimientos de desesperación entre los pobres. Otro obispo comentó acerca de la velocidad con la que se vendieron bonos para combatir el comunismo: «Compan bonos no para poner fin a la injusticia social, sino como una forma directa de defender las propias posesiones».

Lo que hizo del apostolado en algunas partes de América Latina una tarea difícil fue que las madres desanimaban a sus hijos de entrar al seminario; alegaban que terminarían siendo tan pobres como ellas. En un programa de televisión en Colombia, me dirigí yo mismo a un grupo de niños y jóvenes con el siguiente mensaje: «Sé que muchos de ustedes albergan en su corazón la vocación de servir a Cristo y a los pobres de su tierra, pero sus padres los han disuadido por temor a que la carga de pobreza que El sobrellevó sea muy pesada para ustedes». Les pedí, a aquellos que sentían tener una vocación y no lo habían hablado con sus padres todavía, que me escribieran una carta. Recibí más de doscientas y las entregué a las iglesias locales con la esperanza de que contactaran a estos jóvenes y así la llamada de Dios diera frutos.

La pobreza presenta muchos inconvenientes además del hambre, la sed o la falta de vivienda. Una vez me tocó predicar en una iglesia de Kenia, en medio del monte. Era domingo y, durante el sermón y la Eucaristía, los ojos no me paraban de llorar. Le mencioné esto al pastor después y me dijo: «Ah, me olvidé de contarle que no teníamos dinero suficiente para los pisos, así que usamos abono de vacas y arcilla. Probablemente fue el olor lo que lo incomodó».

Durante la Hora Santa en aquella iglesia, encontré a una mujer de unos cincuenta años orando en un estado casi de éxtasis. Le pedí que me contara de su condición y me dijo que tenía diez hijos, que su esposo la había abandonado y que no sabía nada de su paradero. Su único consuelo era el Señor.

A veces, la única manera de comprender al pobre no es firmar un cheque, sino tener contacto directo. Esto me hizo acordar a la Encarnación. Dios no se mostró indiferente ante las agonías, dolores e injusticias de este mundo, sino que asumió una naturaleza humana igual a la nuestra en todo menos en el pecado, para probar que el amor verdadero es unidad; no sólo en la carne, como en el matrimonio, sino en el hambre y la necesidad.

En otra visita a Sudáfrica, me enfrenté cara a cara con los horrores del Apartheid. No mencionaré las injusticias cometidas contra los negros pensando que así éstas se reducirían gradualmente. Pero para dejar en claro cuánto hay por hacer, contaré un episodio que ocurrió en una visita a una ciudad fuera de Johannesburgo, donde sólo los negros habitaban. El director de la Sociedad para la Propagación de la Fe me había contado que una de las catequistas de la región había acercado a miles de personas a la fe. Le pregunté si podría conocerla en persona. Era bastante inusual que los blancos visitaran a los negros en tales zonas restringidas, pero mucho más inusual que un blanco tomara el té con una negra en su propia casa. Al día siguiente me fui de Sudáfrica. Más tarde me dijeron que mi partida había sido afortunada, ya que el gobierno había estado a punto de pedirme que me fuera debido a esa visita.

No se pueden dedicar quince años o más al servicio de naciones subdesarrolladas -y de los pobres del mundo- pidiendo por ellos, sin poner en marcha un nuevo punto de vista con respecto al mundo. Comencé a pensar menos en el problema de la pobreza y más en

los pobres; menos en el problema del crimen y más en el criminal; menos en la edad y más en el servicio al Forastero que vive en los barrios más pobres con aquellos que no tienen dónde reclinar la cabeza. Todos los niños y niñas que han sido separados de sus padres son un solo niño para este Forastero; todos los criminales, todos aquellos que sufren, lloran y protestan contra Dios están, en realidad, buscando a ese Forastero. Incluso todo ese resentimiento hacia la riqueza, el lujo y la opulencia no compartida frente a la pobreza del mundo, se me hace semejante a la ira de Aquél que echó a los compradores y mercaderes del templo. Este Forastero surgirá de las miserias, de las cajas de cartón, de los barrios marginales, de los estómagos vacíos, de las lenguas reseca, de las fiebres abrasadoras y de las llagas de los leprosos. El estará de pie frente a los que ayudaron y dirá: «Tuve hambre y me diste de comer». Los viajes confirman la teología de que la humanidad es una. Las diferencias accidentales de color y raza, y las monedas que tenemos en el bolsillo son de poca importancia. Cuanto más tiempo vivo en este mundo, más me convengo de que es ante las injusticias que debemos comenzar a amar. Las buenas obras no bastan. Debemos aprender a perdonar.

A la luz de estos conceptos, siempre me ha gustado el poema del padre Albert Abble sobre la Virgen Negra:

Estoy buscando un pintor africano, uno que me haga una Virgen Negra.

Una Virgen con un bonito «keowa», como el que usan nuestras madres.

Mira, Madre,

los amarillos te han prestado su tinte amarillo.

Los piel roja te han hecho como sus propias mujeres.

Los blancos te han pintado como una niña de Occidente.

¿Y tú te negarías a asumir nuestro color?

Madre, desde tu Asunción, desde aquel día glorioso en el que triunfante fuiste llevada al Cielo, has dejado de tener color alguno.

O más bien, eres todos los colores; eres amarilla con los amarillos, como una madre que tiene muchos hijos con tonos y tintes diferentes, pero está presente en todos ellos.

¿No es verdad, Madre,

que eres también Madre de los Negros?

Una Madre Negra que lleva a Jesús niño en su espalda. [18]

LA TIERRA LLAMADA SANTA

De todos los lugares de la tierra, para mí los más preciosos son Roma, donde el sucesor de san Pedro -el Vicario de Cristo- continúa alimentando los corderos y las ovejas de Cristo; Tierra Santa, que alguna vez pisaron los pies del Verbo de Dios hecho hombre; y Lourdes, en el santuario de Nuestra Señora, al pie de los Pirineos. Se ha de mencionar también

Fátima, en Portugal. La diferencia entre Fátima y Lourdes es que esta última es el lugar de la fe y la primera, el lugar del arrepentimiento y la penitencia.

Aquel que lleva sólo un conocimiento topográfico a Tierra Santa no puede aprovecharla tanto como quien la contempla con los ojos de la fe. Hice dos peregrinaciones a Tierra Santa, la última en 1959, cuando cinco peregrinos -el famoso fotógrafo Yosuf Karsh, el reconocido periodista y autor sudafricano Henry Volla Morton, dos sobrinos nietos míos y yo- nos propusimos descubrir el «eslabón perdido» entre los simples seres humanos y los hijos adoptivos de Dios. Lo que descubrimos no fue la bestia de la tierra, sino el Cielo sobre la tierra. No encontramos al hombre *dentro* del árbol, sino al Hombre sobre el Árbol: el Hijo del Altísimo. Y hasta que no contemplamos la tierra en la que el Señor hizo su apostolado -territorio no mayor a los 350 kilómetros de largo- no pudimos reparar en la verdad enunciada por san Pablo: «Se despojó de sí mismo».

Se redujo a cero. No fue como un príncipe que se hizo pasar por mendigo para ganarse a las masas; era más bien un hombre que, ansioso por salvar perros que estaban siendo maltratados, se despojó de su cuerpo humano para asumir el de un perro, aunque manteniendo su mente humana. Todo el tiempo sabe que es superior al resto de los animales que lo rodean y a quienes intenta enseñar obediencia. Y aún así se limita no a hablar, sino a ladrar. Esta humillación de un hombre que se vuelve perro, sin embargo, no es nada en comparación a Dios que se vuelve hombre. Pero la semejanza se acrecienta cuando uno piensa en los perros que se ponen en contra del hombre y lo matan... porque en verdad ocurrió que el hombre se volvió contra su Señor y lo crucificó.

Este «despojo» de Dios que se volvió hombre está presente incluso en la tierra que eligió, políticamente esclavizada y económicamente pobre. El Cielo parece haber apedreado a esta misma tierra. Los rabinos solían decir: «Cuando Dios hizo el mundo llevaba dos bolsas de piedras: desparramó una por todo el mundo y dejó caer la otra en Palestina».

Debido a que no es mi intención hacer de este capítulo un diario de viaje, me limitaré a las regiones que me han causado la impresión más profunda. Muy poco de lo que vemos hoy estaba cuando la Eternidad se hizo tiempo, cuando la Omnipotencia estuvo en cadenas, y *cuando nació el Pájaro en el nido construido por El*, al decir de Robert Southwell. El mar de Galilea continúa inalterado. La mayoría de las escenas son como los antiguos palimpsestos: aquellos manuscritos en los que generaciones posteriores escribieron sobre la huella de lo que habían escrito generaciones anteriores. Uno tiene que arrancar capa por capa, capas de historia, invasión, pillaje y guerra, para así regresar a la escena primera.

Aunque hay una gran iglesia sobre el sitio donde nació Cristo, me tomó por sorpresa el hecho de que al entrar a la basílica hay que encorvarse para pasar por una puerta muy baja y angosta. Aún se pueden ver los restos de una entrada más grande y más adecuada, cerrada con muros siglos atrás para impedir que musulmanes armados ingresaran a caballo a la iglesia. Debido a que Cristo nació en una cueva, era necesario también que tanto los pastores como los Reyes Magos se inclinaran para descubrir al Niño cuyas pequeñas manos hicieron tropezar planetas y universos. La humildad es siempre la condición para descubrir la divinidad; ésta parece habitar allí donde menos se la espera. Al arrodillarse en este sitio, marcado con la inscripción *Hic de Virgine María, Jesús Christus Natus Est*, uno recuerda la visita de los pastores y de los Reyes Magos: los que nada saben y los que saben que no lo saben todo. Parecen ser los únicos que alguna vez comprendieron un misterio. Los escribas, o los doctos teólogos de Jerusalén, revelaron a Herodes el lugar donde habría de nacer el Niño, pero ellos no fueron. Fueron más

respetuosos los persas, cuando incendiaron la Iglesia del Santo Sepulcro en 1614 -y otras iglesias más- pero se negaron a incendiar la Iglesia de la Natividad, debido a que habían visto un mosaico con los Reyes Magos con atuendos persas.

En Nazaret pasé por cada carpintería que vi, sólo para sentir el sabor del Arquitecto del universo trabajando como carpintero. Treinta años de su vida pasó en obediencia; tres años pasó predicando y tres horas pasó redimiendo. La pregunta «¿No es éste el hijo del carpintero?» no buscaba información, sino la burla por la bajeza de la profesión. Recuerdo un cuadro de Holman Hunt. Muestra a nuestro Señor cansado luego de un día de trabajo, estirando los brazos extenuado; al mismo tiempo que el sol brilla, la Madre puede ver en la pared opuesta la sombra de la Cruz.

He memorizado este poema del padre Leonard Feeney, que cité a mis compañeros de viaje en una de las carpinterías:

*Brillantes clavos al suelo caían
desparramados por toda la carpintería, y
san José, príncipe de los carpinteros, siempre
se inclinaba para juntarlos de nuevo.*

*Por dos sandalias sentía gran temor,
unas pequeñas, frágiles y ligeras que
fuerte pisaban el suelo de madera y a dos
Sagrados Pies protegían del dolor.*

*Pero, ¡ay!, entre cielo y tierra, en una colina,
pusieron dos clavos en una cruz, un día.*

*Con fuerza ajustaron a los dos Pies
Sagrados, que alguna vez dos sandalias
habían llevado.*

*Y así, Cristo y su Madre a lo lejos miraron
hacia el valle de Nazaret, y recordaron
aquella carpintería, juntando polvo olvidado
donde los brillantes clavos, ya oxidados, en
una caja sobre la ventana dormían mientras
José yacía bajo la colina.*

Una experiencia especialmente conmovedora fue una visita a la sinagoga. El edificio en sí mismo no era lo importante, pero me hizo recordar al episodio de cuando el joven Jesús comenzó a leer una de las lecciones en el *Sabbat*. Era la profecía del Mesías que estaba por venir. Luego contó la historia de dos gentiles que habían sido curados, y sobre quienes se habían obrado milagros en el Antiguo Testamento, lo que indicaba que el Evangelio y el Reino de Dios estaban dirigidos también a los gentiles. Cuando dijo a quienes escuchaban que las Escrituras se consumaban en El ese día, reaccionaron: la confianza sí que genera desdén. Lo que Jesús sugería era que los otros pueblos serían importantes a los ojos de Dios. Esto era demasiado para los nazarenos, así que lo echaron de la sinagoga, lo llevaron a una colina y lo amenazaron con lanzarlo a su muerte.

La interrupción de su discurso y la negación a sus enseñanzas demuestran que no eran dignos de su presencia. Luego, el Evangelio de Juan nos cuenta que intentaron apedrearlo.

Pero, debido a que aún no había llegado su hora, o bien cegó sus ojos como Dios con los sodomitas y los sirios, o bien los llenó de confusión para que no pudieran llevar a cabo lo que querían: lanzarlo por el precipicio. Su tarea acababa de comenzar. Partió de Nazaret y nunca regresó. Se volvió un lugar, como dijo uno de los apóstoles, «del que nada bueno podría salir». Pero fue también un lugar donde se vio que «nadie es profeta en su tierra».

El río Jordán fue una desilusión si uno piensa en su relevancia histórica: fue por donde los judíos llevaron el Arca al volver del exilio y el sitio donde Cristo fue bautizado. En la ribera occidental está Jericó, donde Moisés una vez envió a sus espías y donde vivió Rahab, la prostituta que más tarde fue ancestro del rey David y, por tanto, es la «nacida del lado izquierdo» [19] en la genealogía humana de Cristo. El río no tenía más de quince metros de ancho; mi sobrino nieto lanzó unas monedas al río, evocando la historia de George Washington cuando hizo lo mismo en el Potomac. Llené unas botellas con agua del Jordán y me las traje conmigo para bautizar a algunos parientes míos. El Jordán es probablemente el único lugar santo de Tierra Santa que apela sólo al corazón y no a la cabeza.

A pesar de la trivialidad física de la escena -en contraposición a la riqueza que nos da la memoria- dejé que el resto del grupo siguiera el camino hacia Jericó y yo me senté para meditar las palabras que Juan el Bautista dijo de Aquél a quien bautizó: «Es necesario que El crezca y que yo disminuya». Allí reside el secreto del mensaje cristiano. A medida que nuestro ego baja, la divinidad hace morada en nosotros. Nada puede ser ocupado por dos objetos al mismo tiempo. Disminuirse es estar menos y menos ocupado de uno mismo. Aquel día fue, quizás más que cualquier otro, el día en que aprendí que la humildad no es algo que se cultiva directamente; de esta manera uno se sentiría orgulloso de su humildad. Es un producto derivado, un subproducto; cuanto más Cristo hay en el alma, menos «yo» la hunde hacia abajo.

El Mar Muerto tiene un lugar especial en las visitas a Tierra Santa. En cualquier otro lado se recogen recuerdos de compasión, piedad, simpatía y amor; aquí se recoge la historia sórdida de la justicia divina, del castigo, incluso de la ira. Aquí fue donde Abraham se separó de Lot, quien lo había acompañado en todos sus viajes hasta que los rebaños crecieron y los pastores entraron en disputas. Abraham permitió a Lot elegir la tierra que se extendía por delante de ellos, y Lot «levantando los ojos vio» el rico valle y el lago de Sodoma. A Abraham le quedaron sólo las colinas estériles de Judea. Pero Lot habría de aprender que la felicidad no consiste en la abundancia terrenal. Cinco ciudades se levantaron en torno al lago y todas ellas se destacaron por las más viles expresiones de lujuria y homosexualidad. Aquel día en que se describe una salida de sol brillante, Dios comenzó una serie de causas naturales que hicieron de la destrucción de las ciudades una sentencia descripta como «una lluvia de fuego y azufre desde el cielo». Toda la región del Mar Muerto se inundó en azufre y carbón; un rayo del cielo cayó sobre ella y luego le siguió un terremoto. Las ciudades parecían un enorme homo del cual una columna de humo ascendía a los cielos.

Todo lo que queda de este Juicio Divino es lo que hoy se conoce como Mar Muerto; los peces que llegan a él desde el río Jordán mueren al poco tiempo: el mar les da una fosforescencia de vida, pero que anuncia la muerte. Es tan salado que se puede flotar en el agua. Hundí mis dedos en la orilla y el gusto del agua fue nauseabundo; y si uno deja el dedo sumergido, queda impregnado de químicos.

Mientras estuve allí observé un hotel que se había construido en la costa; varios paraguas multicolores en la playa le daban un sabor algo carnavalesco. Noté también una macabra publicidad: «El lugar más bajo de la tierra».

Se puede estudiar historia en muchos lugares del mundo -en cavernas escritas por una mente primitiva, en la tumba saqueada del emperador Ciro el Grande, o a partir de los vestigios de la ciudad de Troya-, pero creo que el mejor de todos ellos es en las orillas del Mar Muerto. El Señor mismo puso a estas ciudades como ejemplos de ensayo para el Juicio Final, dirigido a quienes no recibirían su mensaje: «En verdad les digo que en el día del Juicio la tierra de Sodoma y Gomorra será tratada con menos rigor que esa ciudad». El mismo Shakespeare habló del Cielo a través de guerras como castigos por perversiones, lujuria y barbarismos:

¡Ah! Si el cielo no se da prisa en enviar, bajo forma visible, sus ministros a la tierra para domar los feroces e ingratos corazones, no tardarán los hombres en devorarse unos a otros como los monstruos del océano.

Una especie de santo temor se apoderó de mí mientras contemplaba el Mar Muerto; inspirado a partir de dos reflexiones: una, de las Escrituras, y otra, del teatro griego. De las Escrituras: «Dondequiera que esté el cadáver allí se reunirán los buitres». Los buitres acuden cuando el cadáver de la civilización comienza a descomponerse. Baltasar, el príncipe de Babilonia, se hizo un festín con los vasos sagrados que robó y profanó del santuario de Jerusalén, y aquella misma noche, los buitres -en la forma del ejército de Ciro el Grande- ya estaban aguardando afuera. Estos carroñeros alados de las alturas, que giran en círculos a la espera del rastro de un cuerpo corrompido, son la imagen condensada del juicio de Dios sobre aquellos pueblos y naciones que, a través de la historia, no se han percatado de que hay una vida que resiste a la muerte.

La otra reflexión proviene de las tragedias griegas, a menudo divididas en tres secciones. La primera, *hybris* u orgullo, en la que el hombre comenzaba a exaltarse y a declararse superior a Dios. La segunda, *némesis*, el momento de éxito en el que las verdades eternas son vedadas a la mente, debido al énfasis excesivo en el erotismo y en el dinero, y en la supremacía del yo. Finalmente, el *ate* o el juicio, cuando el mal que hacen los hombres produce efectos atroces.

Estoy seguro de que aquellos que estaban tomando un té la tarde que pasé en la playa del Mar Muerto nunca se detuvieron a pensar el significado de la crisis en la historia. La palabra «crisis» proviene del griego *krisis*, que significa juicio (en el sentido de opinión o dictamen acerca de algo). Fue una experiencia aterradora observar aquellas aguas saladas y turbias, con los cuerpos perezosos que no necesitaban nadar para mantenerse a flote.

Uno de los momentos más coloridos de la peregrinación fue una fotografía que Karsh deseaba tomarme: yo debía estar guiando un rebaño de ovejas, lo que simbolizaría mi rol como pastor. Encontramos un rebaño de varios cientos de ovejas y a un pastor que, como indica la tradición en el país, las acompañaba. En la fotografía que Karsh había planeado, yo debía estar a la cabeza de las ovejas, como guía y líder. Fue corriendo varios metros con una cámara y una escalera de mano, subió a ella, ajustó el lente y para cuando yo llegué al sitio indicado, las ovejas ya se habían adelantado y yo había quedado atrás. Intentó esto varias veces, pero tomar la fotografía era imposible, ya que las ovejas siempre se alejaban del rango de la cámara. Finalmente, después de un recorrido mayor para lograr el objetivo, vio que las ovejas comenzaban a avanzar. Me gritó:

—¡Diles a las ovejas que aguarden!

Esto prueba que Karsh no sabía absolutamente nada acerca de las ovejas. Recordé de

pronto uno de los astutos problemas que nos daban en la escuela: «Si hay veinte ovejas en un campo y una de ellas se dirige a otro aldeaño, ¿cuántas quedan en el primer campo?». La respuesta era «ninguna», ya que todas las ovejas siguen a otras.

Desearía detenerme más tiempo en otros recuerdos, particularmente en los del Jardín de Getsemaní y los Litóstrotos (en hebreo Gabbatá), o en el subsuelo del palacio de Pilatos, donde pisaron los Pies de Cristo. Pero todo eso está documentado en el libro que resultó de mi peregrinación: *This Is the Holy Land* («Esta es la Tierra Santa»),

Deseo concluir con uno de los episodios más conmovedores del viaje: una visita temprano por la mañana al Mar de Tiberíades. Bajé hasta el sitio donde el Señor estuvo reunido con algunos de sus discípulos una semana después de la Resurrección (un sitio fácil de encontrar debido a las grandes piedras que menciona el Evangelio). Comencé a leer el capítulo veintiuno del Evangelio de Juan, que para mí es una suerte de epílogo al primero, al prólogo. En general Juan esconde un sentido místico detrás de cada acontecimiento, pero aquí la correlación es más bien evidente. El prólogo comienza: «Al principio estaba el Verbo». Ese Verbo se hizo carne por el poder del Espíritu Santo en la Virgen María, y Cristo se apareció al hombre como el Hijo del Padre. Esa oración inaugural de Juan pretende exhibir la Vida Eterna de Cristo antes de que venga al mundo. El capítulo veintiuno es el epílogo de lo que le ha de suceder a su Iglesia una vez que regrese al Cielo; una exhibición simbólica de la Iglesia luego de haberla fundado sobre Pedro. Cristo de pie en la orilla se representó a sí mismo en la eternidad; el mar era el mundo. Dirige a sus discípulos desde allí para que echen sus redes al otro lado: Cristo manifiesta su poder trabajando con ellos en su aparentemente solitaria labor, y manifiesta su amor dándoles comida.

Hacia las cuatro de la mañana fui hasta la orilla y me senté junto a dos grandes piedras, con un fuego entre ellas. A unos cien metros al mar vi siete hombres en una barca. Fue una de las mayores coincidencias con el Evangelio que tuve en el viaje. La descripción es la siguiente:

Después de esto, Jesús se apareció otra vez a sus discípulos a orillas del mar de Tiberíades. La aparición sucedió así.

Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael, el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos. Simón Pedro les dijo: «Voy a pescar». Ellos le dijeron: «Nosotros también vamos contigo». Salieron y se embarcaron con él, pero aquella noche no pescaron nada.

Al amanecer, Jesús estaba en la orilla del mar, pero los discípulos no lo reconocieron. Jesús les preguntó: «Muchachos, ¿tienen algo para comer?». Le contestaron: «¡No!». El les dijo: «Echen la red a la derecha de la barca y encontrarán». La echaron, y luego no podían sacarla por la gran cantidad de peces. Entonces el discípulo a quien Jesús amaba le dijo a Pedro: «¡Es el Señor!». Al oír Pedro que era el Señor se puso la ropa, pues estaba desnudo, y se lanzó al mar. Los otros discípulos vinieron en la barca arrastrando la red, porque no estaban muy lejos de tierra, sólo a unos cien metros.

Cuando saltaron a tierra vieron preparadas unas brasas con un pescado sobre ellas, y también pan. Jesús les ordenó: «Traigan algunos de los peces que acaban de pescar». Simón Pedro subió a la barca y arrastró la red a tierra, la cual estaba llena de ciento cincuenta y tres peces grandes y -a pesar de ser tantos- la red no se rompió. Jesús les dijo: «Vengan a comer». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿«Quién eres», «¿porque sabían que era el Señor. Jesús se acercó Jomó el pan y se lo repartió ,e

hizo lo mismo con el pescado.

Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a sus discípulos después de resucitar entre los muertos.

Mientras meditaba estas palabras de Juan, me pregunté por qué Pedro habría querido volver a la pesca cuando el Señor lo había llamado a ser pescador de hombres. Debí haber sido un líder natural, ya que apenas sugirió salir a pescar, los otros seis lo siguieron de inmediato.

Cuando Pedro vio por primera vez al Señor en la orilla, saltó al mar. Esto es porque había visto el fuego, que le recordó su negación diez noches atrás. Durante mucho tiempo me pregunté por qué, en ese momento, el Señor habló de corderos y ovejas. En general, casi todas las parábolas tomaban el ejemplo que tenía más cercano al contexto donde El se encontraba, como «el sembrador salió a sembrar la semilla» o «el pescador echó las redes al mar». Pero la orilla del mar era un contexto totalmente ajeno a la conversación que siguió con los discípulos.

Debido a que Pedro había negado al Señor tres veces, tres veces el Señor le preguntó si en verdad lo amaba. En español sólo hay una palabra para «amor», la fuente de confusión (y a veces de identificación) con el sexo. Los griegos tenían al menos tres términos para el amor; dos de ellos aparecen en el Evangelio. Uno de ellos es *philia*, un afecto o amor humano, natural en el hombre. El otro es *agape*, un amor sacrificador. Pedro ya había sido fundado como la «piedra de la Iglesia»; ahora el Señor le pide todavía más: que apaciente a sus corderos y alimente a sus ovejas. Antes de eso, le pregunta si lo ama: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Al desafiarlo, el Señor le da la oportunidad de confesarlo tres veces y de que proclame su divinidad tres veces, luego de haberlo negado tres veces. La primera vez, el Señor desafiaba la *superioridad* del amor de Pedro (*agape*); en la segunda, lo desafiaba para ver si lo ama en absoluto (*agape*); en la tercera, el Señor desafiaba incluso su afecto (*philia*). Esta fue la pregunta más minuciosa de todas, que hirió el corazón de Pedro y lo entristeció. El Señor sólo hiere aquello que puede sanar. Luego de cada una de las tres confesiones, seguía la misión: «Apacienta a mis corderos y alimenta a mis ovejas»; es decir, que ejerza su ministerio administrando el alimento espiritual entre Su pueblo y los jóvenes.

No pude encontrar la respuesta que buscaba, de por qué el Señor se había referido a los futuros miembros de la Iglesia como «corderos y ovejas». Ya dándome por vencido, alguien me tocó el hombro. Era un pastor. Llevaba un cordero de no más de tres días y lo puso en mis brazos. Le dije:

—¿En dónde lo has encontrado?

—Soy pastor y llevo a mi rebaño a pastar por estos campos, próximos al mar de Tiberíades.

¡Allí estaba la respuesta! En la metáfora, el Señor había cambiado «peces» por «corderos y ovejas» porque seguramente aquel día había corderos y ovejas.

Ahora veo la razón por la que el Señor llamó a sus obispos para que fueran señores primero y luego pastores: El quiere que prosperemos espiritualmente, ¡con arpón o con bastón!

Mientras sostenía en mis brazos aquel cordero, símbolo de la primogenitura del rebaño en la Iglesia, Karsh y Morton llegaron a esa misma orilla donde había estado el Señor, y Karsh me tomó mi fotografía favorita: un pastor indigno con un precioso cordero en sus brazos.

EL OBISPO EN SU DIÓCESIS

Mi designación en la diócesis de Rochester por parte de Pablo VI en 1966 me trajo una nueva alegría; en concreto, una conexión cercana con la gente y en particular con los sacerdotes. El sacerdocio es la mejor fraternidad en el mundo. Un sacerdote no necesita ninguna presentación; el mero hecho de que es un sacerdote lo hace mi hermano. Que nos hagan obispos nos une con los cordones de la gracia y los cordones de Adán a cada sacerdote y cada religioso, y a cada uno de los laicos. Nada simboliza mejor esto que el hecho de que el nombre del obispo diocesano se mencione en la Misa de cada día.

Antes de evocar momentos *internos* de la diócesis, convendría rememorar momentos *externos* a ella, es decir, el espíritu del mundo. Los años sesenta tuvieron una filosofía peculiar, que afectaba a todos, tuvieran o no tuvieran fe. Se podrían describir de dos maneras: primero, lo que estuvo bien en esta época fue el desplazamiento de lo individual a lo social. En los sesenta, surgió una conciencia social en la que el amor al prójimo tenía un costo muy alto: abandonar a Dios; de a ratos, se pasaba por alto la justicia individual.

La segunda característica de esta época, que parece estar en contradicción con la anterior (pero no lo está), fue el énfasis en el «a mí». El «yo» de cada persona se acepta como criterio válido. Al principio no estaba el Verbo, sino que estaba el Yo, y era bueno. Todo aquello opuesto al ser es la negación del ser. Esto vino a identificarse con la autoridad. Llevado al extremo, como dijo Sartre, «El infierno son los otros»; y en «otros» Sartre incluye aun a Dios, ya que Dios se opone al ser como lo absoluto. Como consecuencia de estos dos supuestos, comenzó a desaparecer la conciencia de pecado y de culpa. Los únicos pecados pasaron a ser los pecados sociales. Esto significó una difícil etapa para la religión y la moral. Los cristianos ordinarios a menudo sucumbieron a la creencia de que el mal subyace sólo en la sociedad. Fue necesario que alguien atravesara la falacia de esta visión para recordarnos la verdad: «De a poco fui cayendo en la cuenta de que la línea que separa el bien del mal no estaba entre estados o clases, ni entre partidos políticos... sino en el centro del corazón humano. He llegado a comprender la verdad de las religiones del mundo: la lucha contra el mal *en el interior del hombre* (en el interior de *todos* los hombres). Es imposible expulsar enteramente el mal del mundo, pero sí es posible restringirlo en el interior de cada persona» [20], Traigo la filosofía de los sesenta a colación debido a que fue también la época del Concilio Vaticano II. Pero sería un error pensar que el Concilio trajo cambios en la Iglesia. La Iglesia no vive encapsulada en vagos ideales, vive en el mundo real.

Así como los sacerdotes constituyen el corazón en el que todos los obispos se sostienen, así también las personas conforman el hombro en que encuentran consuelo. Cada hombre o mujer que mira a un obispo está preguntando si es en verdad un ministro del amor redentor. Como hizo aquella mujer en el pozo, cada alma dice a su vez: «¡Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho! ¿No será éste el Mesías?». Para mí, las personas -católicos y no católicos- son una alegría y un consuelo. Muchas veces, en medio de las tareas y diligencias diarias de la iglesia, me sentí muy agradecido por un «Dios lo bendiga» de una señora que salía sonriente de rezar, o por un perro rengo esperándome en la puerta de la iglesia. Debido a que las personas no son un grupo homogéneo, el obispo debe hacer un abordaje paradójico, ya que el Señor no sólo lo llamó a ser «la sal» de la diócesis, sino también «la luz».

Utilizamos sal para prevenir la descomposición y el deterioro. La luz es aquello que ilumina y revela las partes más oscuras del alma. Por un lado, el obispo debe detener el avance y la propagación del mal; por otro, debe animar la bondad y la verdad. La orientación que ofrecen las Escrituras es muy clara: yo no habría de convertirme en un salero episcopal ni en un interruptor. Aprendí a ver que trabajar en un barrio marginal no es mundano, es amor; y, por otro lado, aprendí que lavarme las manos del «barrio de Dios» no es amor, es mundano. Había que mantener el equilibrio justo entre la sal y la

Recuerdo una visita a Dansville, Nueva York, en ocasión de la fiesta de la Asunción de María. Cuatro o cinco sacerdotes viajaron conmigo. En el camino, unos pocos kilómetros antes de llegar a donde nos dirigíamos, observamos una ermita vacía en un patio de césped. Al llegar a la parroquia, mucha gente se arrimó al automóvil y tuve que quedarme allí un rato mientras los sacerdotes entraban a la casa. Finalmente, me fui de allí y subí al primer piso para lavarme y prepararme para la Misa. Al bajar, vi a un hombre en la galería y le dije:

—Gracias por cuidar de la casa parroquial mientras los sacerdotes están en la iglesia.

¡No era la casa parroquial! Estaba en la casa de un vecino. El padre Michael Hogan, mi secretario, bromeó con que la familia pondría una placa metálica en el baño, como versión actualizada de «Kilroy estuvo aquí» [21].

En el sermón, mencioné a los presentes que había observado una ermita vacía en una casa de camino hacia la iglesia. Prometí a la familia que allí viviera que, si me buscaban luego de la Misa, les regalaría una estatua de Nuestra Señora. Al parecer, la familia en cuestión ya había ido a una misa anterior, pero la abuela se acercó y me invitó a que los visitara cuando volviera a Rochester. Le dimos la estatua para su ermita y allí la vimos en posteriores visitas.

El padre Hogan hacía muy bien en anunciar de antemano, en nuestras visitas, que a mí no me gustaba el pollo. Por lo general, es lo que más ofrecen a los obispos cuando salen a celebrar confirmaciones. Gracias a la advertencia del padre Hogan, evitaba el cumplido. La razón de este prejuicio data de mi infancia, cuando visitábamos las granjas de mi padre en los veranos. El arrendador, ansioso por ganarse el favor de mi padre, nos daba pollo todos los días excepto los viernes. En el curso de aquellos años, llegué a retorcer el cuello de 22.413 pollos. Por las noches, no me visita la «yegua de la noche» [22]. sino las «gallinas de la noche». Esta experiencia arruinó por completo un plato exquisito... que siempre evité en mis viajes episcopales.

Una vez celebré un triduo en una parroquia. La iglesia estaba llena e invitamos a los niños a sentarse frente al sagrario. Había probablemente cincuenta o sesenta niños menores de diez años. Yo había llegado una hora antes que todos para meditar en el reclinatorio. Más tarde, el comisario del pueblo se me acercó para contarme que su hija había estado entre el grupo de niños frente al sagrario. Y ella había preguntado:

—¿Por qué el obispo se arrodilló durante tanto tiempo frente al altar?

—Probablemente estaba hablando con Dios.

—Yo pensaba que *él* era Dios.

La Providencia fue la guía en nuestro paso por la zona sur de la diócesis de Rochester.

De regreso, pasamos por muchas parroquias. En una ocasión en la que necesitábamos combustible, nos encontramos con unos niños en la estación de servicio y yo les pregunté en dónde podríamos comprarles helado. Me dijeron que se podía comprar en la misma estación. Súbitamente, aparecieron unos veinte o treinta niños; parecían salir de los mismos tanques de combustible. Les regalamos cucuruchos de helados a todos y el padre Hogan pasó un rato con ellos. Una niña le preguntó:

—¿Podrían venir a visitar a mi hermana?

—Claro que sí, ¿dónde está?

—Está muerta. Está en el salón velatorio.

Allí fuimos a visitar a su hermana. Parecía con vida, como si fuera un ángel. Reunidos estaban los familiares, desconsolados. La pobre niña había fallecido en un accidente de tránsito. Dije a los presentes que esta tragedia traería mucho bien a la familia. De hecho, resultó en dos conversiones y en que dos miembros de la familia se reconciliaran con la Iglesia.

Otra preocupación fundamental de un obispo son los pobres, en especial aquellos que viven en barrios marginales, donde hay tanto desempleo. Cualquier obispo de los años sesenta debe haber tenido un interés especial y profundo en los pobres, no sólo por estar inspirado en Cristo y en seguir su ejemplo, sino porque también esto era una «moda» de la época. Los barrios marginales constituían el grito de guerra de una conciencia social que despertaba. Muchas monjas súbitamente sintieron que debían hacer este trabajo en lugar de formar a los niños y muchos sacerdotes también sintieron que la labor parroquial no era tan importante como dedicarse a los socialmente desheredados. Hay muy bellos ejemplos de sacrificio por parte de sacerdotes y religiosos, que comenzaron a aparecer como astillas de la cruz. Recuerdo viajar por la diócesis con un joven sacerdote, al que le pregunté si sabía quién vivía detrás de unas colinas. Me dijo que aquella zona estaba fuera de su parroquia y que, por lo tanto, no sabía; pero estaba dispuesto a averiguarlo. Con el permiso para hacerlo, armó un pequeño ejército de obreros inmigrantes, los organizó en parroquias y enseñó catecismo a los niños. Las hermanas solían alquilar casas abandonadas y allí cuidaban a niños huérfanos.

Una de las posesiones más preciadas de cualquier obispo es un seminario. Rochester tenía un seminario que formaba no sólo a los propios sacerdotes, sino también a aquellos de otras muchas diócesis. A finales de los años sesenta, muchos seminarios dejaron de poner tanto énfasis en lo doctrinal y en lo espiritual, para ponerlo en lo sociológico e incluso en lo político. Esto no era un fenómeno exclusivo de nuestro país; en todo el mundo se produjo una fisión entre el sacerdocio y la víctima (Cristo es sacerdote y víctima). A veces, se reconocía el sacerdocio, pero sin la *victimidad* y la *corredención* con Cristo; en otras ocasiones, se interpretaba la *victimidad* sólo en términos de servicio al mundo, sin tener en cuenta que llevamos la carga de la culpa, el pecado y la pobreza del mundo en nombre de Cristo.

Para ofrecer a los seminaristas la mejor educación, invité a algunos profesores-sacerdotes de Europa. Además, sentía la necesidad de que los seminaristas supieran cuánto sufrían los cristianos de Europa Oriental por la fe. Un especialista en esta área era el reverendo Michael Bordeaux, un graduado de Oxford que había estudiado en Moscú. Era experto en «La religión más allá de la Cortina de Hierro», y así ha sido reconocido en todo el mundo: lleva al día los registros más auténticos acerca de las persecuciones a los cristianos que se llevan a cabo tras la Cortina de Hierro. Ansioso, además, por despertar el

espíritu evangélico en los seminaristas, invité al famoso ex comunista Dr. Douglas Hyde, para que compartiera y enseñara estrategias de conversión. Mucho tiempo había dedicado a aumentar las filas del comunismo; ahora había reformulado sus antiguas estrategias para aumentar las filas de Cristo, luego de su propia conversión.

Otro aspecto en la vida de un obispo, y el más importante de todos, es la relación con los sacerdotes y religiosos. Con el propósito de aliviar la connotación administrativa y social que tiene una «Oficina de Archivos Eclesiásticos», le cambiamos el nombre a «Oficina Pastoral». Las cinco mañanas de la semana, todos los que trabajaban aquí se reunían para revisar cuestiones problemáticas, peticiones y pedidos. Esto tenía el fin de evitar la voluntad individual y arbitraria del obispo y de aprovechar las ventajas del criterio grupal. Había dos obispos auxiliares -Denis Hickey y John MacCafferty-, ambos con una intuición extraordinaria y de una valiosa e incalculable ayuda para mí.

Inmediatamente después de comenzar a trabajar en la diócesis, me di cuenta de que habría necesidad de ayuda episcopal, por lo que pedí en el seminario que me recomendaran un sacerdote caracterizado por su «espiritualidad, sentido ético y moral, interés en los problemas de la diócesis y digno de ser llamado al episcopado». Los resultados de esta consulta fueron enviados al Santo Padre, quien los nombró obispos auxiliares.

Mi secretario, el padre Hogan, significaba para mí una gran alegría y una inspiración. Había una agencia de automóviles en Rochester que, acorde a la amabilidad general de la gente de allí, nos ofrecía prestado un automóvil nuevo cada año. Se llevaban el que habíamos usado y nos daban el nuevo. En una ocasión, a raíz de esto, le dije al padre Hogan:

—Cuando el Señor estuvo en la tierra, tuvo que ir a Jerusalén en un asno; y yo, gracias a ti, tengo el privilegio de conducir un Plymouth por toda la diócesis.

—Sí —me respondió Hogan—, pero aún tienes un asno de chofer.

El análisis de la vida de un obispo en su diócesis se suele hacer en términos del número de iglesias y escuelas construidas. Pero esta clase de cosas se llevan a cabo con el dinero de la gente y sus sacrificios. Y es por la gracia de Dios que se hace todo el bien espiritual. El periódico *The Wall Street Journal* y la revista *Time*, sin que yo estuviera al tanto, enviaban reporteros a Rochester a investigar las labores, que luego se publicaban. La diócesis misma y su gente llevaban el registro de los logros. Pero a mí me hubiera complacido mostrar, más bien, lo que desearía haber logrado y no pude.

En primer lugar, con respecto a la prensa católica, que ha sufrido muchos cambios en este país. Todo comenzó cuando la prensa no católica dejó de imprimir noticias católicas. La Iglesia necesitaba su propio órgano para comunicar y difundir información acerca de ella misma, la diócesis y el mundo. La prensa católica, en todo caso, llegaba sólo a un número restringido de fieles. Se me ocurrió en una ocasión comprar el espacio de una página de periódico en la prensa secular, una vez a la semana. Así, todas las actividades de la diócesis tendrían cobertura, ya que el periódico circulaba por toda la ciudad. Luego de dos o tres meses de negociación secreta, se decidió adquirir una página a la semana, la cual estaría libre de cualquier clase de restricción editorial. El objetivo era imprimir noticias católicas en pequeños comunicados, al modo de los semanarios nacionales de moda que aparecían en *Time* y en *Newsweek*. Además, las noticias católicas se dividirían en categorías como «Pontificias», «Nacionales», «Diocesanas», «Liturgia», «Catequesis» y «Moral cristiana». Todo lector de la prensa secular se convertiría en un potencial lector de

las noticias católicas y de la posición de la Iglesia acerca de variados temas. Además del ahorro de dinero, este plan nos proporcionaría una circulación de información más amplia, haciendo llegar el mensaje de Cristo a todos. Pero cuando la propuesta ya estaba lista para ponerse en marcha, resultó ser que la prensa católica tenía contrato con una imprenta por dos o tres años más. Así que el nuevo formato diseñado debió ser abandonado.

Otra idea que resultó estar más cerca del barro que del oro surgió a partir de la atención médica deficiente que se ofrecía a los pobres, en especial en los barrios marginales. Propuse comprar una ambulancia y equiparla para atender a embarazadas, niños enfermos, ancianos y otras personas discapacitadas, en las regiones más desfavorecidas. Pedí, en el hospital al que ofrecí la ambulancia, que nos dispusieran de dos enfermeras y un médico unos pocos días a la semana. Nunca ocurrió nada de esto.

Viajando por la diócesis observé que había tantos automóviles estacionados en los supermercados como los que había en la misa de domingo. Puesto que tanta cantidad de laicos se amontonaba casi todos los días de la semana, ¿por qué no alquilar una pequeña tienda en la zona de los supermercados para que los católicos pudieran hacer una visita al Santísimo Sacramento, ir a Misa y confesarse? También podrían acudir los no católicos a orar y a formarse. Pero esto también falló, ya que según el informe que se me entregó, era imposible alquilar en las zonas que deseábamos.

Tampoco solucioné la cuestión de viviendas. Noté que sólo se habían construido cuarenta o cincuenta unidades para los pobres de los barrios marginales, en el curso de cuatro o cinco años. El gobierno federal era lento para poner en marcha un plan de viviendas. Pensé en donar al gobierno una iglesia -con todos sus terrenos correspondientes-, con la condición de que se construyera para los pobres. La idea era llegar a cien o doscientas unidades en aquella zona, y luego abrir camino en el barrio marginal para mejorar las condiciones de vida de la población.

El Secretario de Viviendas en aquella época era Robert C. Weaver, a quien escribí:

Si: Secretario:

Como usted sabe, Gibson Winter ha escrito acerca del cautiverio suburbano de las iglesias. Yo escribo pensando que es posible que exista también un cautiverio marginal de la Iglesia. Con esto me refiero a que, a veces, se preserva el derecho a la propiedad entre aquellos que no la tienen. Se buscan nuevas formas de servicio cuando en realidad deberíamos decir de nuestra propiedad: «¡Córtala! ¿Para qué va a seguir ocupando terreno en vano?».

La Iglesia debe actuar como lo hizo san Lorenzo siglos atrás. El donó muchas vasijas preciosas de la iglesia para ayudar a los pobres. Nosotros queremos donar una iglesia. No porque no la necesitemos, no porque no hayamos encontrado otra forma de hacer apostolado, ni porque sea una carga presupuestaria... sino porque los pobres representan una carga mayor en nuestra conciencia.

Estamos bajo el imperativo evangélico de que no debemos ser sólo una Iglesia que recibe, sino una Iglesia que da. Tenemos la necesidad de no ser sólo una Iglesia que administra, sino una Iglesia que se entrega. El Espíritu nos mueve a esto a fin de romper la barrera de la caridad, como la tecnología ha logrado romper la barrera del sonido.

¿Estaría dispuesto, entonces, a aceptar de la gente y el clero de la diócesis de Rochester la donación total y gratuita de una de nuestras parroquias en los barrios marginales? Sería la iglesia y toda la propiedad que le corresponde, para que usted o cualquier persona designada para el caso la utilice para construir viviendas a los pobres. Donamos no sólo lo que tenemos, sino que nos reconocemos como servidores de Aquél que se entregó a sí mismo, por compasión a las multitudes.

Atentamente, en Cristo, Fulton J. Sheen

Fui luego a Washington a ver al Sr. Weaver. Me dijo que hacía tiempo que el gobierno federal tenía la esperanza de que la Iglesia Católica y otras comenzaran a donar parte de su propiedad para establecer un plan de viviendas. Me dijo que esta oferta sería un ejemplo alentador y que se la presentaría al presidente Johnson. El presidente Johnson se mostró tan a favor que pidió que se le diera publicidad.

Para concretar este acuerdo, yo debía recibir el permiso eclesiástico. Lo obtuvimos del Consejo, del Delegado Apostólico y de Roma misma. La pregunta, entonces, era: ¿qué iglesia? Pedí al gobierno federal que viniera a investigar el área; escogieron la Iglesia de Santa Brígida, que ocupaba una manzana entera; tenía un ferviente párroco, pero sólo unos cien o doscientos fieles. Una vez seleccionada, hicimos el anuncio.

Para nuestra sorpresa, hubo mucha oposición, aunque artificialmente estimulada. Se hicieron llamadas telefónicas por toda la diócesis para contrarrestar al obispo que estaba «regalando una iglesia». Un grupo de chicas universitarias acudieron a la Oficina Pastoral en automóviles y llevando pancartas, condenando al obispo por arruinar una parroquia. Una noche en la que visité una escuela, me rodeó una multitud de cientos de personas que se manifestaba en contra de la «destrucción de nuestra parroquia». Muchos lanzaron piedras al automóvil mientras pasamos. Aquella misma noche retiré la oferta. Esa misma iglesia continúa hoy vacía, junto a la casa parroquial y a la escuela, en un barrio marginal... un monumento a mi fracaso de hacer algo por las viviendas de los pobres.

En otra ocasión, invité a líderes sindicales a cenar. Representaban distintas actividades y áreas: vivienda, electricidad, construcción, albañilería, carpintería y otras similares. Yo les había hecho una propuesta resumiendo las necesidades de reparación en los barrios marginales. La propuesta consistía en que enviaran gente a trabajar los sábados junto a los negros, para ayudarlos a reparar sus propios hogares. Así, podrían enseñar oficios a la población de allí, que luego a su vez enseñaría en los barrios. Pero esta idea fue rechazada: enseñar oficios «perjudicaría la labor sindical».

Puede que se formen una impresión errónea si se tienen en cuenta todos estos «fracasos» de la administración episcopal. Todas las experiencias fueron vasijas de barro que se rompieron en mis manos al igual que al alfarero a quien visitó Jeremías. Pero la arcilla tiene también otra propiedad: es «pegajosa», adhesiva. Se consolida y forma una masa. Aunque obispos y sacerdotes son sólo cuencos de loza de barro cocido que albergan el tesoro de la embajada de Cristo, conforman asimismo una fraternidad que no tiene igual en el mundo. Ningún herrero de Francia siente una unidad interior con el alma de un herrero de Pittsburgh. Ningún votante del Congreso saluda a otro votante de la misma región con gran afecto. Incluso ex alumnos de una misma universidad tienen poco que hablar en reuniones más que algunos recuerdos comunes. Pero cuando un obispo se encuentra con otro obispo, o un sacerdote con otro sacerdote, no hace falta presentación alguna; Cristo ya se ha encargado de eso. Sabemos quién es el otro en su corazón. Pueden llamarse el uno al otro en cualquier momento y por cualquier motivo; no importa la opinión personal de un sacerdote sobre su obispo: cuando el obispo lo visita, sólo hay

respeto, cortesía y amistad. No hay simulación; nos conocemos por dentro, tanto, de hecho, que el juicio de un cuerpo de sacerdotes acerca de otro sacerdote rara vez se equivoca. El juicio individual de un sacerdote puede estar contaminado por el error o el prejuicio, pero cuando la mayoría coincide en que uno es un «buen sacerdote», es un buen sacerdote. Y si la opinión general es que es un poco «distante» o «excéntrico», probablemente lo sea.

Hay una descripción de esta fraternidad mundial que me gusta mucho:

No necesita persuasión, prelude o ritual. No está sujeta a ninguna formalidad. Nos conocemos y poseemos el uno al otro al instante. No existe la sombra de una barrera entre nosotros, ni de la edad, ni de antecedentes, ni de nacionalidad, clima o color de piel. El nuestro es un afecto directo, franco, burdo. Ni siquiera de buenos modales. Puedo sentarme a su mesa sin invitación; puedo sentarme en su escritorio y leer sus libros antes de conocerlo; puedo pedir prestado su dinero o su ropa. Su casa es mi casa; su hogar es mi hogar; su automóvil, mi automóvil. Puedo entregarle mi confianza rápido y sin reseñas. No puedo iluminarlo o escandalizarlo. Podemos discutir sin ofender, elogiarnos sin adular, o sentarnos en silencio y aun así estar acompañados.

Y la razón por la que todo esto ocurre es nuestro secreto precioso. Es el secreto de aquellos que van por un solitario puente levadizo, suben por una estrecha escalera y duermen en una alta ciudadela izando una bandera blanca.

De uno en uno marchamos, sin depender de nada y sin poseer nada, sin constituir generación alguna, ya que cada uno resulta de su propia raza y nombre; y aun así nos acompañamos con una singular simpatía, algo muy suave para ser llamado amistad y muy recio para ser llamado amor, pero sabemos que Dios le encontrará el nombre cuando El registre nuestros corazones en la eternidad. [23]

Al llegar a los 75 años, supe que debía ofrecer mi renuncia, según el deseo del Concilio Vaticano II para los obispos. No me agradaba la idea de recibir una carta algún día recordándome que, debido a que había llegado a la edad de mi retiro, debía dar un paso al costado. Así que me preparé para cuando llegara aquel día para ir a Roma a tener una larga audiencia con el Santo Padre, el papa Pablo VI, en la que presenté mi renuncia.

Al hacer esto, no me «retiré». Me *reinventé*. Comencé a hacer otra clase de trabajo. Creo que ocupamos nuestros últimos días tal como hemos vivido. Si hemos vivido con tranquilidad, aprovechando cada descanso, y sin exigimos, entonces tendremos unos últimos días «estirados», como un lento cuentagotas. En cambio, si hemos vivido con intensidad, creo que de alguna manera u otra estaremos trabajando hasta que un día Dios pondrá un límite y dirá: «Ya se ha acabado».

El retiro tiene muchas ventajas. Uno puede volverse hacia su alma, interiorizarse, meditar y comenzar un curso intensivo para el examen final. En mis días de reinvención, sin embargo, me asignaron nuevas labores apostólicas. La Iglesia me dio dos nuevos títulos. Uno fue la designación como Arzobispo Titular de Newport en Gales. Con frecuencia me preguntan: «¿Qué significa ese título?». La respuesta: «Es como que a uno lo hagan Caballero de la Orden de Garter. Es un honor; pero no significa nada». Estar libre de las responsabilidades de una diócesis es como tener aspirinas sin tener fiebre.

El otro título fue la designación como Asistente al Solio Pontificio. Nunca pude regocijarme mucho con esto porque, si bien es un honor, mi corazón siempre estuvo en el

Trono de Pedro. Esto simplemente significaba que ahora podía dedicarme completamente a aquello que siempre quise. Veo los años pasar y me pregunto si en verdad han dado fruto; *non recuso laborem*.

LA HORA QUE DA SENTIDO A MI DÍA

El día de mi ordenación, tomé dos resoluciones:

Ofrecería la Santa Eucaristía todos los sábados en honor a la Bienaventurada Madre, para solicitarle protección en mi sacerdocio. La epístola a los hebreos invita al sacerdote a sacrificarse no sólo por los demás, sino también por sí mismo, ya que sus pecados revisten mayor gravedad debido a la dignidad de su posición.

Resolví dedicar una Hora Santa todos los días en la presencia del Santísimo Sacramento.

Durante el curso de mi sacerdocio he sido fiel a ambas resoluciones. La Hora Santa tiene su origen en una práctica habitual un año antes de ordenarme. En el seminario de San Pablo, cerraban la capilla principal a las seis en punto (había otras capillas privadas disponibles). Una tarde en particular, en un tiempo libre, estuve caminando alrededor de esta capilla (que estaba cerrada) durante casi una hora. Y de repente se me ocurrió: ¿por qué no hacer una Hora Santa de adoración *en* la presencia del Santísimo Sacramento? Al día siguiente comencé, y esta práctica lleva hoy más de sesenta años.

He aquí algunas razones breves por las que he mantenido esta práctica todos estos años y por qué la he fomentado en los demás:

En primer lugar, la Hora Santa no es una devoción; significa compartir la tarea de redención. Nuestro Señor utilizó las palabras «hora» y «día» con dos connotaciones totalmente diferentes en el Evangelio de Juan. El «día» pertenece a Dios; la «hora» pertenece al mal. Siete veces aparece la palabra «hora» en el Evangelio de Juan, y en cada instancia se refiere a lo demoníaco, y a los momentos en los que Cristo ya no está en las Manos del Padre, sino en las de los hombres. En el Huerto, el Señor contrastó dos «horas»: una pertenecía al mal -«Esta es su hora»- con la que Judas pudo apagar las luces del mundo. Pero en contraposición a esa, el Señor preguntó: «¿No fueron capaces de velar una hora conmigo?». En otras palabras, El pidió una hora de reparación para combatir la hora del mal; una hora de unión como víctima en Cruz para sobrellevar el antiamor del pecado.

En segundo lugar, la única vez que el Señor pidió algo a los apóstoles fue la noche de su agonía. Así y todo, no les pidió a *todos...* quizás porque sabía que no podía contar con su fidelidad. Pero al menos quiso que tres le fueran fieles: Pedro, Santiago y Juan. Como a menudo sucede en la historia de la Iglesia, el mal estaba despierto, pero los discípulos dormían. Por esto, provino de su corazón solitario y lleno de angustia el suspiro: «¿No fueron capaces de velar una hora conmigo?». No pedía una hora de actividad, sólo una hora de compañía.

La tercera razón por la que hago una Hora Santa es para crecer cada vez más en su imagen. Como escribió Pablo: «Somos transformados en su imagen, cada vez más gloriosa». «Nos volvemos como aquello que contemplamos. Cuando miramos una puesta de sol, nuestro rostro asume un brillo dorado. Contemplar la Eucaristía durante una hora transforma el corazón de una manera misteriosa, como le sucedió a Moisés en su transformación tras su encuentro con Dios en el monte. Nos puede ocurrir algo similar a

lo que les ocurrió a los discípulos de Emaús .El domingo de Pascua por la tarde, cuando el Señor se encontró con ellos, les preguntó por qué se sentían tan tristes. Luego de pasar un tiempo en su presencia y escuchar otra vez el secreto de la espiritualidad -¿«Acaso el Hijo del Hombre no debía padecer todo esto para entrar en su gloria«?- ,sus corazones » ardieron.«

La Hora Santa. ¿Es difícil? A veces parece costar; puede significar dejar de ir a algún evento social, o levantarse una hora antes, pero nunca me ha significado una carga: más bien una alegría. No quiero decir que todas las Horas Santas han sido edificantes, como la de la Iglesia de San Roque, en París. Entré a la iglesia hacia las tres de la tarde, consciente de que debía tomar un tren a Lourdes dos horas después. Hay sólo unos diez días al año en los que puedo dormir durante el día; este era uno. Me arrodillé y elevé una plegaria de adoración; luego me senté a meditar e inmediatamente me quedé dormido. Me desperté una hora después. Le dije al Señor: «¿Ya he terminado mi Hora Santa?». Creí escuchar la respuesta de su ángel: «Bueno, la has hecho a la manera de los apóstoles en su primera Hora Santa en el Huerto... No lo vuelvas a hacer».

Una Hora Santa complicada fue cuando me tomé un tren de Jerusalén a El Cairo. El tren salió a las cuatro de la mañana; es decir que había que levantarse temprano. En otra ocasión, en Chicago, pedí permiso a un párroco para ir a la iglesia a hacer la Hora Santa a las siete de la tarde, ya que estaba cerrada. Pero olvidó que yo estaba dentro y me dejó encerrado; estuve dos horas intentando encontrar una vía de escape. Finalmente salté por una pequeña ventana y caí en una carbonera. El casero se llevó un buen susto, pero finalmente fue quien me ayudó a salir.

Durante mis primeros años de sacerdocio, solía hacer la Hora Santa durante el día o por la tarde. Al pasar los años, fui estando cada vez más ocupado, y comencé a hacer la Hora Santa bien temprano en la mañana, antes de la Misa. Los sacerdotes, como todo el mundo, se dividen en dos clases: gallos y búhos. Algunos trabajan mejor en las mañanas, otros por las noches. Un obispo anglicano, a quien un compañero lo reprendía por sus breves oraciones nocturnas, con sus manos sobre el estómago, y con aire de persona satisfecha, le explicó: «Me mantengo lleno de oraciones».

El propósito de la Hora Santa es animar al encuentro personal y profundo con Cristo. Dios siempre nos está invitando a acudir a Él, a conversar con Él, a pedirle cosas y a vivir todo lo bueno que nos trae entrar en comunión con El. Apenas nos ordenamos es fácil entregamos enteramente a Cristo, ya que el Señor nos llena con su ternura, de la misma manera en que una madre ofrece dulces a su hijo para que se anime a dar el primer paso. Esta sensación de júbilo, sin embargo, no dura para siempre; muy rápido aprendemos el costo de la disciplina, lo que significa que debemos dejar nuestras redes, barcas y mesas. La luna de miel llega pronto a su fin, y también nuestra «arrogancia» que surge cuando por primera vez nos dicen «Padre».

El amor sensible o humano disminuye con el tiempo, pero no el divino. El primero tiene que ver con el cuerpo, que cada vez responde menos al estímulo, pero en el orden de la gracia, la respuesta de la divinidad a los pequeños actos de amor se intensifica.

Ni el conocimiento teológico ni la acción social por sí mismas son suficientes para mantenemos enamorados de Cristo, a menos que antes tengamos un encuentro personal con El. Cuando Moisés vio la zarza ardiente en el desierto, el fuego no se alimentaba de nada. Las llamas se perpetuaban sin consumir la madera. Así, la dedicación personal a Cristo no deforma ninguno de nuestros dones naturales ni nuestras disposiciones de carácter; simplemente los renueva sin eliminarlos. Así como la madera se hace fuego y el

fuego perdura, así nosotros nos volvemos Cristo y Cristo perdura.

Me he dado cuenta de que lleva un tiempo lograr el fuego en la oración. Esta ha sido una de las ventajas de la Hora Santa. No es tan breve como para prevenir que el alma entre en un estado de recogimiento para sacudirse de las innumerables distracciones del mundo. Estar ante su Presencia es como un cuerpo expuesto al sol con el fin de absorber sus rayos. El silencio en esa Hora es un «cara a cara» con el Señor. En aquellos momentos, uno no se inclina tanto por recitar oraciones escritas; más bien por escuchar. No decimos: «Escucha, Señor, que tu siervo habla», sino «Habla, Señor, que tu siervo escucha».

Con frecuencia he buscado la manera de explicar que, en realidad, nosotros los sacerdotes hemos de *conocer* a Cristo, más que *conocer sobre* Cristo. Muchas traducciones en la Biblia utilizan la palabra «conocer» para indicar la unidad de dos en una sola carne. Por ejemplo: «Salomón no la *conocía*, «es decir que no había tenido relaciones carnales con ella. La Virgen María dijo al Ángel en la Anunciación»: «No *conozco* varón». San Pablo urge a los maridos a poseer a sus esposas en *conocimiento*. La palabra «conocer» indica aquí dos en una sola carne. La cercanía de esa identidad proviene de la cercanía presente entre la mente y cualquier objeto que conoce. No hay cuchillo que pueda separar en mi mente la idea que tengo de una manzana. La unión marido y mujer, descrita como un «conocer», ha de ser la piedra fundadora del amor con el que los sacerdotes amamos a Cristo.

La intimidad supone una franqueza que no guarda secretos y que abre el corazón a Cristo. Muchas veces los amigos son sólo «como dos barcos en la noche». El amor carnal, a pesar de la aparente intimidad, puede resultar ser muchas veces un intercambio de egotismos. Se proyecta el ego en la otra persona y lo que se ama no es el otro, sino el placer que el otro nos produce. He observado, a lo largo de mi vida, que siempre que evitaba las exigencias que surgían del encuentro, me llenaba de actividades y siempre estaba muy ocupado. Esto me daba la excusa para decir: «No tengo tiempo», como le puede ocurrir a un marido tan enfrascado en su trabajo que se olvida del amor de su mujer.

Es imposible describir cuánto me ha ayudado la Hora Santa para preservarme en mi vocación. Las Escrituras muestran una considerable evidencia para probar que un sacerdote comienza a fallar en su sacerdocio cuando falla su amor por la Eucaristía. Se suele pensar que Judas falló debido a su amor por el dinero. La avaricia rara vez constituye el tropiezo y la caída de un embajador. La historia de la Iglesia nos revela que muchas personas con dinero han permanecido. Pero el comienzo de la caída de Judas y de su propio fin tiene que ver con la Eucaristía. La primera vez que se menciona que el Señor sabe quién lo va a traicionar es al final del capítulo seis de Juan: el anuncio de la Eucaristía. La caída de Judas llega la noche en la que el Señor da la Eucaristía, la noche de la Última Cena.

La Eucaristía es tan esencial en nuestra unidad con Cristo que, ni bien el Señor la anunció en el Evangelio, comenzó a funcionar como un «test» de fidelidad para sus seguidores. Primero perdió las multitudes; era una máxima muy dura y ya no lo siguieron. Después perdió a algunos de sus discípulos: «Y ya no andaban con El». Luego, dividió a los apóstoles, ya que aquí Judas es anunciado como el traidor.

La Hora Santa, entonces, además de todos sus beneficios espirituales, me ayudó a plantar mis pies firmes sobre la tierra. Atados como estamos al sagrario, la soga que nos queda para encontrar otras pasturas no es muy larga. La tenue lámpara del sagrario, si bien pálida y débil, tiene una misteriosa luminosidad capaz de oscurecer la más brillante

de las luces. La Hora Santa se convirtió como en un tanque de oxígeno que revive el sople del Espíritu Santo en medio de la atmósfera fétida y podrida del mundo. Incluso en los casos en que ésta parecía improductiva y carente de intimidad espiritual, tuve la sensación de ser al menos como aquel perro fiel que espera en la puerta de su amo, listo para ser llamado.

La Hora Santa también se convirtió en Maestra: si bien antes de amar a alguien debemos tener conocimiento de esa persona, *luego* de conocerla, es el amor lo que aumenta el conocimiento. Se nos revelan percepciones teológicas no sólo a partir de las páginas de un tratado, sino de dos rodillas en un reclinatorio frente al sagrario.

Por último, hacer una Hora Santa por día me dio la oportunidad, al menos en este aspecto de mi vida, de predicar lo que ya hacía. Sólo algunas veces he predicado de manera rigurosa acerca del ayuno, ya que es algo que siempre me ha costado muchísimo; pero sí podía pedir a otros que hicieran una Hora Santa, porque yo la hacía.

A veces deseo que hubiera llevado un registro de las miles de cartas que he recibido de sacerdotes y laicos contándome que habían comenzado a hacer la Hora Santa. En todos los retiros de sacerdotes que prediqué, siempre fue una práctica central. Muchas veces los retiros terminan siendo como los congresos de salud. Todos coinciden en que hay que mejorar la salud, pero no hay recomendaciones específicas que nos ayuden a vivir sanamente. La Hora Santa representaba siempre un desafío para los sacerdotes de retiro, y cuando estuvieron disponibles los videos de mis predicaciones para los laicos, me reconfortaba leer que muchos respondían a la gracia tras estar mirando una hora al Señor. A un monseñor, debido a su debilidad por el alcohol y el consecuente escándalo, lo echaron de su parroquia y tuvo que dirigirse a otra diócesis, bajo observación. Allí hizo el retiro conmigo y, respondiendo a la gracia de Dios, dejó el alcohol, fue restituido en su sacerdocio, comenzó a hacer la Hora Santa todos los días y murió en la Presencia del Santísimo Sacramento.

Como muestra del efecto de largo alcance de la Hora Santa, una vez recibí la carta de un obispo de Inglaterra que me contaba lo siguiente: «Dejé de ser sacerdote y caí en un estado de degradación». Un sacerdote amigo suyo lo invitó a ver un video sobre la Hora Santa de un retiro que yo había dado. En poco tiempo, respondió a la gracia, fue restituido en su sacerdocio y se dedicó con mucho cariño a una parroquia. La Divina Misericordia operó un cambio en él y recibí luego esta carta:

La semana pasada tuvimos la Exposición Solemne del Santísimo Sacramento. Animé a todos a que acudieran y velaran todo el día y toda la noche, así no tendríamos que quitar el Santísimo debido a la poca gente. La última tarde, organicé una procesión con los que habían recibido la Primera Comunión esparciendo pétalos de rosas frente al Señor. Los hombres de la parroquia formaron una Guardia de Honor. El resultado fue asombroso: había más de 250 personas presentes en aquella última procesión y Hora Santa. Estoy convencido de que todos están ahora buscando muchas de las antiguas devociones que las parroquias habían eliminado (muchas veces por nuestra culpa). Espero que el año próximo venga todavía más gente a la Exposición Solemne ahora que está circulando la noticia. Estas últimas semanas he comenzado un grupo de estudio sobre la Biblia, para animar a la gente a leer la Palabra de Dios. Yo comienzo leyendo las Escrituras que meditaremos, luego tenemos una breve exposición del Santísimo Sacramento, una meditación y terminamos con la Bendición.

También he comenzado a recorrer el lugar y a celebrar Misa en diferentes casas, una calle por semana. Invito a todos los que veo a que me acompañen. La respuesta ha sido

muy buena, teniendo en cuenta que recién comienzo. No deseo convertirme en un sacerdote activista, así que me levanto temprano y hago mi Hora Santa. Aún tengo mis propios problemas, pero he tomado coraje de sus palabras: «Habrás de luchar muchas batallas, pero no te preocupes, porque al final ganarás la guerra ante el Santísimo Sacramento».

Muchos laicos que han leído mis libros y visto mis videos también hacen la Hora Santa.

Un policía estatal me escribió contándome que tenía mis casetes en su moto y que los solía escuchar mientras trabajaba: «Imagine la perplejidad de las personas que detengo por exceso de velocidad al escuchar sus sermones de la Eucaristía». Al principio le costaba encontrar una iglesia que estuviera abierta en los horarios que él pudiera hacer la Hora Santa. Al tiempo, encontró a un párroco que no sólo estaba dispuesto a abrir la iglesia, sino que se ofreció a hacer la Hora Santa con él.

Más sorprendente aun fue el efecto que produjo la predicación de la Hora Santa en las confesiones no católicas. Di tres retiros a protestantes: una vez a más de trescientos en Carolina del Sur y Florida, y otra vez a un grupo más pequeño en la Universidad de Princeton. Les pedí que hicieran una Hora Santa de oración para combatir las fuerzas del mal en el mundo, porque eso fue lo que el Señor pidió la noche de su Agonía. Les dije: «Ustedes no tienen la misma Divina Presencia en sus iglesias que la que yo creo poseer. Pero tienen otra presencia que comparten con nosotros: las Escrituras. En el Concilio Vaticano II hacíamos una procesión solemne de las Escrituras todas las mañanas, como un acto de presencia de Dios. Ustedes podrían hacer lo mismo: una Hora Santa ante las Escrituras». Muchos vinieron después a preguntarme acerca de la Eucaristía; algunos incluso quisieron acompañarme en una Hora Santa ante Ella.

Y lo más desconcertante de todo fue una llamada telefónica que recibí una mañana temprano en Los Ángeles. Quien llamaba se presentó como el reverendo Jack McAllister. Estaba muy insistente en querer reunirse conmigo. Le dije que debía volverme a Nueva York al mediodía y que con gusto lo vería en el aeropuerto.

Y así sucedió: se presentó un tal Sr. MacAUister, y me contó que estaba involucrado en un proyecto de evangelización mundial, que se dedicaba a enviar casetes sobre el Evangelio a todas partes del mundo, así como también millones de correos con sermones y lecturas: «Parece faltar una sola cosa en este evangelismo mundial y creo que es una práctica espiritual que lo lleve al éxito. ¿Qué me podría recomendar?». Le conté, entonces, cuánto dependía yo de mi Hora Santa diaria ante la Eucaristía, y luego le sugerí que pidiera a toda su gente que dedicara una hora ante las Escrituras para hacer oración y reparación por los pecados del mundo.

Un año después recibí un panfleto suyo que se titulaba: «De Jack McAllister para los custodios por hora». Un párrafo decía: «Por favor... Si en verdad quieres hacer que Cristo sea conocido literalmente en todo el mundo... regálale a Dios una hora por día. Las fuerzas de la oración te necesitan para trabajar en las regiones no evangelizadas del mundo. ¿Los amas lo suficiente como para rezar por ellos? ¿Pagarías el “precio” de la batalla espiritual de una hora diaria? Cristo nos ha preguntado: “¿No fueron capaces de velar una hora conmigo?”».

Al final del primer año, me escribió para contarme que ya se habían unido al proyecto setecientos ministros.

Mientras escribo este libro (unos seis años después del encuentro en el aeropuerto) tengo este mensaje suyo: «Hemos movilizado y entrenado a más de cien mil Custodios

por Hora. Ahora apuntamos a un ejército de élite para orar de seis a ocho horas por día - "Rogad, pues"-, la única solución a los problemas relacionados con la Evangelización Mundial».

Otro de los efectos colaterales de la Hora Santa es la sensibilidad a la Presencia Eucarística del Señor. Me acuerdo de haber leído en Lacordaire, el famoso orador de la Catedral de Notre-Dame de París: «Dame un joven que pueda atesorar, por días, semanas y años, el regalo de un rosa o el apretón de la mano de un amigo».

Viendo al principio de mi sacerdocio que cuando la sensibilidad y la delicadeza se pierden, los matrimonios se destruyen y los amigos se separan, tomé varias medidas para preservarlas. Recién ordenado y como estudiante en la Universidad Católica de Washington, nunca entraba a clase sin antes pasar por la capilla en Cadwell Hall a hacer un pequeño acto de amor ante el Señor en el Santísimo Sacramento. Más adelante, en la Universidad de Lovaina en Bélgica, solía hacer una visita en cada iglesia por la que pasaba de camino a clase. En el Angelicum y la Gregoriana, en Roma, pasaba por todas las iglesias que hay en la región de Trastevere, donde yo vivía. No es algo tan fácil de hacer, ya que en Roma hay una iglesia en casi todas las cuadras. Fred Alien una vez dijo que en Roma hay una iglesia en cada esquina para que uno pueda rezar antes de cruzar la calle; la iglesia que está en la esquina opuesta sirve para dar gracias a Dios por haberlo logrado.

Tiempo después, como profesor en la Universidad Católica de Washington, arreglé para que hubiera una capilla al frente de mi casa, a fin de que nunca pudiera entrar o salir sin antes ver la luz del sagrario como una señal para adorar el Sagrado Corazón al menos unos segundos. He intentado ser fiel a esta práctica durante toda mi vida y aun hoy, en Nueva York, tengo la capilla entre mi estudio y mi dormitorio. Esto significa que nunca puedo pasar de una habitación a la otra sin hacer al menos una genuflexión o alguna jaculatoria al Santísimo. También por las noches, cuando me despierto, me suelo proponer pasar por la capilla unos segundos y rememorar la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor, ofrecer una plegaria por los sacerdotes y religiosos del mundo, y por los espiritualmente necesitados. Incluso esta autobiografía está escrita en su Presencia, a fin de que pueda inspirar a otros cuando yo ya me haya ido a hacer la Hora que nos da la Vida.

A partir de este punto el lector puede formarse una impresión equivocada del autor. Si bien es verdad que esta práctica de sensibilidad ante la Presencia Eucarística ha sido un medio poderoso para mantenerme a flote, de ninguna manera hace a la integridad de mi sacerdocio. El respeto a la Eucaristía no constituye la plenitud del sacerdocio; es sólo una de sus facetas. Es verdad que muchos me han visto frente a una iglesia, pero esto no es garantía de mi amor por Dios, como tampoco era la del fariseo al frente del templo. El publicano del fondo, que ni siquiera se animaba a levantar la cabeza, era mucho más agradable a Dios. En la Última Cena, Pedro le aseguró al Señor que, aunque otros pudieran negarlo, él jamás lo haría. Y aun así, en el frío patio de Caifás, dijo a la mujer que le preguntó si había estado con el Maestro: «Yo no lo conozco». Sé de miles de sacerdotes que no hacen visitas frecuentes al Santísimo Sacramento, pero estoy seguro de que, a los ojos de Dios, son mil veces más dignos que yo. De cualquier manera, esta es la historia de los medios que yo elegí en mi sacerdocio para acompañar a mis hermanos sacerdotes en el servicio a nuestro Señor.

ACERCA DEL CELIBATO

Mil veces me han preguntado por qué los sacerdotes no se casan. Detrás de esta pregunta hay un supuesto: que el matrimonio no es tan sagrado como el celibato en el

plan divino; se cree que la sola abstención del matrimonio sugiere que éste debe tener alguna imperfección. Tanto el matrimonio como el celibato se constituyen como medios de comunicación y persiguen el mismo objetivo: un amor que nunca se sacia, un éxtasis que no tiene fin, una entrega al enamorado -Dios- sin nunca regresar a la soledad egoísta.

El matrimonio y el celibato no se oponen respecto al amor de la misma manera en que la investigación atómica y la teología tampoco lo hacen. Todo amor proviene de Dios y toda verdad proviene de Dios. Tanto el celibato como el matrimonio buscan el amor. Son los dos caminos al objetivo final. El celibato usa corriente continua; el matrimonio, corriente alterna. El celibato va por aire; el matrimonio, por tierra. El celibato es como la poesía que guarda una idea en la cabeza, como un sueño; pero el matrimonio se vale de cincel y pincel, y se enfoca más en el mármol y en el lienzo. El celibato llega a la conclusión como por intuición; el matrimonio, como la razón, va trabajando con altibajos -al ciclo de la marea-, paso a paso.

Ambos tienen la misma pasión de amor: el celibato es inmediato e imperfecto y el matrimonio es mediato y también imperfecto. El celibato es una «pasión desapasionada, una tranquilidad salvaje»; el matrimonio es algo inconcluso que siempre busca la unidad y la felicidad consumiendo el fuego. Ambos son buenos. El celibato no es superior; el matrimonio no es inferior. Los dos son signos del acuerdo de Dios con el hombre. Se complementan, no compiten entre ellos. El matrimonio, sin embargo, pertenece más a esta era secular que el celibato. «Esta era llega a su fin» .«En el Reino de los Cielos los hombres y mujeres no se casarán .«El celibato se relaciona más directamente con el Reino de los Cielos. La falacia en la discusión entre estos dos caminos radica en comparar una vocación con la otra; es como defender la perfección relativa de la pierna derecha por sobre la izquierda. Los dos buscan a Dios y, si lo consiguen, no depende tanto del estado de vida, sino de la respuesta a la gracia que El nos da. El celibato trabaja por el Reino de Dios «engendrando hijos en Cristo» en el bautismo; los casados, teniendo hijos por medio de la unión profunda de dos en una sola carne. Dios tiene dos clases de enamorados: los que van directo al objetivo final (celibato) y los que usan como intercesor al matrimonio.

Las Escrituras nos dicen: «No es bueno que el hombre esté solo». Debido a que las pasiones humanas son tan fuertes, el celibato parecería ser una mutilación de los deseos e instintos naturales que Dios nos ha dado. Cuando el Señor dijo a los apóstoles que el vínculo matrimonial era indisoluble, muchos -por los riesgos del adulterio- le dijeron: «No conviene casarse». Jesús respondió: «Hay algunos que no se casan porque nacieron incapacitados desde el seno de su madre; otros, porque fueron incapacitados por los hombres». Y luego habla de los célibes, que han elegido no casarse «a causa del Reino de los Cielos», y revela el secreto del celibato: El lo llama un don. Dijo que no es para todos, sino que es sólo para quienes lo reciben de Dios. Es sólo para «aquellos a quienes Dios se lo concede. Quien pueda aceptar esto, que lo acepte.»

Admitió todas las dificultades inherentes a la naturaleza débil del hombre, pero luego sorprendió aclarando que la iniciativa está del lado de Dios y la respuesta, del nuestro. El celibato no es algo que logra, cumple o vive un sacerdote por su propia voluntad. Nadie está obligado a recibir un regalo en Navidad, pero si lo aceptamos, tenemos al menos la obligación de reconocerlo. Cuando Dios nos hizo el regalo de su Hijo para redimirnos de nuestros pecados, muchos no lo aceptaron. Una reacción fue el Calvario. Decir que «nos impusieron a Cristo» es tan falso como decir que cualquier don -como el celibato- nos ha sido impuesto; *no es un don del hombre a Dios; es un don de Dios para el hombre.*

Existen tres consejos evangélicos: la pobreza, la castidad y la obediencia. No son igual de populares. Hoy la pobreza está *in*; la castidad y la obediencia están *out*. En la

actualidad, no se tiene mucha reverencia por estas dos últimas. La pobreza, sin embargo, parece estar de moda, no tanto entendida como el desprendimiento personal, sino como ayudar a la pobreza de los demás, lo que es por cierto admirable. La razón por la que la castidad está en decadencia es porque vivimos en una cultura sensible. En tiempos medievales, estaba la Edad de la Fe, luego vino la Edad de la Razón en el siglo XVIII; ahora vivimos en la Edad del Sentimiento.

En la época victoriana, el sexo era tabú; hoy, lo tabú es la muerte. Cada edad tiene los propios. Creo que una de las razones de la sexualidad promiscua de hoy es la falta de objetivos en la vida. Cuando conducimos un automóvil y nos perdemos, por lo general vamos más rápido; también cuando no tenemos un sentido pleno de vida, hay una tendencia a la compensación por medio de la velocidad, las drogas y la intensidad de un sentimiento.

El celibato es difícil porque requiere el dominio de la concupiscencia más intensa de las tres que hay y que son: el orgullo, o la afirmación de uno mismo; la avaricia, o la excesiva adquisición de bienes materiales; y el sexo, o el deseo de unidad y la prolongación de la especie humana. El Evangelio menciona tres «imposibles», pero que pueden volverse «posibles», ya que «nada es imposible para Dios». El primero es el nacimiento virginal. El segundo es la pobreza; cuando el Señor pidió al joven que diera todo lo que tenía a los pobres y lo siguiera, muchos discípulos dijeron: «Entonces, ¿quién puede salvarse?». Y el Señor dijo: «Para los hombres esto es imposible; pero para Dios todo es posible». Y el último «imposible» fue cuando habló de aquellos «que eligen no casarse a causa del Reino de los Cielos». El continuó diciendo: «Y aunque esto es imposible para los hombres, no es imposible para Dios», porque el celibato es un don.

Los sacerdotes muchas veces pensamos que el celibato es algo que le damos a la Iglesia; en realidad, es algo que *recibimos*, muy parecido a una joven que recibe una propuesta de matrimonio. El aspecto negativo del celibato es cuando se crea un vacío. El vientre virginal de nuestra Madre estaba vacío; el Señor lo llenó. Existen dos clases de vacíos en el mundo: está el vacío del Gran Cañón, que no da frutos; y está el vacío de la flauta, que sólo produce música a partir del aire humano. El vacío del celibato es de la segunda clase. Hay una entrega de parte de nuestro ego y luego le sigue el don de parte de Dios.

El celibato cuesta más cuando nos desenamoramos de Cristo. Allí se convierte en una pesada carga. Si los sacerdotes ponemos al celibato en el contexto de la Iglesia y discutimos su historia, su sociología, su psicología... sólo veremos quejas y malestar. Pero si lo vemos en relación con Cristo, deja de ser un problema y pasa a ser una cuestión de amor. Como ley eclesiástica, el celibato es duro. Como discipulado también, pero tolerable y alegre.

Podría dibujar una curva de mi propia vida -y estoy seguro de que cualquier sacerdote tendría una parecida- y mi actitud respecto del celibato siempre se vería en relación directa con mi amor personal a Cristo. Una vez que nuestras pasiones ya no se encienden por El, comienzan a encenderse por las creaturas. El celibato no es la ausencia de pasión; es más bien la intensidad de una pasión.

Toda pasión tiene un objeto que la despierta: una montaña de oro, una mujer, «un mechón de pelo», como dijo Kipling[24]. o Cristo. ¿Por qué Jesús aceptó la Pasión de la Cruz? Debido a su ardiente pasión por cumplir la Voluntad del Padre. Incluso la comparó con un fuego. Un esposo que ama a su esposa intensamente no tendrá problemas con la fidelidad, pero uno que pelea y discute constantemente, con frecuencia buscará algo mejor que eso. Todo lo que hemos de hacer es descubrir cuál es el objeto supremo del

amor de los demás, y así encontraremos la entrega correspondiente.

Se han manifestado notables casos de celibato en el mundo moderno. Gandhi, por ejemplo, era un hombre profundamente religioso. Tanto amaba a los Intocables^[25] a causa de Dios que se volvió célibe a los 31 años. Hizo un voto, con el consentimiento de su esposa, para ser célibe el resto de su vida. Declaró tener un «dharma», «un objetivo de vida o una misión que debía llevar a cabo costara lo que costara. Ello implicaba practicar dos virtudes: la pobreza y el celibato. Como dijo el psicoanalista Erik Erikson: «Abandonó la intimidad sexual en pos de una intimidad comunitaria más amplia; no porque considerara la sexualidad como inmoral». Gandhi mismo explicó: «Quise dedicarme al servicio de la comunidad, por lo que tuve que renunciar al deseo de los hijos, de las riquezas, para vivir la vida de “Vanaprastha”, es decir, de quien se ha retirado del cuidado de un hogar».

Dag Hammarskjöld, el fallecido Secretario General de las Naciones Unidas, era otro que creía en el celibato debido al amor apasionado por un objetivo, en este caso, la paz entre las naciones. Decía: «Para quien ha respondido al llamado de un camino posible para la paz, la soledad puede ser obligatoria». En su cumpleaños número 53, escribió a Dios: «Si me has dado esta inevitable soledad, será para que me sea más fácil entregártelo todo». Sentía un «anhelo de compartir y abrazar, de unidad y de ser absorbido». Pero, como Gandhi, afirmó que «la soledad del celibato puede llevar a una comunión más cercana y más profunda que una lograda por dos cuerpos».

Algunos en las Naciones Unidas se burlaron de él debido a esto y lo acusaron de ser homosexual. Alegremente, respondió a las burlas con los versos:

*Porque nunca encontré
pareja, al unicornio los
hombres lo llamaron
anormal.*

Tan apasionado era el amor que sentía por la hermandad de las naciones que se dio cuenta de que, si querían salvar el barco, había que lanzar mucha mercadería por la borda.

*Yo soy la vasija, la
bebida es de Dios, y
Dios es quien tiene
sed.*

Estos dos hombres, probablemente sin saberlo, estaban diciendo lo mismo que Pablo acerca del celibato: «El que no está casado se preocupa de los asuntos del Señor, de cómo complacerlo. El que está casado se preocupa de los asuntos de este mundo, de cómo complacer a su esposa, viviendo así dividido». Todos los célibes daremos gracias a Dag Hammarskjöld por estas magníficas palabras: «La última y definitiva renuncia a la acción creadora... será el destino de algunos elegir el sacrificio antes que el acto sexual, y así percibirán el trueno de un poder estremecedor».

Todo vuelve a la idea de cuán apasionados son los hombres, cuán alto ascienden sus llamas y cuán abrasadores son sus deseos. Si un hombre renuncia a su libertad por una mujer que ama, entonces también es posible que un hombre renuncie a una mujer por Cristo. El amor, en el celibato, aumenta y disminuye con el amor a Él. A medida que Cristo

ya no reina en los corazones, algo debe ocupar su lugar y llenar el vacío. He recibido innumerables cartas de hermanos sacerdotes, quienes han visto subir y bajar el termómetro del alma. Muchos de ellos, sin querer auto justificarse, han regresado y demostrado que un amor reconciliado es a veces más dulce que una amistad intacta. Cristo en la cruz y Cristo en la Eucaristía se convierten para siempre en la piedra de toque del celibato. Cuanto más nos alejamos de la respuesta a aquel don, menos queremos contemplar el crucifijo, menos queremos visitarlo en el Santísimo Sacramento. Nos convertimos en el hombre que cruza la calle en cuanto ve al recaudador de impuestos. La Cruz, por lo tanto, es donde se unen el Cielo y el Infierno. Es un infierno cuando vemos el rol que hemos desempeñado en su crucifixión, a causa de nuestra infidelidad. Es el Cielo cuando permanecemos fieles, o cuando nos arrojamos a sus Pies para pedir perdón.

La libido o el impulso sexual es uno de los instintos más poderosos en el hombre. Una de las falacias más grandes acerca de la educación sexual asume que si los niños conocieran las consecuencias que pueden resultar de sus excesos, evitarían el uso imprudente de la libido. Esto no es verdad. Ningún mortal siente la necesidad de romper una puerta que dice «fiebre tifoidea» para contagiarse. Pero si la puerta dice «sexo», entonces sí que existe un impulso a romper barreras.

La libido tiene un propósito más general que el que se dice; no se trata sólo de placer; ni siquiera sólo de reproducción; no es sólo un medio para intensificar la unidad de marido y mujer. Es también un *potencial de superioridad*. El impulso sexual es transformador. El carbón puede terminar en el fuego o ser un diamante. La libido se puede gastar o se puede guardar. Puede buscar la unidad con otra persona *por fuera*, pero también puede buscar la unidad con otra persona *por dentro*: Dios.

El alma no tiene el completo dominio de sí misma cuando se la solicita, incita, atrae o supera desde fuera. Como escribió Cari Jung: «La transformación espiritual siempre significa reprimir la libido que de otra forma se derrocharía en la sexualidad. La experiencia muestra que cuando se reprime la libido, una parte de ella fluye hacia la parte espiritual, mientras que el resto se hunde en la inconsciencia. En otras palabras, cuando se extirpa el impulso sexual de un objeto exterior y se hunde en la inconsciencia, el alma entra en una comunicación más directa con Dios».

Los adúlteros no creen que alguien pueda ser célibe. Proyectan su propio erotismo en todo el mundo. Por otro lado, los célibes son quienes mejor comprenden la debilidad de los adúlteros. A los sacerdotes que nunca hemos roto los votos de celibato, nos critican siempre con la misma excusa: «Es muy fácil para ustedes; no tienen tentaciones». Es lo opuesto a la verdad. Los célibes son tentados probablemente más que ningún otro. La manzana del campo de al lado se ve más dulce. En un partido de fútbol americano, ¿quién conoce mejor la resistencia de un defensa o de un tackle: el jugador o el espectador? ¿Quién conoce mejor la fuerza del viento: el que es derribado por él o el que queda de pie y resiste?

Créanme, las tentaciones para romper el celibato son muchas e intensas; en la soledad es fácil que la imaginación se refugie en la idea de «Jezabel me comprende» [26], Cuando un célibe rompe sus votos y conoce a una Jezabel, a menudo tiene que practicar las mismas virtudes de sacrificio que debía realizar antes de abandonar el sacerdocio. Virtudes que, de haberlas practicado en su momento, lo habrían ayudado a ser fiel y feliz. Cuando la erotomanía inunda los medios de comunicación y se libera la sociabilidad, es muy fácil que las chispas se vuelvan llamaradas; y el amor que teníamos por una virtud se convierte en el amor a quien la practica. Si un sacerdote es popular o reconocido, tener un *affaire* al mismo tiempo que el amor invisible de Dios se vuelve una dura batalla.

Cualquier mínima infracción del acuerdo causa sufrimiento interior. Esto puede deberse a la cercana relación entre cuerpo y alma, como sugiere san Pablo. Ciertamente, el remordimiento es menor cuando hay un pecado de orgullo. Las Escrituras, así, nos dicen: «No entristezcan al Espíritu Santo de Dios».

Un sacerdote siente el pecado en su verdadera naturaleza; no es sólo romper la ley. Nadie que excede el límite de velocidad inclina la cabeza sobre el volante cuando estaciona y hace un acto de contrición. Pero cuando comprometemos, de cualquier manera, el amor de Cristo y despreciamos nuestro papel como Su embajador, entonces entendemos el pecado como *una herida a quien amamos*. Imaginemos a dos hombres que se casan con dos arpías; uno de ellos ya había estado casado antes con una mujer adorable, que murió. El otro nunca había estado casado. ¿Quién sufre más? Ciertamente el que ha tenido el mejor amor. Así ocurre con nosotros; nos torturamos y nos sentimos incómodos y afligidos... no porque hayamos roto una ley eclesiástica (esto nunca tiene lugar en nuestra mente), sino porque hemos traicionado al mejor de los amores.

Si tuviera que seleccionar un episodio de las Escrituras que mejor describa la lucha que se libra en el alma de un sacerdote, sería aquella de la experiencia espiritual de Jacob. Cuando era joven, tuvo una visión de la escalera, el sueño de la gloria y protección divina, a pesar de que había hecho una especie de «buen negocio» con Dios. Muchos de nosotros comenzamos la vida sacerdotal en paz, de manera agradable y por verdes praderas. Veinte años después, la vida cambia, como cuando Jacob se enfrentó a Esaú. Algunos llegan a una crisis espiritual en la juventud de su sacerdocio; pero otros, sea por debilidad o por defectos propios del carácter, llegan a una edad avanzada.

Jacob luchaba con alguien. No sabía con quién, sólo que forcejeaba con una voluntad personal. Luego de un tiempo, se distinguieron más claramente los adversarios a la luz de la mañana. Era el Luchador Celestial que finalmente había alcanzado a Jacob en el muslo y lo había paralizado. Después, el conflicto cambió de naturaleza; la fuerza dio lugar a la súplica y Jacob no lo dejó ir hasta ser bendecido[27],

También en nuestras vidas, Cristo se erige como adversario en la oscura noche del alma en la que sentimos vergüenza por lo que hemos hecho. Al luchar con el gran adversario que tenemos dentro, nos encogemos ante su Rostro, cubiertos de vergüenza. No estamos bien con nosotros mismos y no estamos bien con El. Caminamos a tientas en la oscuridad y nos olvidamos de que aún en la oscuridad El lucha junto a nosotros y nos pide que volvamos. Cuando la conciencia lucha con el sacerdote, lo hace en la forma de Cristo; El nos sale al encuentro en nuestras horas silenciosas; El no habla en medio de los ruidos; El nos confronta con los lentes de lo que podríamos haber sido.

El Espíritu desea lo contrario a la carne y la carne desea lo contrario al Espíritu. No tiene tanto que ver con el mal que hemos hecho, sino con cómo hemos manchado la Imagen. La conciencia tiene más valor cuando está herida. C. S. Lewis dijo: «Dios susurra en nuestros placeres, nos habla en nuestra conciencia, nos grita en nuestros dolores y usa un megáfono en nuestros pecados. Es como la voz de Dios en los comienzos de la humanidad cuando le pregunta a Adán: “¿Dónde estás?”. Implora por frituras posibilidades. Nos hace contemplar nuestras ropas repugnantes y nos invita, como uno de los sacerdotes de Babilonia, a ponemos nuevas sotanas».

Preservar el celibato es una labor de toda la vida, en parte debido a la debilidad de la naturaleza humana. Dos grandes tragedias de la vida son obtener lo que deseamos y no obtener lo que deseamos. Las aves encerradas quieren salir; las que están libres quieren entrar a la jaula. Hablar del amor nunca se asemeja a amar. Hablar de las cebollas nunca

nos hace llorar.

Cuando se abusa de los tres alcances lícitos del alma, se crea un vacío, aunque en grados diversos. La experiencia de cualquier sacerdote puede confirmar -la mía ciertamente puede- que es muy difícil lograr que vuelvan a Cristo almas que han pecado de orgullo y terquedad, porque el orgullo nos infla. Es también una tarea descomunal lograr que vuelvan almas que han caído en la avaricia y la ambición, ya que el dinero funciona hoy como una garantía de inmortalidad: «Miren cuánto tengo. Mis graneros están llenos».

El celibato se preserva y se comprende mejor en relación con Cristo. Los sacerdotes somos imitadores. Llevamos una Cruz para proyectar su redención; cualquier infracción del celibato siempre se ve como una herida a Cristo. Un esposo nunca diría: «Sé que he golpeado a mi esposa en el rostro; también la he tirado al piso muchas veces, pero nunca le he mordido la oreja». Si el esposo ama a su mujer verdaderamente, nunca hará distinciones respecto de cuánto daño le hace. Aunque un sacerdote en relación con Cristo no busca hilar fino para saber cuánto lo hiere, la mínima infracción nos duele porque lo herimos a Él. Si pertenezco a la nueva humanidad que nació originalmente de una Virgen, ¿por qué no vivir exclusivamente para el Maestro? Nunca sentí que por ser célibe renunciara al amor; simplemente elegí un amor más elevado. Si alguno piensa que el celibato perjudica psicológicamente a los sacerdotes, debería escurrirse en una reunión con ellos. Estoy seguro de que reina mucho mejor humor entre sacerdotes que en cualquier grupo de profesionales en el mundo.

Cuanto más amamos a Cristo, más fácil es pertenecerle. ¿Cómo me doy cuenta de que estoy vestido con harapos? Al ver Su belleza en la estola y la casulla del sacerdote. ¿Cómo sé que el agua de la que bebí está estancada? Porque veo las corrientes frescas de agua fluir de Su costado. Así, el camino de vida de un sacerdote no es hacia una ciénaga o un pantano, sino hacia el océano del amor. Puedo detectar todos los ruidos sordos de mi vida con sólo escuchar la música de Su voz. El me toma en sus brazos y yo conozco la profundidad de mi contrición. Sólo próximo a Sus aguas siento sed. Sólo cerca del Maná Eucarístico siento hambre. Y sólo ante Su sonrisa me conmuevo y lloro. Es sólo por Su amor que me aborrezco a mí mismo; y es Su misericordia la que me hace arrepentir. Podemos contar con ángeles que nos vigilan -sí-, pero no que nos juzguen. Sólo el Bien Perfecto nos juzgará y esa es nuestra esperanza. Y eso es lo que nos salvará. Por eso confío en su misericordia y lo amo más que a todos los amores; nunca podré agradecerle lo suficiente por haberme regalado el don del sacerdocio. Llegué con una honda sensación de indignidad. Terminó con la misma sensación, aún más profunda; y si bien estoy en harapos, sé que al hijo pródigo lo vistieron con las ropas de los justos.

RETIROS

Si me dieran a elegir las tareas que, por fuera de los privilegios que me dio la vida sacerdotal -como ofrecer la Eucaristía-, más he disfrutado, no podría responder.

Enseñar sería una posible respuesta, puesto que -sobre todo en posgrado- me permitió no sólo adquirir conocimiento, sino también compartirlo. Cada grado más alto en la verdad es un grado más alto en el ser. Uno se pregunta si, entre todas las profesiones disponibles para la humanidad, hay alguna más noble y pura que aquella que trata con la verdad.

La dedicación a los conversos también fue un trabajo de gran gozo, ya que, como nos asegura san Santiago: «Si salvamos un alma, ayudamos a salvar la nuestra».

Las misiones han sido igualmente gratificantes, ya que prefiguran el Reino de Dios y nos ponen en contacto con personas que se entregan día a día.

Escribir y editar me han permitido comunicar ideas que siempre han tenido una intención general de proclamar la verdad.

La radio y la televisión me han dado grandes satisfacciones porque me ofrecen un púlpito mayor que cualquier otra actividad pueda ofrecer. Pero también pueden llegar a representar el mayor peligro para la vida sacerdotal; ya he hablado de eso en otro lado.

He amado cada trabajo que me ha tocado hacer o que me han pedido que hiciera. Pero, quizás, lo que tiene el sentido más pleno y me ha dado mayor cantidad de experiencias gratificantes ha sido la predicación de retiros a sacerdotes; no sólo porque ellos siempre me ponían en contacto con el sacerdocio, sino que además, el repaso que uno hace en su vida espiritual para hablar a los demás es una gran ayuda. En verdad me pregunto si lo sacerdotes que han pasado por mis retiros han recibido tanto como yo recibí de ellos.

La palabra «retiro» hace referencia a una serie de charlas, exhortaciones y meditaciones que se dan durante un período de tiempo que puede variar entre tres días y una semana. El objetivo es recordar a los sacerdotes diocesanos que su propia vida pastoral, sea cual fuere, está intrínsecamente relacionada con su propia santificación; que la relación horizontal con el prójimo es inseparable del amor vertical de Dios; que la triple tarea del sacerdote es enseñar, santificar y pastorear, ya que éstas son las tres formas en las que se manifiesta la vida de santidad.

Uno de los primeros retiros que me tocó predicar fue a unos sacerdotes de Reno, en Nevada, cuando sólo había unos veinticinco en la diócesis. El obispo de Reno de aquel momento, Thomas Gorman, había sido compañero mío en la Universidad de Lovaina y me había invitado debido a nuestros vínculos académicos. Dos veces prediqué largos retiros a los monjes trapenses de Getsemaní, Kentucky. En el primero de ellos, las charlas comenzaban a las cuatro de la mañana. El silencio, que se observaba como regla general en los retiros de antes, y que todavía se observa entre estos monjes, los hacía un público intensamente receptivo. El mínimo chiste los divertía muchísimo, en parte debido a la simplicidad de sus almas. Recuerdo que en una de las charlas matutinas mencioné el nombre de «Moisés» y todos estallaron en risas. De camino a la capilla, le pregunté al Prior la razón de aquel episodio. Me dijo:

—Ya te enterarás con el tiempo.

Luego oí confesiones en mi dormitorio. Los monjes hacían fila en el pasillo y tocaban la puerta para entrar. Les encantaba esto porque tenían la oportunidad de hablar. Aquel día en particular, cuando abrí la puerta, dije al monje:

—¡Gloria al Señor, hombre! ¿Cómo has podido engordar tanto en un monasterio trapense?

—¿Qué quiere decir con «engordar»? He bajado cuarenta kilos desde que llegué aquí.

—¿Cómo te llamas?

—Moisés.

Le pregunté si acudiría a la nueva fundación trapense que tendría lugar al este de los Estados Unidos, y me confirmó que sí. Por lo que quise saber:

—¿Cómo lo sabes? Ustedes nunca hablan más que por algunas señas, y estoy seguro de que el Superior no te ha contado nada. ¿Cómo sabes, entonces, que irás a la nueva fundación?

—En primer lugar —me respondió—, yo quiero ir a la nueva fundación porque éstas siempre son más difíciles que las que ya están establecidas, y yo quiero hacer mortificación. En segundo lugar, mi número de lavado de ropa es el 423, y el otro día, mientras pasaba por la lavandería, uno de los monjes levantó su mano —primero cuatro dedos, luego dos y luego tres— e hizo una indicación, como marcando una dirección. Esto me hizo dar cuenta de que iría al nuevo monasterio.

Le pregunté al Padre Prior si enviarían al hermano Moisés a la nueva fundación y su respuesta fúe ambigua, pero «si quiere que vaya, lo enviaremos». Yo dije:

—Sí, porque el Hermano desea mucho ir para hacer mortificación.

Luego, en un retiro en aquel monasterio, el Padre Prior me dijo:

—Usted es el responsable de la venida del hermano Moisés. Debido a su talento con el dinero, lo hemos hecho tesorero. Rezamos por usted todos los días, pero no le tenemos mucho aprecio, ya que al hermano Moisés es muy difícil sacarle dinero.

Estoy seguro de que cualquier tipo de «pobreza extra» que pudieran sentir era amablemente aceptada a la luz del afable y querido hermano Moisés.

Una escena particularmente sorprendente en la abadía era la de las Completas, o las oraciones nocturnas de los monjes. Cada uno de ellos llevaba una pequeña lámpara sobre el banco, para usar en caso de que necesitaran recordar alguna parte de las oraciones. Pero cuando llegaban a la parte que todos recordaban, una por una las lámparas se iban apagando. La capilla quedaba entonces en total oscuridad, excepto por las enormes ventanas que estaban al fondo, arriba del altar principal, donde había un vitral de la Bienaventurada Madre rodeada de ángeles y de santos. A medida que se desarrollaban las oraciones nocturnas -hasta que al final llegaba el himno a Nuestra Señora, el *Salve Regina*-, la iluminación de la ventana iba creciendo de a poco, y al término de la canción y de las oraciones brillaba un verdadero resplandor de gloria. Había allí más de doscientos hombres fuertes llenos de pasión, más que cualquier otro grupo de hombres en el mundo, todos enamorados de la misma Mujer -sin celos-, en quien todos confiaban para parecerse más a su Hijo.

Otro retiro interesante fue el que prediqué a los monjes de la Camáldula, en un lugar a unos cuarenta kilómetros al sur de la región Big Sur de California. Allí los monjes viven solos en unas pequeñas cabañas hexagonales, y les sirven la comida en unos pequeños envases. Se reúnen bien temprano en la mañana para la recitación del Santo Oficio y para orar. Su medio de sustento se basa principalmente sobre la preparación de pasteles de frutas, bien sazonados y apetecibles. Conocedor de la escasa comida con la que contaban, llevé conmigo algunas naranjas y galletas para que disfrutaran en su retiro de nueve días. El Prior me llamó el segundo día y echando una mirada al envase de comida sin abrir que tenía, me dijo:

—No ha probado su desayuno.

—No he logrado abrir el envase —le respondí.

Estaban herméticamente cerrados; debajo había una manecilla con la que se destapaba el vacío para acceder a la comida. A pesar de esto, yo había logrado comer gracias a las provisiones que había traído, pero aprendí a abrir los envases.

Al momento de llegar al lugar, había entregado al Prior la gran cantidad de naranjas para que fueran dadas a los monjes. Pero al confesarlos, cada uno de ellos me entregó una naranja, por lo que al final del retiro yo tenía tantas naranjas como las que había traído. Predicar retiros a personas así es como añadir luz al sol. Fui yo quien pasó por un proceso edificante, de inspiración y desafío.

Cuando comencé mi labor de predicar retiros, sentía una enorme vergüenza, consciente de que aquellos a quienes hablaba estaban mucho más cerca del Señor que yo. Con el tiempo asumí que todos somos débiles, y buscamos amar más y más al Señor; a partir de allí, la labor fue más fácil. El sacerdote genera una atracción que ninguna otra profesión puede, debido en parte a que tiene un fuerte anhelo por la santidad. Incluso Herodes tuvo respeto por Juan el Bautista y disfrutó verlo predicar; Ajab también respetó mucho a Miqueas, aunque friera tan inflexible; tanto Félix como Agripa admitieron su fascinación por san Pablo. Es por eso que nosotros podemos provocar un escándalo mayor que cualquier otro, porque somos mensajeros de otro mundo. Nuestro status, sin embargo, ha ido cambiando en los últimos veinte años. Antes nos respetaban siempre y en todo lugar debido a nuestra investidura. A causa de tantos errores, ya no recibimos ese mismo respeto. En otros tiempos nos aceptaban; hoy debemos *ganarnos* nuestro lugar; debemos demostrar que merecemos el respeto, y esa es otra razón por la que necesitamos los retiros.

Al tener una experiencia que cubre sesenta años de sacerdocio, he visto pasar muchos cambios. Muy poco después del Concilio, y a finales de la década de los sesenta, durante un período de aproximadamente cinco años fue posible predecir quiénes dejarían el sacerdocio. Esta situación existió sólo por un corto tiempo, pero era tan evidente que no podía menos de lamentarme por ello y alegrarme cuando llegó a su fin. reaccionaban de una u otra manera (de manera inconsciente, pero visible) y me desalentaban enormemente. Quizás alguno se restregaba las manos, se estiraba o se movía por el banco, buscando alguna fuente de distracción. En una palabra, se sentían molestos, como alguien que recibe un aviso de pago por un impuesto. En una diócesis, le dije al obispo al final del primer día de retiro:

Sidurante

—Tienes un sacerdote aquí que pronto se irá.

Luego de describírselo, me respondió:

—No puede ser; es uno de los mejores de la diócesis y lo nombraré Secretario la próxima semana.

—No sobrevivirá el retiro.

Así sucedió; su partida resultó un golpe duro tanto para mí como para su obispo.

En otro retiro diocesano para varios cientos de obispos, hablé con el obispo auxiliar al

final del segundo día y le conté que alguien abandonaría el sacerdocio. Me preguntó quién era y le dije que no lo conocía. Luego de contarle en dónde se sentaba, el obispo me dijo su nombre. Ya había generado escándalo en la diócesis y desde aquel momento ya no está.

En estas pocas ocasiones, de las que confío que el lector no hará una generalización, me pareció que era Cristo el cuestionado. La sola mención de su Nombre, recurrir a sus Palabras, hablar de la Eucaristía o de la Pasión generaban un resentimiento interior que inequívocamente se manifestaba en el rostro. Los eventos venideros arrojan sombras antes de que lleguen, lo que hace posible una predicción de cómo algunos sacerdotes reaccionaremos. Nuestro Señor anunció el fracaso futuro de Judas al mismo tiempo que habló de la Eucaristía. Judas abandonó al Señor la noche en que Él instituyó la Eucaristía. En los años recientes no he visto más de estas señales, pero he observado que muchos de los que se fueron, por la misericordia de Cristo están en camino de regreso. Una vez que los sacerdotes hemos amado al mejor, nos cuesta amar a alguien más. El Perfecto Enamorado nos ha malcriado.

El método que usaba en los retiros era el mismo que usaba cada vez que hablaba en público. Nunca me sentaba, ya que se puede manifestar mejor el entusiasmo estando de pie. Nunca leía o usaba apuntes, pero intentaba -por medio de la meditación- absorber las ideas a comunicar para dejar que fuera el retiro mismo el que representara la efusión y el alcance de esa contemplación. Cada charla era de unos treinta minutos, excepto la última, que consistía en una Hora Santa y que duraba a veces unos cuarenta minutos. Se daban cinco meditaciones por día. No hace falta que diga que todas tenían lugar en la capilla, nunca en un sala de oración, así los sacerdotes siempre estaríamos en la presencia del Señor Eucarístico.

Recuerdo un retiro que di a sacerdotes de una diócesis, en un monasterio que tenía una gran iglesia con capacidad para ochocientas personas. Invité a la gente a que acudiera a la iglesia monástica para oír las charlas, si así lo deseaban, pero el retiro estaba dirigido exclusivamente a los sacerdotes. Haciendo la procesión solemne hacia el altar, hice la genuflexión. Uno de los monjes me hizo saber que el Santísimo Sacramento no estaba en el sagrario ni en el altar. Le pregunté entonces en dónde habitaba Nuestro Señor. Me dijo que se guardaba en la antigua habitación del Prior, al fondo del pasillo. Salí de la iglesia y esperé de pie a que el obispo de la diócesis apareciera. Una vez que llegó, me preguntó si me encontraba enfermo. Yo le dije que no predicaría un retiro a menos que fuera en la presencia del Santísimo Sacramento. Finalmente, los monjes me llevaron por ese largo pasillo hasta una habitación sin amueblar donde se guardaba el Santísimo Sacramento. Una vez devuelto a su lugar correcto en el altar, comencé el retiro.

Durante el curso de su vida, un sacerdote puede hacer unos treinta retiros o más. Estoy seguro de que la mayoría de los sacerdotes no podrían recordar un solo propósito que hayan hecho y mantenido. Esto puede deberse a que los retiros no estaban dirigidos específicamente a una fuente de mejora espiritual; sería como un congreso médico en que existe una recomendación general para estar sano, pero donde no hay reglas específicas acerca de la salud. Por esta razón, todos mis retiros se centraban en un propósito general: hacer una hora ininterrumpida de meditación en presencia del Santísimo Sacramento todos los días. Si se lograba esto, tenía la certeza de que todo lo demás llegaría con el tiempo.

Creo que nuestra salvación nos llega no por nuestra rectitud, ni por nuestras buenas obras solamente. Si me preguntaran qué parte de mis sesenta años de sacerdocio le mostraría al Señor como prueba de mi amor, le mostraría las Horas Santas que han hecho

los sacerdotes durante el curso de sus vidas, como fruto de mis retiros. Debido a que estos retiros han sido grabados y han circulado por todo el mundo, casi no pasa una semana sin que un sacerdote me escriba una carta en la que me cuente que durante nueve, veinte o treinta años ha respondido al pedido del Señor de velar con Él una hora.

Pero no son sólo sacerdotes los que han practicado este acto de adoración y reparación: miles de laicos han sido inspirados para hacer lo mismo.

No he predicado retiros solamente a sacerdotes en diversas partes del mundo, sino también a hombres y mujeres jóvenes en las universidades y, no menos importante, en algunas prisiones. Esto requiere de un comentario aparte. Tenía ante mí unos dos mil presos, de los cuales todos pensaban que yo era el de sombrero blanco y ellos, los de sombrero negro[28], Resolví este problema así: «Caballeros, hay una gran diferencia entre ustedes y yo. A ustedes los han atrapado; a mí no. En otras palabras, todos somos pecadores». A partir de ese momento, fue muy fácil tratar con ellos.

En una prisión donde había más de 1700 reclusos, yo daba charlas tres veces al día en un gran salón de actos. La asistencia no era obligatoria, pero el 95% estaba presente. Muchos de ellos llegaban al salón una hora antes del horario asignado a fin de encontrar lugar en los bancos que daban al pasillo, con la esperanza de que cuando yo pasara caminando por allí, me detuviera a charlar con alguno de ellos; lo que hacía en cada ocasión.

Le dije a un hombre que había allí: «Qué buen porte tienes»; y era verdad (lo recuerdo muy bien; después de confesarlo, volvió a la Iglesia). Una vez me escribió una carta en la que se comparaba a una pequeña pulga que flotaba en el río sobre un fósforo, sin preocuparse por llegar a un destino u otro. Naufragó y llegó a una isla (la prisión) con muchas otras pulgas. Una pulga grande (el director del retiro) llegó y le dio nuevas esperanzas. «De aquí en adelante, estoy confinado al Jordán», dijo. Esta es una parte de su escrito:

Yo era como una pulga que iba flotando en el río en un fósforo, disfrutando de lo que pensaba que era la vida. Cuando se levantaron las aguas y se pusieron difíciles, me aferré con mayor fuerza y me dije: «Ya pasará». Cuando las aguas se calmaron, invité a otras pulgas a mi fósforo: mi familia. Me sentía especialmente feliz cuando el río se llenaba de astillas y veía pasar otras pulgas.

Me uní a todas ellas en conversaciones y cantos. A veces pasábamos tanto tiempo juntas y disfrutábamos tanto de la compañía, que ellas se olvidaban de su destino. Yo nunca lo olvidé; nunca tuve uno. Nunca busqué un destino.

Cuando mi pequeña canoa dio con un clima lluvioso, traje muchas pulgas conmigo y las cargué en un fósforo que ofrecía mayor refugio. Muchas veces las pulgas me vieron luchando por mantenerme a flote. Pero un día di con un iceberg.

Mi «Lusitania»[29] se vino abajo. Sí, podía nadar. Las amables pulgas hicieron cuanto pudieron por salvar mi fósforo; fue inútil. Vislumbré de pronto una pequeña isla y hacia allí me dirigí [ésta era la prisión]. No estaba desierta; de hecho, es el lugar donde se juntan todas las pulgas torpederas. La semana pasada conocí a una pulga extraordinaria [esa era yo], un marinero que no se hundía, cuyo trabajo consistía en patrullar el río, parando en cada una de esas pequeñas islas, ayudando a los naufragos, ofreciendo herramientas, provisiones, pero más que nada, consejos.

El Almirante se acerca hacia donde estoy y me dice: «Tienes un buen porte para ser una pulga». Este comentario me halaga. Escucho todo lo que tiene para decir. Por dentro, mi corazón me dice que se trata de mucho más que eso. Este Navegante conoce millones de historias; nos cuenta de un lugar que se llega por el río Jordán... dice que es el hogar de su Jefe. Se trata de un espacio muy bello, donde todo el mundo es bienvenido. El Jefe quiere que llevemos amigos, si podemos (es de esa clase de Personas que te dice «cuantos más, mejor»). Uno puede elegir en dónde vivir. Hay muchas vacantes. Yo escucho muy atentamente.

No quiero perderme ninguno de los consejos. Ha hablado del río como de nuestra vida, como si fuera una herramienta para llegar a este lugar del Jefe. Aprendí que la vida no es seguir la corriente del agua. Así que me mantengo alerta, encendido, y mi barco necesita algunos arreglos. Por lo que en eso estoy ahora, trabajando. Te veo luego en el río.

En otra prisión se me acercó un preso a conversar conmigo antes de confesarse. Las presentaciones siempre eran iguales; por ejemplo: «(Tal persona), número 2835, veinte años, asesinato». Yo nunca les preguntaba por sus crímenes a menos que ellos me contaran primero. Pero este hombre me dijo:

—Estoy aquí por una insignificancia.

Le pedí que me explicara por qué. Me dijo:

—Bueno, me han condenado cuatro veces y según la ley de Sullivan de Nueva York eso significa cadena perpetua. Robé una maleta con ropas; robé un automóvil; falsifiqué un cheque e hice un robo no violento... así que aquí estoy de por vida.

—¿Hace cuánto que estás aquí?

—Veintiséis años.

Más tarde, escribí al gobernador y le dije: «Los papeles no cambian; los hombres, sí. Este hombre en los papeles está igual que hace veintiséis años, pero no es el mismo hombre por dentro». Le pedí que lo consideraran para libertad condicional. Una noche recibí una llamada telefónica de mi amigo. Me dijo:

—He salido de prisión.

—Nick, ¿a qué te dedicabas en la cárcel?

—Era el cocinero.

—¿Podrías venir a cocinarme algo para cenar?

Así lo hizo y trajo un libro de recetas francesas con la cantidad suficiente de platos como para cocinar por el resto de mi vida y la suya.

En otra prisión, cuando ya me estaba yendo, muchos hombres salieron a despedirme a las puertas. Yo llevaba mi solideo en el bolsillo y había decidido regalárselo al hombre que estaba más cerca de mí. Me dijo este hombre: «¿Es para mí?», y comenzó a llorar, para

luego volver a su celda. Dos meses después recibí un cuadro. Aparecían las barras de una celda, pero entre ellas sobresalían dos fuertes y callosas manos, sosteniendo el solideo púrpura.

Todos los prisioneros enviaron saludos en Navidad y firmaron con sus nombres una enorme tarjeta titulada «Estas manos de prisioneros». El saludo de Navidad era el siguiente:

Con bellas palabras sujetaste nuestras almas, con puro gozo les imprimiste forma.

Nuestro espíritu se elevó con una gran calma, el vuelo hacia el Cielo fue la única norma.

Nos envolviste en un orgullo iluminado que no sabíamos comprender ni mirar.

Ahora sabemos que siempre estarás a nuestro lado, y nunca estaremos solos al caminar.

Resulta fácil predicar retiros y conducir ejercicios espirituales a esta clase de hombres, porque ellos reconocen que no son tan buenos; y ésta es siempre la condición para entrar en el Reino de los Cielos. Seguramente ellos se consideraban a sí mismos prisioneros. Pero entre ellos yo vi muchos santos (actuales y en potencia). No por nada el Señor ha dicho que «Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros».

AUDIENCIAS PAPALES

Allí donde está Pedro, está la Iglesia

Cada tarde, a eso de las 5.30, cuando estudiaba en el seminario de San Pablo, el director espiritual nos daba una charla. Yo estaba prestando atención como siempre un día en particular, cuando de repente dejé de escuchar. Mi mente se vio de pronto bañada en luz. No escuché una sola palabra más, pero en aquella experiencia -no sé cuánto duró- vino a mí una iluminación en mi alma, una luz que inundó mi intelecto y me trajo consigo una arrolladora convicción sobre la certeza de la fe. El Credo y la afirmación «Yo creo» se volvieron no sólo un asentimiento intelectual: momentáneamente fui poseído del carácter absoluto e irrefutable de la Fe. Como resultado de esta experiencia, nunca tuve dudas de fe en mi vida. Y mi fe siempre estuvo centrada no sólo en el Credo, sino también en la Iglesia, que se personalizaba en el Papa como Cabeza de la Iglesia y Vicario de Cristo.

Todavía me acuerdo cuando era un niño, en la época en la que el papa Pío X permitió a los niños hacer la Primera Comunión, que se generó una pequeña discusión en mi familia sobre si esto era prudente. Un pariente que estaba de visita sostenía una visión opuesta a la del Santo Padre. ¡Qué sorpresa impactante me llevé en esa ocasión! ¿Cómo alguien que sabía tan poco podía oponerse a la sabiduría y santidad del Pontífice? Siempre sentí los ataques a la Iglesia como si hubieran sido dirigidos a mi propia madre. Al enterarme de que un hombre o una mujer consagrados a Dios abandonaban sus votos, sentía una gran angustia en el alma.

Luego de haber servido tantos años a la Iglesia en las misiones, todavía me emociono con el famoso discurso que pronunció un sacerdote chino, Tong Che-tche, el 2 de junio de

1951, en Shanghái. Convocado por las autoridades comunistas, le ordenaron negar su fe. Su respuesta fue: «Hay un movimiento que ha crecido por fuera de la jerarquía católica que nos urge a atacar al Papa, el representante de Jesucristo... Caballeros, sólo tengo un alma y no puedo dividirla; pero tengo también un cuerpo que sí puede ser dividido. Me parece entonces que lo mejor que puedo hacer es ofrecer mi alma entera a Dios y a la Santa Iglesia, y mi cuerpo a mi país. Debido a que no es posible remediar este conflicto, no parece haber nada mejor que ofrecer mi alma para un lado y mi cuerpo para el otro, con la esperanza de alentar el mutuo entendimiento entre China y la Iglesia».

Uno de los especiales privilegios que he tenido en mi vida ha sido la posibilidad de mantener audiencias privadas con muchos Pontífices. La primera audiencia con un Vicario de Cristo fue cuando estudiaba en la Universidad de Lovaina. En aquel tiempo estaba Pío XI en el trono, quien había sido bibliotecario de Milán y, por tanto, amaba los libros. Durante la audiencia me hizo muchas preguntas acerca de mis estudios universitarios; hablando sobre ética y moral, me preguntó si había leído a Taparelli. Me vine abajo cuando le respondí:

—No, Su Santidad. No he leído a Taparelli.

—¡Cómo! —me dijo—, ¡no puede ser que nunca hayas leído a Taparelli! —me tomó fuerte de la mano y continuó—. Quiero que me prometas algo: al salir de aquí, irás a una librería y comprarás los dos tomos de Taparelli, y los leerás de principio a fin.

Así lo hice; compré los dos volúmenes en latín y los leí completos.

Conocí también a su sucesor, Pío XII, antes de que fuera elegido Vicario de Cristo. Había cenado con el cardenal Pacelli y pasado más de una hora con él en su despacho cuando era Secretario de Estado, y habíamos conversado sobre el nazismo, al cual el Cardenal condenaba violentamente. Me lo encontré otra vez, como cardenal Pacelli, cuando estuvo de visita en Estados Unidos. En otra ocasión cené con él en Roma y con una amiga en común, la Duquesa Brady. Una vez que fue elegido Papa, acordamos una audiencia privada por año, que tuvieron lugar siempre excepto en dos ocasiones en las que se negó a ver a los directores nacionales de la Sociedad para la Propagación de la Fe cuando se reunían en la reunión anual en Roma. Una vez superada esta dificultad, retomamos los encuentros.

Cada año solíamos discutir acerca de los temas sobre los que hablaría por radio el año entrante. En uno de los encuentros, este noble y aristocrático Pontífice se puso de pie; yo, que estaba antes sentado junto a él, también lo hice. Tomó en sus manos un papel escrito de su puño y letra, y comenzó a leer en voz alta. Me impactó la naturaleza inusual de este procedimiento y me sorprendió tanto el contenido como el modo en que se dirigía a mí. La humildad me impide revelar todo cuanto dijo sobre mí acerca de ser un «profeta de nuestros tiempos» y que tendría un «alto lugar en el Cielo». Nada de lo que dijo era infalible, por supuesto, pero sus palabras me dieron mucho consuelo.

La citación más inusual para tener una audiencia llegó una noche mientras cenaba con algunos sacerdotes amigos en el hotel Bemini de Roma. Una llamada telefónica a las 9.30 de la noche trajo el mensaje «El papa Juan XXIII quiere verlo». Al principio creí que se trataba de una broma, pero decidí que una vez que estuviera en el Vaticano a esa hora, sabría la verdad. Al llegar, el guardia suizo me dijo:

—¡Apúrese! Su Santidad quiere verlo.

Apurando el paso, me hicieron llegar a su presencia y él me dijo:

—Espero no haberte molestado a esta hora. Pero quería darte un regalo.

Y me dio un anillo episcopal de topacio y una cruz pectoral.

—Ahora guarda todo en tu bolsillo y por el momento escóndelos. No quiero que los demás obispos se pongan envidiosos.

En dos ocasiones, el papa Juan XXIII me pidió concelebrar con él para consagrar a nuevos obispos misioneros. Cada ceremonia en San Pedro duraba unas tres horas. Al término, cada uno de los obispos recién ordenados se arrodillaba tres veces en la plataforma del altar, luego saludaba al Santo Padre y lo besaba en ambas mejillas, diciendo *Ad multos annos* (por muchos años). Esta vez en particular, cuando el último obispo se arrodilló por tercera vez y estaba a punto de saludar al Papa, éste le dijo:

—Estoy cansado, bésame sólo en una mejilla.

Tuve el privilegio de tener un encuentro privado con el papa Juan XXIII cada año durante su pontificado. En la primera visita, me preguntó si estaba al tanto de lo que Malaquías había profetizado acerca de él. Malaquías había sido un monje de la Edad Media, un amigo de san Bernardo, quien de modo críptico profetizó a cada Pontífice hasta el fin de la historia: el último sería Pedro II. Yo le respondí:

—*Pastor et Nauta*.

—Eso es lo que era en Venecia —continuó el Papa—. Un «pastor» o cabeza de la diócesis, y un «navegante» debido a los canales^[30]. Como has sabido esto, te daré un pequeño regalo especial. No es una piedra preciosa, por lo que no tienes que quitártelo si así lo quieres.

Me regaló entonces una pequeña góndola de plata.

En una visita, al año siguiente, el papa Juan XXIII acomodó dos sillas cerca y me dijo seriamente:

—Quiero contarte cómo he sido elegido Papa.

Los cónclaves, como todo el mundo sabe, son secretos. Pero él procedió a contarme todo acerca de la votación, el número de votos que cada candidato recibió y quiénes eran. Yo mientras me decía a mí mismo: «Este material es muy interesante; al mundo le gustaría saber sobre ello». Pero luego el Papa concluyó:

—Ahora te impongo silencio de por vida, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

En uno de los encuentros me pidió que lo acompañara a su hogar en el norte de Italia para conocer a sus hermanos y parientes. No sólo le había avisado a su familia que yo iría de visita, sino que toda la ciudad estaba al tanto y salieron a recibirme para darme la bienvenida. Fue en ese mismo encuentro que el Papa me habló de duras pruebas en la Iglesia y reflexionó:

—Has sufrido mucho y eso te pondrá alto en el Cielo. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Le dije que no había nada, excepto hacer la voluntad de Dios. Me respondió:

—Eso hace mi trabajo muy fácil.

Tengo en mi estudio una fotografía en la que estamos Juan XXIII y yo de pie junto a un enorme mapamundi circular. Sus ojos estaban bien abiertos cuando yo le mostraba con el dedo algunos países misioneros. Y le dije:

—Su Santidad es el comandante en jefe de todos los misioneros del mundo. ¿Por qué no desarrollar una especie de logística papal para la asignación y distribución de misioneros? En lugar de permitir que cada comunidad en particular escoja la región y el número de misioneros a enviar, ¿por qué no moviliza Su Santidad un ejército de doscientos o trescientos misioneros y los despliega en aquellos lugares que mejor responden a la gracia?

Me preguntó si ya había hablado de este tema con el cardenal Agagianian de la Congregación para la Propagación de la Fe. Cuando le dije que sí, continuó:

—Hablaré con él, entonces.

El buen papa Juan nunca vivió lo suficiente para implementar esta idea.

En otra ocasión me dijo riendo entre dientes:

—Soy un prisionero en el Vaticano. No puedo hacer lo que quiero. Ven, iremos a mis habitaciones privadas del piso superior. Ecurrámonos por este pasillo.

Cuando abrió la puerta, vio a un guardia papal y soltando una carcajada, dijo:

—¿Lo ves? Te dije que era un prisionero en el Vaticano.

El guardia nos dirigió hacia el ascensor y así llegamos a las habitaciones privadas del Santo Padre, donde me mostró su escritorio. Sobre éste había unas fotografías y unos libros de su autoría.

—Hoy a las cinco de la mañana he firmado esta fotografía para dártela; también estos libros. Ven a la capilla.

Me sorprendió la simpleza. Al salir, después de una breve oración, me dijo:

—Aquí fue donde recibí inspiración para llevar a cabo el Concilio Vaticano II. Sabía muy bien que si lo contaba entre los cardenales, me dirían: «Su Santidad, es muy anciano para un Concilio» o «Hay demasiados conflictos en la Iglesia». Así que llamé a mi secretario, monseñor Capovilla, y le dije: «Nos iremos a la iglesia de San Pablo Extramuros y anunciaremos el Concilio Vaticano; entonces nadie podrá impedirlo».

Cuando bajamos a su oficina, llamó a un fotógrafo.

—Ven, hagamos una fotografía. Hará que algunos en la Iglesia se pongan celosos, pero

será divertido.

Su sucesor en la Silla de Pedro fue el anterior cardenal Montini, el papa Pablo VI, en quien cayó la carga de continuar con el Concilio Vaticano II después de la muerte del papa Juan XXIII. El Señor me siguió concediendo el privilegio de poder visitarlo casi todos los años de su pontificado. Como muchos otros antes que él, el papa Pablo VI tocó el tema del dolor en una de las audiencias. Citando de la carta de san Pablo a los Colosenses que «cumplimos con la cuota del sufrimiento de Cristo en nombre de su Cuerpo, la Iglesia», concluyó que el Reino de los Cielos sólo puede ser ganado con un poco de tribulaciones. Tomó una hoja de papel en blanco y escribió *nolo sine crucifixum* (no deseo ser crucificado sin cruz). La tiró luego a la basura. Le pregunté a Su Santidad si podría guardar esa hoja. La he encuadrado y hoy la preservo junto a mi cama para acordarme de esa audiencia.

Otro año, le comenté que era adecuado que se llamara «Pablo», ya que había sido crucificado con Cristo.

—Sí —me dijo—. Todas las noches, cerca de la medianoche, abro mi correo del día. Casi todas las cartas tienen una espina. Cuando me acuesto sobre la almohada a la noche, en realidad apoyo la cabeza en una corona de espinas. Pero no puedo explicarte la alegría inefable que implica sufrir por el bien de la Iglesia. El otro día recibí una visita de Yugoslavia. Uno de los que vinieron era un sacerdote que había sido torturado durante veinte años. Era tanto su asombro de estar libre que no dijo una palabra; pero yo pude ver el gozo celestial que emanaba su rostro por estar frente al Vicario de Cristo, a quien nunca negó aun bajo la tortura extrema.

Otro año en el que tuve audiencia, me tocó esperar afuera de la oficina privada del Santo Padre. En ese tiempo de quince minutos, hice un rápido examen de vida, preguntándome: «¿He servido realmente a la Iglesia como debía? ¿He usado los numerosos talentos que el Señor me ha dado? ¿He arrojado fuego sobre la tierra como el Señor nos pidió?». Llegué, finalmente, a una conclusión negativa. Había hecho poco. En aquel momento se abrió la puerta y me hicieron entrar a la oficina del Santo Padre. Yo le dije:

—Su Santidad, acabo de descubrir lo fácil que será el Juicio Divino.

—Oh —respondió él—. Cuéntame, me gustaría saber.

—Mientras esperaba afuera para entrar, llegué a la conclusión de que no he amado a la Iglesia lo suficiente. Ahora que estoy frente a Su Santidad, veo a la Iglesia *personalizada*. Cuando hago la reverencia ante usted, la hago al Cuerpo y a su invisible Cabeza, Cristo. Ahora veo cuánto amo a la Iglesia en Su Santidad, su expresión visible.

—Sí —me dijo—. El Juicio Divino será así de fácil para aquellos que han intentado servir al Señor.

Como lo he mencionado en un capítulo anterior, fui a Roma apenas unos meses antes de mi retiro, y presenté mi renuncia ante el papa Pablo VI. Se lo hice saber ni bien entré a su despacho. No me dijo nada, sino que comenzó a hablar sobre otro tema durante unos diez minutos. Luego, yo mencioné otra vez la cuestión de mi renuncia:

—Su Santidad, le he ofrecido mi renuncia como obispo de Rochester. ¿Tendrá a bien aceptarla?

Pasaron unos minutos más durante los cuales discutimos otros aspectos de la vida de la Iglesia, pero seguía sin responder. Sabía que la audiencia no duraría mucho más, por lo que finalmente dije:

—Su Santidad, no ha respondido a mi pregunta. ¿Aceptaría gustosamente mi renuncia como obispo de Rochester, debido a que he llegado a mi límite de edad?

—¿Cuándo te gustaría renunciar? —me dijo.

—El 20 de septiembre, el aniversario de mi ordenación.

En una pequeña libreta escribí: *¿20 de septiembre?* Le pregunté:

—Su Santidad, ¿por qué lo ha escrito entre signos de interrogación?

—Bueno —me respondió—. No sé si será esa fecha, pero por esos días será que acepte su renuncia.

De hecho, fue aproximadamente un mes más tarde.

Recibí la carta del Pontífice en la conmemoración del 25.º Aniversario de mi consagración episcopal:

*A nuestro venerable
hermano FUL TON JOHN
SHEEN Arzobispo Titular de
Newport*

Tenemos el más grato recuerdo de usted, venerable hermano. Abrigamos con la más alta estima vuestra vida y vuestras diversas actividades, y por medio de la presente queremos intensificar este gozo que sentimos hacia usted. Nos vemos obligados, a través de esta carta a la distancia, a formar consonancia en una mente, ante Dios y la Iglesia, la bondad y generosidad providencial del Redentor Misericordioso en vuestro nombre. Pues nadie más que el mismo Señor Jesús ha sido quien vertió en los demás, a través de vuestro ministerio, una tal abundancia de gracias. Es el mismo Señor a quien usted ama tan íntimamente, a quien venera de modo tan eminente en el sacramento de la Eucaristía, a quien ha seguido tan asiduamente en las Sagradas Escrituras, a quien nunca cesa de glorificar y de proclamar en vuestras enseñanzas, escritos y conferencias.

Tampoco podríamos omitir las innumerables almas que, a partir de vuestra tarea como autor, líder y predicador, han llegado a conocer mejor a Cristo Salvador, o han visto con mejores ojos su Iglesia en la tierra, o han amado más ardientemente las verdades divinas y humanas. Además, es de nuestro conocimiento la vasta multitud a la que ha ayudado, enseñado e influenciado de modo significativo. Debido a esto, a partir de ahora, hacemos una pausa para permitirnos honrarlo, libremente y a nuestra voluntad, en el aniversario de vuestro Episcopado.

Muy rápido han pasado estos veinticinco años, desde aquel día en que en esta misma ciudad de Roma, cerca de la tumba de los apóstoles, recibió la plenitud del sacerdocio al ser instituido como Obispo de la Iglesia Titular de Cesárea, con todos los rangos y dignidad. Pero aquel once de junio no fue el comienzo ni el fin de vuestra extraordinaria industria en todos los campos del Apostolado Católico; más bien, significó la imposición de

una corona merecida por los treinta y dos años de sacerdocio, y dio un nuevo impulso para continuar, sin interrupción, nuevos y singulares proyectos y labores para Jesucristo, para su Iglesia y para las almas que están sedientas de salvación y de luz celestial.

Usted se ha entregado completamente a fomentar la labor misionera en vuestro país, como se refleja en la vigorosa dirección de la Sociedad para la Propagación de la Fe. Durante un largo tiempo antes de eso, ha enseñado con gran éxito las verdades de la Filosofía y de las doctrinas de la Sagrada Teología. Luego -Dios mediante- fue consagrado obispo y así ha intensificado vuestro ministerio a través de un programa de predicación y autoría, el cual, debido a la amplia difusión y al conocimiento del Evangelio que se expande, fue de gran ayuda para la salvación de las almas y ciñeron de gloria a la Iglesia. Es en verdad imposible describir la cantidad de personas que han leído vuestros libros, oído vuestros programas de radio o visto vuestros programas de televisión.

Todos estos testimonios y logros se aparecen ante nuestros ojos como conmemoración del Jubileo de Plata de vuestro Episcopado. En virtud de esto, venerable hermano, deseamos ofrecerle nuestras más íntimas felicitaciones por todas y cada una de estas cosas, y queremos honrarlo y alabarle por la magnífica labor. Nos llenamos de gozo y agradecemos a Dios, por cuanto a que ni la edad ni el estado de salud ha obstruido vuestro trabajo, sino que siempre se ha movido con un espíritu alegre, con devoción pastoral y buenos modales, incluso al acercar a tantos hombres a Cristo y a la Iglesia; particularmente a sacerdotes a quienes ha prestado ayuda espiritual y exhortación apostólica; ha sembrado las verdades del Evangelio en una vasta concurrencia de gente.

Suplicamos a Nuestro Redentor que dé fuerzas y lo fortalezca en vuestro fructuoso labor, y lo llene de gozo con el consuelo de una fe inquebrantable. Luego, cuando así Él lo considere, que lo tenga en su felicidad con la clara visión de Él en el Cielo. Que esta carta de Nos sea un signo de la gratitud fraterna que sentimos, venerable hermano, mientras le impartimos nuestra Bendición Apostólica en su 81.º cumpleaños.

Vaticano, 8 de mayo de 1976,

el 13º de nuestro Pontificado

Nunca conocí a Juan Pablo I, ya que pareció llegar para despedimos con una sonrisa. Sí tuve el honor de conocer al papa Juan Pablo II cuando vino de visita a Nueva York. Narré esta visita por televisión nacional, al igual que lo había hecho con la venida del papa Pablo VI.

Fui muy honrado cuando recibí una carta de Juan Pablo II en mi 60.º Aniversario de sacerdocio:

*A mi venerable hermano
FULTON J. SHEEN Arzobispo
Titular de Newport*

Soy yo quien da gracias a Dios por sus sesenta años en el sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo.

Dios lo llamó para proclamar de modo extraordinario su dinámica palabra. Con gran fervor ha aceptado este llamado y ha orientado sus diversos talentos para difundir el

Evangelio de Jesucristo. Así, en estas seis décadas de servicio sacerdotal, Dios ha tocado las vidas de millones de hombres y mujeres de nuestros tiempos. Lo han escuchado por radio, mirado por televisión, y se han beneficiado de sus muchos logros literarios, así como también han participado en conferencias y charlas espirituales suyas. Junto a san Pablo, «cada vez que me acuerdo de ustedes doy gracias a mi Dios, y siempre que ruego en mi oración por todos ustedes lo hago con alegría, porque desde el primer día hasta hoy han participado en la difusión del Evangelio» (FU 1, 3-4).

Querido hermano en Cristo, unidos como estamos en oración y en el ministerio de la Palabra de Dios (Hch 6, 4), el cual Cristo confió de modo especial a los Apóstoles como sus sucesores, le pido que ruegue por mí y por el éxito de mi ministerio como pastor universal de la Iglesia. Y yo rogaré por usted, y le pediré al Señor Jesucristo que le conceda una profunda paz y lo sostenga en su amor.

Lo encomiendo por la intercesión de Nuestra Bienaventurada Madre, Madre de Dios y Madre de los sacerdotes. Con afecto fraternal le imparto mi Bendición Apostólica.

Vaticano, 11 de octubre de 1979

Mi respuesta fue la siguiente:

500 East 77th Street Ciudad de Nueva York 26 de noviembre de 1979

Su Santidad:

Luego de recibir su saludo en la Catedral de San Patricio y luego de la hermosa carta que me ha hecho llegar en mi 60° Aniversario, si no fuera por la renovada fortaleza que el Señor me ha concedido, ya debería haber cantado mi «Nunc Dimittis»^[31].

Pero por ahora, gracias a Dios, continúo bendecido por la promesa del salmista: «Aún en la vejez, exuberante y lozano» (92, 14).

Me inclino humildemente en gratitud por la aprobación de mi Ministerio de la Palabra, y digo con san Agustín: Ni si fideliter praecederet Piscator, Non humiliter sequeretur Orator. [Yo no sería un humilde Predicador sino precediese fielmente al gran Pescador],

¿Orar por Su Santidad? Siempre hago esto por el Vicario de Cristo, pero en este cuarto ciclo de quinientos años en el que una crisis da un golpe al Cuerpo de Cristo, ruego para que Su Santidad sea otro Gregorio Magno, Gregorio VII, Pío V, y en nuestros tiempos, como lo ha dicho el poeta Slowacki: «Un Papa eslavo barrerá las iglesias y las limpiará por dentro».

Cada noche, cuando el silencio da lugar a una mejor visión, ruego al Señor, en el Santísimo Sacramento, por el Pastor en Jefe de todas las almas, la única autoridad moral que queda en el mundo.

Por un lado, mi corazón sufre por Su Santidad, ya que como Pedro al llamar a nuestras puertas, algunos de nosotros, como Rodé, escuchamos su voz pero no lo admitimos en nuestros corazones.

Por otro lado, existe una plenitud en el Vicario por cuanto se ha dicho del Señor: «¡Miren cómo todo el mundo se ha ido tras El!» (Jn. 12, 19).

Desearía ser más joven para disfrutar las bendiciones venideras; como lo ha dicho uno de nuestros poetas:

Levanta tu cabeza y agudiza el oído en la
oscuridad aguarda por otros sonidos Son
Sus Pies los que se acercan a ti...

¡Sobre el agua!

Con profundo agradecimiento por su Bendición, permanezco como fiel servidor suyo en Cristo.

Arzobispo Titular de Newport

Su Santidad, Papa Juan Pablo II

Creo que Juan Pablo II pasará a la historia como uno de los mayores Pontífices de todos los tiempos. Al echar una mirada a la historia del cristianismo, parece que surge una crisis cada quinientos años. Durante el primer ciclo de quinientos años ocurrió la caída de Roma, cuando Dios dio lugar al gran Pontífice Gregorio Magno, quien había sido senador de Roma. Se volvió un monje benedictino y luego se dedicó a la conversión de los bárbaros y preparó el camino para una Europa Cristiana. El segundo ciclo de quinientos años nos llevó bruscamente al año 1000, cuando tuvo lugar el Cisma de Oriente, pero también hubo una decadencia en la santidad de la Iglesia. Prevalcían tres males dominantes: el concubinato clerical, la simonía (o la compraventa de bienes espirituales) y el nombramiento de obispos por parte de reyes y príncipes. Gregorio VII, un benedictino, fue el elegido de Dios para sanar esta crisis en contra de una gran oposición, y así poder preparar el camino para la gran civilización medieval.

En el tercer ciclo de quinientos años, se produjo un quiebre en la unidad cristiana. El clero cayó otra vez en la corrupción, las monjas se volvieron seculares y todo el mundo reconoció que hacía falta una reforma. Algunos se pusieron a trabajar para reformar la Fe. No había nada fuera de lugar con respecto a la Fe. Lo que se necesitaba era reformar las costumbres y la conducta. El gran Pontífice dominicano, Pío V, salvó a la Iglesia a través de las reformas del Concilio de Trento y a través de las actividades misioneras por todo el mundo. Ahora estamos en el cuarto ciclo de quinientos años, con dos guerras mundiales en veinte años y al borde del terror universal por una guerra nuclear. Dios le ha encomendado estos tiempos a Juan Pablo II, quien ha llamado la atención de todo el mundo como ningún ser humano en la historia.

La razón de esto, creo, se debe buscar en la característica más notable de este siglo XX: el misticismo. No el verdadero misticismo que encuentra sus raíces en Dios, sino que hablamos de un pseudomisticismo. En palabras de Charles Péguy: «El falso misticismo encuentra su fin en la política». Nuestra época ha visto el surgimiento del misticismo rojo de las clases y los partidos en el comunismo, el misticismo negro del estado bajo el fascismo, y el misticismo pardo de la raza bajo el nazismo. En otras partes del mundo, un falso místico se desenroscaba como una serpiente, sofocando la libertad de expresión, suprimiendo la oposición y asesinando a quienes pensaban de otra manera.

En este mundo de una falsa *mística con política*, apareció Juan Pablo II, con una *mística sin política*. El no tiene ejércitos, ni directores de publicidad, ni máquina de propaganda, y proviene de uno de los estados más pequeños del mundo. La *mística* que él predica es la

mística de la Libertad humana, que no significa hacer siempre lo que uno *desea* (ya que en ese caso sólo los más fuertes serían libres); tampoco se corre hacia el otro extremo del totalitarismo que define a la Libertad como el derecho a hacer lo que uno *debe* (en ese caso sólo hablaríamos de la Libertad de un partido). La Libertad que él predica es la Libertad para hacer lo que moralmente *deberíamos*, y eso implica un objetivo, un propósito de vida y un sentido. Esta *mística* afirma lo sagrado de la vida, el derecho a adorar a Dios de acuerdo a la luz de la conciencia y el compromiso con los derechos humanos; básicamente lo que ya está escrito en nuestra propia Declaración de la Independencia: que todos nuestros derechos y Abertales provienen de nuestro Creador.

Su *mística sin política* tuvo una recepción sin precedentes en Estados Unidos, en parte debido a que nuestra nación se está convirtiendo en una *política sin mística*. Nos hemos dividido en partidos, grupos, facciones y hermandades desde que dividimos el átomo. Cada uno quiere tocar su propia melodía; nadie quiere cantar una canción de patriotismo y unidad. Tenemos las manos llenas, pero el corazón vacío; sufrimos de hambre espiritual mientras el mundo sufre de hambre corporal. Como ovejas sin pastor, comenzamos a ver el valor de lo espiritual en un hombre vestido de blanco[32], Para quienes han encontrado el camino, él ha sido su guía en la fe y en la moral; para quienes han perdido el camino, él se ha vuelto un faro de esperanza.

Hace más de un siglo, un poeta llamado Slowacki escribió estas palabras proféticas:

Dios ha preparado el trono para un papa eslavo.

El barrerá las iglesias y las limpiará por dentro.

Dios será revelado, como la claridad del día, en la Creación.

Una mujer polaca, que murió a los 92 años en 1972, conoció al padre Wojtyla de joven sacerdote. Entre los efectos personales que se encontraron a su muerte, estaba la profecía de Slowacki en un breviario, con una anotación: «Este Papa será Karol».

Durante mi vida he visto al papado desplazarse desde el interior de la Iglesia (en el cual de alguna manera se había encerrado), de a poco, hacia el mundo. Esto puede verse teniendo en cuenta los lugares en donde cada Pontífice que ha pasado por mi vida fue coronado. Si tomamos, por ejemplo, la Basílica de San Pedro, podemos contar la historia de su creciente relación con el mundo. El papa Benedicto XV, de la Primera Guerra Mundial, fue coronado en el altar de la Virgen María, bien al *fondo* de la Basílica, lo más lejos de la puerta principal posible. Su sucesor, Pío XI, se desplazó unos treinta metros al frente y fue coronado en el altar principal de la Basílica, bajo la gran cúpula. El papa Pío XII, luego de ser coronado, fue caminando por la nave de San Pedro y subió por unas pequeñas escaleras al balcón *fuera* de la Basílica. Con este movimiento salió literalmente al mundo. No estaba en el mundo aún, pero el papado avanzaba. Juan XXIII no sólo salió al balcón, sino que extendió sus brazos como las columnas de Bemini, e invitó al mundo a seguirlo.

El papa Pablo VI celebró la Misa de Coronación fuera de San Pedro, en la plaza abierta al mundo. También Juan Pablo I. El papa Juan Pablo II no sólo salió de la Basílica, no sólo fue coronado en la presencia del mundo y habló en muchísimos idiomas en la celebración, sino que además comenzó a caminar por el mundo -Polonia, México, Irlanda, Estados Unidos- y aún no ha dejado de caminar[33].

Cuando digo que los papas recientes han intentado estrechar la brecha entre sus «visitas al mundo», puedo provocar una confusión. La palabra «mundo» tiene dos sentidos en las Escrituras. En primer lugar, hace referencia al cosmos y a su desarrollo a través del hombre. Este sentido es «bueno». «Y Dios vio que era bueno». Pero el mundo tiene también otro sentido: «espíritu de la primacía del yo», la búsqueda de los placeres del cuerpo por sobre los de la mente, la dominación del ser humano por su orgullo, lujuria o avaricia. Este «mundo» se resume en: «Yo me dedico a lo mío» o «Yo soy mi propio dueño». De este mundo el Señor advirtió a sus Apóstoles: «Yo los he sacado del mundo y el mundo los odiará».

Inmediatamente después del Concilio Vaticano II, que había preparado un documento brillante sobre la *Iglesia en el mundo moderno*, algunos reorientaron el interés de la Iglesia en el desarrollo de la humanidad en el mundo hacia un secularismo; el resultado fue que la espiritualidad fue decayendo, hubo un quiebre en la vida religiosa y se perdió lo sagrado de las vocaciones.

La tarea de Juan Pablo II es entonces restaurar el equilibrio divino del Reino de los Cielos *en* este mundo, pero no *del* mundo. Debido a que «mundo» es ambiguo, es posible caer al abismo de ambos lados del camino de la verdad, produciendo psicóticos y neuróticos. El psicótico cree que dos y dos son cinco; el neurótico cree que dos y dos son cuatro, pero se vuelve loco por ello. Los neuróticos se aferran a lo real, pero olvidan lo ideal. En las Escrituras, la Iglesia es simbolizada como la piedra golpeada y de la que sale el agua de la vida. La piedra permanece; las aguas representan el cambio y el dinamismo de la Iglesia. Los psicóticos se aferran a la piedra y olvidan el agua; los neuróticas nadan en las aguas y olvidan la piedra. Los psicóticos quieren sólo el cauce del río; los neuróticos, sólo la corriente. Los psicóticos quisieran aislar a la Iglesia del mundo; los neuróticos quisieran identificar la Iglesia con el mundo. Para los psicóticos la religión es relativa a un culto; para los neuróticos, a una actividad.

Cuando el diablo de Goethe comienza a traducir el Evangelio de Juan -«Al principio era la Palabra»-, duda, ya que no podía adscribir a la primacía de la Palabra de Dios. Así que escribió en su lugar: «Al principio era la acción». Creo que Juan Pablo II está sanando este divorcio de las cosas que el Dios siempre quiso que estuvieran unidas.

Esta cercana asociación con tantos Pontífices fue el punto crucial de mi vida, al que llegué por aquella experiencia de fe que tuve en el seminario. Mi reverencia por los Vicarios de Cristo se debía a que en ellos veía la cabeza visible del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Siempre me ha afligido ver pequeñas velas crepitando con desdén ante la sabiduría unificada que ganó la Iglesia. La conquista diaria de los ascetas, la resistencia de los mártires, la santidad de la larga línea de pontífices, excepto algunos, me exaltaban y me avergonzaban. Al ver cómo cada Papa respetaba las Escrituras, la tradición y el Magisterio de la Iglesia, estos se volvieron para mí una especie de trinidad a través de la cual nos llega la Palabra de Dios; y me di cuenta de cuánto es el gozo de pensar no sólo «con la Iglesia» sino también «en la Iglesia». El Señor dijo a Pedro: «Simón, hijo de Juan, alimenta a mis ovejas». No dijo: «Alimenta a *tus* ovejas». Siempre somos ovejas de Cristo. Y cuando se trata de alimentación, siempre me he sentido bien cuidado, espiritualmente, por Pedro y por cada uno de los Vicarios de Cristo.

CONVERSOS

Un sacerdote nunca toca la realidad hasta que no toca un alma. El Señor puso al universo y al alma en una balanza y ganó el alma: ¿«De qué le sirve al hombre ganar el mundo y perderse a sí mismo?». O también: ¿«Qué podrá dar el hombre a cambio de su

vida?». San Santiago nos dice que «cualquier que convierte a otro de sus extravíos salvará su alma de la muerte y cubrirá sus muchos pecados». San Pablo hizo un voto contra sí mismo si no lograba salvar almas: ¡»Ay de mí si no evangelizara!«. El mundo entra en un estado trágico cuando los vendedores no creen en sus productos y los soldados no se identifican con su causa.

Pero la cuestión de los conversos y de la salvación de las almas es difícil, ya que es fácil creer que somos los agentes que producimos resultados, cuando en realidad somos, en el mejor de los casos, instrumentos de Dios. Como bien se ha dicho, El puede escribir recto en renglones torcidos. Pío XII me preguntó en una ocasión: ¿»Cuántos conversos has logrado en tu vida?«. Yo le respondí: «Su Santidad, nunca los he contado. Siempre temí que, de contarlos, comenzaría a creer que son obra mía, y no de Dios».

La palabra «conversión», en griego, es *metanoia*, o una vuelta completa de la dirección en la que estamos yendo. En una charla a un grupo de drogadictos en Harlem, di este ejemplo: «Supongan que tomo un balón y lo hago rodar por el centro de esta sala; evidentemente, avanzará en línea recta, a menos que una fuerza exterior lo desvíe. Si vivimos nuestras vidas en la dirección del egoísmo, la lujuria y el orgullo, habrá siempre una continuidad en este modo de vivir, a menos que una fuerza superior externa -la gracia- intervenga y nos haga ver las cosas como nunca antes».

Es posible que un ser humano viva en cualquiera de estos tres niveles: el primero es el *sensible*, en donde se buscan los placeres de la carne. Los hombres también pueden vivir en un segundo nivel, el *racional*. Aquí buscarán la buena vida pagana y practicarán virtudes naturales con entusiasmo. Bajo la inspiración de la razón puede ser tolerante, ayudar a los más necesitados y a la comunidad, pero se niega a creer que hay un Conocimiento superior, que posee, y un Poder superior, que experimenta. Invitar a una persona que vive en el segundo nivel de la razón al tercer nivel superior es como hacer del orden sobrenatural un objeto de ridiculización. Estos críticos admiten un proceso de evolución en un plano horizontal, hasta llegar al hombre, pero se niegan a subir al tercer nivel, negando a veces la posibilidad. Dos renacuajos discutían la posibilidad de que hubiera un reino además del propio. Uno le dijo al otro: «Creo que sacaré la cabeza por encima del agua para saber cómo es el resto del mundo». El otro le respondió: «No seas estúpido; no intentes decirme que puede haber algo en el mundo además de agua».

La conversión es una experiencia que no tiene nada que ver con el inconsciente haciéndose más presente en el consciente; es un don de Dios, un nuevo poder que invade, la intromisión interior que el Espíritu hace en nuestro espíritu y el viraje completo de la personalidad hacia Cristo. Si ahora comparto algunas experiencias de conversiones que he tenido durante mi vida, no es con el propósito de echar gloria sobre mí mismo, ya que no podría lograr -con mi sola influencia- que alguien sea cristiano, como tampoco una muñeca de pasta puede lograr ser una adorable niña de seis años. Estoy, aun así, agradecido de que el Señor me haya usado para llevar a otro hacia El. Siempre he sentido una profunda pasión por ayudar a los demás a encontrar la fe.

Cuando estaba en Washington, solía ir a Nueva York casi todos los fines de semana para dar clases a los conversos los sábados y para predicar los domingos, tanto en la iglesia Paulina como en la Catedral de San Patricio. Debido a que estaba en radio nacional en aquel tiempo, muchos me escribían pidiendo clases de formación. Estas tuvieron lugar primero en la casa parroquial de la catedral, luego en la Escuela de la Catedral de San Patricio y luego en un pequeño salón de actos. Mis colegas profesores de la universidad me advertían con frecuencia que estaba acortando mi vida. Todo el mundo parecía estar de acuerdo con que no llegaría a la edad de 45 años. En las vacaciones, solía hacer

compromisos por todo el país. En una ocasión pasé siete noches en «coches dormitorio», y puedo dar fe de que esos fueron los únicos momentos en los que dudé de que el hombre estuviera hecho a imagen y semejanza de Dios... ¡pues esa semejanza se pierde cuando uno intenta quitarse los pantalones en una litera superior!

Durante este período, yo daba dos clases a conversos al año (una en Nueva York y otra en Washington), y siempre había un promedio de cincuenta o cien que, eventualmente, se hacía miembro del Cuerpo Místico de Cristo. El período de enseñanza, fuera para individuos o para grupos, era como mínimo de entre veinte y veinticinco horas. A medida que se desarrollaban las clases, se notaba un cambio muy evidente en el público. Al principio, cada persona solía buscar el mejor lugar e intentaba evitar que otro tomara el suyo. Pero una vez que la clase tocaba el tema de Cristo, se producía un cambio inmediato en el grupo: todos ofrecían sus lugares a los demás, se ayudaban con los abrigos y aceptaban a todos los que llegaban, como si estuvieran movidos por un solo propósito: un encuentro con Cristo.

Aunque ofrezco aquí unos pocos ejemplos de *metanoia*, debo recordarles que hubo cientos otros que también recuerdo: amas de casa, empleadas del hogar, azafatas, ministros, mendigos, hombres de negocios, alcohólicos y estudiantes universitarios. Algunos pocos casos, sin embargo, alcanzarán para ilustrar los siguientes tres puntos: Primero; muchos buscan a Dios sin darse cuenta. Como dijo Newman: «Sabía que la Iglesia era la verdadera Iglesia, pero no sabía que lo sabía». Pascal observó: «Ten consuelo; no me buscarías si no me hubieras ya encontrado».

Segundo; algunos reconocen la existencia de Dios, pero El habita en la circunferencia de sus vidas. Como dijo Voltaire acerca de Dios: «Asentimos, pero no hablamos». Aunque se pueda describir a un converso en su última etapa como una rosa que florece, se debe tener en cuenta que quien explica el Credo y los mandamientos no es nada más que el jardinero con un rastrillo y una azada.

Tercero; aquel que es iluminado siempre experimenta en su alma una sensación de arrepentimiento o un descubrimiento de que la vida hasta ese momento no está bien a los ojos de Dios. Recuerdo lo que Tertuliano decía: «El arrepentimiento es una cierta pasión que surge del disgusto que nos produce un sentimiento anterior». Cristo no sólo se vuelve el agente del arrepentimiento, sino también el agente del perdón. Nunca conocí a un converso que no dijera estas dos frases: «Soy un pecador» y «Estoy perdonado».

Las siguientes memorias de aquellos que abrazaron a Cristo en Su Iglesia prueban la veracidad de lo narrado anteriormente.

Bella Dodd era la abogada del partido comunista y tenía una influencia considerable en los sindicatos de Nueva York. Un día estaba testificando ante el Comité de Actividades Antiestadounidenses, y el senador McGrath de Rhode Island le pidió que me hiciera una visita.

—¿Qué puede ofrecerme él a mí?

—Enseña sobre el comunismo en la Universidad Católica, es decir, conoce la filosofía de Marx y Lenin.

El senador le preguntó luego si acaso ella temía visitarme. Aceptó el desafío y me llamó por teléfono para avisarme que estaba en camino. Nos encontramos en una pequeña

habitación fuera de mi residencia y conversamos sobre temas generales, hasta que yo le comenté:

—Dra. Dodd, usted parece infeliz.

—¿Por qué dice eso? —me preguntó.

—Bueno, supongo que los sacerdotes, de alguna manera, somos como los médicos y podemos diagnosticar a un paciente con apenas verlo.

Cuando terminó la conversación, le sugerí que me acompañara a la capilla a hacer una oración. Mientras estábamos arrodillados, ella rompió a llorar. Fue tocada por la gracia. Más tarde, comenzó a venir a mis clases y fue recibida en la Iglesia. Dejando a Marx detrás de sí, se puso a enseñar derecho en Texas y más tarde en la Universidad de San Juan en Brooklyn.

Mi primer converso, siendo yo un joven sacerdote, fue en Washington D.C., e ilustra de qué manera la Luz Divina (más que los esfuerzos del evangelista) es la que produce la cosecha. Cuando fui a la Universidad Católica a estudiar, una tía me pidió que visitara a una pariente de ella que se encontraba enferma. Era relativamente joven, estaba casada y tenía dos hijos. Me había advertido, sin embargo, que no tenía buena predisposición con los católicos. Cuando me presenté en su puerta, me escupió en la cara y me ordenó que me marchara. Esto sucedió en septiembre. Cada mañana a partir de allí le pedí a Dios que le otorgara la gracia de la conversión.

En febrero me llamó por teléfono. Le pregunté:

—¿Por qué me manda a llamar?

—No lo sé. Fui al médico ayer y me dijo que me quedaban dos semanas de vida.

Acercó a sus dos hijos a ella y se desesperó al pensar quién cuidaría de ellos. Le aseguré que no moriría en dos semanas y le conté de las oraciones que había estado ofreciendo por su conversión.

—El Señor, me parece a mí, la está asustando para que entre a su Iglesia.

Al día siguiente le comencé a explicar las enseñanzas de la Iglesia, la bauticé en mayo y mantuve el contacto con ella durante muchos años.

Recuerdo al primer converso que logré en Francia, después de dos años de estudiar en Europa. Preparándome para la Universidad de Lovaina en otoño, pasé el verano en la Universidad de París para afinar mi oído al francés. Vivía en una pensión francesa en el Barrio Latino: por la rué Jules Chaplain. Había unas cinco o seis personas allí; la mayoría de ellos, estadounidenses. Tras una semana, Madame Citroen, la encargada de la pensión, llamó a mi puerta y me dijo algo en francés que no llegué a comprender. Llamé a dos residentes que eran profesores en Boston y les pedí que me tradujeran. Madame me había dicho que ella se había bautizado como católica, se había casado por Iglesia y luego de la Primera Guerra Mundial, su esposo la había abandonado. Su hija, fruto de ese matrimonio, había terminado en las calles. Me comentó también que la pensión era un fracaso económico y que no tenía razón para vivir. Luego, sacó una pequeña botella de su bolsillo y me dijo:

—Esto es veneno; lo tomaré para acabar con mi vida. ¿Puede hacer algo por mí?

—Madame —le respondí con la ayuda del traductor—, no puedo hacer nada por usted si tiene intención de tomar eso.

Le pedí, aún así, que retrasara su suicidio por nueve días.

Comencé entonces una novena al Sagrado Corazón en la Iglesia de *Notre Dame des Champs*. Arrodillado ante la estatua del Sagrado Corazón, rogué: «Si en verdad amas a las almas, y sé que las amas, salva a ésta». Cada noche de la novena, llevaba un diccionario conmigo y, sin prestar mucha atención a los tiempos verbales, intentaba balbucear algunas verdades cristianas simples y elementales en francés. Sin embargo, consciente de que no volvería a la fe a través de mi pobre desempeño en el idioma, pensé en el recurso de la confesión. Se me ocurrió que si se humillaba a sí misma, y se confesaba, el Buen Dios le otorgaría la gracia.

Dos noches antes de que terminara la novena, la llevé a la Iglesia de San José cerca de la estación de metro, el Etoile, y le pedí a uno de los sacerdotes irlandeses que hablaban francés que la confesara. Pero no recibió el don de la Fe. Mientras tanto, le pregunté a una de las empleadas de limpieza de la pensión cuánto hacía que se había alejado de los sacramentos. Luego le pedí que fuera a confesarse al final de la novena junto con Madame. Durante la confesión, la noche anterior al final de la novena, recibió el don de la Fe, y al día siguiente le di la Comunión; a la empleada también.

En el otoño, me fui a la Universidad de Lovaina. Madame me escribió y me contó que su hija estaba muy enferma en Chartres. Estaba dispuesta a dar cualquier cosa, si es que Dios salvaba a su hija. Le sugerí que ofreciera algo por su hija; podría ser una oportunidad para la reconciliación con el marido. Y así ocurrió. Su marido, de quien no había oído hablar en años, llegó a visitar a su hija enferma. Ambos se reconciliaron en el lecho de la moribunda. La hija se recuperó. Al final, triunfó la gracia cuando la madre y la hija restituyeron al marido en la Iglesia. Al verano siguiente, en mi camino hacia Lourdes, paré en Dax y pasé por un bellissimo *chateau* en las montañas, donde disfruté de la hospitalidad de Monsieur, Madame y Mademoiselle Citroen. Cuando visité al sacerdote de la aldea, le pregunté si los Citroen practicaban la fe. El no conocía la historia, pero me dijo:

—Son los católicos más maravillosos de los Pirineos. ¡Qué bello es cuando las personas guardan la Fe toda la vida!

Luego está la hermosa historia de la conversión de Fritz Kreisler y su esposa. Recibí la carta de un extraño que me pedía que visitara a su tío. Su esposa se había suicidado hacía poco. Quien me escribía quería que brindara algo de consuelo al tío. Vivía en uno de esos edificios de Manhattan que daban al río East, donde había dos departamentos por piso. Fui a visitar al hombre en cuestión, pero no había nadie. Le pregunté al encargado del ascensor quién vivía en el otro departamento y me dijo: Fritz Kreisler.

Toqué el timbre, me presenté ante Fritz Kreisler y su señora, y luego de una corta conversación les pregunté si estarían interesados en recibir formación sobre la Iglesia. Fritz Kreisler era una de las personas más rectas y nobles que he conocido en toda mi vida. Siempre que citaba algún fragmento del Antiguo Testamento, él lo repetía en hebreo; cuando citaba algo del Nuevo Testamento, Fritz lo repetía en griego. Una noche, durante un viaje que hicimos juntos, observé:

—Fritz, mañana tocas el violín en el programa «The Telephone Hour»] «La hora del teléfono»].

—Así es.

—¿Estarás practicando antes?

—No.

—¿Practicarás antes del concierto?

—No.

Tras eso, la señora Kreisler agregó:

—Siempre he sostenido que de haber practicado, Fritz podría haber sido un gran violinista.

Cuando comencé con mis programas de televisión, le pedí a Fritz que me compusiera una pieza musical temática para la serie. Me dio unos cuarenta o cincuenta manuscritos que aún no había registrado como autor y me dejó elegir cualquiera de ellos. Así, recuerdo que escogí la «Marcha Vienesa». «Se la llevé a Fritz y le dije:

—Esta es la que me gusta, pero no puedo poner una marcha en el escenario. ¿Podrías pasarla a vals?

—No, no se puede en vals.

—Fritz, puedes transportar lo que sea; sólo ve al piano e inténtalo.

—No, no se puede.

Le rogué hasta que se sentó en el piano, tocó un compás y dijo:

—¿Lo ves? Te dije; no puede hacerse.

La señora Kreisler dijo entonces:

—Fritz no está de humor esta noche.

Lo tomó de la mano, lo llevó por el pasillo y lo acompañó hasta otro estudio al otro extremo del departamento. Un tiempo después comencé a oír los compases de mi pieza musical en vals. Luego se volvió la melodía temática de mis programas de televisión.

Yo fui muy amigo de los Kreisler desde su entrada a la Iglesia, y fue trágico ver a Fritz en sus últimos días, ciego y sordo debido a un accidente de tránsito, pero irradiando amabilidad y refinamiento, al igual que su música. Los visité cada semana durante algunos años hasta que el Señor los llamó de la Iglesia Militante a la Iglesia Triunfante, donde estoy seguro de que la música de Fritz Kreisler es parte del repertorio del Cielo.

Heywood Broun era uno de los periodistas más distinguidos de Estados Unidos. Con

frecuencia se referían a él como «un hombre ordinario» o «un hombre corriente». Un domingo, mientras pasaba por el Hotel Plaza de Nueva York con Fulton Oursler, vimos en el comedor principal a Heywood Broun. Fulton Oursler me preguntó:

—¿Has intentado convertir a Heywood?

—No —le respondí.

—Inténtalo.

Lo llamé el fin de semana siguiente, cuando volví a Nueva York:

—Sr. Broun, me gustaría verlo.

—¿Con qué propósito? —me preguntó.

—Su alma.

—¿Cuándo?

—A las tres de la tarde del sábado, en Hotel Navarro, por la calle 59.

—Sí —explicó el Sr. Broun—; estoy interesado en la Iglesia por tres razones: estoy convencido de que la única autoridad moral que queda en el mundo es el Santo Padre; segundo, hice una visita a Nuestra Señora de Guadalupe en México y quedé impresionado por la devoción hacia la Madre de Cristo. Finalmente, y lo más importante, no quiero morir con mis pecados.

En las clases de formación con el Sr. Broun, con frecuencia me decía:

—No profundice tanto en detalles; no viviré mucho más tiempo, sólo lo suficiente para que me absuelvan de mis pecados.

Por una casualidad, fúe la primera persona en recibir la confirmación por el Arzobispo Spellman cuando vino a Nueva York desde Boston. Alrededor de un mes después de su conversión, lo llamé y le dije:

—Heywood, has hecho unos cuantos kilómetros; te aconsejaría que vengas a verme.

Vino a confesarse y al poco tiempo murió. Prediqué en su funeral en la Catedral de San Patricio y en el sermón mencioné las razones que él había dado para convertirse. Al otro día, el periódico comunista *Daily Worker* publicó el siguiente titular: «Monseñor Sheen revela secretos de confesión». Por supuesto, sólo fúeron reveladas las razones que el Sr. Broun me había dado cuando nos conocimos.

Herbert Hoover y Al Smith eran los principales candidatos a presidente en la campaña de 1928. Horace Mann era quien dirigía la campaña de Hoover. En la campaña se advirtió a la población que si un católico llegaba a presidente, el Papa se sentaría en la Casa Blanca. Al Smith respondió a estas acusaciones y se las atribuyó a Mann en un famoso discurso pronunciado en Oklahoma City. Yo era muy amigo de Al Smith en aquella época y durante años cenamos juntos todos los domingos. Un tiempo después de las elecciones,

llamé a Horace Mann para proponerle un curso de formación. Me dijo que no podía aceptar la autoridad de la Iglesia debido a que su autoridad era la Biblia. Le dije que la Biblia no es un libro, sino una colección de libros. Alguien debía reunirlos a todos y legitimar la autenticidad como inspiración. Así como la Corte Suprema interpreta la Constitución, también la Iglesia salvaguarda la Biblia. Además, la Iglesia fue establecida durante el Imperio Romano, antes de que cualquier libro del Nuevo Testamento fuera escrito. Al tiempo, Horace Mann y su señora fueron recibidos en el Señor y Al Smith les envió a ambos un telegrama de felicitación el día de su Primera Comunión. Horace Mann me contó que nunca fue responsable de la mentalidad anticatólica de la campaña de Hoover.

Solía recibir muchas cartas en el curso de la semana en donde me pedían que visitara a amigos y parientes en varios hospitales de Nueva York. Pasaba la tarde y la noche haciendo estas visitas. Un día, había terminado de ver a un paciente en el piso once del Memorial Hospital. Estaba contento de que terminaba mi jomada, pues me sentía hambriento y cansado. Bajando por el ascensor, el encargado me dijo:

—Ah, me había olvidado de decirle. Hay una enfermera en el piso once que quiere verlo.

Era uno de aquellos momentos en los que uno se pregunta si vale la pena continuar. Pero regresé. La enfermera me dijo:

—Oh, lo había visto por televisión y sólo quería conocerlo.

—¿Eres católica?

—No.

—¿Estas comprometida?

—Sí.

—¿Y él es católico?

—Sí.

—¿A qué se dedica?

—Es médico y está realizando la especialidad.

—Muy bien —le dije—, mañana vengan ambos a cenar conmigo y comenzaremos con la formación.

Así lo hicimos y al tiempo fui a Canadá a celebrar su matrimonio y, con el correr de los años, bauticé a sus seis hijos: Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Pedro y Pablo.

Me contaron sobre un leproso en la ciudad de Nueva York. Esto me era de mucho interés, debido a las colonias de leprosos que había visitado y por mi asociación con la Sociedad para la Propagación de la Fe. Así que pasé unos seis meses buscándolo. Sus padres lo habían echado de su hogar cuando descubrieron su enfermedad. Sus manos y pies estaban en un estado muy deteriorado y su rostro llevaba las marcas de esta terrible

condición. Me llevó muchos meses arrancar el odio de su alma, pero luego, bajo la inspiración de la gracia, fue recibido en la Iglesia y siempre me he sentido feliz de ayudarlo desde aquel entonces. Lo invité a comer durante mucho tiempo y nos hicimos buenos amigos.

Una noche, me visitó una mujer muy bien vestida y con un marcado acento. Procedió a explicarme el motivo:

—Me gustaría ser católica, pero no quiero recibir formación de un sacerdote ordinario, ya que soy una intelectual. Como conozco sus antecedentes, ¿podría intelectualizar su fe para mí?

—Señora —le respondí—, estoy dispuesto a formar a cualquiera que acuda a mí. De hecho, un joven leproso que acaba de terminar con su formación se ha sentado en esta misma silla en la que usted está.

Salió literalmente volando de la casa y nunca volví a oír de ella.

Un día llamé a la congresista Clare Booth Luce y la invité a cenar. Luego, cuando nos pusimos a conversar sobre religión, le dije:

—Deme cinco minutos para hablarle de Dios y yo le daré una hora para que me exprese sus propias ideas.

Al tercer minuto, cuando estaba hablando de la bondad de Dios, ella se levantó de su asiento y puso su dedo en mis labios, para callarme. Me dijo:

—Si Dios es bueno, ¿por qué se ha llevado a mi hija?

Su hija había muerto hace poco en un accidente de tránsito. Le respondí:

—A partir de este dolor que le aflige, quizás pueda comenzar con la formación para conocer a Cristo y a su Iglesia.

Nunca tuve el privilegio de formar alguien tan brillante y tan lúcida como la Sra. Luce. Tenía la mente aguda como un florete.

Si sumara todos los veranos que pasé en la iglesia de San Patricio, en Soho y en

Londres, me darían unos seis o siete años. Por ser estadounidense, siempre abría la iglesia por las mañanas (solemos levantarnos más temprano que los ingleses). En esta mañana de enero en particular, el día de la Epifanía, apareció una débil figura, una joven de unos veinticuatro o veinticinco años.

—¿Cómo has llegado aquí, joven?

—Bueno, ¿y dónde me encuentro, Padre?

—¿»Padre— ?«le pregunté ,asombrado.

—Sí, solía ser católica, pero ya no.

—¿Has estado bebiendo?

Me dijo que sí y yo agregué:

—Los hombres beben porque hay algo que les gusta; las mujeres beben porque hay algo que no les gusta. ¿De quién estás escapando?

—De tres hombres; y ya se están dando cuenta. Por eso me puse a beber.

Era una de esas típicas mañanas heladas de enero; ella había estado expuesta al frío toda la noche. Le hice un té y le pregunté su nombre. Me fijé en un anuncio al otro lado de la calle y le pregunté:

—¿No es esa tu imagen en aquel anuncio?

—Así es. Soy la protagonista de esa comedia musical.

La invité a regresar aquella misma tarde antes de la matiné. Aceptó con una condición:

—No me pida que vaya a confesarme.

—Te prometo que no te pediré que te confieses.

—Quiero que me prometa sinceramente que no me pedirá que me confiese.

—Sinceramente te prometo que no te pediré que te confieses.

Aquella tarde, antes de la matiné, volvió. Le dije que teníamos unos cuadros de Rembrandt y Van Dyck en la iglesia:

—¿Te gustaría verlos?

Mientras caminábamos por el pasillo del costado, pasamos por un confesionario. Le di un pequeño empujón. No le pedí que friera, pues había hecho una promesa. Dos años después le puse el velo en un convento de Londres, donde sigue hasta el día de hoy.

El Sr. Louis Budenz era el editor del periódico comunista *Daily Worker* en la ciudad de Nueva York. Había estado escribiendo una serie de artículos en los que me atacaba.

Muchos de los artículos hacían preguntas retóricas. Contesté todas ellas en un libro titulado «El comunismo contesta las preguntas de un comunista»; pero no con mis palabras, sino con citas de Marx o Lenin. Cuando Budenz me citaba en la plaza Unión Square, de Nueva York, muchos usaban mis panfletos para refutarlo. Pero al poco tiempo de la publicación del panfleto, pidió verme. No supe hasta muchos años después que el Comité Central de los Comunistas le había pedido que me contactara para intentar llevarme a su causa.

La conversación en la cena comenzó con sus palabras:

—Le diré qué tenemos en contra de usted; usted no cree que Rusia sea una democracia.

—¿Cómo puede decir que Rusia es una democracia a la luz de los artículos 118 a 124 de la Constitución Soviética?

—¿Qué dicen esos artículos?

Le dije que no estaba interesado en discutir sobre el comunismo; quería discutir sobre su alma. Pasaron seis o siete años. Me escribió y pidió verme de nuevo. Así volvió a la Fe. Sólo hace muy poco me enteré por la señora Budenz que él no permitía ninguna radio encendida en la casa cuando pasaban mis programas; tanto me detestaba. Al tiempo ella le preguntó por qué había decidido contactarme, ya que siempre había sido tan hostil. Su respuesta fue: «Me dijo que estaba interesado en mi alma».

Debía darle el curso de formación con cautela. Solía ir por las noches hasta su casa en Westchester y me sentaba a su mesa con su esposa. Ella se había graduado en la Universidad de Pittsburgh y también estaba dispuesta a formarse. Esto continuó por varios meses y transcurrió en el secreto más absoluto. Luego llegó la noche de su ingreso en la Iglesia y las vísperas de su Comunión. Alrededor de las siete, esa noche, mandé a avisar a la Prensa Asociada que Louis Budenz había sido recibido en la Iglesia. Un poco tiempo después, uno de los miembros del partido comunista me llamó y me preguntó:

—¿Es cierto que Louis Budenz es miembro de la Iglesia Católica?

—No me diga: ¿el *Daily Worker* por fin está interesado en la verdad?

La respuesta que me dio no se encuentra en ningún libro de oraciones.

A la mañana siguiente, Budenz, su esposa y su hija fueron a la Catedral de San Patricio. Cabe mencionar que la conversión de Louis Budenz tomó al partido comunista por sorpresa, a tal punto que el título de portada del *Daily Worker* puso su nombre como editor principal el día de su llegada a Cristo.

En otro incidente histórico sobre las almas de Dios, recuerdo una visita sorpresa que un día me hizo un alemán. Me contó que había luchado con su ejército en la Primera Guerra Mundial y que, durante un duro bombardeo, había saltado de trinchera en trinchera para escapar. Inmediatamente después de saltar de una de ellas, explotó una bomba en la trinchera de la que acababa de salir. Muchos de sus compañeros eran católicos y rezaban el rosario. Tantas veces los había escuchado que se sabía la oración de memoria. Le había prometido a Dios que se haría católico si sobrevivía a la guerra. Por eso me visitaba. Luego de recibir formación, fue profesor en una de nuestras universidades.

Confesando en una iglesia en las vísperas del primer viernes de mes, una joven entró y me dijo:

—No he venido a confesarme; sólo estoy aquí para perder el tiempo.

—¿Y cuánto tiempo deseas perder? —le pregunté.

—Unos cinco minutos.

Le pregunté a quién quería engañar, además de a Dios.

—A mi madre —me respondió—. Ella cree que me estoy confesando. Está esperándome afuera.

Le pregunté si acaso temía pasar por una confesión y me dijo que sí. Entonces le dije:

—Bueno, quizás si pudiéramos vemos, yo podría hacer la confesión por ti. ¿Me dejas levantar el velo que nos separa y encender la luz?

Accedió. Observé:

—Eres una prostituta.

—Sí.

—Bueno, esa es tu confesión, ¿no es cierto?

—No —me dijo—. Hay algo más.

Le rogué y le supliqué durante veinte minutos que me lo dijera; pero no hubo caso. Le pedí entonces que se arrodillase en los bancos frente al Santísimo por unos minutos, antes de irse. Me dijo que lo pensaría.

Al salir de la iglesia, me la encontré en los escalones. Le rogué nuevamente, durante media hora, que me contase por qué no quería acercarse a los sacramentos.

—Está bien —me dijo por fin—. Le contaré y luego me iré. Porque me han arrestado y me llevaron al hogar de las Hermanas del Buen Pastor. Prometí al diablo que haría nueve comuniones sacrílegas si me sacaba de ese lugar. Al noveno día me escapé.

Con esto, se fue. Cuando volví esa noche para confesar, le pedí a todos los penitentes que rezaran un rosario por la conversión de un pecador. Todos accedieron, excepto uno. Terminé de confesar a las nueve de la noche, fui a los bancos que están frente al Santísimo y me quedé arrodillado hasta la madrugada, orando. A esa hora se abrió la puerta principal. No me animé a mirar atrás; temía que fuera la policía preocupada por las luces encendidas de una iglesia después de medianoche. Era la joven, que se dirigió directamente al confesionario a hacer las paces con Dios.

Trabajando en una parroquia en Nueva York conocida como «Hell's Kitchen] «La cocina del infierno] recuerdo a dos niñas que entraron a la casa parroquial con nuevas noticias:

—Kitty está enferma.

Pregunté por más detalles. Las niñas estaban sorprendidas:

—¿Nunca has oído hablar de Kitty? Todo el mundo conoce a Kitty.

La dirección era por el río Hudson, en un quinto piso. Como me habían dicho que estaba muy enferma, llevé el viático conmigo, así como los Sagrados Oleos. Cuando llegué, entré a una de las habitaciones más sucias que alguna vez había visto. Allí estaba una muchacha de unos veintiún o veintidós años. Había papeles y comida tirada por el suelo.

—¿Tú eres Kitty?

—Sí, todo el mundo me conoce.

Le pregunté por su condición física y por su condición espiritual.

Respecto a la última, me dijo:

—No puedo ir a confesarme porque soy la peor chica de Nueva York.

—Eso no puede ser —le aseguré yo—. La peor chica de Nueva York dice que ella es la mejor chica de Nueva York.

No comprendió la paradoja. Estuve rogándole durante media hora que se confesara, y al final accedió. Su madre, que aguardaba afuera, y una amiga suya llamada Anne, entraron al terminar. En aquel momento, Kitty comenzó a perder la conciencia. Me contó que su marido solía golpearla si no llevaba dinero suficiente. Ella trabajaba en la calle.

Un veneno que el marido le había administrado le afectaba el cerebro; tenía la impresión de ir perdiendo los sentidos. Y por eso decía cosas como «Toma, Anne, es mi oído, consérvalo cuando yo ya no esté», ¡»Mamá! Aquí tienes mi ojo» y «Papá, este es mi otro ojo; es para ti». Inmediatamente comencé a administrar la Unción de los

Enfermos y se recuperó rápidamente. Le dije:

—Kitty, has vuelto al mundo.

—Sí —me respondió—. Para demostrar que puedo ser buena.

A partir de aquel momento comenzó a trabajar para ayudar a la misma gente con la que había estado en las calles. Cada sábado, al confesar en la parroquia, siempre llegaba alguien que decía: «Padre, soy el chico de quien Kitty le habló» o «Padre, soy la chica de quien Kitty le habló».

Una noche, Kitty vino a la casa parroquial, sin aliento:

—Vengo con una chica que ha cometido asesinato.

—¿Dónde está? —le pregunté.

—En la iglesia.

—Pero la iglesia está cerrada.

—Bueno, entonces debe estar al frente, en las escaleras.

Me pasó el nombre y fui hacia donde estaba. Pretendiendo no saber nada acerca de lo que inquietaba su conciencia, simplemente le conté historias de la misericordia de Dios. Fueron suficientes para que el Buen Dios vertiera la gracia en su alma. Luego hizo una confesión. Kitty continuó con su labor apostólica durante todo el tiempo que estuve en la parroquia y mucho más.

Mientras enseñaba en la Universidad Católica, solía recibir cartas casi todas las semanas de una baronesa en Nueva York. Su nombre estaba escrito con letras grandes en el sobre. En cada carta, me invitaba a cenar. Yo me había puesto la regla de no asistir a compromisos sociales. Cuanto más conocido se hace uno en el mundo, más hay que alejarse de él. De cualquier manera, luego de que rechacé estas invitaciones, me escribió para contarme que estaba interesada en volverse católica.

Así, cada fin de semana comencé a ir desde Washington para darle formación. A la quinta visita, quiso saber:

—¿Me enseñará cosas todas las veces que venga?

—Sí.

—Yo no tengo dinero.

—No la estoy formando por su dinero —le respondí—. Sólo me interesa su alma.

—Esto no es de oro —me dijo señalando un brazalete que tenía en la muñeca—; está bañado en oro. Y este collar que tengo aquí, tampoco; son caracolas bañadas en oro.

Probablemente era su manera de decirme que no tenía dinero.

Cuando la formación llegó a su fin, fue recibida en la Iglesia. Ese verano me invitó a visitarla en París. Fui con un sacerdote amigo. Ella vivía en un castillo que había pertenecido alguna vez a Luis XV a unos veinticinco kilómetros de París. Era un impresionante edificio rodeado por una fosa y con ciervos en el parque. Era muy anciana cuando se convirtió y tuve el honor de atender su alma con sacramentos y oración en su muerte.

No todas las almas permanecen fieles a la gracia. Nuestro Señor dijo en la parábola de las semillas que caen entre las piedras del camino: «A veces la gracia no da frutos de perseverancia». Uno que estuvo muy cerca, y espero que algún día encuentre al gracia, fue un Sr. G. en París, un mercader de diamantes. Yo había ido a París desde Lovaina a predicar el primer domingo de febrero. Me hospedaba en un pequeño hotel cerca del Opéra-Comique. En el vestíbulo había un inglés tocando el piano.

Lo invité a cenar esa noche. Y me reconoció una cosa:

—Nunca había conocido a un sacerdote.

—Bueno —le dije—, somos como cualquier persona. Si me pinchas, saltaré de dolor.

Fuimos a un restaurante cerca del hotel y durante la cena me preguntó si los sacerdotes acostumbrábamos a responder cuestiones morales.

Su cuestión moral era la siguiente: «Nunca he conocido un buen hombre o una buena mujer en mi vida». Le agradecí el cumplimiento y luego él me dijo:

—El pasado 11 de enero, en una mesa por aquí, había una mujer intentando romper un cubo de azúcar para su café. Como no podía hacerlo, lo hice por ella. Allí me contó lo cruel

que era su marido con ella. La invité a vivir conmigo, y lo hizo. Suelo cansarme de esta clase de mujeres al año, así que esta mañana tomé todas sus ropas y se las dejé al conserje. Anticipó mis movimientos y me dejó esta nota.

Me la mostró; la nota decía: «Querido: Si te niegas a seguir viviendo conmigo hasta el 11 de enero, me tiraré al Sena». Este hombre me preguntó:

—¿Puedo seguir con ella para prevenir el suicidio?

—No —le respondí—. No puedes hacer el mal esperando que salga un bien de él; y, además, ella no se suicidará.

Luego de cenar, se ofreció a caminar conmigo hacia el hotel, pero yo le dije:

—No volveré al hotel; voy hacia Montmartre.

—Justo que estaba comenzando a pensar que estabas en tu sano juicio... Y ahora me dices que te irás a ese antro de París.

—Sí, pero hay algo más en esa colina, además de bares de mala muerte. Allí se encuentra la Basílica del Sagrado Corazón, donde se hace adoración al Santísimo Sacramento día y noche desde hace más de cincuenta años.

Le rogué que me acompañara. Se negó al principio, pero luego cedió; probablemente por curiosidad.

De camino a Montmartre, en el metro, le dije:

—Tengo mil y una razones para creer que Cristo está presente en el altar esta noche. Tú en cambio tienes una: porque yo te lo digo. Habrá al menos unos mil hombres en adoración durante la noche. Son hombres buenos. Si tienen esposas, son mujeres buenas; si tienen hijos, son buenos muchachos y buenas muchachas. En verdad *hay* buenas personas en el mundo.

De hecho, cuando entramos, reconocí en el primer banco a Jacques Maritain, el filósofo, y también al príncipe rumano Vladimir.

—¿Qué hago? ¿Me quedo de pie, me siento, me arrodillo?

—Como quieras —le respondí.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Bueno, yo pienso quedarme hasta que salga el sol. Pero me iré cuando así lo quieras.

No se movió en ningún momento y a la mañana siguiente ofrecí Misa en la Basílica.

Mientras descendíamos por la colina, me preguntó si me quedaría en París unos días más para enseñarle a ser bueno. Le prometí que nos veríamos esa noche en su departamento. A la hora designada, apareció en el patio con otra mujer, no la misma que había mencionado la noche anterior. No sabía hablar inglés y él hablaba poco francés. Me

dijo:

—Los tres iremos a cenar.

—No —le dije yo, y haciendo un juego de palabras con la palabra francesa para multitud, que es *foule*, continué—. Dos es compañía; tres son un *foule*. Además, yo había arreglado con el Sr. G. y quiero verlo a solas.

Me lo llevé a un lado y le dejé en claro:

—Esta noche sales con esa mujer o conmigo.

Se tomó un tiempo para pensarlo y luego me dijo:

—Bueno, padre, creo que saldré con ella.

Dos años después me lo encontré por las calles de Bruselas. El no me reconoció.

Estaba con otra mujer (no ésta del patio). Siempre he tenido
inspiración que recibió la noche de la adoración salvara su

la esperanza
de
que la buena
alma.

Estaba dando unos cursos de Cuaresma en la iglesia Paulina de
una joven se acercó a la casa parroquial con un desafío:

Nueva York.
Luego del curso,

—Soy atea; ¿qué puede hacer al respecto?

—Te apuesto a que no puedes darme tres argumentos sólidos para sostener el ateísmo;
si puedes, encontraré tres respuestas en un libro escrito hace setecientos años.

No pudo darme los tres argumentos.

—Deberías saberlos —la reprendí.

Y allí nomás comenzamos el curso de formación. Duró aproximadamente un año. En
Pascua le di la Primera Comunión en San Patricio. Seis semanas después, la llamé por
teléfono:

—¿Estás yendo a Misa todos los domingos?

—Sí, voy a Misa todos los días —me contestó.

—¿Y comulgas?

—No.

—Eso es por algo. ¿Estás con un hombre casado?

—Sí —admitió.

Esa misma noche me los encontré a los dos en el hotel Waldorf-Astoria. Mientras él se adelantaba, ella me dijo:

—Me casaré con este hombre ante un juez de paz, ya que no puede casarse. Es judío y una persona muy conocida en teatro. Mañana nos vamos de luna de miel y viajaremos por todo el mundo.

—L. —le dije—, nunca serás feliz.

—Sí, puede ser que no —fueron sus últimas palabras.

Todos los Viernes Santos, al predicar la Pasión de Cristo en la Catedral de San Patricio, veía a esta mujer bajo el púlpito, de pie durante toda la celebración. Un día le dije:

—¿Eres feliz?

—Sí, podría serlo —me dijo, y apuntando a un crucifijo agregó—. De no ser por El.

Alrededor de un año después, me preguntó si podía enseñar el catecismo a su marido.

Él había estado casado antes con una judía. Si formaba parte de la Iglesia, podría obtener Privilegio Paulino[34], Al principio me mostré reacio a la idea, pero luego la llevé a cabo y este hombre probó ser uno de los mejores amigos de mi vida. La capilla en mi residencia fue diseñada por él; un monumento a su habilidad y a su fe. Solicitamos a Roma la validación del matrimonio, a partir del Privilegio Paulino. Al tiempo la recibimos. Entonces, él la llamó por teléfono a ella, que estaba en una hacienda en Wyoming, para que volviera y así casarse por Iglesia.

—Lo siento —fue su respuesta—. Quiero el divorcio. Me casaré con un vaquero.

Se casó en efecto con un vaquero que trabajaba en un campo unos tres o cuatro meses al año y vivía a unos cuatro o cinco kilómetros del camino transitable más cercano. Mi amigo quedó destrozado con esto y renunció a cientos de miles de dólares en el teatro para irse a vivir a Arizona a andar a caballo y a olvidar sus tribulaciones. Una vez que le di la comunión una noche de Navidad en la iglesia del Santísimo Sacramento en Nueva York, vi cómo se derramaban lágrimas por sus mejillas. Luego de la Misa me trajo un pequeño crucifijo de oro y me dijo:

—Ésta era la alianza que me había dado L. cuando nos casamos; le dije que nunca me lo quitaría. Pero cuando la llamé a Wyoming y me dio la noticia, vi que tenía el anillo en mi mano. Lo había convertido en cruz. Éste fue el regalo que ella me hizo: el don de la Fe y la cruz de Cristo.

Había pasado por su segundo matrimonio y por su segundo fracaso. Yo lo animé:

—Todavía eres libre para casarte. Ya que no has tenido suerte en elegir a una mujer, quizás me deberías dejar elegir a mí a alguien que crea conveniente para ti.

Sin embargo, no hizo caso a mi propuesta y se casó con una actriz que también se

convirtió; yo celebré su matrimonio. Su esposa se volvió alcohólica con el tiempo y él pasó el resto de su vida solo, siempre amable, fiel y dedicado con devoción a la Iglesia. Dios me concedió la gracia de asistir a su funeral.

Unos pocos años después, recibí una llamada de L., en la que me contó que abandonaba al vaquero y que quería volver a la Iglesia. Hasta el día de hoy, sigue siendo fiel. Como dice Agustín: «Tarde te amé, oh Belleza, siempre antigua, siempre nueva. Tarde te amé».

Un joyero judío de Nueva York al que conocía desde hacía veinticinco años o más siempre se mostraba muy amable conmigo. Cada vez que le pedía el precio de algo, me decía: «Esto a mí me costó...» y luego lo comprobaba en su archivador; ese era el precio que me pasaba. Un año en que viajó a Europa, mientras navegaba por el mar, sentado en la mesa del capitán, le mandé un cablegrama que decía: «Esto me costó 7.87 dólares».

Me contó que casi murió de risa al leerlo.

Un día me llamó por teléfono y me dijo:

—¿Le gustaría tener unos cuantos crucifijos de plata?

Fui a verlo y en una pequeña bolsa tenía varios crucifijos de plata, de unos diez centímetros de largo. Le pregunté:

—¿Dónde los has obtenido?

—De las Hermanas —me dijo—. Vinieron a verme y me dijeron que no los utilizarían más; que usarlos los separaba del mundo. Querían saber cuánto les daría por ellos. Los sopesé como treinta monedas de plata. ¿Qué ocurre con su Iglesia?

—¡Simplemente eso! El desprecio por Cristo y su Cruz la hace mundana.

Estas palabras se volvieron el canal por el cual el Espíritu trabajó su alma. Le expliqué el precio de la Redención, la sangre de Cristo; él abrazó la Fe y murió en ella.

En la parroquia donde trabajé los primeros días de mi sacerdocio, llevé a cabo un censo. En lugar de tocar sólo la puerta de los católicos, fui a visitar cada una de las casas de esta parroquia sumida en la pobreza. En una casa bastante venida a menos, conocí a una anciana que me contó que de joven había sido católica. Me invitó a entrar y mientras yo la urgía a volver a la Iglesia, apareció su hijo por la puerta de atrás. Evidentemente, por las ropas que llevaba, era mecánico. Llevaba una llave inglesa en la mano. Me vio sentado y me la lanzó por la cabeza. Tuve que hacer un movimiento rápido para esquivarla.

Luego se sentó en las escaleras y llamó a su esposa. Ambos estaban frente a mí y él me dijo:

—Mira lo que ha traído la marea.

—Me gustaría hacer una consulta o dos para saber cuánto me costaría poner un carburador nuevo en un Hudson.

—No conviene hoy un Hudson; ya no los hacen más.

Aun así, insistí en hablar sobre precios, instalación y servicios. Luego de unos quince o veinte minutos, ya era una persona normal. Así que le dije:

—Buen hombre, yo no tengo un Hudson; no estoy interesado en reparar un viejo automóvil.

—¿Por qué, entonces, me ha dicho que tiene un Hudson?

—Nunca dije eso; sólo pregunté cuánto me costaría un carburador nuevo para un Hudson. Quise hablar sobre esto sólo para demostrar que puedes ser una buena persona.

Todos, con el tiempo, se hicieron miembros devotos de la parroquia.

Un sacerdote me contó que había recibido una donación de diez mil dólares para construir un santuario a Nuestra Señora. Le expresé mi sorpresa de que pudiera existir esa cantidad de dinero en toda la parroquia. Me dijo: «Bueno, la donación la ha hecho tal y cual señora». Pasé por las calles indicadas y no había manera de que cualquiera de las casas valiera esa suma. Pregunté de nuevo cómo se habría conseguido tanto dinero. El sacerdote me dijo:

—Su hermano era un ladrón de bancos y probablemente nos ha dado este dinero en reparación por su alma.

Le pregunté si había intentado recuperar al ladrón para la Iglesia, pero me dijo que no.

Aquella tarde, llamé a la mujer y a su hermano. Los fui a visitar. El estaba sentado en un sillón, era un anciano de buena presencia, de buen semblante y de cabellos bien blancos. Le dije:

—¿Hace cuánto tiempo que no se confiesa?

—Setenta años.

—¿No será tiempo de hacer las paces con Dios?

—No —me respondió—. Eso sería cobardía. ¿Acaso no me conoce? He robado bancos y oficinas postales en sumas que ascienden a un cuarto de millón de dólares. Pasé más de treinta años en la cárcel y he matado a dos personas. ¿Por qué debería, ahora al final de mi vida, ser un cobarde y pedirle a Dios que me perdone?

—Bueno —le dije—, veamos si es tan valiente mañana a la mañana, cuando venga a las ocho. No estaré solo. Vendré con el Buen Dios y con el Santísimo Sacramento. Estoy seguro de que no podrá ignorarnos.

Cuando regresé, me abrió la puerta e hizo su confesión. Luego comulgó; y esto terminó siendo su viático, pues al día siguiente murió. No fue el primer ladrón a quien el Señor salvó en su último día.

Entre las almas que he tratado en mis días de «retiro», hay dos que estaban asociadas a la ópera. Una era cantante; la otra, instructora de canto. Cuando vino ésta última por primera vez, me dijo que no se sentía segura de volver a la Iglesia. Comenzó con una

condición. Me dijo:

—Sólo hay una cosa de la que no quiero que me hable. Porque de ser así, estaré mal predispuesta con la Iglesia. Esa cosa es el crucifijo.

—Muy bien —le dije yo—. Comenzaremos hablando del crucifijo, entonces, puesto que no lo comprendes; de otro modo, lo amarías.

Una vez recibida en la Iglesia, solía quedarse entre los bastidores del teatro Metropolitan con un crucifijo en la mano, y se lo ofrecía a todos quienes sentían miedo de salir al escenario. Los alentaba y ahora muchos de ellos lo llevan también.

En conclusión, que nadie se haga una falsa impresión de mí y me otorgue un crédito no merecido por ser un «convertidor». Como he dicho antes, así como un niño con un soldadito de plomo no puede hacer un soldado de carne y hueso, tampoco yo, por mí mismo, puedo hacer un cristiano. Soy sólo el portero que abre la puerta; es el Señor quien pasa y hace la carpintería y la manipostería y las reparaciones en el interior de las personas. Yo me he limitado a narrar los casos en los que me ha ido bien como portero. No mencioné aquellos en los que fracasé ni los que vinieron y luego se fueron, ni las ocasiones en las que pude haber acercado a más gente a la Luz y no lo hice.

Antes, las almas se acercaban a creer en Dios por el orden del universo. Hoy se acercan por el desorden de su interior. No es tanto la belleza de la creación sino la desarmonía de los corazones lo que hace que busquen reposar en Cristo. Muchas veces, lo que parece ser una objeción doctrinal es en realidad una objeción moral. La mayoría de las personas no tiene problemas con el Credo, pero sí con los mandamientos; no tanto con lo que la Iglesia enseña, pero sí con el comportamiento que la Iglesia nos pide.

Recuerdo a una azafata en un vuelo internacional que comenzó a recibir formación. Cuando llegamos al tema de la confesión y de los pecados, dijo que ya no podía continuar. Le rogué que se quedara una hora más y que, si aún así no podía continuar, podría irse. Al final de la segunda hora acerca del mismo tema, se puso casi violenta y gritó:

—Nunca me uniré a la Iglesia ahora que he escuchado acerca de confesar los pecados.

—No es proporcional lo que has escuchado y la manera en que has reaccionado. ¿Acaso has abortado?

Hundió su cabeza llena de vergüenza y admitió que sí. Esta era su dificultad; *no* el sacramento de la Penitencia. Con el tiempo se convirtió y bautizó a su primera hija. La experiencia me dicta que siempre es bueno no prestar atención a *qué* dicen las personas; más bien a *por qué* las dicen. Muchas veces caemos en una racionalización del modo como viven.

EL CONCILIO VATICANO II

En los casi dos mil años de historia de la Iglesia, el Concilio Vaticano II fue sólo el 21.º Convocado. Haber estado presente y participado fue una de las grandes bendiciones que el Señor me ha concedido. El primer Concilio Ecuménico tuvo lugar en Nicea, ahora parte de Turquía, en el año 325, y sólo participaron 318 personas. El previo a este último, el Concilio Vaticano I, fue hace más de cien años. Un concilio ecuménico o general es una asamblea solemne de obispos de todo el mundo, a quienes el Papa convoca para

considerar y decidir, bajo la autoridad del Vicario de Cristo, cuestiones que tienen que ver con toda la Cristiandad. En el discurso que el papa Juan XXIII dio en las vísperas de la inauguración del Concilio, el 11 de octubre de 1962, dijo: «Este inminente Concilio, dado el número y la variedad de todos los que participarán, será evidentemente el más grande que la Iglesia haya convocado hasta ahora». En otros concilios, los miembros eran en su mayoría europeos o del área del Mediterráneo, pero a éste acudieron obispos de todo el mundo a unir sus pies en el polvo de la tumba de san Pedro.

Al Concilio Vaticano I de 1870 asistieron sólo 737 personas en la sesión inaugural; se llevó a cabo en el transepto derecho de la Basílica de San Pedro, que se había cerrado para tal ocasión. Al Concilio Vaticano II llegaron unos 2600 obispos que, junto con teólogos y consultores expertos, y con representantes de otras confesiones religiosas, sumaban unas tres mil personas. Los Padres del Concilio -así los llamaban- se sentaban en ambos lados de la nave principal de la Basílica, en diez filas de bancos. Debido a que estaban vestidos con túnicas, cualquiera que pasara podía ver una cascada de color de unos cien metros que se extendía desde las puertas interiores de la Basílica hasta la tumba de san Pedro bajo la cúpula.

Se aprovecharon todas las ventajas de la era electrónica. A veces las pequeñas iglesias tienen dificultades con los altavoces; pero no había lugar en la toda la basílica donde la voz del parlante no se oyera. Teléfonos, máquinas de escribir, máquinas electrónicas para contar los votos, habitaciones para la prensa con secciones de distintos idiomas, estudios de radio y televisión... Todo el mundo acudió a la Iglesia mientras ella se preparaba para salir al mundo.

Todas las sesiones generales del concilio comenzaban a las nueve en punto de la mañana, excepto los sábados y domingos. Se ofrecía la Eucaristía al comenzar el día y se leía en diferentes ritos, es decir que había coros no latinos, coros peculiares provenientes de todas partes del mundo. Luego de la Misa, se llevaba por la nave central un Nuevo Testamento del Siglo XV al altar principal, y se entronizaba de manera solemne en un lugar de honor. En ese momento todos los obispos entonaban el Credo y oraban: uno de los eventos más conmovedores del Concilio Vaticano. En un mundo dividido por una diversidad de credos, esto significaba una afirmación diaria en la fe a través de los siglos.

El idioma oficial del Concilio era el latín. Todos los documentos estaban escritos en latín y todos los discursos se pronunciaban en latín, aunque había diferencias en los sonidos y en los acentos (otra cosa para culpar a los albañiles de Babel). Se redactaban y enviaban documentos a los Padres del Concilio todos los días. Una de las maravillas no muy recordadas del Concilio fue la prensa: ésta era capaz de publicar estos documentos muy rápidamente y en gran volumen, sin siquiera incurrir en un error de imprenta. El material que se presentaba para debate había sido preparado por comisiones especiales antes del Concilio. Tuve el honor de haber sido asignado a una comisión preconiliar, específicamente, la Comisión de Acción Católica. Recuerdo que muchos de los miembros de esta comisión estaban ansiosos por incluir un capítulo acerca del turismo. Yo era el único que no veía un gran valor en tal capítulo, a menos que sirviera para hacer acordar a los fieles de la asistencia a Misa los domingos en los días de precepto. Para convencerme, el cardenal que estaba a cargo me trajo un día una lista de los discursos del papa Pío XI. Me indicó que se había dirigido a los grupos turísticos cuatro veces. Si el Pontífice había pensado que tal cuestión era tan importante, ¿por qué yo no? Esa noche me llevé a casa todos los discursos que el Papa había dirigido a otros grupos y descubrí que había hablado a los urólogos unas cinco veces. Al día siguiente, sostuve que como el Santo Padre se había dirigido más veces a los urólogos que al turismo, deberíamos incluir un capítulo sobre la urología. Estoy seguro de que fue la única vez en la que hubo una defensa de los

urólogos en latín en un concilio. Se recordará también que nunca apareció un capítulo acerca del turismo en ningún documento.

Más tarde, el Santo Padre me asignó una tarea que me resultó mucho más familiar: fui asignado a la Comisión Conciliar sobre las Misiones. Rogué ante la comisión que la Congregación para la Propagación de la Fe cambiara su nombre, ya que la palabra «propaganda», en latín, tenía una connotación negativa. Mi sugerencia fue rechazada debido a que no respetaba el nombre de una congregación centenaria. Fue interesante observar, no obstante, que luego del Concilio -y ciertamente no porque yo lo hubiera dicho- la Congregación cambió el nombre a Congregación para la Evangelización de los Pueblos.

A los obispos les pedían que escribieran recomendaciones antes del Concilio y yo envié varios documentos en latín sobre las misiones. Me pregunto si no fui el único Padre Conciliar que, antes del Concilio, pidió que se incluyera un capítulo dedicado a las mujeres. Tenía la firme convicción de que el principio femenino, en región, había sido descuidado. Muchas religiones del mundo también lo habían hecho, y estábamos viviendo en una época en la que las mujeres ya se vallan por sí mismas. Aun pienso que esto sería importante... ¡Ciertamente más importante que el turismo!

En el Concilio mismo había una Libertad de prensa total; las únicas restricciones eran que los discursos debían ser en latín, no debían durar más de diez minutos y debían ser relevantes al objeto del debate. Si no se respetaba alguna de estas restricciones, el cardenal Felice, quien presidía las sesiones y quien podía decir cualquier cosa en latín (y bien), hacía sonar un timbre. Muchos oradores recibían estas palabras: «*Habe excusatum, Pater, sed tempus elapsedum est*» (Disculpe, Padre, su tiempo se ha acabado). O «*Non pertinent ad rem*» (Se está alejando de la cuestión). Creo que yo fui el único orador del Concilio al que le permitieron excederse en el tiempo. Esto se debió a que fui el último en hablar acerca de las misiones. Para poder hablar, había que hacer la solicitud al cardenal Felice al menos tres días antes. Dos veces me dijeron que me llamarían a hablar, pero no lo hicieron. Al tercer día, el cardenal Agagianian, quien presidía la Congregación para la Propagación de la Fe, le pidió al cardenal Felice que abreviara los procedimientos justo antes de mi turno para hablar. Por qué lo hizo, escapa a mi conocimiento. Sí sé que el cardenal Felice le dijo: «Sheen hablará». Y Sheen lo hizo; el informe puede encontrarse en el Diario del Concilio, Vaticano II, Sesión 3, páginas 233 y 234 (Conferencias de los Obispos, Washington D.C.).

Durante el Concilio, que fue desde octubre de 1962 hasta el 8 de diciembre de 1965, hubo 168 sesiones generales y 10 plenarias. Se redactaron 147 informes y se dieron 2212 discursos. Algunos de ellos eran seguidos por aplausos, algo que los Padres permitieron.

Yo solía estar en mi lugar bien temprano cada mañana en el Concilio y siempre estaba interesado, más que nada, en aquellos que habían sufrido por la Iglesia. Me enorgullecí ver a Thomas Quinlan, obispo Columbaniano de Corea; un general estadounidense contaba que en la guerra siempre se veía a este obispo cargando a un hombre en la espalda. Hubo 49 obispos de países comunistas con permiso de asistir al Concilio. La mayoría provenía de Polonia y de Yugoslavia; otros, de Cuba, Hungría, Checoslovaquia, Bulgaria y Alemania del Este. Sólo uno de los tres cardenales cuyas naciones estaban bajo la Unión Soviética estuvo presente: el cardenal Wyszyński, el Primado de Polonia, Arzobispo de Varsovia. Uno de estos obispos, yugoslavo, llamaba poderosamente la atención debido a que le habían echado gasolina en el rostro y lo habían prendido fuego. Físicamente parecía un fantasma viviente. Pero la mayoría de nosotros, que proveníamos de los prósperos países de Occidente (y de otras partes del mundo también), encontramos la mejor inspiración en

estos mártires secos que murieron miles de muertes por la Fe. Todos ellos fueron representados en el Concilio.

Cada una de las cuestiones importantes debatidas en el Concilio -trece en total- era introducida por un *relator*. A cada miembro se le permitía presentar verbalmente y por escrito (en latín) observaciones con cambios y sugerencias. Estas eran las «intervenciones», que iban de comisión en comisión hasta llegar, en última instancia, a la comisión teológica. Durante el curso de todo el Concilio hubo 4361 intervenciones. Las tarjetas de votación tenían tres opciones: *placet* (sí), *nonplacet* (no) y *juxta modum* (con reservas). A modo de ejemplo, he aquí la tarjeta de la votación acerca del Decreto sobre la Vida Religiosa. Luego de las discusiones y debates preliminares, y de la presentación de *modi*, la votación fue la siguiente:

CON

ARTICULOS PRESENTES SI NO					INVALIDOS
RESERVAS					
1-3	1955	871	77	1005	2
4	1960	1049	64	845	2
5-6	1949	883	77	987	2
7-10	1950	907	66	975	2
11-13	1946	940	56	947	3
14	1844	1676	65	103	0
15-17	2122	1833	63	226	0
18-19	2117	1936	50	131	0
20	2112	1639	50	419	4

Hubo muchas votaciones más después y, finalmente, tras las discusiones y debates, la votación solemne, jurídica y decisiva tuvo lugar con 2321 Padres presentes, con 2317 «Sí» y 4 «No» (hubo cuatro que votaron en contra de todos los capítulos, porque creían que este Concilio Vaticano no debía llevarse a cabo).

Un aspecto del Concilio al que muy raramente han hecho referencia es el buen sentido del humor. La cantidad de buen humor que uno recibe del mundo es conforme al tamaño del mundo en el que vive. Los materialistas sólo tienen este universo como materia prima para armar sus bromas. No sucede lo mismo con los 2500 obispos, que usan el tiempo sólo en vistas a la eternidad y, por lo tanto, viven en los cielos (por la esperanza) tanto como en la tierra. Hay muchísima materia prima para el buen humor cuando uno espera otra vida además de ésta; no hay «carga» que se tome al mundo tan seriamente. En el

Concilio, esto se manifestó en varias caracterizaciones impresas y dichas en las sesiones. Por ejemplo, el cardenal Ottaviani tenía como lema *Semper Idem* (Siempre igual). Debido a que en general se oponía a los cambios que proponían los Padres, cuentan las historias que una vez pidió un taxi para ir al Concilio, pero el taxista lo llevó hacia Trento, una ciudad del norte de Italia donde se celebró un concilio en el siglo XVI.

Bajo las gradas donde se sentaban unos 1200 obispos, a cada lado de la Basílica, había dos cafés. No pasó mucho tiempo para que les encontraran nombres. Uno de ellos era Bar-Jona, parte del nombre hebreo de san Pedro.

Respecto de la camaradería que prevalecía entre los obispos, un obispo del gran desierto de Australia compuso esta rima al comienzo del Concilio:

Llámenos camaradas, compañeros o amigos,

O incluso «buddies», como en Estados Unidos.

Confiados en el saber y con el privilegio de pertenecer a este ilustre Colegio, estaremos con el Papa siempre reunidos.

El cardenal Suenens, cuando se dirigió al Concilio sobre el tema de las mujeres, inspiró esta cómica reflexión:

Dijo Suenens, en una Congregatio:

«ya estoy cansado de esta Segregatio».

Los Paires son groseros y rudos.

Debería haber mujeres más a menudo.

Aunque de seguro habría alguna admiratio».

Los teólogos y otros expertos -los *Periti*- no tenían permitido mezclarse con los miembros del Concilio. A muchos de ellos se los vio escurrirse en el área restringida, lo que originó unos versos dirigidos al cardenal Felice, para recordar a cada uno su lugar designado:

Nuestro Secretario no ve con simpatía abundante a estos expertos inquietos y ambulantes.

Cree más bien que un Peritus debe quedarse in situ, a no ser que estén enfermos o agonizantes.

El obispo Stephen Leven de la diócesis de San Angelo, Texas, dio un discurso en el Concilio en el cual fue bastante crítico con una cierta nacionalidad. Al día siguiente, circularon los siguientes versos:

Desde Texas el obispo Leven causó gran revuelo.

Seis balas cargó y se plantó para un duelo.

Dijo: «Ya me hicieron enojar».

*Y disparó nomás sin desenfundar, mandando a
numerosos obispos al Cielo.*

El cardenal Cushing de Boston no hablaba seguido, pero cuando lo hacía, levantaba mucho la voz:

*El cardenal Cushing dejó bien en claro que con el
latín no es ningún erudito, pero bien que sabe de
fuertes voces y gritos; el Concilio estalló con sus
palabras sin reparos.*

Con respecto a la vida sagrada y al debate sobre el control de la natalidad, apareció esta estrofa:

*Algunos moralistas prestaron su voz para anunciar que la Píldora sirve estés enfermo o
no.*

*Confiere la habilidad de prohibir la
fertilidad, pero dudamos de que
sea la Voluntad de Dios.*

Finalmente, cuando llegó el momento del fin del Concilio, tuvimos esta última rima del obispo John P. O'Loughlin, que tanto había divertido a los Padres Conciliares:

*Mientras nos marchamos de la Antigua Roma, con orgullo podemos mostrar nuestro
diploma.*

Llegados a esta «sesión finale»

Decimos nosotros: «buon natale» y un «adiós» al aroma del Bar-Joña.

El obispo O'Loughlin es todavía obispo de Darwin, Australia.

El Concilio Vaticano se llevó a cabo en ese momento histórico en el que era necesario marcar el equilibrio entre dos extremos presentes tanto en el mundo como en la Iglesia: *individualismo* y *socialismo*. Por individualismo me refiero al énfasis en el derecho del individuo para bien desarrollar su propia espiritualidad o bien para aumentar su propio capital sin tener en cuenta el bien común. Por socialismo me refiero al acento en el bienestar social sin tener en cuenta la región o la moral del individuo.

Estoy seguro de que muchos sacerdotes han tenido la misma experiencia que tuve yo: antes del Concilio uno casi nunca oía hablar de un pecado contra la justicia social; por ejemplo, pagar un salario vergonzosamente bajo a un campesino o a una empleada del hogar o a un empleado. Luego, bajo el impacto de Marx y el comunismo, se desplazó todo el énfasis al orden social, al cuidado y servicio de los pobres, a la defensa del medio ambiente y al cuidado de los barrios marginales y de los refugiados.

Lo que hizo el Concilio fúe establecer un equilibrio entre estos dos extremos, entre la evangelización y el progreso humano, entre el alma y la sociedad, entre la salvación divina y la liberación humana. Hizo de ambos algo inseparable. El Concilio decidió que debemos engendrar hijos de Dios a través de la evangelización pero sin descuidar el amor fraternal y la sensibilidad que tiene el ser humano por la libertad y la justicia. Por primera vez en la historia de todos los concilios de la Iglesia, hubo un capítulo sobre «El mundo», en donde se remarcó *la unidad de la creación y de la redención*; y la verdad acerca de que la dignidad y la libertad del hombre son inseparables de la salvación. Fue un golpe maestro bajo la inspiración del Espíritu Santo que todos los obispos del mundo se reunieran para ver la nueva dirección que la Iglesia debía tomar (que no era más que la antigua dirección): la salvación cristiana tiene una dimensión terrenal y una dimensión histórica, es decir, la relación del amor a Dios y el amor al prójimo.

Una vez finalizado el Concilio (e incluso antes), los obispos comenzaron a notar los dos extremos que surgían en sus diócesis y entre los sacerdotes, los religiosos y los laicos... Todo por no comprender correctamente la palabra «mundo». Una de las más famosas intervenciones en el Concilio fue de un obispo belga que hizo una distinción muy clara entre el mundo entendido como el universo que Dios creó y que es bueno, y el mundo como un espíritu adverso a la Iglesia y que se guía por la primacía del mundo, la carne y el demonio.

Todos aquellos que estábamos en el Concilio conocíamos el equilibrio que se quería dejar en claro, entre estar *en* el mundo y no ser *del* mundo; pero era muy difícil convencer a cualquiera de los dos extremos -conservadores y mundanos- acerca de cómo combinar lo espiritual y lo social.

El documento sobre «La Iglesia y el mundo» trajo consigo la mentalidad más equilibrada del Concilio. El cardenal Joumet observó que el hombre pertenece a dos sociedades: una espiritual y otra temporal. Agregó que la relación que el hombre tiene con Dios trasciende el orden temporal; un hombre que está en el error en materia de religión *sigue siendo un ser humano* en el orden temporal, y no debe estar coaccionado por la sociedad civil, a menos que sea por el bienestar público.

A pesar de que muchos oradores -el cardenal Silva de Santiago (Chile) y el cardenal Bea, el distinguido jesuita ecumenista- se mostraron disconformes con el latín del documento, los obispos conciliares en general estuvieron de acuerdo con los obispos de Estados Unidos y su acento en la libertad religiosa.

El punto treinta manifiesta con gran claridad el equilibrio entre lo personal y lo social: «La profunda y rápida transformación de la vida exige con suma urgencia que no haya nadie que, por despreocupación frente a la realidad o por pura inercia, se conforme con una ética meramente individualista. El deber de justicia y caridad se cumple cada vez más contribuyendo cada uno al bien común según la propia capacidad y la necesidad ajena, promoviendo y ayudando a las instituciones, así públicas como privadas, que sirven para mejorar las condiciones de vida del hombre [...] La aceptación de las relaciones sociales y su observancia deben ser consideradas por todos como uno de los principales deberes del hombre contemporáneo».

Hoy nadie advierte las muchas cuestiones delicadas que se trataron en este capítulo. Es impresionante que la votación final en ese caso fúe de 2309 votos a favor y sólo 75 en contra. Ninguno de los que asistieron a la sesión final olvidaremos las conmovedoras palabras de Pablo VI cuando describió al hombre moderno como:

[...] el actor trágico de sus propias obras, el hombre como el superhombre de ayer y de hoy, siempre frágil, irreal, egoísta y salvaje; infeliz con él mismo se ríe y llora; el hombre, el versátil actor listo para interpretar cualquier rol; el hombre, el admirador de nada más que de una realidad científica; el hombre tal como es, un ser que piensa y ama y se afana y siempre está esperando algo; el hombre sagrado por la inocencia de su infancia, a causa del misterio de su pobreza, gracias a la dedicación de su sufrimiento, el hombre como individuo y el hombre en la sociedad, el hombre que vive en las glorias del pasado y en los sueños de las del futuro; el hombre pecador y el hombre santo.

Las tensiones que se generaron después del Concilio no nos llaman la atención a quienes conocemos toda la historia de la Iglesia. Es un hecho histórico que cada vez que se produce un derrame del Espíritu Santo en un Concilio General de la Iglesia, se produce una manifestación de fuerza extra diabólica, contraria al Espíritu. Incluso al comienzo, inmediatamente después de Pentecostés y de la venida del Espíritu Santo a los Apóstoles, se inició una persecución y tuvo lugar la muerte de Esteban. Si un Concilio General no provocara cierta turbulencia, uno comenzaría a dudar del papel que la Tercera Persona de la Trinidad ejerce sobre la Asamblea.

Luego de un primer Concilio, hubo varios pseudoconcilios en el mundo cristiano que intentaron restaurar el arrianismo, que en un momento amenazó con inundar la Iglesia. En el Concilio Vaticano II no se puso en tela de juicio un cisma o una herejía, sino más bien la misma Iglesia y el mundo. El mundo cayendo sobre la Iglesia y la Iglesia saliendo al encuentro del mundo. El hombre se estaba volviendo el centro y el punto de referencia de todo; esto era algo que la Iglesia no podía aceptar, ya que es su misión afirmar que existe una intervención divina en el mundo. La Iglesia no podía levantar todos los puentes levadizos, cerrar las puertas, cortar todas las avenidas que la unían con el mundo. La respuesta no se encontraba en aislarse del mundo con un gran anuncio de «PARE» en letras rojas e iluminadas en la plaza San Pedro; tampoco podía la Iglesia responder al mismo desafío que se hizo a su Cabeza en la Cruz: «Que baje ahora de la Cruz y crearemos»... «Que bajen de la creencia en la santidad del matrimonio», «que bajen de la creencia de que la vida es sagrada», «que bajen de lo que creen; la verdad es hacer lo que nos gusta», «bajen de la Cruz del sacrificio y crearemos».

El Concilio Vaticano debía ocuparse de este mundo, y cada uno de los obispos que estuvo presente tuvo en su corazón un sincero amor por el Vicario de Cristo. Ser parte del Concilio, estar en contacto con dos mil obispos de diferentes nacionalidades y culturas y cantar el Credo juntos todas las mañanas fue un Concilio de las Naciones que sonrojaría a las mismas Naciones Unidas por el anhelo de un compromiso semejante.

El Concilio de Trento, que tuvo lugar cuatrocientos años atrás, fue un concilio mediterráneo, latino, europeo. En aquel concilio de 1870 no hubo un solo obispo de África ni de Asia. En el Concilio Vaticano II, el 60% de los obispos provenía de Asia, de África, de Norteamérica y de Sudamérica. Recuerdo cuando comencé mi labor como Director Nacional de la Sociedad para la Propagación de la Fe: sólo había dos obispos africanos nativos. Mientras escribo estas páginas, hay más de 250 y se multiplican cada mes. Por primera vez en la historia de la Iglesia, el polvo de los pies del mundo se mezcló con el de Pedro. Si existe una palabra que surgió del Concilio Vaticano II y que simboliza el cambio... es «mundo».

Aquellos que hayan leído los documentos del Concilio Vaticano II no saben cuánto ha sido el empeño, el cuidado y la dedicación que hubo en cada palabra. Puedo dar fe, por haber estado en muchas comisiones (tanto antes como después del Concilio), de cuánto

debatíamos sobre las palabras latinas para llegar un sentido preciso. Una vez que se preparaba, imprimía y entregaba un capítulo a los Padres Conciliares, los debates continuaban durante meses y meses. Al final, se cerraban los documentos más aceptados por todos, excepto por algunos que votaron en contra, ya sea porque pensaban que nunca debió celebrarse el Concilio o bien porque no se había incluido alguna idea preferencial de ellos.

He aquí un ejemplo. Uno de los obispos más sacrificados de la Iglesia, cuya vida se identifica completamente con los oprimidos, era Helder Camara, de Brasil; él habló con mucho entusiasmo para que nos refiriéramos a la Iglesia como «la Iglesia de los Pobres». Todos escuchamos los argumentos que él y el cardenal Lercaro esgrimieron. La Comisión Teológica estableció una subcomisión especial para estudiar el texto, y la expresión «Iglesia de los Pobres» fue rechazada por su ambigüedad. Uno de los peligros más graves en cualquier debate es tomar un punto de vista simplista y dividir a toda la humanidad en dos clases (ricos y pobres, opresores y oprimidos). Parece tener una aprobación divina, ya que san Pablo escribió: «Porque conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre por ustedes, para que ustedes sean ricos por Su pobreza».

Pero cuando se realizó un estudio del griego en el Nuevo Testamento, descubrieron que en griego hay dos palabras para «pobre». Una es *penes*, que describe a un hombre que tiene que trabajar para ganarse la vida, no tiene ningún excedente y vive con lo justo. La otra palabra griega es *ptochos*, que significa pobreza absoluta y miserable; una pobreza que pone a uno de rodillas, una pobreza que no tiene nada. La primera Bienaventuranza no usa la palabra *ptochos*, sino *penes*, el hombre que no tiene bienes materiales y *por tanto debe depositar toda su confianza en Dios*. Cuando el Señor habló de esta Bienaventuranza, no se refería a que vivir en la miseria es una bendición, o no tener lo suficiente para comer, sino más bien a que es la *pobreza de espíritu* la que garantiza la falta de recursos para obtener el perdón, la misericordia y la absolución. Por eso, en Mateo, sigue la segunda Bienaventuranza, de los que lloran por tener el corazón herido. Bienaventurado es quien sufre intensamente por su pecado, el hombre que tiene el corazón destrozado por darse cuenta de lo que el pecado ha producido en Cristo, y se horroriza por la devastación que ha traído. El texto del Qumrán también usa la expresión «pobre de espíritu», lo que allana todas las dudas acerca de la consideración del Evangelio por los pobres.

Además, los Padres del Concilio Vaticano II, al hablar más tarde de la Virgen María, dijeron: «Ella se destaca entre los pobres y los humildes del Señor que aguardan con confianza y reciben de Él la salvación». Esto definitivamente no significa una liberación de la pobreza material o de la opresión social. Los Padres Conciliares estaban dispuestos a admitir que los pobres (económicamente hablando) tenían una inclinación subjetiva superior al Reino de los Cielos; pero no son los únicos, ya que existen muchos ricos humildes, y también ricos orgullosos, que se resisten a la gracia de Dios. Por lo tanto, los Padres Conciliares resolvieron definir a la Iglesia como el «instrumento visible de Cristo» o el «sacramento universal de salvación». Estaba destinada a ser la Iglesia de todos los hombres o «de los pueblos». «Entre los pueblos», la Iglesia puede tener alguna preferencia, pero no una preferencia exclusiva, y menos aún «optar por una clase»: los pobres, los que viven en la miseria, los abandonados, los destituidos y los huérfanos.

Me pregunto si no ha sido la lectura de los medios de comunicación más que la del Concilio lo que llevó a tantas Hermanas a abandonar el aula para irse a los barrios marginales. Y si no fue la mala interpretación de muchos sacerdotes sobre la distinción de la palabra mundo -como ámbito fundamental de la redención y como espíritu mundano del Anticristo- la que provocó que muchos dejaran de atender sus actividades pastorales y

se abocaran a administrar y a realizar trabajos específicos de los laicos. Se suman además todas las reuniones a las que los obispos comenzaron a convocar a sacerdotes y religiosos, alejándolos de sus deberes e introduciéndolos en largos y estériles diálogos que, en vez de dar luz y calor, generaron humo.

EL LADO LUMINOSO

Soy una persona seria por naturaleza. Pero, por paradójico que parezca, disfruto mucho del humor y de la risa. He tenido varias discusiones con Milton Berle acerca de esto; él me atribuye un sentido del humor que yo nunca creí tener. Quizás pueda haber tenido algunas ocurrencias, pero ciertamente no es un don que Dios me ha dado. Aun así, creo que existe una relación muy estrecha entre el buen humor y la fe. Solemos decir, de aquellos que no tienen sentido del humor, que son «muy densos»; es decir, son tan opacos como una pared. El buen humor, por otro lado, es «ver a través» de un cristal. Los materialistas, los humanistas y los ateos se toman el mundo demasiado en serio porque es el único mundo en el que vivirán. Aquél que tiene fe sabe que su mundo no es el único y por tanto lo puede tomar más a la ligera: «como una baratija que pende de la propia muñeca». Para un ateo, el oro es oro, el agua es agua y el dinero es dinero. Para un creyente, todo lo que hay en este mundo es antesala de otra cosa. Las montañas no han de tomarse en serio. Son manifestaciones del poder de Dios; los atardeceres revelan la Belleza de Dios; incluso la lluvia es una señal de su misericordia. Recuerdo una vez una conversación con el portero de un hotel en Killamey, Irlanda. Al salir por la puerta principal del hotel, yo observé:

—Oh, está lloviendo.

—Usted lo llama lluvia, Padre —me respondió—. Esto es agua bendita que cae del Cielo —dijo mientras se santiguaba.

Todas las parábolas de nuestro Señor son un símbolo de algo eterno. Los camellos, el ojo de una aguja, los remiendos en vestidos viejos, las semillas en el camino, los rayos luminosos, los cielos rojizos... Todo nos recuerda las lecciones espirituales y morales del Reino de Dios. Por eso cada parábola comenzaba: «El Reino de Dios se parece a...». La única cosa que Él de verdad tomó en serio fueron las almas. Ni siquiera tomó en serio la muerte, ya que ella es condición para la vida.

Hace muchos años, cuando yo estaba en radio nacional, un hombre llegó a la Catedral de San Patricio un lunes por la mañana y, sin reconocermme, me dijo:

—Padre, quiero confesarme. Vengo desde Westchester todos los días, siempre con tres amigos... todos protestantes. Me he enojado mucho y he criticado de muy mala manera a ese joven sacerdote que está en la radio, el Dr. Fulton Sheen. Es que no puedo soportarlo. Me hace perder los estribos. Me temo que he escandalizado a estos amigos por la manera en que me refería a un sacerdote. ¿Podría entonces confesarme?

—Buen hombre, no se preocupe —le dije yo—. Hay momentos en mi vida en los que tampoco puedo soportar al Dr. Sheen. Vaya a comulgar y deje la confesión para otro día.

Y así se fue contento.

Di muchos sermones de Adviento en la parroquia del Santísimo Sacramento, en Manhattan. Durante la Segunda Guerra Mundial, una mujer se me acercó antes de la Misa

y me dijo:

—Cada vez que cruzo la calle Broadway para ir a Misa, siento un dolor en el tobillo izquierdo. Es ahí cuando la Virgen me habla y me dice: «Dile a Monseñor Sheen que se dirija ya mismo a Alemania y convierta a Hitler».

—Señora —le respondí—, casualmente cada vez que yo cruzo la calle Broadway, siento un dolor en el tobillo derecho. La Virgen entonces me dice: «No prestes atención a lo que le dije a esa señora por la mañana».

Se fue satisfecha con mi respuesta.

Durante muchos años prediqué los domingos de Pascua en la Misa de las diez en la Catedral de San Patricio. Sólo se podía ingresar con entrada anticipada. Una mañana de Pascua, antes de comenzar la Misa, entró un caballero y dijo:

—Ofrezco cincuenta dólares por una entrada para oír al obispo Sheen.

—Por cincuenta dólares te doy el púlpito —le respondí yo.

Eso le dio la pauta para reconocermé.

En un viaje en tren de Nueva York a Boston, me senté al lado de un pastor episcopal. Nos pusimos a conversar alegremente sobre la validez de las órdenes anglicanas. El defendía que era tan sacerdote como yo, que podía ofrecer la Eucaristía y que podía perdonar los pecados. Era muy versado en historia y teología, y nuestro debate se puso tan interesante que muchos pasajeros se reunieron a nuestro alrededor para escuchar de qué hablábamos. Cuando llegó a su parada, en Providence, quiso despedirse con un desafío frente a toda la audiencia:

—Recuerda, obispo Sheen, yo puedo hacer lo mismo que tú.

—No, no es cierto —pude contestarle antes de que se fuera—. Yo puedo besar a tu esposa, pero tú no puedes besar a la mía.

En los Premios Emmy, donde se galardona a la televisión estadounidense, los ganadores suelen agradecer a los productores, directores, amigos, colegas y asistentes. Cuando me llamaron para recibir un premio, por un momento me quedé sin palabras... hasta que me di cuenta: si todos agradecían, yo debía hacer lo mismo. Así que dije: «Quiero agradecer a mis cuatro escritores: Mateo, Marcos, Lucas y Juan». Milton Berle luego hizo propia esta frase. Aunque después lo compensó al atribuirme varias expresiones humorísticas que yo no tenía el talento de inventar.

El público siempre disfruta de una buena respuesta o contraargumento. Una de las mejores que puedo recordar es la del gran predicador metodista John Wesley. En un sermón había citado una palabra del griego y otra del hebreo para explicar un texto. Uno del público gritó:

—Dios no necesita de su erudición.

—Ni tampoco de su ignorancia —replicó Wesley.

Esto me recuerda a una conferencia que di a un grupo de universitarios en Minnesota. Al final, en las preguntas, alguien me preguntó cómo había hecho Jonás para permanecer dentro del vientre de la ballena durante tres días. Yo le respondí:

—No tengo la más mínima idea, pero cuando esté en el Cielo, le preguntaré.

—¿Y cómo sabe que Jonás estará allí? —me gritó de nuevo.

—Entonces pregúntale tú.

En mi vida he dado cientos de charlas sobre los temas más diversos. Cuando uno habla ante un público durante una hora, aun sin usar apuntes, como yo hago, al tiempo este público se cansa. Es por eso que me parecía bien tener algunas historias preparadas para cambiar el ritmo de la charla y ofrecer un momento de descanso y dispersión o, mejor todavía, de risa.

Siempre contaba la historia que sigue antes del final de una charla, para mantener la atención del público: «Una familia se muda de Dublín a Boston. Uno de los hijos se muda más tarde a Chicago. El padre muere en Boston. El hijo que estaba en Chicago llama a su hermano y le pregunta: “¿Cuáles fueron las últimas palabras de Papá?”. El telegrama de respuesta fue: “No tuvo unas últimas palabras. Mamá estuvo con él hasta el final».

Otra historia que ayudaba a cambiar el ritmo era una ocurrida en San Francisco. El orador que me presidía recibió un mensaje escrito de su esposa. Era fácil de leer. Estaba escrito a mano: ¡QUE-RID-O! Cuando terminó de hablar, le comenté:

—Qué lindo gesto el de su esposa.

—Oh, no es lo que usted piensa —me contestó—. Significa: «QUE sea Rápido, Idiota».

En una ocasión, un taxista de Nueva York que me reconoció me dijo: «Nunca he tenido mucha educación; no he pasado de tercer grado. Pero en general mis pasajeros usan palabras refinadas, y así he aprendido a hablar. Lo que más disfruto de sus programas es su voz. Tiene una maravillosa voz que infunde mucha *animosidad*».

En una de las treinta visitas que hice a Lourdes, había una peregrinación que venía de Leeds, Inglaterra. Al mismo tiempo, había una de Uganda. Unos sacerdotes negros de Uganda fueron hacia el obispo inglés y le dijeron: «No tenemos obispo, por lo que no podemos tener una Misa Solemne por nuestra cuenta. Pero nos gustaría compartir con ustedes. Nosotros podríamos aportar todos los ministros, el coro y los monaguillos». Así lo acordamos. Yo era el predicador. Cuando me acerqué al obispo, rodeado por los asistentes negros, se inclinó para susurrarme al oído: «El Dr. Livingstone, ¿no?»[35],

Volviendo a Irlanda y al mismo hotel en Kilamey, contraté una vez un caballo-taxi para ir a ver los lagos. Cuando terminamos el recorrido y volvimos al hotel, le pregunté al conductor:

—¿Cuánto le debo?

—Padre —me dijo—. Tengo una esposa y diez hijos. Usted decida.

Me considero generoso con las propinas. Le pagué lo que yo consideraba una generosa tarifa por su servicio y, además, una generosa propina; con esto, el conductor echó un velo al caballo y me dijo:

—Padre, qué vergüenza que el caballo vea lo que me ha dado.

Son muchas las historias que me llegaron fruto de la televisión. Es una lástima que no haya guardado las cartas que me enviaban las madres acerca de sus hijos, que siempre revelaban el lado luminoso de la vida. Una madre canadiense me contó que un día sus dos hijos, de tres y seis años, estaban extraordinariamente en silencio. Sospechando algo raro, fue y encontró al de seis años en el ático con una maleta y vestido con sombrero y abrigo.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó la madre.

—A Nueva York, a ver al obispo Sheen —respondió él muy serio.

—Pero, ¿en dónde está tu hermana?

—En la maleta.

Otra madre me contó que le ordenó a su hijo:

—Ve y enciende la televisión. Escucha al obispo Sheen. Es inteligente y quizás puedas aprender algo.

El niño obedeció y al momento que yo aparecí en el programa, estaba escribiendo la palabra «sexo» en la pizarra. El niño salió corriendo hasta donde estaba su madre y le dijo:

—No es tan inteligente. No sabe cómo escribir la palabra «saxo».

Otra historia que siempre tengo a mano en mis charlas es la de un profesor de Sagradas Escrituras que estaba dando una clase acerca de los doce profetas menores del Antiguo Testamento. Ya había hablado de los primeros cuatro durante una hora y media. Al darse cuenta de que el público se estaba cansando, comenzó a introducir al resto con algunas dosis de histrionismo. Extendiendo las manos dijo en alta voz:

—Bien, ¿y dónde pondremos a Habacuc?

—Puede ocupar mi lugar si quiere —gritó uno del público.

Un domingo, predicando en una iglesia de Ohio, una madre cuyo hijo estaba llorando se levantó y comenzó a salir de la iglesia por el pasillo central. Interrumpí mi sermón para decirle:

—Señora, no se preocupe, el niño no molesta.

—No —me respondió—; pero usted sí está molestando al niño.

Al principio de mis conferencias, siempre tenía el honor de dirigirme a los maestros de escuela en el Waldorf-Astoria de Nueva York. Una mañana, había aparecido en el *New York Times* un artículo de Einstein, en el que decía que nunca podría aceptar una religión

del amor o de la ley; sólo una religión del cosmos. Yo hice la siguiente reflexión: «Dudo mucho que el Dr. Einstein disfrute de adorar al cosmos. No creo que un hombre pueda amar algo a lo que no puede rodear con sus brazos. El cosmos es demasiado grande y voluminoso. Es por esto que Dios tuvo que hacerse niño para lo pudiéramos tener en brazos y en nuestro corazón». Entre los que protestaron por mis palabras en contra de Einstein había una carta de una mujer de Washington: «¿Cómo se atreve a decir que no puedo amar a nadie a menos que lo pueda rodear con mis brazos?». Mi respuesta: «Señora, ése es su problema, no el mío».

En mis días de estudiante en la Universidad Católica, como joven sacerdote, era el capellán del Orfanato San Vicente. Celebraba Misa todos los días a las seis de la mañana a las Hermanas y a jóvenes. El orfanato estaba a poco más de un kilómetro de la Universidad, por lo que en el camino solía predicarle a los postes de teléfono y a los árboles. Había una mujer negra muy buena que ayudaba a las Hermanas en la cocina. Parecía tener muchos amigos y siempre acudía a la Hermana cocinera para que le escribiera cartas de amor. Una vez la Hermana le preguntó:

—¿Qué quieres que ponga en esta carta?

—No me importa qué diga —respondió la negra—, siempre y cuando aparezca la expresión «no obstante».

He dado muchas conferencias en Filadelfia y, cada tanto, me tocaba en Town Hall. Una noche me perdí en el camino y pedí indicaciones a unos muchachos. Una vez que me orientaron, uno de ellos preguntó:

—¿Qué harás allí?

—Daré una conferencia.

—¿Una conferencia sobre qué? —preguntaron de nuevo.

—Será sobre el Cielo y sobre cómo llegar allí —les respondí, simplificando la cuestión, ya que ese no era el nombre de la conferencia—. ¿Les gustaría venir y oírla?

—Pero si ni siquiera conoces el camino a Town Hall...

En un viaje de Washington a Nueva York, cuando era profesor en la universidad, paré a comer a un coche restaurante y me senté frente a una persona que hablaba un inglés entrecortado. Lo miré y me dijo:

—Te conozco.

—Yo también te conozco —le respondí—. Eres Tony Galento.

Me invitó a sentarme con él. Proseguí la conversación:

—Tony, ¿hoy boxeas?

—Sí.

—¿Ganarás?

—Siempre gano.

—Tony, nunca he hablado con un boxeador profesional. Me gustaría que me aclararas algunas cuestiones sobre este deporte o show, como se llame.

—No —me dijo él—. Me gustaría hablar sobre una novena.

Seguí insistiendo para hablar sobre boxeo, pero Galento insistía en hablar sobre la novena. Para no provocar un escándalo, le dije:

—Bien, Tony, cuéntame la historia.

—Mi padre estaba muy enfermo y a punto de morir. Unas monjas que vivían cerca lo vinieron a visitar. Trajeron una pequeña estatua, la pusieron junto a su cama y le dijeron: «Sr. Galento, oraremos por usted durante nueve días y pronto verá una mejora». A los nueve días, mi padre se había recuperado.

Para demostrar mi interés por su historia y por la respuesta a la oración, le pregunté:

—Tony, ¿de qué era la estatua?

Dudó un momento y luego me dijo:

—¿Es pecado mortal decir «Jesús»?

He aquí una historia verdadera de la que puedo dar fe. Pero debido a que hay un obispo involucrado, y para que su inmortalidad sea mayor que la que esta historia le da, omitiré su nombre. El episodio tuvo lugar en una catedral en una gran ciudad, durante la Cuaresma. El sacerdote del púlpito estaba haciendo el *Vía Crucis*. De repente, fúe interrumpido por un hombre totalmente desnudo que entró corriendo por el pasillo central de la catedral, dio unas vueltas y salió por los pasillos laterales. El obispo ya anciano, quien para este tiempo estaba un poco senil, vio a este hombre desnudo, aplaudió vigorosamente las manos y le gritó mientras corría: «Joven, en esta catedral caminamos, no corremos».

El siguiente incidente también ocurrió verdaderamente en Chicago. Esta noche en particular, marido y mujer estaban viendo mi programa de televisión. Llamaron a la puerta y un hombre dice: «Oh, veo que Fulton Sheen está en la televisión. ¿Podría sentarme a ver con ustedes? Lo disfruto mucho». Cuando terminó el programa, el hombre ató a la pareja y robó la casa. Así he influido en la vida de este hombre.

Un día, en el metro de Nueva York, entró un borracho, se me tiró encima y se puso a leer el periódico que yo tenía, aunque dudaba cuánto leería, debido a su condición. De repente me preguntó:

—¿Cómo llega a tener uno diabetes?

—Oh —le dije yo—. Simplemente emborrachándose y dejando de ocuparse de su esposa e hijos.

Me arrepentí después por haberlo juzgado tan rápidamente. Así que le pregunté:

—¿Por qué quieres saberlo?

—Estaba leyendo que el Papa tenía diabetes.

Cuando era director de la Sociedad para la Propagación de la Fe, no era muy largo el camino de mi residencia hasta las oficinas en el Empire State. Pero todos los días pasaba por la antigua casa de John Pierpont Morgan. La habían comprado los luteranos, quienes ahora estaban adquiriendo un edificio de cinco pisos. Este día en particular, había unos obreros que al reconocermme me dijeron:

—¿Qué le parece que unos católicos como nosotros estemos construyendo para estos repugnantes metodistas?

—Son luteranos... y son nuestros amigos.

Se miraron entre ellos y uno le gritó a otro que estaba en el quinto piso:

—Bueno, muchachos, entonces pongan los remaches.

Había una conversa que era judía, alegre y obesa. Había dudado en un momento de recibirla en la Iglesia debido a que le costaba mucho aprender. Pero al final su fe profunda me convenció y la bauticé. Seis meses después me escribió para contarme que se había mudado a Laurel, Maryland, para casarse con un hombre divorciado. Luego de avisar al sacerdote que celebraría la unión, ella dijo a su marido:

—No creo que al obispo Sheen le guste esto.

Salió de la iglesia, sin casarse. Luego me escribió y me contó lo avergonzada que se sentía por lo que había hecho. Unos pocos años después, me la encontré de nuevo y había bajado muchísimo de peso.

—Mi querida señora M., ¿cómo es que ha perdido tanto peso?

—¡Guardo una imagen del Sagrado Corazón en la puerta del refrigerador!

Estaba ocupando su tiempo en cuidar a enfermos de cáncer, sin remuneración, demostrando así que merecía el don de la Fe.

Debido a que tenía que viajar a Los Ángeles a dar conferencias, hice mis maletas. Cuando llegué al hotel en la mañana, salí después todo el día. Al regresar, vi que el hotel había desempacado mi maleta por completo. Hay un atuendo que usamos los obispos llamado roquete. Es de lino y va desde los hombros a la cadera y, con un lazo, sigue hasta las rodillas. Para mi sorpresa, cuando llegué esa noche vi que estaba mi pijama en una cama y el roquete en la otra.

No me acuerdo en qué ciudad de Nueva York se había construido un nuevo auditorio. No se había llenado nunca en dos años, aunque lo habían intentado todo: bailes, peleas, boxeo y teatro. Un acomodador dijo a otro:

—Bueno, el próximo jueves estará lleno.

—¿Por qué? ¿Quién viene?

—El obispo Sheen.

—Ah, ¿y contra quién pelea?

SILENCIOS

Cada vida es como un triángulo. No sólo estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, que es trino, sino que somos re-creados mediante las tres purificaciones que mencionan las Escrituras: cruz, cáliz y tensión.

Las cruces vienen de afuera. La carga en los hombros de Jesús -«Sobre sus hombros está el imperio»- no fue hecha a medida. No proviene de su pueblo sino del César. La cruz que tenemos en nuestra vida no se relaciona con el modo en que vivimos. Los judíos en las terribles cámaras de gas de Auschwitz y los hambrientos y torturados en el Archipiélago Gulag[36] no hicieron nada para merecer una cruz, excepto por el crimen de creer en Dios.

Los cálices más amargos provienen de Dios. «¿Acaso no beberé el cáliz que el Padre me ha dado?». ¿No era de Pilatos, de Judas, de Caifás o del pueblo? No, ellos fueron sólo las manos por las que el Padre pasó el cáliz lleno de los pecados del mundo. El Hijo debía beberlo hasta el fondo, no fuera que una gota cayera a tierra y, como la sangre de Abel, clamara por otra redención.

Las tensiones entre las personas vienen del interior de la Iglesia, como ha pasado con Pablo y Marcos. Ambos eran pilares de la Iglesia; uno llevaba la Epístola, el otro el Evangelio. Pero había una dificultad. Tan grande era que Pablo se llevó a Silas en una dirección y Bernabé se fue con Marcos a Chipre. Pero todo quedó en el olvido cuando se unieron en una reconciliación «redituable al ministerio».

En el resto del libro he escrito todo acerca de los sufrimientos externos de la Iglesia y sobre los cálices del Padre. Pero aquí quiero decir algo acerca de las tensiones. Dos hombres de Dios, ambos concedores de la necesidad que el mundo tiene del Evangelio, saben también que las dificultades entre ellos son indignas de Aquél que perdonó a los crucificados.

Algunos curiosos desearían que abra heridas ya curadas; los medios en particular se deleitarían con un capítulo en el que emitiera una sentencia sobre otros; en particular porque, como lo ha expresado un autor francés, *hous vivons ata temps des assassins* — «Vivimos en tiempos de asesinos»—, donde se busca más el mal en lugar del bien para justificar un mundo con problemas de conciencia. El padre Tabb comparó una vez las peleas entre clérigos como las peleas de los gatos, destacando la necedad en todo ello:

*Como demonios de la noche, siempre al
acecho, lucharon bajo el claro de la luna sin fin.*

*Y cuando la luz del amanecer tocó el techo,
quedaron desparramadas cuerdas de violín.*
[37]

De cualquier manera, las mayores guerras son las que libramos en nuestro interior. Cuando Racine leyó su obra *Esther* a Luis XIV, llegó a una parte en la que se describe la guerra civil entre los bajos y altos instintos. El monarca respondió: «Conozco muy bien esa guerra».

Hacer silencio acerca de las tensiones es un deber. Como dijo Eurípides: «El silencio es la primera respuesta de la sabiduría».

Se recomienda el silencio porque cualquier discusión de los conflictos internos de la Iglesia reduce el contenido de Cristo -el amor en el Cuerpo Místico- así como frotamos excesivamente los ojos con las manos reduce la visión. La impaciencia y los reproches son una plaga para la humanidad; la rebelión porque no se cumpla nuestra voluntad es una plaga para la obediencia. Si tenemos razón en cualquier tipo de conflicto, Dios nos pide que absorbamos las ofensas como una esponja; si estamos equivocados, seremos capaces de ver a los demás como instrumentos de Su voluntad. Cuando golpean a un perro con un palo, el perro muerde el palo, sin darse cuenta que éste sólo se mueve en función de la mano que lo maneja. El perro nunca aprende la lección y la mayoría de nosotros sólo al final de nuestra vida.

El silencio es también imperativo si queremos evitar la autojustificación. C.S. Lewis lo dejó en claro:

Cuando vemos cómo se vienen abajo nuestros planes debido a ciertas personas con las que tratamos, estamos viendo «de una manera» cómo debe ser para Dios. Pero sólo de una manera. Hay dos aspectos en la visión de Dios que deben ser muy diferentes a los nuestros. En primer lugar, El ve (como nosotros) cómo todas las personas que te rodean, en el hogar o en el trabajo, se encuentran en diferentes grados de dificultad o incomodidad; pero cuando El mira dentro de ese hogar o esa fábrica o esa oficina, El ve a una persona más, de la misma clase, que nosotros nunca vemos. Me refiero, por supuesto, a ti mismo. Ese es el próximo gran paso en la sabiduría: darnos cuenta de que somos esa clase de persona. También tenemos un defecto fatal en la personalidad. Todos los planes y esperanzas de los demás se han ido a pique una y otra vez debido a nosotros.

Es importante que nos demos cuenta de que tenemos este defecto fatal; algo que produce en los demás el mismo sentimiento de «desesperación» que sus defectos producen en nosotros. Y es ciertamente algo que escapa a nuestro conocimiento; como aquello que los medios llaman «halitosis»: todo el mundo lo nota excepto quien lo tiene[38].

Finalmente, se recomienda el silencio porque si no juzgamos, no seremos juzgados. Así como tenemos la esperanza de que el Señor tire todos nuestros pecados a la basura, El confía en que nosotros incluiremos también nuestro fariseísmo. Como observó el profeta: recibimos menos golpes de los que merecemos, «Nuestro Dios ha obviado nuestras iniquidades».

Se acercó al rey David, en uno de sus viajes, un miembro de la familia de Saúl llamado Semeí. Cuando vio a David, comenzó a lanzarle piedras. Aunque Semeí pueda haber justificado este acto en su conciencia, las piedras herían a David. Abisai, que estaba en la compañía de David, le preguntó si no debían responder cortando la cabeza de Semeí. Pero David respondió: «Si maldice es porque el Señor le ha ordenado que maldiga a David. ¿Quién se atreverá a decirle: “¿por qué haces esto?”». El Todopoderoso puede usar a los demás como instrumentos de castigo. Si no merecemos las piedras que nos tiran, o no

corresponden a un acto en particular, pueden deberse a algo que hemos hecho o que haremos en un futuro. En el curso de nuestras vidas, Dios hace que un Semeí use una piedra, piedra que será lanzada realmente por la Mano del Dios Justo y Misericordioso. Al castigarnos por nuestros pecados, Dios usa en general guantes, esto es, instrumentos humanos. No usa su Mano; sería demasiado. Cuanto menos asociemos la Providencia con todo lo que sucede, más nos desilusionaremos con las pequeñas contrariedades de la vida.

Tengo la certeza de que ha sido Dios quien ha hecho que algunas personas me lanzaran piedras, pero tengo la misma certeza de que yo he lanzado piedras a otras personas, y por ello es que mego Su misericordia y su perdón.

LA MUJER QUE AMO

Creo que una de las grandes faltas en las religiones del mundo ha sido la ausencia de lo femenino. Esta ausencia es más evidente en algunas sectas cristianas que se ocupan muy poco de la Madre de Cristo. Sería extraño visitar a un amigo y que nunca mencione a su madre. ¿Por qué los púlpitos resuenan tanto con el Nombre de Cristo y hacen tanto silencio sobre su Madre, la elegida para tal dignidad en la eternidad de los tiempos? Abundan los himnos a su Hijo, pero no hay un verso para aquella que trajo eternidad al tiempo. Es verdad que, a lo largo de la historia, han existido devociones exageradas a María, pero no fue la Iglesia quien le concedió un lugar tan importante; sino Cristo mismo. La Iglesia nunca ha adorado a María, porque sólo Dios puede ser adorado. Pero Ella, de entre todas las creaturas, era la más cercana a Dios. Sin Ella como la llave, no es fácil descubrir los tesoros de la bóveda de la Fe.

Nuestro Dios que hizo el sol también hizo la luna. La luna no se lleva el brillo del sol. La luna sería sólo un cuerpo gastado que flota en la inmensidad del espacio si no fuera por el sol. Toda su luz es reflejada por ese homo radiante. De modo parecido, María refleja a su Hijo Divino; sin El no es nada. En las noches oscuras agradecemos la luna; cuando la vemos brillar, sabemos que hay un sol. Así, en esta noche oscura del mundo, cuando los hombres le dan la espalda a Él, la Luz del Mundo, nos volvemos a María para que guíe nuestros pasos mientras aguardamos a que salga el Sol.

«No es bueno que el hombre esté solo». Este verso del Génesis es tan válido para un sacerdote como para un laico. Debe haber una Mujer en la vida de un sacerdote. Esta Mujer llegó a mi vida al nacer. Cuando me bautizaron, mi madre me llevó al altar de la Bienaventurada Madre en la iglesia de Santa María, El Paso, Illinois, y allí me consagró a Ella. Así como un niño puede no estar consciente de una marca de nacimiento, tampoco yo era consciente de esto: pero la marca siempre estuvo. Como el imán al metal, Ella me atraía antes de que la conociera, pero nunca me atrajo sin Cristo. Cuando recibí mi Primera Comunión a los doce años, hice una consagración consciente a María. Aunque no recuerdo las palabras exactas de la oración, ciertamente eran similares al lema que escogí para mi escudo de obispo: *Da per matrem me venire* [Concédeme llegar a Ti por María], Mi libro de nácar de Primera Comunión contenía todas las letanías de la Virgen, que comencé a recitar cada noche y lo sigo haciendo al día de hoy.

La llamada al sacerdocio siempre estuvo presente en mi mente; pero fue su intercesión la que busqué para ser más digno y para estar protegido de las grandes caídas. Cuando estaba en primer grado, una monja muy buena nos recomendó que arriba de cada página que escribiéramos, pusiéramos las iniciales J.M.J., dedicadas a «Jesús, María y José». Durante mi vida he escrito decenas de miles de páginas. No creo que alguna vez haya puesto un lápiz o una birome sobre el papel sin antes incluir estas tres iniciales. Era una

práctica que hacía de manera automática, y que continuó cuando hice televisión usando la pizarra. Ya no me daba cuenta de que lo hacía; era un hábito de vida. Miles de cartas llegaban pidiendo una explicación.

Cuando fui ordenado, tomé la resolución de ofrecer el Sacrificio Santo de la Eucaristía todos los domingos a la Virgen, para renovar mi amor por Ella y para invocar su intercesión. Todo esto me da la seguridad de que, cuando esté ante el Juicio de Cristo, El me dirá en su misericordia: «Escuché a mi Madre hablarme de ti».

En mi vida he hecho unas treinta peregrinaciones al santuario de Nuestra Señora de Lourdes y unas diez al de Fátima. Una de las primeras peregrinaciones a Lourdes fue cuando yo estudiaba en Lovaina. Tenía el dinero suficiente para hacer el viaje, pero no para alojarme en Lourdes. Le pedí a mi hermano Tom, pero él también era un típico universitario: no tenía dinero. Así que le dije: «Bueno, si tengo la fe suficiente como para ir a Lourdes a celebrar el 50.º aniversario de mi ordenación sacerdotal, dependerá de la Virgen si puedo volver».

Llegué a Lourdes «en quiebra». Me dirigí a uno de los buenos hoteles (aunque de ninguna manera podía considerarse de lujo). Había decidido que si la Virgen pagaría la cuenta del hotel, le daría lo mismo una cara o una barata. Hice una novena -nueve días de oración-, pero en la mañana del noveno día, nada había ocurrido. Tampoco a la tarde ni a la noche. Allí el asunto se puso serio. Tuve visiones de gendarmes y de tener que pagar la cuenta lavando platos.

Decidí darle a nuestra Madre una oportunidad más. Fui a la gruta alrededor de las diez de la noche. Un caballero estadounidense, muy corpulento, me tocó el hombro:

—¿Es usted un sacerdote estadounidense?

—Sí.

—¿Habla francés?

—Sí —repetí.

—¿Podría acompañarnos a mi esposa y a mi hija a París? Así habla por nosotros.

Me acompañó al hotel y allí me hizo la pregunta más interesante que escuché en mi vida:

—¿Ha pagado ya la cuenta del hotel?

Se la entregué inmediatamente.

Al día siguiente nos fuimos a París y durante veinte años o más, cada vez que iba a Nueva York a dar clases de formación a los conversos, disfrutaba de la hospitalidad del señor Thomas Farrell y su señora, agentes de la Virgen María que me salvaron de los acreedores.

Cuando finalicé mis estudios universitarios, hice otra peregrinación a Lourdes. Me preocupaba que no me permitieran volver al Santuario, ya que no sabía qué tarea me

asignaría el Obispo. Le pedí a María que me diera una señal para que yo supiera que, a pesar de las dificultades de regresar a Lourdes, ella haría lo imposible. La señal que le pedí fue la siguiente: luego de ofrecer Misa y antes de llegar a las puertas del santuario, una niña de doce años, vestida de blanco, me daría una rosa blanca. A unos seis metros de las puertas no había nadie. Recuerdo pensar: «Espero que te apures, ya no queda mucho». Llegando a las puertas, apareció una niña de doce años, vestida de blanco, y me dio una rosa blanca.

Cuando me asignaron a una parroquia en Peoria, le dije al párroco que iría a Europa al año siguiente a visitar Lourdes.

—He sido párroco los últimos quince años y no he ido a Europa una sola vez; y tú, un coadjutor, ¿crees que irás a fin de año?

—Sí, pero no sé cómo; sólo sé que iré.

A fin de año, el Obispo me dijo que sería profesor en la Universidad Católica y que debía ir a Europa inmediatamente a prepararme para ello. Así que fui a Lourdes otra vez ese verano.

Si alguien piensa que las oraciones nunca son respondidas, ofrezcan una plegaria al Señor para que envíe un poco de sufrimiento y así salvar un alma. Era el final de una peregrinación a Lourdes y yo había reservado el tren a París a las 9 p. m. Los enamorados siempre se resignan a despedirse, por eso es que yo demoré mi partida hasta el último minuto. Alrededor de las ocho de la noche, fui rápido hacia la gruta y le pedí a María que me enviara una prueba de dolor o una astilla de Cruz para ayudar a un alma. Me apuré para volver al hotel y subí tres tramos de las escaleras, dos escalones por vez, hasta mi dormitorio. Observé que alguien subía detrás de mí. No presté atención hasta llegar al tercer piso, al pasillo de mi habitación. Me di vuelta y vi una joven holandesa de unos veintiún años.

—¿Me estabas siguiendo? —le pregunté.

—Sí, pero no sé por qué. Te vi en la procesión esta tarde y pensé que deberíamos hablar.

Cuando le pregunté si había venido a Lourdes a hacer una peregrinación, me dijo:

—No, soy atea.

—No eres atea —le respondí—. Si no, no estarías aquí. Has perdido la fe. Creo que eres una respuesta a mis oraciones. He pedido una prueba para salvar un alma; tú eres esa alma.

Perdí deliberadamente mi tren y me quedé en Lourdes tres días más, hasta que ella hizo una confesión y volvió a la Iglesia. Y allí comenzaron mis problemas. Me llevó más de tres días volver a París. Aunque conocía el idioma, los choferes me decían que mis boletos estaban mal; me hicieron bajar en paradas de tren desconocidas y era imposible encontrar un lugar para comer o para dormir. Luego de 72 horas de múltiples inconvenientes, falta de sueño, y con descanso y alimentación insuficientes, llegué por fin a París. Todas las almas vienen con un precio en su etiqueta: algunas son baratas, otras son caras. Así cómo es posible la transfusión de sangre para curar una enfermedad, o

hacer injertos de piel de cualquier parte del cuerpo por cuestiones estéticas o médicas, también es posible que cualquier miembro celular del Cuerpo Místico de Cristo use su astilla de la Cruz para salvar a otra alma necesitada.

El auxilio espiritual para las almas no le ha seguido el ritmo al auxilio material para los cuerpos. Nadie duda en ayudar a quienes sufren necesidades del cuerpo, pero existe un sentido disminuido de reparación cuando se trata de los que sufren necesidades espirituales. «Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él». Si existen bancos de córneas para los ciegos y bancos de sangre para los anémicos, ¿por qué no han de existir bancos de oración para los caídos y bancos de sacrificios para los pecadores? Muchos viajeros heridos espiritualmente necesitan del Buen Samaritano para que ponga el aceite de su intercesión y el vino de la reparación en su alma cansada.

La devoción por la Virgen María me llevó a descubrir una nueva dimensión en lo sagrado del dolor. Creo que nunca le he dicho al Señor: «¿Qué he hecho para merecer estas pruebas?». De corazón sé que he recibido menos golpes de los que merecía. Además, si Cristo nuestro Señor había llamado a su Madre, libre de pecado, a compartir la Cruz con El, entonces el cristiano debe tachar de su vocabulario la palabra «merecer». Cuando Ella llevó a su Divino Hijo a Simeón, le dijeron que El sería un «signo de contradicción» y que «una espada traspasará tu corazón». Su Madre fue la primera en sentirlo, no como una víctima que se resigna ante el dolor, sino como alguien que libremente ama unirse a Él en el dolor, como creatura que participa en el acto de redención. Si yo fuera la única persona con ojos en un mundo lleno de ciegos, ¿no intentaría ser un bastón para todos? Si fuera el único combatiente que no ha sido herido, ¿no curaría a los demás? Entonces, ¿cómo no podría la «virtud» cooperar con El, quien ya le había pagado a Ella, por adelantado, haciendo que su concepción fuese sin mancha de pecado?

Cuando me operaron del corazón, muy de a poco fui cayendo en la cuenta -en los siguientes cuatro meses en el hospital- de que nuestra Madre no sólo nos da dulces, sino también medicina amarga. Fue muy evidente en aquellos tres días festivos de Nuestra Señora, cuando estuve al borde de la muerte y hube de soportar mucho sufrimiento. El primer día fue el de la Fiesta de Nuestra Señora del Carmelo, el 16 de julio: los médicos estuvieron conmigo día y noche intentando mantener viva esa pequeña chispa de vida. Luego, en otra operación, el día de la Asunción, 15 de agosto, me pusieron un marcapasos. A esta altura yo ya sentí un temor sagrado de lo que podría suceder el 8 de septiembre, cuando la Iglesia celebra su cumpleaños. Naturalmente, tuve una infección en los riñones y durante varias semanas tuve que soportar nuevas torturas.

Mientras reflexionaba sobre las coincidencias de las fiestas marianas y mi cercanía con la Cruz, interpreté todo como una señal de una predilección especial de María. Si el Señor la había llamado a Ella, que no «merecía» dolor alguno, a estar al pie de la Cruz, ¿por qué no me llamaría a mí? Si yo había expresado mi amor por ella como la Madre del Sacerdocio, ¿por qué Ella, en su amor maternal, no querría hacer que me pareciera más a su Hijo, haciéndome una víctima? Si Ella no despreciaba la conformidad con El en el Calvario, ¿por qué Ella, a quien yo reconocí como Madre Celestial, estaría menos atenta a la imagen de su Hijo estampada indeleblemente en mi alma? Si mi propia madre terrenal me había consagrado a Ella en el altar al nacer, ¿por qué mi Madre Celestial no me consagraría en la Cruz al morir?

Cuando estaba en mi segundo año de secundaria, los Hermanos Maristas -nuestros profesores- nos hacían rezar tres avemarías todos los días a san José para que nos concediera la gracia de una buena muerte. He continuado con esta práctica diariamente,

pero en los últimos veinte años he añadido una oración para morir un sábado. En una conversación reciente con Malcolm Muggeridge, el famoso periodista inglés y ex editor de *Punch*, me dijo que estaba mal rezar para morir un día determinado. «Deseo tanto la muerte que es bienvenida cualquier día. Si vivimos mucho o poco tiempo en esta vida es un detalle insignificante». No sé si la Virgen me concederá este deseo, pero no es muy importante. Confío en su intercesión para que me ofrezca la ruta más rápida hacia Cristo, mi Salvador, ya que «Ella conoce el camino».

La devoción por la Madre de Cristo ha sido una custodia principal para el celibato sacerdotal. El celibato suele estar rodeado por vendedores de una civilización erótica, una en la que incluso los automóviles aparecen en publicidades como un *atractivo sexual*. El célibe parece condenado a sentirse solitario en este ambiente, pero es otra clase de soledad, distinta a la que se sufre por erotismo. La primera se debe a que uno está sin pareja; la segunda se da aún con pareja, ya que como dijo san Agustín: «Nuestro corazón fúe hecho para amarte a Ti, Señor, y está inquieto hasta que no reposa en Ti». La soledad de quien busca el Infinito es diferente a la soledad de quien busca lo finito como lo Infinito.

El papel que la Madre de Cristo interpreta en esta obra dramática sobre el hombre que nunca se completa, es el de la *Mujer* ideal. Así como ella fúe amada en la Eterna Mente antes de que naciera en el tiempo, al célibe le piden amar un ideal antes de amar un hecho. Cuántas veces los jóvenes conocen a cientos de amigos hasta que un día llega la certeza: «Este es el que he estado esperando» o «Ella satisface mi ideal». Todas las personas llevan en su corazón la huella de quien aman; lo que parece ser «amor a primera vista» es a menudo la consumación de un deseo o la realización de un sueño. La vida se vuelve gratificante cuando vemos que el sueño se hace realidad y la persona aparece como la encarnación de quien es amado. Sea esto verdad o no acerca del hombre, lo que ciertamente es verdad es que Dios ama un ideal antes de amar de hecho.

Un acto de amor no es sólo una afirmación, sino también una negación. Cuando un marido afirma su amor por su mujer, niega el amor por otras mujeres. El respeto por la mujer aumenta con el amor por un ideal. Además, debido a la consagración a esta Bella Señora, ella protege a sus enamorados, incluso cuando caen. Aunque es sin pecado, Ella sabe lo que es el pecado: la separación de Dios. Ella perdió a su Divino Hijo por tres días y así conoció, indirectamente, cómo la alienación y la separación torturan el corazón de un pecador. Además, Ella escogió como compañera en la Cruz a María Magdalena, lo que confirma su título de «Madre de los Pecadores». Pero más que nada, Cristo el Hijo de Dios, encomendó a su Madre en la Cruz a todos sus discípulos y a los fieles del mundo, cuando le dijo a Juan: «Aquí tienes a tu Madre».

Aunque María es la *Mujer* ideal en la vida de cualquier cristiano, no puedo expresar cuán *real* ha sido Ella en mi vida. Así como una madre embarazada a menudo siente las patadas del que está por nacer, también María sintió mi rebeldía, pero aun así buscó cómo darle forma de Cristo a mi alma, tanto como ella formó a su Hijo en su vientre. A pesar de la bestia desaforada que se libra en el cuerpo de todo sacerdote, ella sostuvo firme la cadena para domar la locura. Incluso la bestia tiene un corazón y, mediante unos toques misteriosos e intangibles de amor, Ella la preservó para Dios. Ella es quien convierte el *eros* en *agape*, el agua de la vida en vino, y ayudó con sus lágrimas a limpiar la Sangre de las heridas que se abrían en la Cruz. En mi mente he contemplado su Belleza, una belleza que deja a las demás en segundo plano. Mi corazón se estremeció miles de veces ante su caricia gentil, consciente de que Ella estaba complacida con lo poco que yo tenía para darle, ya que al pie de la Cruz Ella tomó al hijo de Zebedeo como hijo en lugar del Hijo de Dios. Luego de tantos años cortejándola, tengo una convicción: Ella en verdad

me ama; y si puede amarme, quiere decir que tengo a Cristo conmigo.

Durante años, en sermones y charlas, he citado un poema acerca de esta Señora Ideal que se ha vuelto muy real para mí. El poema trata de lo que un niño piensa sobre Ella. Ya que sólo podemos entrar al Reino de los Cielos siendo niños, cierro este capítulo sobre «La Mujer que amo» con palabras infantiles:

AMABLE SEÑORA

Amable Señora, vestida de azul,

Enséname a orar y a pedir,

*Dios ha sido tu niño
pequeño ¡dime qué le he
de decir!*

*¿Lo has tomado en brazos alguna
vez, o en tus rodillas lo has hecho
reír?*

*¿Le has cantado una bella
canción, como mi madre me
canta a mí?*

¿Has tomado su mano en la noche?

¿Le has querido narrar

las historias más lindas del mundo?

Ah, ¿y lo has visto llorar?

Si le cuento a él mis cosas,

¿crees que tenga algún sentido?

Son casi todas pequeñeces...

Ah, ¿las alas de los ángeles hacen ruido?

*Si hablo bajito, ¿me oye de igual modo? ¿Puede comprender lo que le digo? ¡Cuéntame,
tú lo sabes todo!*

Amable Señora, vestida de azul, enséñame a orar de corrido.

Dios ha sido tu niño pequeño,

¡y tú conoces el camino/[39]

LAS TRES ETAPAS DE MI VIDA

Me pregunto si los obispos no tendremos relación con alguno de los apóstoles. Al ser teológicamente sus sucesores, bien podría existir algún linaje psicológico o característico que nos relacione con alguno de los doce a quienes el Señor eligió. Si esto en verdad ocurre, siempre creí que yo me relacionaba con Pedro, por tener la combinación de su amor a Cristo y su debilidad. Incluso el título de este libro -*Tesoro en vasija de barro*- es la historia del contraste entre la montaña de la dignidad a la que estoy llamado y el valle de la naturaleza humana donde descansa el tesoro. La misma contradicción que existió en Pedro está en mi propio nombre: Fulton Sheen. En gaélico, *Fulton* significa «guerra» y *Sheen* significa «paz». Ya se veía entonces que indicaría conflictos, pruebas y tribulaciones, en el sentido de que «no he venido a traer la paz, sino la espada». Julio César nos dice que «toda la Galia se divide en tres partes». Echando una mirada a mi vida, también puedo dividirla en tres partes:

La primera mirada: el llamado.

La profesión con “estaurofobia” (miedo a la Cruz).

La segunda mirada.

Así como el gráfico de la vida de Pedro no ha sido una curva ascendente, tampoco lo es el de la mía. Tengo una caricatura en mi oficina que una vez encargué a Dik Browne. Estoy yo sentado en mi escritorio, contemplando un enorme gráfico en la pared que muestra los ingresos de las misiones durante todo el año. Debajo de cada mes, la curva del gráfico está casi tocando fondo, excepto la del mes de junio, que se eleva bien arriba. Yo estoy hablando por teléfono y digo: «Oh, así es. En junio no estuve trabajando».

PRIMERA ETAPA: LA PRIMERA MIRADA

Debido a que fui bautizado como «Peter» [Pedro], intentaré resumir mi vida en los términos de Pedro. La Primera Mirada tuvo lugar inmediatamente después de que Andrés y Juan se encontraran con el Señor en el Jordán y le contaran a Simón -su nombre no era Pedro aún- que habían encontrado al Mesías. Luego Jesús «lo miró atentamente». Fue una de esas miradas penetrantes, esas que llegan al alma. Luego, el Señor, quien nos ha elegido desde la eternidad, lo conoció y le cambió el nombre: «Tú eres Simón; pero de ahora en adelante te llamarás Cefas», que significa piedra. En otras palabras, tu horizonte se detiene al otro lado del Lago de Genesaret, tus esperanzas se reducen a dejar otra generación de pescadores, pero yo te digo que de ahora en más serás pescador de hombres. Incluso perderás tu nombre y te convertirás en una roca.

La vocación es una tarea particular que Dios nos asigna a cada uno de nosotros, y esto es verdad sobre todo en los sacerdotes: «Y nadie se atribuye este honor, sino el que es llamado por Dios, como Aarón». El llamado debe provenir del Espíritu que infunde en el alma aquello que será cultivado para que pueda crecer bajo el sol de su gracia. La vocación de Pedro no cambió automáticamente con su nombre. Si bien su fe había de volverse tan fuerte como una roca, aún estaba alojada en una persona a quien el Señor podía llamar a veces «una piedra en el camino». Cuando Dios hace de un hombre un gran músico, no lo exime de estudiar y ensayar. Cuando Dios llama a un apóstol, planta la semilla en la naturaleza que debe ser cultivada. La «vocación» es sólo la respuesta libre que una criatura libre ofrece a Dios. Dios propone, nunca impone. El llamado para seguirlo no ocurre sólo en el interior del alma; también en el cuerpo, que puede ser

precipitado y cometer muchos errores de juicio y estar acorralado por la debilidad.

Es una pura coincidencia que también cambiaron mi nombre, aunque no fue el Señor, sino que se dio por otras circunstancias que ya he explicado en otra parte. No hay dudas de que, al igual que con Pedro, el Señor me observó a mí y a cada uno de los sacerdotes que llamó para ser «otro Cristo». Mi llamado no fue tan directo como el de Pedro, pero surgió en mis recuerdos más tempranos de la infancia. Había momentos en que deseaba que Dios confirmara el anhelo que sentía en el alma sacudiendo mi cama como lo había hecho con Pablo para hacerlo apóstol. Pero fueron más bien unos llamados silenciosos, persistentes, presentes desde que tengo memoria, los que me llegaron. No daban descanso y cuanto más pensaba en dedicarme a otra cosa, más incómodo me sentía. Cuantos más momentos de paz tenía y cuanto más oraba, mayor era la presión de los requerimientos del Huésped de nuestros Corazones: *dulcis Hospes animae*.

Escondida en la vocación de Pedro estaba la lección: «Nunca desespere. Si fracasas, comienza de nuevo. Sumérgete mar adentro». *Duc in altum*. Pedro y sus compañeros habían trabajado toda la noche y no habían pescado nada, pero el Señor, que acababa de llegar a la orilla, le había dicho a Pedro que volviera y comenzara de nuevo. Comenzar de nuevo, no repetir lo mismo, sino corregir anteriores imperfecciones. Pedro intenta muchas veces antes de encontrar por fin la realidad que se corresponde a su ideal. El Señor dijo a Pedro que fuera otra vez al mar a echar las redes y así fue bendecido con una enorme cantidad de peces.

La vocación no es inmune a los fracasos. Oramos y no nos volvemos cada vez más espirituales; nos mortificamos y aún así somos tentados; tomamos una decisión y luego nos traicionamos. Cuando hemos trabajado «toda la noche sin sacar nada», estamos llamados a recomenzar nuestra respuesta a la vocación. No hay sacerdote en el mundo que no haya tenido en su vida una cadena de buenos comienzos, de remar mar adentro una vez más aunque pensáramos que era estéril. Incluso la Iglesia misma está en proceso de comenzar de nuevo. Es perseguida, a veces expulsada de algún país, pero siempre vuelve: de la Polonia perseguida provino el sucesor de Pedro.

Otro incidente en la vida de Pedro ha sido su reacción ante la corriente milagrosa de peces. Fue cuando Pedro obedeció el mandato de remar otra vez al mar que encontró llenas las redes. Desde el punto de vista natural, ¿qué sentido tenía salir al mar al mediodía, cuando los peces no muerden el anzuelo? Cuando la experiencia nocturna había resultado estéril, Pedro había aprendido que la clave era la obediencia. No nos interesa la razón por la que Dios nos pide algo; pero cuando triunfamos en algo debido a su voluntad, aprendemos que los momentos más exitosos de nuestro sacerdocio son aquellos en los que la relación entre Cristo y nosotros es más profunda y personal. Lleva mucho tiempo aprender -mientras hacemos trabajo social, predicamos o evangelizamos- que «Sin Mí nada pueden hacer». Cuando Pedro regresó a la orilla con su barca llena de escamas plateadas por la pesca, el Señor le dijo que lo haría un pescador de hombres; no considerando a los hombres como peces para ser consumidos, sino como una oportunidad para darles una nueva vida. Siendo plenamente consciente del llamado, de la desnudez y del pecado que llenaba su corazón, Pedro exclamó: «Señor, soy un pecador». Cuando la barca había partido, Pedro lo había llamado «Maestro»; cuando la barca regresó llena, lo llamó «Señor». Sus sentimientos eran parecidos a los de Job cuando la Divina Gloria brilló en su alma: «Sólo de oídas sabía de ti, pero ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto, y me arrepiento en el polvo y la ceniza».

La sensación de ser indigno siempre es la reacción inmediata a la certeza de la vocación. Esto nos viene igual que a Pedro, no sólo por nuestros propios pecados, sino más bien por

los favores y las gracias que el Señor nos ha concedido. Estos contrastes de humildad y afecto parecen encontrarse.

Él es mi creador; ¿me quedaré?

El es mi salvador; ¿acaso huiré?

Supe lo que había sentido Pedro. De joven, siempre repetía las mismas palabras al acercarme a comulgar: «Oh, Señor, no soy digno». Esta siempre es la actitud de una criatura ante el Creador. Quien ama siempre está de rodillas; el amado siempre está en un pedestal. Aunque con frecuencia intentaba apartar la vocación de mi mente, debido a cuán indigno me sentía para responder, y aunque sabía que el Señor tenía muchas razones para rechazarme, también sabía que El no había venido al mundo para salvar a los justos, sino a los pecadores. En algún momento pensé: ¿cómo Cristo, que tiene ángeles no caídos a su servicio, me puede haber elegido a mí? El ojo inflamado puede no causar dolor a la persona que se protege de la luz, pero expuesto al sol del mediodía el dolor será demasiado para soportar. Así ocurre con el alma enfrentada por su propia debilidad, cuando está frente a la Gloria de Él, ante quien los serafines esconden los rostros. Sin embargo yo sabía que Cristo deseaba hombres libres, no los mejores ni los más nobles; ya que en ese caso el triunfo estaría en *nosotros* y no en *El*. Cuántas veces he leído el versículo de la Carta a los hebreos: «Porque todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está constituido en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados; y puede compadecerse de los ignorantes y extraviados, ya que él mismo está rodeado de debilidad, y a causa de ella debe ofrecer expiación por los pecados, tanto por los del pueblo como por los suyos». *Homo peccator sum*. Sabía que no era superior a aquellos a quienes predicaba, ni más sabio que a quienes enseñaba, pero debía aprender la regla del apostolado: «Todo es hecho por Dios y nada es hecho sin nosotros».

No tener nada para dar ya no es una excusa. Me comencé a dar cuenta de que el Señor siempre busca a las personas para pedir préstamos, ya que nosotros como criaturas no podemos dar nada; todo lo que poseemos pertenece a Él. El pidió prestada una cuna para nacer, la barca de Pedro para predicar, la esponja a un soldado para saciar su sed, la espada de un centurión romano para revelar su corazón enamorado. Bueno, entonces, ¿no podía pedir también un préstamo a esta masa de barro y poner allí un Tesoro?

SEGUNDA ETAPA: PROFESIÓN CON ESTAUROFOBIA

En la primera etapa estaba la dicotomía entre el llamado y la sensación de ser indigno de ello; en la segunda etapa está presente la profesión de la Fe y la práctica de la Fe. Ninguna de las tres etapas duran exactamente lo mismo, ya que son más bien condiciones espirituales. Pero el segundo período del sacerdocio es el modo en que fue practicado; el apostolado, la predicación, el cuidado de los enfermos. Vuelvo a Pedro para describir la segunda etapa. Pedro hizo una profesión de fe elocuente acerca de la divinidad de Cristo, pero su temor a la Cruz hizo que no lo comprendiera completamente. El Señor estaba con todos sus apóstoles y les hizo la pregunta más importante que jamás se haya hecho a los hombres: «¿Quién soy?». Pedro acertó la respuesta: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios Vivo».

Pedro supo la respuesta sólo porque fue iluminado desde el Cielo. «Sólo por la fe sabemos que Cristo es el Hijo de Dios». Ahora veamos la otra cara de la moneda. Una vez que los apóstoles, mediante su líder que había sido designado como la piedra de Su Iglesia, comprendieron la Divinidad del Señor, Este prosiguió: «Al ser yo el Cristo que han

confesado, he de sufrir la muerte en la Cruz».

El rostro de Pedro irradió cuando, al proclamar la divinidad de Cristo, vio las llaves del Reino de los Cielos colgar de su cinto de pescador. Pero tan pronto como el Señor desplegó su Cruz, Pedro gritó «¡Dios te libre, Señor!», con gran indignación. «Estoy dispuesto a aceptar un Cristo Divino, pero no uno Sufriente. ¿Qué sentido tiene ser Cristo si no es para usar todos los tremendos poderes? ¿Para qué tanto desperdicio? ¿Por qué hay lugar para la derrota y la deshonra en El que es Dios hecho carne?». No hay duda de que es el amor que Pedro siente por Cristo el que inspira esta reacción; pero esto también indica cuán poco comprendía los modos de Dios para tratar con un mundo pecador. El quería del Señor un camino más popular que el de la Cruz.

La reacción de Nuestro Señor fue como un trueno: «Aléjate de Mí, Satanás». Un momento antes lo había llamado «Piedra»; ahora, «Satanás». ¿Cuál es la esencia del satanismo? Cuando al demonio se le arrancan todos sus adornos, sólo queda su último objetivo que es evitar la Cruz, la mortificación, el autocontrol y el sacrificio. Como lo dijo una vez George Bernard Shaw, en una reflexión sobre el mundo: «La Cruz en la carretera bloquea el camino». A Pedro lo llamaron Satanás porque hizo exactamente lo mismo que él hizo al comienzo de la vida pública del Señor. Las tres tentaciones de Cristo eran tres modos mundanos de escapar de la Cruz. Al principio de su vida pública, Satanás intentó mostrarle al Señor otro modo de salvar al mundo, en lugar de morir por sus pecados. Las tres ofertas que hizo fueron: primero, satisfacer el «ello» de toda la naturaleza humana caída. Nunca reprimir un instinto; al hambre, responder milagrosamente con pan; a la pasión, responder con el sexo. La segunda tentación tuvo que ver con lo sensacional, lo extraordinario, la publicidad, la emoción, cualquier elemento que atrajera a una multitud, como lanzarse de un templo y salir ileso. La tercera tentación fue probablemente la única en la que el demonio en verdad creyó: «Todos los reinos del mundo me pertenecen y todo será tuyo si me adoras». Identifícate con el mundo, haz aquello que es popular, ya que soy su príncipe.

El pecado de Pedro nos revela cómo es posible que una misma persona sea infalible y no esté exenta de imperfecciones. A Pedro le dijeron que no cometería errores si usaba el poder de las llaves, pero el Señor no le aseguró que estaría libre de pecado. Lo mismo aplica para todos los sacerdotes del mundo. Una cosa es decir el Credo; otra muy diferente es obedecer los mandamientos. Es fácil proclamar la Divinidad de Cristo desde un púlpito, pero no tanto ver al mismo Cristo cuando nos envía una cruz. Es muy sencillo subimos a la cátedra de un profesor, pero es muy complicado descender al Gólgota. Hacer de Cristo un maestro moral, un activista social, un defensor de los pobres es muy gratificante para los instintos sociales; pero ver en El a un Salvador que asume la carga de la culpa del mundo y que nos dice «Toma tu cruz» es un fantasma estremecedor.

Yo era sacerdote sin ser una víctima. El sacerdote es quien se ofrece a Dios; la víctima es lo que se ofrece. En el Antiguo Testamento y en todas las religiones paganas, lo que se ofrecía era algo distinto al mismo sacerdote: una oveja, un buey, un ternero. Pero cuando el Señor vino a la tierra cambió todo. Él, el Sacerdote, era además la Víctima. No ofreció algo *además* de Sí Mismo; se ofreció a Sí Mismo. Durante su juicio le habló a Pilatos siete veces como Sacerdote e hizo silencio siete veces como Víctima... Silencio, ¿pues qué defensa puede hacer un pecador de sus pecados? En la Cruz habló como Sacerdote: «Padre, perdónalos, no saben lo que hacen»; y como una Víctima sintió esa terrible alienación y soledad que constituyen todos los pecadores: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Cuando yo era sacerdote, me entusiasmaba que me llamaran «Padre», y encontraba mi

título de «Monseñor» muy agradable. Pero, ¿era yo una víctima? Disfrutaba del prestigio de ser un profesor universitario, de aparecer en la radio y en la televisión (no sólo en mi país, también en el extranjero); yo era popular, la gente me buscaba, me aplaudían vigorosamente después de mis charlas y discursos en las cenas; me codeaba con la realeza y con las masas, era tan conocido que cualquiera me podía identificar en una puerta giratoria; mi rostro estaba presente en millones de hogares. Hice mis propios enemigos, como los comunistas. Pero... Pero... ¿cuán cerca me encontraba de la Cruz? Yo era el sacerdote; ¿era también la víctima? Ofrecía la Eucaristía y decía: «Esto es mi Cuerpo; Esta es mi Sangre», refiriendo al Cuerpo y Sangre de Cristo. ¿Pero acaso decía de mí mismo «Esto es *mi* cuerpo, esta es *mi* sangre»? Muchos jóvenes sacerdotes buscaban maneras de imitar mi modo de predicar... ¿y no inspiraba a nadie a imitar a Cristo en llevar la Cruz de cada día? Sabía que eso no estaba bien. Sabía que debía dar mucho más de lo que daba. Debía asemejarme más a Cristo; El no tenía donde reclinar su cabeza. Debí huir de las multitudes entusiastas tal como el Señor huyó de Cafarnaúm tras la multiplicación de los panes; quizás yo era como Pedro, quien en algún punto «siguió al Señor desde lejos».

También amaba el confort y los placeres mundanos. Siempre estaba bien vestido y me justificaba de ello alegando que un embajador de Cristo nunca debe estar mal presentado ante el pueblo: el pueblo debía sentirse orgulloso de su ministro religioso. Pero esto no se debe exagerar.

Conduje un Cadillac durante más de veinticinco años. Cómo llegó a suceder esto es interesante. Yo iba en un Chevrolet de una agencia de Cadillac en Washington cuando me llamó el dueño de dicha agencia. En aquella época había muchas «huelgas de brazos caídos». El dueño se quejaba de que los trabajadores no hacían una jornada de trabajo honesta por lo que les pagaban. Me preguntó qué recomendaría la Iglesia. Yo le expliqué que los trabajadores estaban dispuestos a hacer huelga en detrimento de otros, pero nunca de sí mismos. «¿Por qué entonces no compartir parte de las ganancias con ellos? Además de la jornada laboral por la que perciben un salario, también trabajan para el bien común y eso es un agregado al capital por el cual no reciben remuneración alguna». Propuse, por tanto, que devolviera alrededor de la mitad de las ganancias a los trabajadores, cada año.

Aceptó el plan. En la Navidad siguiente me dirigí a la agencia y anuncié esta medida a todos los empleados de la agencia Cadillac. No hubo muchas reacciones hasta que se distribuyó el dinero. Una mujer negra, encargada de encerar los automóviles, recibió 1800 dólares, una suma por encima de su salario. Cada empleado recibía en proporción a la cantidad de años que había trabajado en la agencia. La medida tuvo como resultado un aumento de las ganancias y el compromiso de los trabajadores. Una vez, un mecánico chocó un poste de luz yendo marcha atrás. Otro trabajador lo obligó a dirigirse a la oficina y pagar por el daño, ya que «proviene de nuestras ganancias». El Sr. Ackers estaba tan complacido con la propuesta que me comenzó a dar, todos los años, un préstamo por un Cadillac. Cada vez que aparecía un nuevo modelo, me pedía el que yo estaba utilizando para realizarle el servicio técnico, y luego me daba uno nuevo.

No ha habido grandes mortificaciones en mi vida. Por supuesto que cumplía las normas de ayuno y abstinencia que la Iglesia pide, pero a excepción de una o dos raras ocasiones, no cargué con los pecados del mundo como debería hacer un sacerdote: identificarse con Cristo-Víctima. Aclaro que nunca he sentido especial gusto por el dinero y siempre lo donaba tan pronto como lo recibía. Así y todo, no faltaría a la verdad quien dijera que más allá de cumplir los puntos esenciales de la ley de la Iglesia, no he sido un sacerdote sacrificado, ni podría decir junto a Pablo que «he sido crucificado con Cristo». Nunca he predicado acerca del ayuno, aunque entre mis sermones no pronunciados tengo uno

sobre la cuestión, pero lo descarté debido a que nunca ayuné más allá de lo que requería la norma.

Considerando lo ideal y lo real, me pregunto en verdad si habría complacido al Señor de no ser por Su intervención. Ciertamente yo tomé cincel y martillo para, aquí y allá, tirar abajo algunos bloques de egotismo, pero si el Escultor Divino no hubiera acudido a completar el trabajo, nunca me podría haber contemplado a Su imagen. Creo que cuando a los sacerdotes nos llegue la muerte, el Señor nos mostrará sus Llagas, tal como prometió a toda la humanidad en su segunda venida. Contemplará nuestras manos para ver si hay marcas de tanto dar a los demás, contemplará nuestros pies para ver los callos de tanto viajar para anunciar su Evangelio, y contemplará nuestro costado para ver si hemos amado hasta el sufrimiento. Ay de los que lleguemos del Calvario con nuestras manos blancas e impolutas.

A Dios no le gustan las sinfonías inconclusas ni las banderas sin desplegar. En su misericordia, El acabará el templo que hayamos dejado incompleto y limpiará y lustrará aquello que hayamos dejado sin adornar. Lo que consideramos un mal puede en verdad ser un bien escondido, como cuando el cirujano usa un bisturí. No nos pregunta si aceptaremos el trabajo que su Padre lo ha enviado a hacer. Nos arrastra en su servicio como a Simón de Cirene, a fin de que no seamos trigo seco e inmaduro en su santuario Eucarístico. El tiene muchos modos de afinar las cuerdas de los violines para que el sacerdocio alcance una mejor armonía.

Debido a que yo no tomaba la Cruz, el Señor solía cargarla en mi espalda como a Simón de Cirene, quien luego llegó a amarla. La cruz asumió dos formas: pruebas *dentro* de la Iglesia y *fuera* de la Iglesia. Eventualmente, me di cuenta de que el Señor me estaba enseñando a ser no sólo un sacerdote, sino también una víctima. Esto explica la razón de que dos de mis libros tratan esta cuestión.

Recuerdo cuando, luego de pasar cuatro meses en el hospital, comencé a recuperarme. Estaba celebrando Misa a unos pocos amigos y sacerdotes en un altar sobre mi cama. Me acuerdo muy bien del sermón que di. Dije que me alegraba haber tenido una cirugía del corazón, ya que cuando el Señor viniera por todos nosotros, buscaría marcas de la Cruz en nuestro cuerpo. El mirará nuestras manos para ver si están crucificadas por el sacrificio de dar; mirará nuestros pies para ver si están lastimados y con espinas por buscar ovejas perdidas; mirará nuestro corazón para ver si lo abrimos para recibir su Divino Corazón. ¡Ah, cuánto gozo experimento por haber soportado la minúscula imitación de su sufrimiento en Cruz por tener el costado herido; quizás El me reconozca por esa cicatriz y me reciba en su Reino!

TERCERA ETAPA: LA SEGUNDA MIRADA

«El Señor corrige a quien ama».

Pablo aprendió que «tenía un agujón en su carne», que luego de tres oraciones al Señor no fue removido; Pedro aprendió que debía extender sus brazos para llegar a donde quería llegar; yo aprendí que con el apostolado vendría un Gólgota. El Señor hizo conmigo lo mismo que Miguel Ángel hizo con un mármol de Carrara que un artista ordinario había dejado quebrado y venido a menos. Lo llevó a su estudio y, con su cincel y su genio hizo la inmortal estatua de David. También yo fui llevado por pruebas dentro y fuera de la Iglesia antes de comprender el sentido pleno de mi vida. No era suficiente ser sacerdote; había que ser una víctima.

Cuando dijeron a Pedro que negar la Cruz era alistarse en el ejército de Satanás, le dieron otra oportunidad. La primera vez que el Señor «lo miró» fue cuando lo llamó. Luego tuvo lugar una segunda mirada: «El Señor se volvió y miró a Pedro». Jesús había estado en la casa de Caifás, donde se lo había juzgado injustamente, mientras que Pedro había permanecido afuera, «calentándose a la lumbre», buscando un lugar de comodidad mientras el Señor comenzaba su agonía. Cuando se abrieron las puertas y pasó el Señor, ¿qué hizo Pedro? Probablemente lo que cualquiera de nosotros hubiera hecho después de la debilidad y la caída: darle la espalda. No porque lo despreciara, sino porque no pudo soportar su mirada. Evidentemente el Señor pasó por delante de él y éste, rápidamente, se volvió para otro lado. Como dice la Vulgata: *conversus Dominus*. El Señor se volvió rápidamente y miró a Pedro. Judas tuvo sus labios; Pedro tuvo sus ojos. Como dice el Evangelio: «Y el Señor se volvió y miró a Pedro». El Señor estaba entre cadenas, había sido acusado, lo habían golpeado en el rostro... pero Él pensaba en Pedro, que estaba errante. No habló ni dijo nada; sólo miró. Estoy seguro de que en el rostro de Jesús podían leerse las palabras: «Pedro, te amo a pesar de todo. Me has negado, pero Yo no te negaré a ti. No puedo entregarte». La gracia que salva un alma no hace ruido. Nadie se percató de la mirada, excepto Pedro. Esa mirada fue como una flecha que el Cazador Divino lanzó para herir un ciervo. Y así como el ciervo busca el matorral para sangrar y morir en soledad, también Pedro salió a quitarse la flecha. Pero aquella mirada abrió el corazón de Pedro, ya que él «salió afuera y lloró amargamente».

Ese rostro persiguió muchas veces a Juan en la isla de Patmos; medio siglo después, él habló sobre ello: «Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él. Ante su rostro huyeron la tierra y el cielo, y no dejaron ningún rastro». El rostro que Pedro vio aquella noche era uno de una suave reprimenda mezclada con la más cariñosa misericordia. Por sobre todo, ese rostro llevaba consigo una mirada de perdón, pues el Señor sabía cuán duramente se castigaría Pedro y conocía la angustia que tendría su alma. Por lo que esta mirada le infundiría esperanzas. No dijo una palabra; un vistazo fue suficiente para que Pedro se reconociera en su debilidad y en su vergüenza. Una mirada de la Divinidad alcanza para sabemos pecadores; y con esa sola mirada, Pedro, bajo el ojo de Dios, se volvió Pedro el penitente. El pecado no es meramente transgredir la norma; nadie llora por haber excedido el límite de velocidad. Todo pecado es contra el Amor. Fue suficiente para que Pedro dijera: «Todavía cuenta conmigo; estoy seguro de que puedo hacer el bien a pesar de que le he fallado tan miserablemente».

El Señor ya había predicho que Pedro y Judas fallarían. Judas hizo lo que quiso hacer, lo que había planeado hacer, lo que le habían pagado para que hiciera. Pedro hizo lo que no había planeado, lo que no deseaba, lo que le advirtieron que no hiciera, lo que juró nunca hacer. Ambos tuvieron que enfrentarse cara a cara con su culpa. Judas sólo tenía remordimiento, pero Pedro mostró tristeza. Si Judas hubiera vuelto al Señor, se habría encontrado con esa segunda mirada y se hubiera salvado, pero en él ya existía ese rechazo total y definitivo hacia Cristo; en Pedro, había un anhelo por volver. La única diferencia entre un santo y un pecador es la actitud hacia el pecado: uno persiste en él; el otro llora amargamente.

Así tuvo lugar en mi vida -y en la de todo sacerdote- esta Segunda Mirada, y a pesar de cualquiera de los fracasos o abatimientos al comparar la medida de nuestra finitud con su Infinitud, el amor de Dios permanece. Uno de los bellos himnos de san Ambrosio nos invita a pedirle a Cristo esa mirada gentil que nos hace merecer su amor:

Jesu, labantes respice,

Et nos videndo corrige.

«Pon tus ojos, Jesús, en quien vacila, y que a todos corrija tu mirada».

Si respicis, labes cadunt

Fletuque culpa salvitur.

«Con ella desaparecen nuestras manchas y las lágrimas borran nuestras faltas».

La experiencia de la Segunda Mirada no sucede una única vez en la vida; ocurre muchas veces, ya que siempre caemos y volvemos a levantarnos. La Segunda Mirada fue para mí lo mismo que para todos mis hermanos sacerdotes: el gozo de comenzar otra vez. Setenta veces siete; siempre podemos escribir un nuevo capítulo, recomenzar en la segunda vuelta, aprovechar una segunda corriente de aire, lanzamos a lo profundo, excavar nuevas capas para obtener riquezas espirituales jamás vistas. En la Iglesia siempre existe esa maravillosa «Tierra del Recomenzar». Así pueden echarse nuestras ropas sobre nuestra desnudez espiritual y dicha desnudez será revestida otra vez al encontrar un nuevo rastro.

La Vulgata describe el *cinzelado divino* como *Foris pugnae intus timores* («Atribulados en todo: por fuera luchas; por dentro, temores»).

He recibido sanciones disciplinares del Señor a lo largo de mi vida. La sanción, en el sentido de dolor y sufrimiento y conflictos, es de dos clases: pura e impura. La sanción pura es dolor y sufrimiento sin que dependan de la culpa o de la acción de los demás. La sanción impura es la que proviene de los demás, la merezcamos o no, sea deliberada o accidental. Como yo he resuelto no hablar de sufrimientos causados por otros en este libro, combinaré ambas clases de sanciones en una, bajo un título general: angustias, penas y «tiros y flechas de desdichada fortuna». Las penas impuras podían llegar a durar unos diez años; las puras tenían que ver más directamente con la cirugía del corazón y las complicaciones que trajo consigo, lo que me llevó a una nueva dimensión del dolor.

He descubierto que el dolor y el sufrimiento pueden producirse *dentro* y *fuera* de nosotros. Cuando se produce por *fuera*, como un dolor de muela, una herida, un golpe, uno está en la posición de «ofrecerlo». El dolor puede volverse tan intenso que toma posesión de nosotros como si fuéramos arrastrados por el mar; no hay posibilidad de dominarlo. La secuencia de pensamiento se hace imposible; las oraciones de memoria siempre quedan inconclusas, pues son invadidas por este ataque «crucificante».

Los detalles de mi «operación» no son lo importante; más bien, lo que aprendí del sufrimiento. El conocimiento puede ser de dos tipos: el *intelectual*, como el que el médico tiene de una enfermedad, de modo que puede tratar al paciente; y el *existencial*, el que surge de vivir la experiencia. Tomás de Aquino decía que hay dos modos de conocer la castidad. Una, sabiendo que es una moral teológica; la otra es viviéndola por amor al Reino de Dios. Una cosa es ver una película sobre el Holocausto y otra muy distinta, haber pasado por Auschwitz.

La primera lección que aprendí, aunque de a poco, es que todo sufrimiento proviene de la Voluntad directa o permisiva de Dios. Dios nos ofrece dos clases de medicina: amarga y dulce. Job dice que si Dios nos regala cosas buenas, por qué entonces no puede someternos a pruebas. San Pablo sufrió durante toda su vida apostólica lo que algunas traducciones llaman «un aguijón en la carne». El término griego original es *skolops*, es decir, una estaca. Nadie sabe precisamente en qué consistió y, aunque san Pablo oró para que friera quitada, el Señor se negó, al igual que se negó a eliminar el tartamudeo de

Moisés.

Es más fácil ver que el dolor puro proviene de Dios que ver que el dolor impuro es también fruto de Él. A pesar de todo lo racional que hay en la idea de que no existen los accidentes en la vida, me he dado cuenta de que hay algunos rincones de mi alma que no han sido completamente purgados de ateísmo. La súplica permanente de *Domine, usque quoque* (¡Hasta cuándo Señor!) es la impaciencia que no deja ver lo que la lengua confiesa: cada prueba a la que somos sometidos está en las Manos de Dios. Llevar un registro de errores pasados, masticar un resentimiento, lamer una herida (y recordar cómo la hemos recibido), reproducir las injusticias que hemos vivido (sean reales o imaginarias)... Muchas eran las cosas que no había digerido completamente como la Fe me había enseñado y mis labios habían confesado: todas las pruebas vienen de las Manos del Buen Dios.

Otra reflexión acerca del dolor y el sufrimiento tiene que ver con su *transferibilidad*. Me transfundieron 33 litros de sangre luego de la cirugía a corazón abierto, debido a que por mucho tiempo el cuerpo rechazaba hacer circular la sangre. Esta sangre provino de los que donaron la propia en el banco de sangre del Hospital Lenox Hill. La transfusión de sangre en el orden físico es la transfusión de virtud, oración y sacrificio en el reino espiritual. Dios le aseguró a Abraham que diez hombres justos salvarían a Sodoma y a Gomorra. San Pablo recurre a la transferencia en el matrimonio: «El marido no creyente es santificado por la mujer y la mujer no creyente es santificada por el marido».

Yo llevaba tres o cuatro años de sacerdote cuando aprendí forzosamente esta lección de mi director de retiro, el Dr. Leseur, un dominico belga. El, de joven médico, se había casado con una católica mediocre; pero ejerciendo la medicina se había ido interesando más y más en el ateísmo y había llegado a editar un periódico ateo. Su mujer, Elizabeth, estuvo postrada en cama durante diez años. Cuando estaba a punto de morir le dijo:

—Félix, cuando haya muerto, serás católico y te volverás un sacerdote dominico.

—Elizabeth —respondió él—, ya me conoces. He jurado mi odio a Dios. Viviré siempre en este odio y moriré en él.

Ella repitió sus palabras y falleció. En su testamento, había escrito: «En 1904 le pedí a Dios Todopoderoso que me enviara el dolor suficiente para comprar tu alma. El día que muera ya estará consumada la compra y el pago. Mayor amor que éste no ha tenido mujer alguna». Ella murió en 1914. El Dr. Leseur, que había escrito un libro en el que consideraba Lourdes como un fraude y una superstición, se convirtió finalmente gracias a la luz del Espíritu Santo y más tarde se ordenó sacerdote dominico.

Sólo en dos o tres ocasiones en mi vida, como mucho, he hecho una penitencia extrema a fin de salvar un alma. Una vez, hice una semana de ayuno para reconciliar a una hija con su padre, que no habían hablado en años. Otra vez fue en Lourdes, como ya lo he contado en este libro. Otras veces, el ofrecimiento del dolor físico intenso del hospital hizo efectos de *transferencia inmediata*. En una ocasión en la que estaba al borde la muerte, una médica pensó que me encontraba en un estado de desesperación y mandó a llamar a un sacerdote psiquiatra para que me liberara de mi «depresión», cuando en realidad estaba en agonía. Tengo un recuerdo vago de enojarme al escuchar preguntas freudianas mientras estaba muriendo. Lo que sí recuerdo bien es lo que pasaba por mi mente. Estaba en terapia intensiva y escuché a una enfermera decir: «El Sr. X está muriendo». Se refería a un paciente que estaba en una cama cercana a la mía. Recuerdo ofrecer mi sufrimiento en aquel momento por la salvación de su alma y las almas de los sacerdotes y de los

religiosos. No tenía las fuerzas para levantar mi mano, así que con un dedo levantado le di la absolución condicional; al rato murió. Unos meses después, ya en estado de recuperación, su esposa vino a verme y me dijo: «¿Dio usted la absolución a mi marido antes de morir? Me pareció que hizo una pequeña señal de la cruz con su dedo». Cuando le aseguré que estaba en lo correcto, me dijo que se quedaba mucho más tranquila. Me regaló una medalla judía en gratitud por pensar en él mientras estaba en terapia intensiva.

También en camino de recuperación, solía recibir la visita diaria de un caballero judío. Esto duró dos o tres meses. Luego de una ausencia de cuatro días, me dijo:

—No he podido venir porque están por operar a mi esposa de cáncer. Ha estado bajo tratamiento toda esta semana en el hospital y mañana se hace los últimos estudios antes de la cirugía.

Le di un pequeño crucifijo de plata que había sido bendecido por Juan XXIII y le expliqué:

—Le entregaré un objeto que es de origen judío, por lo que sé que lo venerará. Es la muerte de Cristo en la Cruz. Sólo le diré que Él era judío por el lado de su Madre. Tendrá que averiguar en el Cielo quién es su Padre. Pero si deposita su confianza en sus Manos por el bienestar de su mujer, quizás pueda descubrir quién es el Padre.

Volvió unos días más tarde y me contó que finalmente no hubo operación. Pero me dijo también:

—Descubrí quién es el Padre de Cristo.

Luego, abriendo su camisa, me mostró el crucifijo de plata colgado de su cuello.

Un año después tuve que regresar al hospital para un tratamiento. Una enfermera me contó que un hombre había intentado suicidarse. La enfermera había ido a su habitación y lo había encontrado con sábanas haciendo presión en su oreja. Al quitarlas, saltó la sangre de las venas de su cuello. Con una navaja había intentado cortarse la garganta y por una vena no había logrado quitarse la vida. Le pedí permiso a la enfermera para visitarlo. Por las tardes, me lo traían en silla de ruedas cerca de mi cama con todos los sueros sobre su cabeza. Le pregunté si alguna vez había sido católico. Me dijo que sí, pero añadió que ya no creía en la Divinidad de Cristo ni en la Iglesia.

Comencé la conversación con la esperanza de que la cuenta del hospital no le fuera tan cara. Me dijo que no. Luego le pregunté si tenía alguna otra deuda que lo tuviera preocupado y me respondió que después de 77 años de vida ya estaba preparado para tales eventualidades. Lo presioné en esto:

—¿Está usted seguro de que ha pagado todas sus deudas? ¿Alguna vez le ha hecho daño a otra persona, ha cometido adulterio o ha maldecido o blasfemado? ¿Sabe Quién pagó por esas deudas? —saqué un crucifijo de plata bastante grande de mi bolsillo y proseguí—. El pagó sus deudas, por cada una de ellas.

Luego continué con una simple explicación acerca de Nuestro Señor, que no vino a enseñarnos sino a redimirnos de nuestros pecados. Unas horas después, le ofrecí la Santa Eucaristía desde mi cama, lo confesé y le di la Primera Comunión en casi cincuenta años.

Le había pedido al Señor que permitiera que mi dolor hiciera algo de bien por algún alma; respondió a mi plegaria.

Una tercera observación que viene a mi mente, mientras siento el cincel del Divino Escultor, es la siguiente: las pruebas y las cargas que tenemos en la vida no se deben sólo a la mera expiación de nuestros pecados, sino que también llenan la *cuota que pertenece a la Iglesia*. Nuestro Señor dijo en la Cmz: «Todo se ha consumado»; es decir que la salvación del mundo estaba completa. Había bebido el cáliz lleno de los pecados del mundo y no habría otro precio de redención para pagar. Pero, curiosamente, leemos que san Pablo, cuando reflexiona sobre su prisión y otras torturas, escribe a los colosenses que él estaba ayudando a *completar* los sufrimientos de Cristo: «Ahora me alegro de mis padecimientos por ustedes, y completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia».

Evidentemente, hay una *cuota* de sufrimiento que se le ha asignado a la Iglesia. Cristo, como Cabeza de la Iglesia, había completado su misión, pero la Iglesia como su Cuerpo Místico no lo había hecho aún. El prolongado sacrificio de Cristo se manifiesta de dos modos: primero, como una continuación consciente de quienes libremente ofrecen sus frustraciones, miedos y soledad junto con la Cruz; «Yo he sido crucificado con Cristo», dice Pablo a los gálatas. La continuación no consciente de la Pasión de Cristo es el hambre, la destitución y la soledad de gran parte de la humanidad. Cristo se hace presente cuando se amontonan multitudes en el hedor repugnante de villas miserias, cuando se persigue a una raza o color, cuando la verdad es crucificada cada vez que una corte penaliza la oración. En el curso de la historia, se verán las marcas del Calvario en muchas manos y en muchos pies y en muchos costados de hombres que nunca han oído hablar de Cristo o del Calvario; pero ellos, también, estarán llenando la cuota asignada a la Iglesia para perfeccionar la tarea de salvación.

Ahora, en la era de la Segunda Mirada, *considero que todo es vanidad excepto conocer a Cristo. Si cualquier cosa que haga, lea, diga o disfrute o sufra no me hace estar más cerca de Cristo, ¿para qué pierdo el tiempo?*

Si Christum discis

Satis est si cetera nescis;

Christum si nescis,

Nihil est in cetera discis.

«Si conoces a Cristo, nada importa si no conoces otra cosa; mas si no conoces a Cristo, conocer otra cosa es lo mismo que nada».

Toda la espiritualidad que poseo tiene que ver con el crucifijo; es el precio de mi redención y la garantía de mi resurrección. La cruz pectoral que llevo es un crucifijo. En mi dormitorio tengo un gran crucifijo, de casi dos metros de alto, que constituye el paisaje de salvación que contemplo durante el día y por las noches, cuando despierto. En mi capilla hay un cuadro que hizo el cardiólogo que salvó mi vida, el Dr. Simón Stertzler. Es un cuadro de Cristo en la Cruz que tiene la mirada muy concentrada, con ojos que destilan compasión y amor, como en la Segunda Mirada a Pedro. El crucifijo es, para mí, no sólo algo que ocurrió; es algo que *está ocurriendo* ahora, ya que Cristo es crucificado en cada era por cada uno que está en el pecado. Pero constituye también una Promesa, ya que el

Señor nunca habló de su Muerte sin hablar también de la Resurrección. Las mismas heridas que recibió las sigue llevando como Llagas. Llevó las Llagas a fin de que Tomás, al tocarlas, friera librado de sus dudas; Llagas que El mostrará el Día Final cuando vuelva a juzgarnos; Llagas que nos llenarán de gozo por haber recibido «el aguijón en la carne».

El segundo año tras la cirugía a corazón abierto, debido a exceso de trabajo, fui confinado nuevamente a mi cama por varios meses. Durante ese tiempo, di formación a cuatro conversos y validé dos matrimonios. El apostolado horizontal puede ser a veces tan efectivo como el vertical.

Puede ser que la bondad que Dios nos demuestra se haya manifestado en regalarnos padres cristianos, oportunidades únicas de educación y así sucesivamente... Pero bien puede ser también que el mayor regalo de todos sea que nos haya convocado a la Cmz, donde he descubierto cómo El se nos revela continuamente.

EPÍLOGO

«ADIÓS AHORA, FULTON SHEEN, Y QUE DIOS SIEMPRE TE TENGA EN SU AMOR»

Homilía predicada en la liturgia del funeral del arzobispo Fulton J. Sheen

Mis queridos amigos:

Hay una voz en silencio en medio de la Iglesia y de la tierra, una voz que no se oyera otra vez en esta era. La vocación de Fulton Sheen se ha consumado; ha respondido con un «sí» final al llamado de Dios, un «sí» tan definitivo que la debilidad y fragilidad humana no podrán hacer nunca volver atrás.

El 20 de septiembre de este año, tuve la oportunidad de escuchar al arzobispo Sheen hacer un repaso de su vida en la celebración de la Eucaristía, su acción de gracias por los sesenta años de su sacerdocio. La propia división que él hace de su vida nos será muy provechosa en esta ocasión.

La primera parte es el período de vocación, el llamado de Dios. Un llamado que para él fue tan claro como el llamado de Dios al profeta Jeremías, como vimos en el pasaje del Antiguo Testamento, y como el «Vengan y vean» del mismo Cristo a los discípulos de Juan, en el Evangelio. No hubo nunca un momento en su vida en el que no quiso ser sacerdote; no hubo nunca un tiempo en el que quiso dedicarse a otra cosa.

Como parte de su respuesta al llamado de Dios, inició una práctica el año de su ordenación al sacerdocio. Comenzaba cada día a primera hora, la hora más nueva y por tanto la mejor -era un madrugador- para dedicarle a Dios en oración. Era ésta la Hora Santa, siempre en presencia del Santísimo Sacramento. Continuó con esta práctica ininterrumpidamente, por los siguientes sesenta años. Tan seguro como que estamos en la Catedral de San Patricio esta tarde, él hizo la Hora Santa el pasado domingo, por la mañana, antes de morir.

Cada vez que alguien le preguntaba por su habilidad secreta de poder llegar a las almas y a la mente, él siempre respondía «la Hora Santa»: hablar con Dios y escucharlo. Era en esos momentos donde reconciliaba los conflictos, ya que no se tomaba las opiniones a la ligera; aquí sus ansiedades e inseguridades se apaciguaban, ya que era el más humano de

los hombres; su corazón se encendía fuego, literalmente, al ser llevado por el impulso inagotable de una respuesta total al llamado de Dios.

Esta parte de su vida marcó además la expansión de su intelecto y el crecimiento de su búsqueda constante de la excelencia y la calidad. A menudo solía decir lo agradecido que se sentía por la educación maravillosa que había recibido, una educación que abrió su mente a una curiosidad intelectual que nunca lo abandonó. Siempre contaba con nuevos libros, disfrutaba conocer y juntarse con gente culta e interesante, lo fascinaban los últimos avances y descubrimientos científicos y tecnológicos.

El 20 de septiembre, el arzobispo Sheen habló de la segunda etapa de su vida como el Período de la Proclamación. Fue cuando volvió de Europa, en 1925, que comenzó su extraordinaria carrera de conferencista, profesor y predicador. Fue el primero en hablar en transmisiones regulares por radio y el primer hombre de iglesia en conducir un programa de televisión. Hizo suyo el púlpito de la catedral con el correr de los años, reflejado en las multitudes que acudían a oír sus sermones: allí reside el precioso símbolo de su entierro, en una cripta bajo el Gran Altar. De su pluma surgieron más de sesenta libros y artículos y cartas que escapan a un número contable. Siempre habló según los pensamientos de la época; insistía con que un orador nunca debe dar un mensaje desde su posición, sino desde la de sus oyentes.

Fue en ese tiempo de su vida en el que la Iglesia le pidió dirigir la Sociedad para la Propagación de la Fe en Estados Unidos. Su reputación, en esta época, estaba firmemente consolidada como profesor de la Universidad Católica de Estados Unidos. Muchos le preguntaban cómo era posible dejar la cátedra para un apostolado, aparentemente, más estrecho... El respondió: «He empujado las paredes de las aulas hacia afuera; puedo ahora abrazar el mundo». En su nuevo rol, esperarían de él una intensificación del entusiasmo misionero dentro de la Iglesia, y que reuniera ayudas financieras para satisfacer las necesidades de las misiones.

La Iglesia de todo el mundo queda eternamente en deuda por el modo en que Sheen llevó a cabo sus tareas. Dio, a los misioneros de todo el mundo, un sentido nuevo a la dignidad de su vocación. Pudo encapsular los ideales misioneros en frases inolvidables:

»Fue un poeta pagano latino el que dijo que la caridad comienza en casa. En un camino seco y pedregoso, entre Jericó y Jerusalén, un cierto samaritano nos enseñó que con Cristo la caridad comienza fuera de casa y con el menos agradable de nuestro prójimo».

Otra: «Dios es quien mide la caridad que tenemos con los pobres de este mundo; no tanto por lo que damos, sino más bien por cuánto nos quedamos luego de haber dado. Es por ello que las dos monedas de cobre de la viuda tuvieron tanto valor; dio todo lo que tenía».

Una vez más: «Podemos decir que nos cuesta donar mucho; pero que no se nos oiga decir que nos avergüenza pedir».

Su amor por la Sociedad para la Propagación de la Fe perduró en vida y en muerte; ciertamente no nos sorprende que tanto en vida como en su muerte dio todo que materialmente poseía.

Muchos llegaron a tener fe en Cristo y en la Iglesia mediante sus palabras; por cada nombre ilustre que formaba, había cientos de otros que le eran igual de importantes. La

exposición que hacía de la plenitud de la fe católica era poderosa y convincente. Uno de sus conversos habló en nombre de todos y resumió el don que tenía cuando, al final de una clase de formación, Fulton Sheen exclamó mirando al cielo: ¡«Oh Dios, qué héroe te has buscado en este hombre!».

El 20 de septiembre, el arzobispo Sheen también habló de una tercera etapa, cuando comenzó a conocer a Cristo como nunca antes, a amarlo con mayor intensidad, a vivir una paz inexplicable. Me parece a mí que esta etapa comienza con el monumental *Vida de Cristo*, que publicó a finales de la década de 1950. Poco a poco, se fue despojando de sus posesiones; era un hombre que amaba la belleza de las cosas. Pero estas cosas se volvieron menos y menos importantes a medida que Cristo ocupó un lugar más central; creció además su comprensión del misterio de la Cruz.

Si le pudiéramos preguntar ahora, estoy seguro de que recordaría como la cima de su carrera el abrazo fraternal que tuvo con el papa Juan Pablo II aquí, en el santuario de la Catedral de San Patricio, el pasado dos de octubre. Más tarde, cuando le pregunté qué le había dicho el Santo Padre en aquel precioso momento, me reveló: «Me dijo que había hablado y escrito bien acerca de Jesús Nuestro Señor, que había sido un hijo fiel de la Iglesia».

El domingo pasado, a las 7.15 p. m., Dios llamó al arzobispo Fulton Sheen por su nombre. Fue un momento que Dios conocía bien, que tenía preparado desde toda la eternidad: era un llamado a la vida perfecta, al amor y a la verdad; un llamado a la vida que nunca cansa, que nunca puede superarse, que no puede perderse.

Mi querido amigo Fulton Sheen: todos estamos mejor porque has estado entre nosotros y has sido nuestro amigo. Te confiamos ahora al cuidado de tu «Amable Señora vestida de azul». Rogamos para que Jesús ya te haya dicho: «Escuché a mi Madre hablarme de ti».

Adiós ahora, Fulton Sheen, y que Dios siempre te tenga en su amor.

ARZOBISPO EDWARD T. O'MEARA. Catedral de San Patricio Nueva York 13 de diciembre de 1979

VIDA

ARZOBISPO FULTON J. SHEEN

El Arzobispo nació en El Paso, Illinois, el 8 de mayo de 1895, como el primero de cuatro hijos de Newton Morris y Delia (Fulton) Sheen. Fue bautizado como Peter, pero eligió el nombre de John en la Confirmación y más tarde adoptó el apellido de soltera de su madre, Fulton. Su padre, de origen irlandés, era un granjero que tenía «una ingeniosa vuelta de tuerca». Cuando Fulton era todavía un niño, la familia se mudó a Peoria, Illinois, donde su tío Daniel Sheen -socio en una firma de abogados de Robert G. Ingersoll, el famoso agnóstico- había estado en la Cámara de Representantes del Congreso.

Luego de la escuela de Santa María, ingresó al Instituto Spalding, una escuela secundaria de Peoria dirigida por los Hermanos Maristas, de la que se graduó en el año 1913. Pasó luego a la Universidad de San Viator, en Bourbonnais, Illinois, donde hizo sus estudios de grado. Allí participó del equipo de debate (que derrotó por primera vez a Notre Dame) y del equipo editorial del periódico universitario. Al finalizar los estudios de teología, en San Viator y en el seminario de San Pablo (San Pablo, Minnesota), fue ordenado sacerdote en la diócesis de Peoria, el 20 de septiembre de 1919.

Después de obtener la licenciatura en Sagrada Teología y en Derecho Canónico en la Universidad Católica de Estados Unidos, en 1920, partió a la Universidad de Lovaina, Bélgica, donde obtuvo su doctorado tres años más tarde. Fue también a la Sorbona de París y a la Universidad Angélica de Roma. En 1924, completó el doctorado en Sagrada Teología en Roma. En 1925, mientras enseñaba Teología Dogmática en el Instituto San Edmundo, cerca de Ware, Inglaterra, fue nombrado *agrégé* en filosofía por la Universidad de Lovaina y le concedieron el Premio Cardenal Mercier en Filosofía Internacional.

Al regresar a Estados Unidos, fue coadjutor en la Iglesia San Patricio, en Peoria. Ya a fines de 1926, pasó a formar parte de la Universidad Católica de Estados Unidos como instructor de Filosofía de la Religión. Luego lo promovieron a profesor adjunto y a Profesor Titular de Filosofía.

Predicó en las conferencias de verano que tenían lugar en la Catedral de Westminster, Londres, en 1925 y entre 1928 y 1931. También en la Escuela Católica de Verano de la Universidad de Cambridge, en 1930 y 1931. Durante cinco cuaresmas estuvo en la Iglesia de San Pablo, Nueva York, los domingos a la noche, y durante muchos años fue un predicador anual de cuaresma en la Catedral de San Patricio, también en Nueva York.

En junio de 1934 fue nombrado Caballero Papal -Reverendísimo Monseñor, luego elevado a Prelado de Honor-, Muy Reverendo Monseñor. El 11 de junio de 1951 fue consagrado Obispo en la Iglesia de San Juan y San Pablo, en Roma, por Su Eminencia Adeodato Giovanni, cardenal Piazza, Secretario de la Congregación para los Obispos.

El 26 de octubre de 1966, el papa Pablo VI lo designó Obispo Ordinario de la Diócesis de Rochester, Nueva York. Ocupó su sede el 15 de diciembre de 1966. De 1950 en adelante fue el Director Nacional de la Sociedad para la Congregación de la Fe, la misión principal de la Iglesia según el Concilio Vaticano II. Sheen renunció como obispo de Rochester en 1969 y fue nombrado por el Santo Padre como Arzobispo Titular de Newport (Gales).

RADIO Y TELEVISIÓN:

Cuando el Consejo Nacional de Católicos decidió patrocinar la «Hora Católica» en transmisiones semanales junto con la NBC, el obispo Sheen se volvió el primer presentador regular del programa, luego de la inauguración el 2 de marzo de 1930.

El programa, que comenzó en una red de diecisiete estaciones de radio, se expandió por todo el mundo a partir de 1950, con 118 emisoras de la NBC. Sólo en Estados Unidos había un estimado de cuatro millones de oyentes. El obispo recibía a menudo casi seis mil cartas por día, un tercio de ellas de no católicos. Muchos millones de sus charlas se distribuían por todos lados.

En 1940, el obispo Sheen celebró la primera ceremonia religiosa en ser televisada; al año siguiente fue narrador de la película *The Story of the Vatican* (Historia del Vaticano), de «March of Time», una emisora de radio.

En otoño de 1951, el obispo Sheen comenzó el programa de televisión «Vivir vale la pena». Para el año 1956, el Obispo ya aparecía en 123 estaciones de ABC (de Estados Unidos, sin contar Canadá) y en 300 estaciones de radio. La audiencia estimada era de unos treinta millones semanales. «Vivir vale la pena» era un programa que llegaba a todas las confesiones religiosas. El obispo Sheen recibía unas treinta mil cartas en cada entrega, aunque por día eran entre ocho mil y diez mil.

Con sus escritos llegó a otras millones de personas, como a través de la columna «Dios te ama», que aparecía en la prensa católica de todo el país, y en «El obispo Sheen escribe», una columna para la prensa secular de George Matthew Adams Service, Inc. Era además editor de la revista *World Mission* (Misión Mundial), donde escribía una crítica trimestral, y de *Mission*, la revista católica que más circulaba en el mundo.

En el Día del Trabajador de 1955 se convirtió en el primer Obispo de Rito Latino en la historia en celebrar una Misa Solemne de Rito Bizantino en inglés. Esto tuvo lugar en Uniontown, Pennsylvania, donde lo acompañaron más de 150.000 peregrinos para rezar por la «Santa Rusia». Este evento fue transmitido al extranjero por la Voz de América.

El programa de televisión «Vivir vale la pena» llegó a su fin en 1957. La siguiente serie sobre la vida de Cristo y otra llamada ¿«Quo Vadis, América?» fueron emitidas por todo el país, hasta que en 1966 apareció «El programa del obispo Sheen «a color».

CONCILIO VATICANO II:

Originalmente, asignaron al obispo Sheen en la Comisión Conciliar sobre el Apostolado de los Laicos. Cuando abrió la primera sesión el 11 de octubre de 1962, fue elegido para formar parte de la Comisión de las Misiones. Fue el único estadounidense en una comisión de todo el Concilio Vaticano II. Dio un discurso en San Pedro sobre las misiones el 9 de noviembre de 1964 (en la tercera sesión). En octubre de 1965, regresó brevemente a Estados Unidos, por un pedido de la CBS, para hacer de narrador especial de la visita del papa Pablo VI a las Naciones Unidas, la primera visita que hacía un pontífice a los Estados Unidos. Pablo VI luego lo reasignó a la Comisión Posconciliar sobre las Misiones en 1965.

CONVERSOS:

El obispo Sheen ha pasado más de cuarenta años formando a toda clase de conversos. En 1965, preparó veinticinco grabaciones sobre las filosofías de vida cristianas, que fueron transmitidas en «Vivir vale la pena». Cada una de ellas duraba unos treinta minutos.

SOCIEDAD PARA LA PROPAGACIÓN DE LA Fe:

Fue el 12 de septiembre de 1950 cuando el papa Pío XII anunció que designaría al obispo Sheen como Director Nacional de la Sociedad para la Propagación de la Fe, en la Oficina Nacional de la quinta avenida, número 366, en Nueva York. Su labor allí, que duró unos dieciséis años, recorrió el reinado de tres papas. Bajo su dirección, Estados Unidos fue responsable de dos tercios del Fondo General que la Sociedad para la Propagación de la Fe reunía de todo el mundo.

ORGANIZACIONES :

El arzobispo Sheen fue miembro de organizaciones tales como la Asociación Católica de Filosofía de Estados Unidos, la Academia Medieval, el Gremio Literario Católico.

PREMIOS Y DISTINCIONES:

Ha sido doctor *honoris causa* en Leyes por la Universidad de San Viator y la Universidad de Loyola (Chicago) en 1929, la Universidad de San Juan Buenaventura (Nueva York) en 1939 y la Universidad de Notre Dame en 1934. También, doctor *honoris causa* en Letras por la Universidad Marquette en 1934 y doctor *honoris causa* en Letras Humanas por la

Universidad de San Juan (Brooklyn) en 1941. La Universidad de Georgetown le otorgó la Medalla de Filosofía Cardenal Mazzella. En 1952, recibió el Premio Tau Kappa, la Sociedad de Honor Forense con oficina central en la Universidad Purdue, por ser un «orador destacado en materia de religión».

Entre las distinciones recibidas cabe mencionar el Premio Emmy en 1952 y el Premio Look Televisión, que ganó en tres años consecutivos. La Universidad de Notre Dame le dio el Premio al Patriotismo por su Excelencia y la Legión Estadounidense le concedió el Mike de Oro. Por su «destacado desempeño en dar lugar a una mejor comprensión del modo de vivir en Estados Unidos», recibió el Premio Freedom Foundation de Valley

Forge. El Premio Cardenal Gibbons de la Universidad Católica fue por sus «destacados logros para el Estado, la Iglesia y la Universidad». También recibió la Medalla de Veteranos Católicos. El rey Baudouin lo hizo comandante de la Orden de la Corona de Bélgica en 1959. En 1964 lo distinguieron con el Premio de la Orden de Lafayette por su «destacado liderazgo en la lucha contra el comunismo».

En 1968, la Asociación Católica de Radio y Televisión le otorgó el codiciado premio anual al arzobispo Sheen por sus extraordinarias contribuciones a estos medios de comunicación.

CRONOLOGÍA

INFORMACIÓN BÁSICA

Nació en El Paso, Illinois, el 8 de mayo	1895
Fue ordenado el 20 de septiembre	1919
Chambelán Papal	1934
Prelado de honor	1935
Director Nacional de la Sociedad para la Propagación de la Fe	1950-1966
Designación Episcopal del papa Pío XII	1951
Obispo Auxiliar de Nueva York	1951-1966
Asignado a la Comisión sobre las Misiones en el Concilio Vaticano II por el papa Juan XXIII	1962
Asignado a la Comisión Pos conciliar sobre las Misiones por el papa Pablo VI	1965
Consagró a obispos misioneros junto al papa Juan XXIII en San Pedro, Roma	Mayo de 1960 y 1961
Obispo de Rochester, Nueva York. designado por el papa Pablo VI	1966
Elegido como Presidente del Comité para la Propagación de la Fe por el Episcopado Estadounidense	1966
Elegido para formar parte del Consejo Administrativo del Concilio Nacional de Obispos Católicos por el Episcopado Estadounidense	1966

Asignado a la Comisión Pontificia del Diálogo Interreligioso por el papa Pablo VI 1969

Nombrado Arzobispo de la Sede Titular de Newport (Gales) por el papa Pablo VI 1969

Nombrado Asistente al Solio Pontificio por el papa Pablo VI Julio de 1976

TÍTULOS

Licenciado en Derecho Canónico 1920

Doctorado, Lovaina, Bélgica 1923

Doctorado en Sagrada Teología, Roma 1924

Agrégé en Filosofía, Lovaina 1925

Doctor *Honoris Causa*: en Leyes, en Letras, en Letras Humanas

EDUCADOR

Profesor de Teología Dogmática, Instituto San Edmundo, Ware, Inglaterra 1925

Profesor de Filosofía, Universidad Católica 1926-1950

PREDICADOR

Conferencias de \frano en Westminster, Londres 1925, 1928, 1931

Escuela Católica de Verano. Universidad de Cambridge 1930-1931

Emisiones anuales, «Hora Católica» 1930-1952

EDITOR

Revistas *World Mission* y *Mission*.

COLUMNISTA

«Dios te ama» en la prensa católica.

«El obispo Sheen escribe» en la prensa secular.

AUTOR

<i>God and Intelligence</i> (Dios y la inteligencia)	1925
<i>Religión Without God</i> (Religión sin Dios)	1928
	1979
<i>The Life of All Living, 1929; Rev. Ed.</i> (La vida de todo lo viviente)	
<i>The Divine Romance</i> (El divino romance)	1930
	1931
<i>Old Errors and New Labels</i> (Antiguos errores y nuevos términos)	
<i>Moods and Truths</i> (Errores y verdad)	1932
<i>Way of the Cross</i> (El camino de la Cruz)	1932
<i>Seven Last Words</i> (Siete últimas palabras)	1933
<i>Hymn of the Conquered</i> (Himno de los vencidos)	1933
<i>The Eternal Galilean</i> (El eterno galileo)	1934
<i>Philosophy of Science</i> (Filosofía de la ciencia)	1934
<i>The Body of Christ</i> (El Cuerpo Místico de Cristo)	1935
<i>Calvary and the Mass</i> (El calvario y la Misa)	1936
<i>The Moral Universe</i> (El universo moral)	1936
	1937
<i>The Cross and the Beatitudes</i> (La cruz y las bienaventuranzas)	
<i>The Cross and the Crisis</i> (Dios y la crisis)	1938
	1938
<i>Liberty Equality and Fraternity</i> (Libertad, igualdad y fraternidad)	
<i>The Rainbow of Sorrow</i> (El arcoiris del dolor)	1938
<i>Victory over Vice</i> (Victoria al vicio)	1939
<i>Whence come Wars</i> (De dónde vienen las guerras)	1940

<i>The Seven Virtues</i> (Las siete virtudes)	1940
<i>For God and Country</i> (Por Dios y la patria)	1941
	1941
<i>A Declaration of Dependence</i> (Una declaración de la independencia)	
<i>God and War and Peace</i> (Dios, guerra y paz)	1942
<i>The Divine Verdict</i> (El veredicto divino)	1943
<i>The Armor of God</i> (La armadura de Dios)	1943
<i>Philosophies at War</i> (Filosofías en guerra)	1943
<i>Seven Words to the Cross</i> (Siete palabras a la Cruz)	1944
<i>Seven Pillars of Peace</i> (Siete pilares de la paz)	1944
<i>Love One Another</i> (Amense los unos a los otros)	1944
	1945
<i>Seven Words of Jesús and Mary</i> (Siete palabras de Jesús y María)	
<i>Preface to Religión</i> (Prólogo a la religión)	1946
<i>Characters of the Passion</i> (Personajes de la Pasión)	1946
<i>Jesús, Son of Mary</i> (Jesús, hijo de María)	1947
<i>Communism and the Conscience of the West</i> (El comunismo y la mentalidad de Occidente)	1948
<i>Philosophy of Religión</i> (Filosofía de religión)	1948
<i>Peace of Soul</i> (Paz en el alma)	1949
<i>Lift Up Your Heart</i> (Eleva tu corazón)	1950
<i>Three to Get Married</i> (Casados ante Dios)	1951
<i>The World's First Love</i> (El primer amor del mundo)	1952
<i>Life is Worth Living, Vol. L</i> (Vivir vale la pena)	1953
<i>Life is Worth Living, Vol. LI</i>	1954
<i>The Life of Christ</i> (La vida de Cristo)	1954
<i>Way to Happiness</i> (El camino a la felicidad)	1954
<i>Way to Inner Peace</i> (El camino a la paz interior)	1954
<i>God Loves You</i> (Dios te ama)	1955
<i>Thinking Life Through</i> (Pensar la vida)	1955
<i>Thoughts for Daily Living</i> (Reflexiones para el día a día)	1955
<i>Life is Worth Living, Vol. LLL</i> (Vivir vale la pena)	1955
<i>Life is Worth Living, Vol. IV</i>	1956
<i>Life is Worth Living, Vol. V</i>	1957

<i>Life of Christ, 1958; Rev. Ed.</i> (La vida de Cristo)	1977
<i>This is the Mass, 1958; Rev. Ed.</i> (Esta es la Misa)	1965
<i>This is Rome</i> (Esto es Roma)	1960
<i>Go to Heaven</i> (Llegar al Cielo)	1960
<i>This is the Holy Land</i> (Esta es la Tierra Santa)	1961
<i>These are the Sacraments</i> (Estos son los sacramentos)	1962
<i>The Priest is not his Own</i> (El sacerdote no es sí mismo)	1963
	1964
<i>Missions and the World Crisis</i> (Las misiones y las crisis del mundo)	
<i>The Power of Love</i> (El poder del amor)	1965
<i>Walk with God</i> (Caminar con Dios)	1965
<i>Christmas Lnspirations</i> (Inspiraciones de Navidad)	1966
	1966
<i>Footprints in a Darkened Forest</i> (Huellas en un bosque oscuro)	
<i>Guide to Contentment</i> (Guía hacia la alegría)	1967
<i>Easter Lnspirations</i> (Inspiraciones de Pascua)	1967
<i>Those Mysterious Priests</i> (Esos misteriosos sacerdotes)	1974
<i>Life is Worth Living, First and Second Series Abridged</i> (Vivir vale la pena)	1978